
3 1761 09545365 0

SELECCION LITERARIA

DE

D. DIEGO RAFAEL de GUZMAN

EDICIÓN OFICIAL

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1922

Al grande hispanista
Miltón A. Buchanan
Homenaje de
Antonio Gómez Restrepo

SELECCION LITERARIA

SELECCION LITERARIA

DE

D. DIEGO RAFAEL de GUZMAN

EDICIÓN OFICIAL

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1922

D. DIEGO RAFAEL de GUZMAN

La muerte de D. Diego Rafael de Guzmán, ocurrida el día de hoy, priva a la literatura colombiana de uno sus más doctos cultivadores y de una de sus más interesantes figuras.

En el sillón de Secretario de la Academia de la Lengua, el señor de Guzmán es irreemplazable: nadie sabía como él redactar una memoria reglamentaria; convertir una simple acta en una pieza literaria; elevar un menudo incidente a la dignidad del estilo académico; honrar en frases de severa elocuencia la memoria de un socio benemérito. Y la apostura que adoptaba y la voz con que leía, contribuían a dar a sus piezas académicas un carácter especial e inconfundible, que hacía más solemnes las sesiones del instituto.

El señor de Guzmán fue siempre y en todas las épocas de su vida un hombre de letras. Aun cuando era varón de arraigadas convicciones que en su juventud lo llevaron al campo de batalla, no tuvo ambiciones políticas; y en el desempeño de elevados cargos oficiales, nunca olvidaba sus amadas letras, objeto ferviente de su culto.

No obstante esto, la producción literaria del señor de Guzmán no fue muy abundante. Era gran lector, especialmente de obras clásicas y de modernas producciones francesas; pero era tardo para tomar la pluma, aun cuando una vez comenzado un trabajo lo llevaba a término sin dificultad. Pero quizá el mismo anhelo de dar a su pensamiento forma acabada e irreprochable, era causa de que fuera aplazando la realización de planes literarios de tiempo atrás acariciados. Y así quedaron en proyecto o a medio hacer importantes estudios.

No es, desgraciadamente, caso raro en Colombia que hombres eminentes, que han acopiado una erudición muy vasta y manejan la pluma con destreza de maestros, lleguen al fin de una larga existencia, sin dejar más que unos pocos trabajos como muestra de todo lo que hubieran podido hacer si su labor escrita

hubiera sido más constante. De talentos de primer orden no quedan sino dos o tres folletos sobre temas de circunstancias. No fue este el caso del señor de Guzmán, pues con sus escritos académicos, aun cuando exiguos en relación con su capacidad intelectual, podría formarse, sin embargo, un hermoso volumen que serviría a los jóvenes como dechado de severo y clásico estilo y de elevado y limpio pensamiento.

Podría creerse que las formas algo arcaicas en que sabía envolver su pensamiento D. Diego Rafael, eran fruto de una penosa y dilatada labor de taracea, semejante a la del artífice que con fragmentos de carey y de marfil reconstruye un mueble antiguo. Pero nada más lejano de la verdad. El señor de Guzmán se empapó desde su niñez en el lenguaje de los clásicos, especialmente de Cervantes; lo convirtió en sustancia propia, y aun hablando familiarmente empleaba sin esfuerzo, de manera espontánea y sencilla, términos que los demás tendríamos que ir a buscar en los textos de la edad de oro. No ofrece, por tanto, su estilo el retorcimiento retórico de que hacía gala en sus discursos académicos D. Patricio de la Escosura. Ni siquiera era aficionado a esos períodos inmensos, llenos de incisos,

que han empleado algunos imitadores modernos del giro de los clásicos.

En este punto el señor de Guzmán fue dando más libertad a su estilo con los años, pues de sus juveniles ensayos novelescos a sus trabajos académicos de la edad madura, hay una diferencia apreciable. Aquellos ensayos son un tributo ofrecido por un levita fervoroso en el altar de la deidad a quien rinde culto. Los llamó *Novelas ejemplares* en homenaje a las creaciones inmortales que Cervantes distinguió con ese singular calificativo; y mezclando recuerdos de estas novelas y de la *Galatea* en que Cervantes, torciendo su vocación, cultivó el género pastoril, compuso las dos curiosas novelitas tituladas *Resignación* y *La Cruz de Mayo*, que merecen estudiarse como textos de lengua, como interesantes adaptaciones del giro cervantino a asuntos nacionales. Porque el autor, abandonando las regiones de la fingida Arcadia o las riberas de un Tajo fantástico, colocó la escena de la *Cruz de Mayo* en las primitivas montañas de Antioquia, y en vez de historias de moros y cristianos, de cautivos y náufragos, dio como fondo a *Resignación* la pintura, muy animada y vigorosa por cierto, de una de nuestras contiendas civiles, tan características de nues-

tra vida nacional en épocas que esperamos no han de volver.

No siempre se logra que armonicen en este género de reconstrucciones literarias el gusto arcaico con el pensamiento y tema modernos; lo cual es de verse aun en el libro cervantino de un tan grande artista de la palabra como fue Juan Montalvo; pero hay que reconocer que empresas de esta clase no están al alcance de todas las plumas, y que para acometerlas se necesita ser, no solamente un buen escritor, sino un arqueólogo de la lengua.

En cierta época de su vida el españolismo del señor de Guzmán llegó a ser tan absorbente, que espiritualmente residía en la villa y corte de Madrid, participando de las juntas académicas, de las sesiones del Parlamento, de las discusiones del Ateneo y aun de los acontecimientos sociales. Le eran familiares las calles de Madrid, y señalaba sin vacilar la residencia de los grandes escritores. Así se explica que le pareciera de tan fácil realización la empresa que dejó apenas iniciada, de escribir desde Bogotá una serie de *Cartas Madrileñas,* con destino al *Repertorio Colombiano.* Al leer la única carta que llegó a publicar, nadie diría que una información tan completa sobre la producción literaria española y sobre

acontecimientos políticos y otros sucesos de actualidad, había sido obtenida por su autor desde Bogotá, de donde él no salió nunca. Esa revista merece conservarse como modelo en su género, pues, como obra de quien es, abunda en datos eruditos y en observaciones literarias de valor permanente. Más adelante tomó afición a las cosas francesas, cambió la *Ilustración Española* por la de París, y más bien que *La Epoca* leyó la *Révue Hebdomadaire.* Se aficionó, sobre todo, al moderno teatro francés, el de Dumas y Augier y de aquellos de sus sucesores que, aun tratando escabrosos temas sociales, han sabido mantener el decoro de la escena. Pero estas constantes lecturas francesas no tiñeron su estilo de la más ligera sombra de galicismo: su armadura clásica era demasiado firme y bien trabada para que diera paso a influencias contrarias, que pudieran llevar un germen morboso a su sana complexión intelectual.

Fue el señor de Guzmán, como tántos otros colombianos ilustres, un discípulo entusiasta de las doctrinas gramaticales y filológicas de D. Andrés Bello, y uno de sus timbres de educador está en haber enseñado por más de un cuarto de siglo, en el venerable Colegio del Rosario, la gramática magistral

del ilustre venezolano, con cabal conocimiento del delicado y profundo análisis del mecanismo del idioma que ella contiene.

Entre los discursos académicos del señor de Guzmán hay dos que sobresalen, por su extensión, por la elegancia de su estilo y la importancia de sus temas. El primero es el que pronunció en la sesión inaugural de 1883, y que tiene por asunto *La novela.* Es una sabia disertación, en que el autor traza los orígenes de la ficción novelesca en las literaturas clásicas, y después de recorrer el ciclo caballeresco, llega a Cervantes, ídolo de sus aficiones literarias. El otro discurso fue pronunciado en 1910, cuando la Academia Colombiana, después de larga interrupción de sus labores, reaparecía ante la Nación para celebrar el centenario de la Independencia. El Secretario de la corporación tendía la vista atrás y hallaba el camino sembrado de tumbas ilustres. Todos los académicos muertos habían sido sus cofrades, sus amigos; alguno había sido su maestro. El dolor del recuerdo avivaba el sentimiento de admiración que le inspiraba esa verdadera *schiera d'immortali* —para emplear la frase de Leopardi—y esas varias emociones se reflejan en los cálidos y vibrantes períodos en que el orador hace el

elogio de cada uno de los que ya no podían responder a la lista académica.

A él también le llegó su turno. Ya no le veremos levantarse, grave y solemne, en medio de las sesiones académicas, para dar lectura a sus bien torneados informes. Ya no oiremos la franca risa con que hacía coro a cualquiera ocurrencia de sus colegas; ni le escucharemos cuando hacía constar, con énfasis infantil, su opinión contraria a las que otros exponían con ánimo de moverlo a contradicción. No se borrará de nosotros el dulce recuerdo de este varón cristiano, noble y justo, archivo del castizo decir, que desde su primera juventud parecía un anciano por la gravedad de su continente procero y que llegó a edad provecta guardando en su corazón la ingenuidad candorosa de un niño. En los últimos veinte años sufrió grandes pesares domésticos, pero los aceptó con cristiana resignación, ahogando, con su serena filosofía práctica, todo brote de ese pesimismo desolador que crece como yerba venenosa, en espíritus mal pertrechados para el sufrimiento. Murió abrazado a la cruz y con la confianza puesta en las eternas esperanzas.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

4 de diciembre—1920.

RESIGNACION

A MI QUERIDÍSIMO MAESTRO Y AMIGO
D. JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

RESIGNACION

Sempre il mal non vien per nuocere.

Al pie de una de las serranías que se desprenden de la Cordillera oriental de los Andes, se dilata un delicioso valle, en que lozanea una vegetación exuberante y vigorosa, con todas las maravillas que la naturaleza ha derramado allí con mano liberal: osténtase, vestido algunas veces de encarnadas flores, el cámbulo que da sombra y frescor a numerosos arbustos multiplicados con profusión, el cual emula en proceridad a la ceiba en que anidan las urracas, y a la palma que apenas puede sustentar sus ponderosos racimos; los riachuelos que vienen de las quiebras de los vecinos montes, cruzan y riegan el valle, y son de agua tan cristalina, que en ella se retrata el nítido azul del cielo, como los muchos y florecidos arbolicos que se acercan a besarlas, perfumando el ambiente, y su murmurio, grave y rumoroso, se une en dulce concierto a las arpadas voces de las avecillas y al ruido de los ramajes acariciados por el viento. Más adelante, en un extremo del valle, está asentada una casería, alegre, limpia y ataviada como una novia puesta de veinticinco alfileres en el día de su desposorio, en mitad de la cual se alza una pequeña iglesia de almenada torrecilla; y las casas agrupadas en orden, siempre recién enlucidas y encerradas por cañales y cercas de árboles frutales, ocultan su sencillez con las plantas trepadoras sembradas alrededor de ellas, todo lo cual hace hermosísima vista. Entre todas aquellas casas hay una cuyo aspecto permite creer que en ella tienen asiento el lujo y la comodidad, y que pertenece a persona rica y principal, porque es de dos pisos, está pintada artísticamente de varios colores, sus vidrios han deslumbrado más de una vez los ojos de los que pasan, y sobre su hermoso portón realzado con adornos arquitectónicos, muchos de ellos churriguerescos, sobresale un antiguo escudo de armas con un león en actitud rampante, y en el cual acaso fincaron orgullo los que allí le estamparon.

Pero si la casería por su aspecto es parte para hechizar al que la conoce, cuánto más no hechiza al que hace conocimiento con sus moradores, que son honrados sobre la misma honradez e hidalgos sobre la misma hidalguía: ni desavenencias que turben su sosiego; ni la enherbolada maledicencia que corroe el seno de la sociedad en que se aposenta; ni la envidia que hinca asqueroso diente en el ajeno crédito; ni el influjo de arteros magnates, que enerva la altivez de los corazones, se acomodan en aquel apacible lugar: antes por el contrario, el señor y el labriego, el poderoso y el pobre labran allí de consuno la patria prosperidad, vinculada no menos en la hacienda que en el humilde pegujar.

La casa del escudo de armas en que hemos detenido la atención pertenecía efectivamente a personas principales: habitaban en ella don Adeodato y doña Cunegunda, ricos en bienes de fortuna, y, en lo que toca a los de naturaleza, no anduvo ésta avara con ellos, que si el buen parecer de los verdes años lo iban perdiendo, no era a tal punto, que no se conservasen algunos dejos de antigua hermosura. Tendría él unos cincuenta años, y ella salvaba los términos de los cuarenta, si ya no era que a usanza femenil los descabalase. El era arrogante sobre modo, y su alma, aleccionada en las adversidades, siempre estaba apercibida a aliviar cualquiera desgracia, a aligerar cualquier dolor, a abrir liberalmente los brazos a quien le buscaba, y libraba su satisfacción en hacer el bien y en evitar el mal; ella, además de su ademán grave y recatado, de que dependía el respeto con que se la miraba, era una mujer nobilísima, que derramaba sus bienes sobre la necesidad, como Dios había derramado encantos sobre ella. Con tales condiciones, ¿qué mucho que se tuviese en precio a estos buenos esposos, y se les considerase como dechado perfecto de virtudes?

Empero, si la fortuna no había puesto tasa a su deleite y regalo, sentían un vacío que no le alcanzarían a colmar todos los tesoros que la diosa ciega lleva en su codiciado cuerno, el cual consistia en que Dios les negara el fruto de su amor, como para que se cumpliera la inflexible ley de que la dicha no puede encontrarse en el mundo terrenal, puesto que es patrimonio que sólo se alcanza en algo más elevado. Con todo esto, ellos, honradores del precepto divino, nunca levantaron queja contra lo que otros habrían calificado de infortunada suerte; antes bien, sumisos se ren-

dían a lo que ordenaba el cielo, considerando que sólo de este modo puede alcanzarse la tranquilidad de ánimo y la fortaleza de espíritu. Así que, aun cuando tuviesen en su interior un secreto vacío que no dejaba de congojarlos de manera que su aliento se trocase más de una vez en suspiros, no daban muestra de la flaca ocasión que los traía a tal término, por lo mismo que su ánimo era fuerte para contrastarla.

Un día de los hermosísimos de la zona intertropical determinaron don Adeodato y doña Cunegunda visitar su casa de placer, a corta distancia de la casería. Apercibiéronse para ello, acomodándose de todo lo necesario para su correría, como solían hacerlo en casos semejantes; y sirviéndoles de mozo de espuelas un antiguo criado, pues lo había sido en la casa, partieron gozosos: el cielo despejado; el sol, que aún no había adelantado en su camino, derramaba sobre la campiña sus dorados cabellos para darla animación, haciendo exhalar a las flores dulcísimo aroma; el refrescado ambiente y el sordo rumor del río que perezosamente corría paralelo al camino, hiriendo las enormes piedras que se le oponían en su lecho; el mugir del ganado en las dehesas que se encontraban al paso; el canto de los trabajadores al derribar árboles añosos para formar tierra labrantía; cada una de estas cosas de por sí era tan amena, y todas juntas tan seductivas, que el compuesto no podía menos que dar ese bienestar que no pocas veces soñamos en la prosaica vida de las ciudades.

Así, montados sobre sendos caballos, caminaban los buenos esposos embebecidos en la consideración de aquel cuadro magnífico que la naturaleza con inimitable mano desenvolvía a sus ojos, mostrando las innumerables bellezas con que liberal nos brinda el Creador, cuando mirando acaso a la vera del camino, toparon, sentado al pie de un árbol, con un niño de hasta edad de cinco años, de cabellos ensortijados, rostro agraciado y noble, cuya tez había robado el color a las rosas que por allí se parecían, y en cuyo ademán se traslucía la dulzura del natural no menos que lo principal de su linaje. Vestía un saquito de paño nacional con pantalones de lo mismo, cubríale la cabeza un sombrero de fieltro, y calzaba zapatos de cordobán un tanto traídos y empolvados, quizás a causa del que había pisado en el camino. Comía en aquella sazón un mendrugo de pan negro, que quizá por condolencia le dieran unos arrieros al pasar.

Movidos a lástima los esposos, se dirigieron al rapazuelo y con voz conmovida le preguntaron qué hacia en tal lugar, y quién le había abandonado, a lo cual dieron por respuesta solamente unas gruesísimas lágrimas seguidas de zollipos, que bien manifestaba cuánta era la amargura de su tierno corazón. Interrogado nuevamente, apenas pudo dar a entender en mal concertadas razones cómo su padre esa noche había sido llevado por unos negros que le amenazaban, y cómo a él le habían sacado del bosque y le habían puesto allí.

Contentóles en todo extremo la gracia del niño, y con el alma lacerada por la miseria de éste, dieron traza y órden cómo le llevara consigo el mozo de espuelas hasta la granja, y ver luégo de averiguar quiénes eran sus padres y dónde paraban, si ya no era que hubiesen sido pábulo a la ferocidad de salteadores, cosa que se les hacía recio creer, pues jamás habían oído decir que los hubiese en aquellos parajes. El niño siguió obediente a su guiador, y los otros su camino, discurriendo en su imaginación cómo habría llegado a tan lamentable estado ese niño, en quien la cortedad de su fortuna se adelantaba a la de sus años.

Como llegaron a la casa de placer, y el niño se hubiese reparado algo de su turbación, inquirieron por su nombre y el de sus padres. Dijo que se llamaba Humberto, y sus padres Perico y Toña, que fue dejarlos tocando tabletas, supuesto que no sabía el nombre y apellido legítimos de sus padres, sino solamente el sobrenombre familiar con que le habían enseñado a llamarlos. Ni tampoco atinó con el del sitio en que vivía, y sólo dijo que su casa era en el Cerro, y que Perico le llevaba con el objeto de hacer una visita a su padrino.

En vista del resultado nada satisfactorio que obtuvieron de las preguntas que habían hecho al rapazuelo, determinaron hacer sabedores del extraño suceso a la autoridad del lugar y comunicarlo con todas las personas que por su condición estuviesen en términos de poder aclararlo por medio de su discreción y consejo; que, si bien desde el mismo punto que lo encontraron, trataron al niño como a su propio hijo, llevaban con pesadumbre el que se hubiese visto expuesto en temprana vida a los embates del desamparo, bien así como leve y preciosa simiente que el viento arroja delante de sí, la cual sólo puede desenvolverse y fructificar si le acoge el seno de la madre tierra.

No tardaron don Adeodato y doña Cunegunda, dada su vuelta por la casa de placer, en ponerse en camino para la casería, a horas en que el bronceado sol de la tarde comunicaba melancólico tinte a los campos, presagiando la venida de la noche.

La cual cerraba a más andar, y las estrellas, que por entonces no eran celadas por el brillo de la luna, se daban prisa por avivar su tímida luz, cuando terminaron el inocente paseo, acompañados de aquel a quien acaso habían salvado de perdurable miseria, el cual iba montado en el cuartago que al efecto le habían aparejado desde la granja para mayor comodidad.

No bien se había apeado don Adeodato, puso en obra punto por punto lo que desde un principio habían determinado: abocóse con el alcalde y demás personas principales del lugar para la aclaración del suceso que tan inquieto le tenía, y todos se apresuraron con solicitud a ejecutar lo que parecía más conveniente: ningún indicio, ni la más ligera vislumbre les dio el hilo que pudiese sacarlos del laberinto de dudas a que se habían dado; y tuvieron por bien creer que quizá los padres por desamor al hijo le abandonaron a Dios y a la ventura, desechándole como pesada carga, y valiéndose de algún lance para ponerlo en efecto.

Y como suele decirse que el trato es engendrador de cariño, don Adeodato y doña Cunegunda le cobraron tal a Humberto, que vino a ser la lumbre de sus ojos y el arrimo de su esperanza; y como acaece que la larga privación del bien apetecido es parte para extremar la satisfacción cuando se alcanza su goce, los nuevos padres de Humberto se holgaban sobremanera con el pensamiento de que, tras continuos anhelos siempre defraudados, les hubiese Dios deparado ese hijo por medios extraordinarios e inesperados. Daban por bien servidos todos los afanes por alcanzar ese término, y sólo pensaron en adelante en guiar a su hijo por el camino de la rectitud y en el temor de Dios, para que algun día fuese útil servidor de la república, tanto como hijo en quien se hermanasen las dotes de la sabiduría y la virtud. Humberto, que a los principios mostraba en sus frecuentes lágrimas la pena de su ternísima alma, se acomodaba a la nueva vida a que le había traído no ya su desventurada sino su dichosa suerte, si es que puede calificarse de tál la que no está vivificada en la infantil edad por el calor del hogar, que apura los afec-

tos. Empero, aunque don Adeodato y doña Cunegunda no cabían de satisfacción con el hallazgo que por ordenación del cielo habían tenido, en veces la minoraba el pensamiento de que había una madre que estaría pagando con lágrimas de sangre la pérdida de un hijo, lo cual les hacía romper en dolorosos suspiros, con que solían exprimir la compasión que los dominaba, y exclamaban: ¡oh desventurada madre, pues sin ventura es la que ve así robados sus más caros afectos por la cruelísima fortuna! ¡Tuvieras esta prenda querida de tus entrañas, y trocáramos el goce que con ella hemos tenido, en punzante torcedor que nos atenacease!

Estas razones daban a conocer bien claro el amor que habían cobrado a Humberto, que igualmente acrecentaba el que se había despertado como por instinto en su corazón. Creció algo más éste, y conforme iba desenvolviéndose su cuerpo, se desenvolvía también su inteligencia, al parecer clara, lo cual hacía que se afirmasen más en la idea de que había nacido de padres en quienes andarían al par el talento y la educación. Asímismo iba mostrando una gallarda disposición, que se aunaba amigablemente con las buenas dotes de su entendimiento.

Había llegado pues la sazón oportuna para facilitarle el paso por la senda de la sabiduría, en la cual tenía andado ya algún tanto, porque sus nuevos padres no habían descuidado el enseñarle a conocer a Dios, y las oraciones que nos brinda la Santa Madre Iglesia para consuelo en nuestra escabrosa vida, sabiendo ellos por propia experiencia, a ley de católicos cristianos, que allí no tienen cabida los nobilísimos afectos y las acciones generosas, donde el temor de Dios y la oración no hacen su oficio.

Habiendo deliberado maduramente sobre cuál habría de ser el género de educación que se hubiese de dar a Humberto, determinaron ponerlo bajo la dirección de un ayo sabio y discreto, que diera por cimiento a su aprendizaje las máximas de una sana moral, sin el cual cimiento toda la fábrica del saber en un punto da en tierra al más leve soplo del mal; observación que habían hecho en muchos que, colmados de conocimientos, como no se sustentasen éstos en los principios de la moral cristiana, se han tornado en instrumentos que acarrean la degradación del individuo, y que refluyen en perjuicio de la sociedad que lo mantiene en su seno.

Escogieron por ayo de Humberto a don Pedro Románez, dómine de una de las ciudades vecinas, y a quien trajeron mediante una paga que de antemano se concertó. Era éste un hombre cuyo aspecto le señalaba la edad de unos cuarenta años, de alta estatura, de buena disposición; tenía larga y negra barba, los ojos asombrados por pobladas cejas, y su vestido humilde como su condición. A tal caballero se confió la delicada tarea de educar a Humberto, quien, como le rayase ya la luz de la razón, se rindió de buen grado a la voluntad de sus padres.

Primeramente abrió don Pedro Románez a Humberto las puertas de la gramática para que por ella entrase al estudio de las ciencias y de las demás artes, porque, observaba don Pedro, los que las estudian no sacan por la mayor parte fruto de ellas, a causa de que, tomando la gramática por cosa de pamema, apenas desfloran sus rudimentos, se dan a entender que pueden seguir fácilmente el curso cuyo remate les ha de otorgar la toga del jurisconsulto o la corona del eclesiástico, y no paran mientes en que el que no es conocedor de las reglas del bien hablar para bien comprender, no será nunca docto jurisconsulto ni sabio eclesiástico, y, como corbata, no será eminente en la profesión que abrazare; fuera de que da muestra de mal nacido y peor criado el que en su hablar no se sujeta a las reglas de la corrección.

Quisieron además los padres que don Pedro enseñase a Humberto las otras artes liberales, en cuyo estudio manifestó éste raras dotes de entendimiento. Tocante a las mecánicas, se pensó que la de guarnicionero le estaba bien, porque, a necesidad, podría sacar ventaja del tráfico que en el país se hacía de guarniciones de caballos y mulas; y aunque hubiese quienes objetaran que el uso de las artes mecánicas no era propio de la gente de calidad, don Pedro, que era hombre de experiencia, notó que por asentir a ese falso principio, muchos que han caído de lo más alto a lo más bajo de la rueda de la fortuna, con la tilde de ciencia que llegaron a adquirir en la elevada educación que se les dio, se han encontrado mano sobre mano, encarados al hambre y al vicio, por donde han de caminar por sus pasos contados a la perdición.

Tal fue el género de educación que don Pedro Románez dio a Humberto, y como a par de sus enseñanzas fuese el ejemplo de las austeras prácticas morales del maestro, el discípulo no defraudó las esperanzas que en él habían fincado sus padres, y terminados sus estudios, volvió don Pedro a la ciudad en que vivía de asiento, dejando en Humberto un corazón preñado de virtudes, y en don Adeodato y doña Cunegunda la profunda gratitud que le habían cobrado por las mercedes que de él habían recibido.

Ya mozo de diez y ocho años, Humberto recibió de sus padres el caudal que éstos le habían señalado para que entrase del todo en todo al tráfico del mundo. Parecióle a Humberto la profesión del comercio la más acomodada a su carácter, y determinó establecer en la casería una tienda de ropa y quincalla, en la cual hizo ganancia considerable.

Para abastecerla hacía viajes periódicos a la capital de la Provincia, adonde también llevaba mercancía para cambiarla por los géneros que para su tienda necesitaba; y entretanto los padres hacían sus veces en los negocios de la casería.

En uno de estos viajes vio y conoció Humberto a una doncella que frisaba con los quince años, y en quien se unían los extremos de la gracia y de la discreción: de airoso y cimbrador talle; de rostro animado por ojos inquietos, más brillantes que los zafiros de sus pendientes, que colgaban a uno y otro lado de sus rútilas crenchas; de pálidas mejillas con graciosos hoyuelos; y de boca sonrosada y pequeña que al abrirse dejaba ver dos hileras que no se sabía si eran de perlas o de marfiles. Aricia, que tal era el nombre de la hermosa doncella, atraía las miradas de todos y cautivaba corazones.

Puso Humberto en esta doncella los ojos, que fue ponerlos en el cielo de su ventura; y al amor que concibió por ella se abrió su alma como el botón que desenvuelve sus hojas al recibir la suavísima gota de rocío.

Era Aricia hija de doña Antonia, viuda respetada por sus canas como por sus infortunios, la cual, acaudalada en un tiempo, tenía apenas un modesto pasar, merced al trabajo asiduo y constante; y no bien supo Humberto las buenas partes de que Aricia estaba dotada, trabó amistad con una y otra, con el bien encaminado propósito de hacer a Aricia dueña de su corazón, la cual por su parte, desde

que fue blanco de las honestas miradas de Humberto, se sintió herida por los agudos dardos del dios alado y juguetón. ¡Ah! ¡cuántas gratas y desconocidas impresiones no recibieron por el acendrado amor, que es la suma de los más tiernos afectos, y cuántos blandos pensamientos no vinieron entonces a su imaginación, que los exaltaba con maravilloso esfuerzo y los enajenaba y movía de manera de creerse ellos poseedores de una suprema felicidad! ¡Oh desapoderado ímpetu del amor, que así sublima los corazones, como coge, al modo de red barredera, todos los consejos de la razón y el buen discurso, extraviándolos hasta el punto de hacerles creer que cercanos al despeño pueden alcanzar el fastigio de la felicidad!

Humberto y Aricia, con todo, no habían logrado comunicarse sus pensamientos para dar vado a los ardores de su amorosa pasión, pero las miradas se habían adelantado a sus razones; que es condición de enamorados pechos, cuando se oponen vallas a la declaración de sus deseos, hacer que los ojos expresen lo que los labios no alcanzan.

Llegó al cabo la ocasión en que Humberto y Aricia pudiesen a solas descubrirse sus enamorados pensamientos, y él, pungido grandemente por la afección en que su alma se abrasaba, la dijo en breves razones : ¡Idolatrada Aricia! y con cuántas veras y no interrumpido anhelo había suspirado por llegar al estado en que nos hallamos! ¡Cómo y es posible que al fin y a la postre, tras las zozobras que origina la consecución del bien que se desea, me encuentre a la sombra de mi acariciada esperanza! Tiempo es ya de quebrantar el silencio que para nuestro penar nos habíamos impuesto, y de que se dé lugar a la declaración de mis honrados deseos, que no son otros que recibir por esposa a la bella Aricia, a cuyas prendas se ha rendido mi voluntad, y cuyas no usadas virtudes han sabido granjear el afecto que bulle en mi pecho. El anhelado *sí* que reciba de tus labios habrá de levantarme de la llaneza de mi condición a la alteza de tu virtud. A esto Aricia respondió : Tus ahincos, Humberto, responden a los míos, y la realización de tus ansias será lo que me ha de traer la ventura. Si yo he sido dueño de tus pensamientos, desde el punto que mi buena estrella ordenó que tú me conocieras, la rareza de tu ingenio y el hechizo de tus prendas avasallaron desde un principio mi alma, que se encontró luégo fuertemente asida a la tuya. Cúmplanse pues nuestras esperanzas, y sea testigo de nuestros es-

ponsales la fe de dos corazones unidos por un vínculo perdurable de amor. Mas para que nuestra unión se ponga en obra a ley de buena razón, es menester que con la brevedad posible solicites tú la venia de tus padres, y yo la de mi madre, pues padre no le tengo; que la bienandanza del matrimonio no se consigue sino mientras los autores de nuestros días no la aseguran con su bendición, pues que se han visto algunos que, faltándoles este requisito, aunque los desposados se hayan amado entrañablemente, han dado en el suelo con la felicidad que habían soñado, lo cual acontece también cuando los padres, llevados del deseo de labrar la felicidad de sus hijos, o ya del de acrecentar su hacienda, los sujetan a un enlace en que no entran por mucho los afectos.

Atónito oyó Humberto las graves razones de Aricia, y si no lo viese por vista de ojos, creyera que no eran sugeridas por su entendimiento. El entonces dijo: Sea en buen hora lo que tu dices en orden al consentimiento que de nuestros padres hemos menester para el matrimonio que ha de santificar nuestro amor.—El día de la celebración de ese casamiento, dijo Aricia a este punto, será fijado por mutuo acuerdo entre nuestros padres, así como el lugar que mejor nos esté para ella.—Vengo gustoso en ello, respondió Humberto, y con tal propósito tengo de partir mañana mismo para Rodamonte, donde ya se alamparán ellos por mi llegada; mas quiero antes hacer partícipe a tu madre de lo que entre los dos queda concertado.

En esto se presentó doña Antonia, madre de Aricia, a quien Humberto dijo: en buena sazón viene usted, que estábamos tratando con Aricia el asunto de nuestro enlace matrimonial, que será consagrado por la bendición de Dios, mediante el beneplácito de usted y el de mis padres. Las buenas partes de Aricia, sustentadas en la virtud, me han determinado a hacer esta solicitación. Bienes de fortuna tengo con los cuales acaso pueda ofrecerla sostén para el peligroso camino de la vida que vamos a emprender; y aunque la alabanza propia acarree vituperio, digo a usted que mi único título para anhelar la posesión de Aricia, es el de honrado de que me acredita el mundo.

Detúvose algunos instantes doña Antonia, y respondió: bendito sea el cielo, que ordena los sucesos conforme a mis votos: nunca desee para mi hija un esposo opulento que la pusiese en estado de lucir frívolos oro-

peles; quédese eso para quienes en su codicia pretenden hacer del matrimonio una mercancía, o para quienes en su protervidad quieren hacerlo descender de la condición de sacramento a la de un contrato de fines terrenales. La virtud en los esposos es el vínculo más estrecho para su común felicidad, y no suele acontecer que ella venga apareada con el caudal, que de ordinario donde sóbre éste falta aquélla. Mas hé aquí que Aricia encuentra con un esposo no menos rico en bienes de la fortuna que en virtudes, en lo cual se ve que las reglas quiebran aun en las cosas más ordinarias. Doy pues mi consentimiento a vuestro amor, y que él sea prenda de la bienandanza de que sois merecedores. Mudóse el color de Humberto y de Aricia; él trocó en gualda las rosas de sus mejillas, y ella su palidez en vivísimo carmín; y después vino doña Antonia en que posteriormente se señalaría, como lo habían pensado los desposados, el día y lugar del proyectado casamiento.

Otro día, aguijado por el deseo de dar noticia a sus padres de lo que tenía en mientes, salió Humberto de la capital de la Provincia, donde dejaba la más cara prenda de su alma, después de despedirse de Aricia, quien con lágrimas en los ojos y tristeza en el corazón, había abrazado muy estrechamente al que en breve sería luz que a tranquilo seguro la llevase.

Obra de doce leguas de camino quebrado y cerril había de la capital a Rodamonte, y el amor, que como que ponía alas a sus pies, o mejor, a los del rucio rodado en que iba caballero, lo determinó a hacerlas en un día, para lo cual era menester forzar el paso de la caballería. Hecha cerca de la mitad del camino, y como el sol lanzase ya derechamente sus rayos, se apeó para sestear, y picando los talones, creyó ser bien henchir la andorga y dar un respiro al caballo, en tanto que el bandullo llenaba.

Sentóse a la sombra de un copudísimo nogal, orillas de un arroyuelo de nítidas y cristalinas aguas, desde donde la vista abarcaba las cumbres de los lejanos montes y donde la amenidad recreaba el ánimo, especial el de los enamorados: aquí se alzaban las guaduas dentro de las cuales el viento producía sonidos semejantes a los de una dulcísima flauta, a cuyos acordes respondía el dulce remecer de sus ramas; allá perfumaban el aire los ramos de la flor del Espíritu Santo, que tersas y blancas como el ampo de la nieve, son vivo emblema de lo que su nombre re-

presenta; acullá, serpeaba perezosamente, al pie de la eminencia, como una lista argentada, el majestuoso río que fertiliza las campiñas que baña, reverdecidas con el pasto que alimenta los ganados, y con las anchas hojas de los platanares; cerca blanqueaba una alquería circundada de naranjos y de limoneros, y animada por el canto de la volatería; y más allá, en lejanía, la ceja de un nevado, nunca hollada por planta humana. Apacentó Humberto la vista en este espectáculo, espacióse en la contemplación de él, y como la soledad sea parte a extremar los afectos, sintió que la llama de su amor se encendía más vivamente, y le producía bienestar y alegría inenarrables.

En esto acertó a pasar un caballero de buen talante, y que por su buena traza en el vestir y el montar, tuvo Humberto por persona de cuenta. Detúvose junto del arroyo, y se apeó para dar un pienso de yerba a su caballería, y avigorarla algún tanto para que se pusiese en disposición de terminar con el día la jornada. No desmintieron los dos viajeros la costumbre tradicional de nuestra patria de venir a conversación cuando se encuentran personas desconocidas en parajes excusados, y Humberto dijo al recién llegado, con tono afable y cortesísimo: ¿A dónde bueno, y que circunstancias traen a usted por tales sitios? A lo cual el otro respondió: Diríjome a la vecina capital a un asunto que es para mí de gran valía, porque voy a cumplir la última voluntad de una persona, a quien estoy obligado por más de un motivo; y de tan lejas tierras vengo, que lo polvoroso de mi vestido, y las fatigas de un largo viaje, que no oculta mi semblante, podrán certificar más que un juramento el valor de mis palabras. En diciendo esto, ambos a dos quitaron los frenos a las caballerías, y les aflojaron las cinchas para que con más espacio pudiesen beber y refrescarse: sacudiéronse en seguida y acudieron gozosas al riachuelo, cuyas aguas convidaban a beber no digo yo a los que después de ardiente sol la desean con ansia, sino a las mismas Nereidas y demás habitantes del reino de Neptuno. Luégo como las alimañas bebieron a sus anchuras, llevadas por tan briosos guiadores arrendáronlas a uno de los higuerones cercanos, y sacando Humberto de las alforjas las provisiones que traía, consistentes en unos zoquetes de pan, un queso de ojo, un pollo y unos huevos cocidos, con unas cuantas botellas del delicioso licor de John Bull, ofreció de ellas con comedimiento a su flamante amigo, quien después de agradecerle aceptó de

buena voluntad, pues por aquellos parajes escaseaban las ventas donde los viandantes pudiesen proveerse de lo indispensable para el sustento, y agregó al fiambre una botella de riquísimo vino y sabrosos bizcochos, todo lo cual pusieron sobre unas hojas de plátano que habían cortado, y a modo de mantel tendieron sobre la verde yerba; y comenzaron a embaular tan de veras, que hubieran excitado la gazuza de los que no la hubieran tenido, la cual como que se les despertó más, discurriendo que, lejos del bullicio de la vida artificial de ciudad, tenían por techo el que formaba la frondosa enramada, y por testigos el turpial que modulaba sus querellas en són de gorjeo, la ardilla que triscaba veloz de un árbol a otro, y el agua que murmuraba dulcemente corriendo por sobre las guijas que le hacían lecho. En este refrigerio Humberto hizo a su novísimo amigo sabedor de su vida y negocios, si bien guardó silencio en punto a sus amores y a su futuro matrimonio; que Humberto tenía «las cuatro eses que necesitan los enamorados: sabio, solo, solícito y secreto.» Juan Cepeda, que este era el nombre del desconocido, animado acaso por los tragos que había menudeado, a todos los cuales hacía Humberto la razón, se espontaneó en estos términos:

—Sepa usted, buen caballero, y de hoy en adelante noble amigo, que Juan Cepeda es mi nombre, y que tengo por patria una de las más notables villas de esta Provincia: mis padres no conservaban árbol genealógico que indicase la nobleza de su linaje, pero en cambio tenían la virtud, que no se transmite con la sangre, y en aquélla quisieron criarme y educarme.

No intento referir a usted las menudencias de una vida como la mía, desprovista de interés, y que por eso mismo fatigaría su atención y embargaría inútilmente el tiempo que necesitamos para continuar nuestro viaje; empero, como usted es joven, y por su buena disposición descubro su buen natural, será bien que le refiera algunos de los altibajos de mi vida, de los cuales pudiera usted sacar experiencia y provechosa lección.

Habiendo adquirido el conocimiento de las primeras letras en la escuela de mi lugar, determinaron mis padres enviarme a uno de los colegios de la capital de la República, donde cursé lo que entonces llamaban *literatura*, contenida toda ella en la gramática castellana de Herranz

y Quiroz, la francesa de Chantreau, la inglesa de Urcullu, la retórica de Blair, y la aritmética de Mora; estudios que hice en dos años, al cabo de los cuales, como cundiesen rumores de un próximo trastorno de la paz pública, mis padres, temerosos de que pudiese yo caer, a pesar de los cuidados de mis maestros, en la recluta que en aquella sazón se hacía para levantar ejércitos, resolvieron sacarme del establecimiento y llevarme nuevamente a San Blas, que este es el nombre de mi patria, donde ellos vivían, y de donde vengo ahora. Todos desaprobaron tal aprehensión, porque conocían que mis padres, que, sólo a instancias de muchos, me habían enviado a la ciudad capital, se asirían de las guedejas que esta ocasión les presentaba para mantenerme a su lado, con perjuicio de mi saber y experiencia. Cierto, ellos se habían mostrado renuentes en ponerme en un colegio, no a causa de que careciesen de la discreción bastante para comprender la estima en que se ha de tener la instrucción, sino porque, conociendo mi carácter pacato y tímido, temían que le vencieran las sugestiones del mal, y en vez de un hombre de provecho sacar uno de malas inclinaciones, que les ocasionaría sinsabores y amarguras. Y no iban fuera de camino: aunque mis maestros con todo empeño y solicitud me vigilasen y doctrinasen, eludía su vigilancia y desoía sus consejos, a instigaciones de las amistades que había contraído, y por las cuales me iba deslizando a la pendiente del vicio; de suerte que a los dos años de aprendizaje, se había operado una completa metamorfosis en mi alma, y en vez de instrucción y buena doctrina, la había colmado de malas pasiones y depravación. Todo esto se ocultaba a mis padres, pues mis superiores deliberadamente no habían querido hacerlos partícipes de ello, esperando que a poder de exhortaciones y ruegos, fuese entrando yo en razón, y se alcanzase así mi reforma; más ¡ay! que el vicio es impetuosísima corriente que nos arrastra, y no se detiene hasta que no ha dado con nosotros en un golfo de desdichas.

Volví pues al lugar de mi nacimiento, con las necesidades que la molicie me había criado, con el corazón lleno de malicia, y sabiendo apenas vestirme como atildado mancebo.

Notaron mis padres desde luégo el cambio moral efectuado en mí, y dentro de sí baldonaron a los que con sanas intenciones los habían reducido a deshacerse de su hijo, a trueque de la esperanza propincua del bien que yo había de recibir.

Como la vida lugareña sea campo abierto al desenvolvimiento de los vicios, híceme mozo de mala yacija, y aborrecedor del trabajo, no tuve más ocupación que la de holgar con mis amigos, divertirme en jiras, pelar la pava, andar de bardanza dándome un filo a la lengua, y barzoneando por último en el fandango y la pavana.

Mi madre, siempre bondadosa—¿ una madre cuándo no lo fue?—me llamaba a solas, y me decía enternecida: ¡cómo que es posible que tú andes a la briba con escándalo de los vecinos, para darnos en qué merecer! ¿De tal manera pagas a tu padre las inquietudes en que de continuo ha vivido todo este tiempo, procurando labrar tu dicha? Cuando nosotros creíamos que a la hora de ahora habrías de ser amparo y consuelo de nuestra vejez, llegamos a términos de ver en ti un mozo desenvuelto, cuyas liviandades han llegado ya a oídos de aquellos a quienes estás obligado por respeto y por afecto. Entra en razón, hijo mío, y si mis canas no son bastante ruego para moverte, siquiera te mueva el cariño de una madre, que no podrá vivir sino por la honra de su hijo. Así vivas siempre venturoso y se ahuyenten de ti las desdichas anexas a la humana vida, que mis consejos y advertimientos encuentren cabida en tu corazón, antes depravado por el artificio que por la naturaleza.

Las reflexiones de mi padre no eran menos afectuosas, aunque fuesen más severas y acompañadas de ceño; y a unas y a otras callaba yo, conociendo el peso de la verdad que cargaba sobre mí, pero era dar voces al viento hablar a un corazón empedernido, y débil para enderezar al camino que guía al sosiego. Viendo mis padres que era pedir cotufas en el golfo obtener mi mejora, me escatimaron de todo en todo el dinero, para de esta manera quitar ocasiones al vicio, que el dinero es a las veces poderoso incentivo para fomentarle; y yo a esta sazón, apretado por la desesperación en que me encontraba, y dando rienda suelta a mis inclinaciones, me di a andar con gente de seguida, por los despoblados, pillando aquí, amenazando allí, y por dondequiera causando espanto en los moradores de la comarca, o bien, en los ratos de ocio que semejante oficio me dejaba, enfrascábame en la lectura, a que desde el colegio había sido aficionado, de *El Secreto de Roma*, *Los Misterios de París*, *El Judío Errante*, *Las Ruinas de Palmira*, y en suma, todas las obras de este jaez que me llegaban a las manos.

Un dia aconteció que, a eso de las seis de la tarde, mis compañeros resolvieron acometer a un caballero que por su apostura juzgaron por hombre de gran cuenta, el cual llevaba en el arzón delantero de la silla a un niño de poco más de tres años. Hiciéronlos apear, con intento de abandonar al niño a su suerte entre unas intrincadas selvas que cerca quedaban, pues lo tenían a obstáculo para sus propósitos. Sobrepúsose en mí, acordándome una vez siquiera de las advertencias sabias de mi madre, la compasión a mis malos instintos, y desde aquel punto, viendo que ni la misma inocencia se libraba de ser pasto de su codicia, determiné despartirme de aquella mesnada de inicuos sin decirles palabra, y salvar así a aquel niño del desastrado fin de perecer de hambre, o por las zarpas de alguna bestia feroz, o por la ponzoña de los reptiles. Así, mientras que ellos se encaminaban a internarse en el riñón del bosque con el objeto de poner al viajero a cuestión de tormento porque les entregase todo su caudal, me apoderé del niño y dando de los calcaños a mi caballería, embestí de estampía y no paré hasta que no me consideré libre de la persecución que temía hubiesen puesto en efecto aquellos a quienes ya consideraba como mis contrarios, sospechosos acaso de que yo los descubriera a la autoridad. Hube de andar esa noche obra de nueve leguas; mas, como imaginase que el niño salvado sería para mi un estorbo, tuve por bien, ya al reír el alba, dándole un mendrugo de pan, dejarlo a la vera de un camino, cerca de los alrededores de una bellísima casería, confiando en que la pública caridad se condoliera del párvulo arrojado al acaso en el mundo; y luégo al punto me alejé de aquel sitio para no dar lugar a sospecha alguna, con determinación de volver a mis padres, que no se daban punto de reposo lamentando mi desventura, y los cuales esperaba yo tuviesen los brazos abiertos para recibirme.

A esta relación había estado atentísimo Humberto, y así como llegó el relator a la última parte, no pudo vencer la turbación, y gruesas lágrimas asomaron por sus ojos, bien como dominado por hondo pesar. Arrimólas Juan Cepeda a la extrema pesadumbre, nacida de alma sensible, que hacía por su malaventurada estrella, y le dijo: En un mancebo de su condición y brío bien parece la ternura, y alabo en gran manera el dolor que saltea a usted al verme por mal seguros y peligrosos caminos. Prenda es ésta que estimo en alto grado y que habré de retribuír con gratitud.

A estas razones no sabía qué responder Humberto, quien dijo con voz desmayada: Ciertamente causan pesadumbre sus locos extravíos; pero aunque eso sea, quiero ahincadamente la continuación de sus aventuras, que ellas habrán de ser severas lecciones para el discurso de mi vida.

Ya habréis discurrido que Humberto veía en las últimas razones de Juan Cepeda algo que le interesaba íntimamente, algo como un reflejo de su vida o como una parte de la suya propia; pues si bien sus discretos padres le habían ocultado su infeliz origen, su buen ayo, don Pedro Románez, le había referido por menudo, en el seno de la confianza, cómo había venido él a ser hijo de don Adeodato y doña Cunegunda. Con todo, no se convencía de que fuese a él mismo a quien Cepeda se refería en su relato, y determinó remitir al tiempo la aclaración del enmarañado suceso, para lo cual pensó que el mejor medio era cultivar en adelante la amistad de aquel con quien tan buenas migas estaba haciendo.

—No traje a ejecución, continuó Cepeda, el pensamiento de restituírme a mis padres, por la vergüenza de que ellos viesen en mi frente la infamia, y pudiese esto abreviar sus ya cansados años, y pensé que lo que por el pronto convenía era esperar a que la injuria de los tiempos la borrase.

Vino por aquella sazón la revolución de 1860, que trajo días luctuosos a la patria, y yo anhelando ahogar el recuerdo de mi vida libre en la azarosa de los campamentos, asenté por soldado en un batallón de los que formaban la 1.ª división de uno de los bandos beligerantes, que se hallaba acantonado en el cerro de los Madroños. Una buena mujer en cuya casa de campo había alojado después del ingrato suceso que movió a usted a lástima, compadeciéndose de mi mala ventura en haber sentado plaza en lo más crudo de la guerra, me echó al cuello un escapulario de la Virgen del Carmen para que, mediante la fe, me preservase de los peligros a que me pusiera; merced que no pude menos de agradecerla, porque, comoquiera que mis depravados compañeros y mis predilectas lecturas me hubiesen avillanado hasta el punto de alardear de blasfemo, con todo, quedaba algún resquicio en mi pecho en que se albergaba un resto de esa fe con que mi madre me formó, y sin la cual no es dado encontrar con el consuelo cuando se busca; y aunque la licencia y el desenfreno fuesen en mí accidentes inseparables, ocasiones ha-

bía en que lograba sobrepujarlos, arrastrado por el influjo de las buenas ideas que en mi primera juventud se me inculcaron, las cuales no habían podido erradicar las que, serpientes emponzoñadas, creara el mal para devorar mi seno.

Salía yo pues a campaña por primera vez, y rendí gustoso mi voluntad a la severa disciplina del soldado, en trueco de dar con el término de mis males, ya que la rígida conciencia me daba en rostro con ellos. Mis conmilitones, por su parte, no me miraban mal, y la melancolía que mi semblante dejaba adivinar como que los movía a piedad.

El día siguiente al en que asenté por miliciano, levantó sus reales el ejército, y al cabo de tres días de marchas forzadas, fue a acampar en la cuchilla del Manzanillo, sitio inexpugnable de que los contrarios intentaban apoderarse, lo cual con nuestra presta diligencia estorbamos. Cosa de cinco días se emplearon en reparar las fatigas y hambres sufridas en el discurso del camino, faltos de bastimentos y de abrigos en una región desierta y fría. En este entretanto ocupó el enemigo las cumbres de San Pablo, y allí sentó sus pabellones, en tanto que resolvía acometernos.

Bien transcurrirían ocho días, cuando tomamos voz de que los tercios enemigos con toda diligencia se apercibían a traer a ejecución una acometida en uno de los venideros días.

¡Ah! nunca se me caerá de la memoria el recuerdo de la víspera de la batalla, en que lavaron con sangre su odio los dos partidos, hijos de una común patria: los caudillos bajo una lujosa tienda de campaña, bebían delicioso vino de Jerez, en tanto que platicaban sobre las condiciones favorables del terreno en que habían de campear; sobre el modo como había de jugar la artillería a la garganta de un monte; sobre el orden en que convendría se pusiesen ciertos escuadrones para contrastar la acometida; sobre la buena calidad de las fortificaciones para que no fuesen batidas en ruina, y cuya defensa se había encomendado a briosos y valientes capitanes; sobre la infantería de vanguardia, compuesta de lo más florido de los milicianos, y en fin, sobre el plan de batalla más seguro para coronar con buen suceso la empresa destinada a ofrecer públicas libertades a la Nación. Veíase a otros, sentados sobre la verde yerba, encanecidos en el fragor de los combates, recordando en el humo de aromosos cigarros, aquellos

tiempos en que la patria hacía héroes, cuyas hazañas envidiarían Atenas y Esparta, las cuales quedaran atónitas, si presenciasen las de Bárbula y San Mateo; o bien la pacífica vida de los ciudadanos, a la sazón que la discordia no había sido osada de arrojar su malhadado cuelmo entre hermanos, y con él los odios que ensangrentasen el patrio suelo. Más adelante, en festiva algazara, aligerando sus tristezas, cantaban al són de rústicos instrumentos sentidas coplas que les recordaban las dulzuras de la alcaría, o la caza del ciervo cuando al caer la tarde corre de alcor en alcor a recibir los tibios rayos del sol que hacen amarillecer la campiña. Asímismo otros, más desmedrados, alejaban de su imaginación el pensamiento de que acaso el venidero día, serían despojo a la embestida de los enemigos, rasgueando una guitarra, y entonando endechas populares que los transportaban a los jaleos con que solían celebrar las fiestas de nochebuena y de San Juan; o tendidos en el suelo, discurrían en su mente por lo que su corta fortuna les habría de deparar en la lid a que se aprestaban; u otros en fin, paseábanse con grave ademán y pausado continente, disputando con ahinco sobre el reparto del botín el día en que, triunfantes, entrasen a saco la capital en medio de los ayes de los vencidos.

Vino la noche tenebrosa y horrible; el campo en mudo silencio abultaba los objetos, dábales terribles formas, y presentaba a la mente espectros terríficos de muerte y desconsuelo: bajo los pabellones entregaban unos los cuerpos al reposo, pero no la imaginación, que vagaba en desatino por una corriente de locos pensamientos; sobre un lecho de hojas de frailejón los menos cuidadosos dormían profundamente, reparándose de la faena del día; los centinelas se cruzaban vigilantes la voz de alerta; daban luégo en los oídos las espuelas y el ruido del caballo del jinete que recorría el campo para prevenir un asalto; sentíase el ludir de las armas, anunciando relevo de guardia, y el pavoroso *¿Quién vive?* más solemne cuanto más en silencio se daba. ¡Terrible era por cierto aquel reposo, en que todo estaba tranquilo sino el corazón del soldado! Y en medio de ese propio reposo salteaban mi alma en un mismo grado el temor y la compasión, al reflexionar que otro día lloraría una viuda a su esposo, que dejara en orfandad a los pedazos de su corazón, los cuales gemirían hambrientos sin que persona respondiese a sus clamores; o una madre, por la pérdida del hijo en quien cifró su gozo

y su esperanza, sin que nadie acudiese a enjugar su llanto; o el que buscaría a la víctima que estuvo con él a un mismo seno; o el servidor de la República porque, mutilado, queda en adelante en incapacidad de ofrecer pan en abundancia a sus hijos; y en ese cuadro parecíame ver la imagen de la patria, derramando lágrimas a manta por la ruina y quebranto de sus hijos. ¡Mal haya la guerra fratricida, que siembra odio para cosechar duelo y lloro! ¡Caigan las maldiciones del cielo sobre el que, desacordado y protervo, fue bastante cruel para ensangrentar el suelo de la madre común! ¡Oh aciago día en que mi malaventurada suerte me indujo a cambiar la rama de oliva por el laurel de Marte! Así discurría yo aquella noche de imperecedera recordación, en la cual ya, aleccionándome la mudanza, las conmociones de la guerra habían aminorando las pasiones que a ella me condujeron; y ya iba sintiendo mi alma dispuesta para el bien, al cual acaso llegaría a un impulso o a un llamamiento.

La animación de la naturaleza anunció que empezaba a clarear, y la venida del sol, que había de alumbrar escenas de exterminio y de llanto. Los dos ejércitos, hermanos en el patrio amor y enemigos en las lides, iban a pugnar en reñida batalla. En casi todos los semblantes se veía pintado el entusiasmo por combatir, el ardor por el vencer. Con todo eso, un secreto pavor dominaba todos los corazones; la tardanza en el pelear era acicate al brío que de antemano se mostraba bien claro, y el furor como que prestaba alas a su esfuerzo.

Poco más del mediodía sería cuando los contrarios se movieron para embestir nuestra hueste, la cual no veía la hora en que se rompiesen los fuegos, como tampoco, con la valentía que los cegaba, el grave peligro a que se ponían. Comenzó en breve por el ala izquierda la refriega, y una rociada de fusilería enemiga anunció que era tiempo de que respondiesen los nuéstros a ella, lo cual hicieron con no menos ardimiento. Muy luégo, frontero de mi batallón, apareció un cuerpo volante de los tercios enemigos, el cual arremetió con tal coraje y denuedo, que, aunque resistieran con el mismo valor mis compañeros, hicieron riza en ellos.

Las descargas por los demás lados iban hiriendo en nuestros oídos a medida que menudeaban, hasta que al cabo el estruendo era tanto, que no hubo pausa ni espacio en que cesara. El toque de las guerreras músicas, las cornetas y el áspero atambor, el relinchar de los fogosos caballos, el humo que en breve encapotó los aires, el brillar de las espadas y de las lanzas, los dolientes ayes de los heridos, los suspiros de los moribundos, la sangre que corría a torrentes, los gritos de éstos, las imprecaciones de aquéllos, convirtieron luégo las deleitosas campiñas en campo de Agramante, donde caían tendidos, de pasto a la metralla, los más esforzados paladines de ambos ejércitos, los cuales en su desesperación, al arrancárseles el alma lanzaban semejantes exclamaciones: ¡Fuera bastante a aplacar la cólera del cielo esta sangre vertida impíamente, y cerrara por siempre la época de las revueltas, para no hacer derramar lágrimas a deudos infortunados, ni lacerar el corazón de inocentes víctimas! ¡Mil veces se diese en tierra con lo que se llaman derechos populares y públicas libertades, antes que envolver la patria en sudario inicuo empapado en la sangre de sus hijos!

Con la confusión del batallar y con la densa humareda no supimos por el pronto si la suerte iba siendo propicia a las banderas debajo de las cuales militábamos: tan sólo pudimos notar que el adversario cobraba cada vez más brío, hasta el punto de arrollarnos y perseguirnos un gran trecho, y de cierto nos hicieran sus prisioneros, a no haber hecho cara el que mandaba mi batallón a una manga enemiga que acometía a bayoneta, la cual un punto fue de vencida. Con todo eso, a una voz de su comandante, cerraron de nuevo contra nosotros; cayó el nuéstro, y luégo al punto cundió el desaliento en el batallón, que retrocedió haciendo fuego en desorden. Hasta aquí fui testigo de aquella encarnizada contienda, porque en tal término una bala me dio en el muslo, caí y comencé a arrojar a borbotones sangre por la herida, sin que pudieran tomarla los apósitos que yo mismo preparé con las sustancias que llevaba conmigo. A poco me vino un desmayo, y perdí el conocimiento, porque la irritación causada por la herida fue tal, que una intensa fiebre me tuvo postrado cuatro o más días. Cuando volví en mi acuerdo, me encontré en el hospital de sangre del enemigo, en cuyas manos, según se me dijo, caí, por la de una de esas mujeres abnegadas, que con el humilde título de cantineras, dividen con sus esposos los

peligros pero no las palmas de la victoria, les preparan el sustento, les suministran abrigo, les remueven las dificultades, los alivian si caen heridos, los riegan con sus lágrimas el día que rinden su vida por una causa que no conocen, y ponen una cruz sobre su sepultura cuando dan el último vale. Una de estas mujeres, como viese que me confundían con los muertos al hacinarlos en un carro para sepultarles, y hubiese notado en mí señales de vida, lo advirtió así a los enterradores, y con uno de ellos me trasladó a la primera ambulancia que encontraron. Supe además allí que el éxito de la batalla no había sido decisivo para ninguno de los contendientes, y que las hostilidades continuarían tan luégo como pasase el término de un armisticio que se había pactado, a causa de haber sido la batalla por todo extremo sangrienta.

Vista la suma debilidad en que había quedado, concediéronme la libertad, a condición de que me alejase cuanto fuera posible del teatro de la guerra. Vine en ello gustoso, y me retiré al riñón de una fragosa selva, donde un antiguo compañero llamado Sempronio guardaba unos rebaños de ovejas, y haciendo propósito de no volver a tomar las armas ni por lumbre, resolví reprimir mi carácter levantisco, y en vez de guitonear y andar a la que salta, tomar asiento en un lugar o manejar antes el arado o el recio azadón, granjeando la voluntad de Ceres, que debía de estar reñida conmigo por haber cortejado a Palas.

Hice a Sempronio menuda relación de las últimas cuitas y altibajos de mi vida, y él, condolido, acogióme bondadosamente y me agasajó de buen grado, ofreciéndome su rústico albergue, donde pasé muchos días, atormentado por las reminiscencias de la pasada vida, las cuales se habían convertido para mi en aflicción y congoja, una vez que había visto la pendiente por la cual resbalaba a un báratro de miseria, y había retrocedido espantado.

Tomé consejo con Sempronio para buscar el lenitivo de mis males, el cual fue de parecer, experimentado como estaba en la virtud y la discreción, que el solo remedio que a mis penas convenía era acudir a un sacerdote, y en el santo sacramento de la penitencia comunicar con él los remordimientos que traían conturbada mi alma; que la confesión sirve a zarandar las pasiones, y a apartar todo lo que puede empecer a su pureza. Vine con el dictamen de Sempronio, y con solicitud, y después de agradecerle su buen acogimiento y sus advertencias, partí a realizar mi pensamiento.

Dirigíme al pueblo de La Pradera, a diez leguas de la villa en que vi por primera vez la luz del día, y encontré con un eclesiástico, cuya fisonomía, si bien no estaba aún blanqueada por las canas, infundía respeto, y cuyas virtudes hacían felices a sus feligreses. La confesión fue prolija y fervorosa; se me dio el pan de los fuertes; mis amarguras cedieron a la virtud que sentía penetrar en mi alma, y al contacto de aquélla la pestilencia del pecado huyó a toda prisa.

Vuelto pues como de muerte a vida, no me faltaba por hacer sino, nuevo hijo pródigo, volver a casa de mis padres, postrármeles, y pedirles perdón por mis desavíos. Hícelo así, diéronme su bendición, y tuve la dicha de traer a sus últimos días el gozo y el contento, que sucedió a los lamentos a que los habían reducido mis desgracias.

Desde aquel tiempo que, por la cuenta, hace nueve años, no he tornado a separarme del hogar en que nací, ni a reincidir en mis desvíos primeros, y he perseverado en el bien, aplicándome a menudo lo que sirvió de cura a mis males.

Cuatro años há murió mi madre en el seno del Señor bendiciendo a su esposo y a Juan su hijo, que perdió en ella la mitad de su vida; y dos meses há falleció mi padre de la misma manera, con lo cual quedé por heredero de todos sus bienes, menos el sexto de ellos, que me previno lo entregase religiosamente a una hermana mayor suya, que no conozco y que vive al presente en la capital de la Provincia, la cual de algunos años acá ha tenido infortunios tántos, que ni el entendimiento puede discurrirlos, ni son para contarse en tan breve espacio de tiempo, y los cuales la han traído al infausto estado de que la conmiseración pública tenga que mirar por ella y sus hijos, la cual a lo que entiendo ha sido grande en extremo, pues les ha proporcionado el sustento, no dejándolas carecer de trabajo a que se dan con tesón y constancia. Sorpresa y mucha ha de causarles mi llegada, y la dádiva que les voy a hacer han de considerarla como recompensa que el cielo les envía, tanto más merecida cuanto han sacado fortaleza de la flaca desgracia.

Voy pues a corresponder a la última voluntad de mi caro padre, y doy por bien servidos la molestia y afán que el viaje haya podido traerme, por haber topado con la buena amistad de un caballero de tan excelentes partes, y de haber hecho camarada con él siquiera por un corto espacio de tiempo.

Con esto, haciéndose mutuamente nuevos ofrecimientos, se despidieron con cariño de antiguos amigos, y teniendo a punto sus caballos, partieron en dirección contraria, Juan Cepeda, sin apartar de la imaginación tan gallarda apostura de Humberto, y éste, conmovido extremadamente por la parte del relato que parecía atañerle.

Era la hora del anochecer cuando llegó Humberto a sus lares, y como la mirada y el rostro descubran lo que pasa en lo recóndito del corazón, don Adeodato y doña Cunegunda, después del abrazo ordinario, conocieron las violentas impresiones que Humberto había experimentado; y ella con tono de habla suavísima le dijo: No me ocultes tus pesadumbres ni quieras en secreto devorarlas, que los disgustos suelen amenguar cuando su causa recibe baldón de aquel a quien se comunican. No calles lo que pueda haberte sucedido, y con esto acibares el gozo que tus padres han recibido con tu regreso. A lo que don Adeodato agregó: Hábla, y que tus razones disipen la perplejidad que nos traes con lo que en tu ademán se trasluce.

—La fatiga del largo viaje y no interrumpido camino, dijo a esta sazón Humberto, acaso ha mudado mi semblante, y si en él se manifiesta el sufrimiento de alguna pasión, no es ésta de manera de poder inquietaros, ni menos apesadumbraros. Es el caso que la corriente del amor me lleva tras sí todos los pensamientos, y esto naturalmente también habrá ajado mi semblante hasta el punto de que pueda pareceros maganto; y ya que hablo de amor, fuerza será que descorra el velo y que os diga que lo he concebido con vehemencia por una doncella a cuyo mérito no pongo precio por no agraviarlo. Humilde, modesta y recatada, no pisa la alfombra del poderoso, ni sigue otros dictados que los de la virtud, y los quehaceres domésticos son su más ordinario entretenimiento, sin olvidar un punto el estrecho cumplimiento de sus deberes religiosos, el cual hace de la mujer preciadísimo tesoro.

—Teniendo esa doncella semejantes cualidades, dijo doña Cunegunda, no se ha de decir que cifra su orgullo en la mayor variedad de trajes que gaste, ni en traer una cuarta más de cola que su vecina doña Petra, ni en cargar la cabeza de feos adeliños y ataviarse de angaripolas, como lo estilan las doncellas del día, en lo cual los padres tienen

mucha parte, dado que fomentan en sus hijas el lujo, que suele llevarse de calles no sólo la riqueza sino también a veces la honra; doncellas tan frívolas y superficiales, que hacen punto de no coger la costura y el bordado, y no haber puesto sus manos, ni por semejas, en la espetera de su cocina, lo cual va fuera de los términos de toda buena razón; y siendo discreta, habrá sabido desconcertar a los que, no embarbecidos aún, con carocas y lagoterías hombrean requiriendo de amores a las damas, y haciéndolas perder de su decoro con no poca frecuencia. Alabo, pues, tu acierto en escoger una esposa tal, y no vacilo en dar mi consentimiento a un enlace que sobre fecundo ha de traer creces a nuestra reducida familia: siempre anhelé que Dios te concediera una esposa pobre y humilde antes que una rica y soberbia; que la humildad y la pobreza cristianas son como ferrada puerta que se cierra a los amagos del vicio; y puesto caso que se hayan cumplido mis ansias, pronta estoy a bendecirte cuando tu padre te otorgue la suya.

—A este punto don Adeodato, con muestra de alborozo, le dijo: Apresúrate a recibir, con la de tu madre, mi bendición para tan bienhadado himeneo, supuesto que, oyendo los documentos de una sana razón, hayas sabido escoger por esposa una dama en quien vayan apareados la virtud con el buen entendimiento. Salga en buen punto de ese casamiento una prole que sea honra de sus padres, como tú lo has sido de los tuyos; y que la discordia no ahelee el contento de tu casa en los días que Dios fuere servido de concederte. Besó Humberto las manos que le bendecían, y enternecido por lo que le pasaba, apenas tuvo para responder sino entrecortadas razones, que dejaban ver cuánta era la gratitud que en su pecho nacía.

A vosotros os está señalar, agregó Humberto, y a mí el aceptar, según lo concertado con Aricia, que este es el nombre de mi bella desposada, y con su madre, que es lo que tiene en el mundo, el día y el lugar que convenga a la celebración de mi enlace.

Don Adeodato fue de parecer que lo más puesto en razón era que ellos se dirigiesen a la capital de la Provincia para que allí sellase perdurablemente la religión el amor de su hijo, lo cual habría de efectuarse de allí a treinta días, y doña Cunegunda defirió en un todo a lo que don Adeodato había determinado. Refirióles en seguida Humberto otras menudencias relativas a la familia de Aricia, y

cómo tenía grabada en el alma la idea de que se pondría en término de aclarar la aventura que en día aciago lo había privado del calor del regazo de su madre, la cual le había sido comunicado por don Pedro Románez, de lo que naturalmente se sobresaltaron aquéllos un tanto; empero, juzgando fuera de toda razón el que pudiera llegarse a la averiguación de tan extraño hecho, hicieron donaire de ello, y lamentaron una vez más el oscuro origen de su querido Humberto, el cual se dio prisa a hacer sabedora a Aricia por medio de una carta misiva, del buen éxito en lo que había solicitado, y de cómo se había resuelto celebrar su proyectado matrimonio.

Preparados los bártulos, pusiéronse en camino, según su propósito, don Adeodato, doña Cunegunda y Humberto, con alguna servidumbre, que conducía los preparativos para las bodas, y al cabo de dos días de molesto viaje por los ardores del sol que recio picaba por entonces, llegaron a la cabecera de la Provincia, donde alojaron en el mesón principal, pues don Adeodato ni doña Cunegunda quisieron apearse en casa de Aricia, considerando la estrecheza en que, pobres como eran, debían de vivir; aunque allí los esperaban, y los habrían acogido con buen ánimo, que es condición de pobres principales la llaneza y cordialidad en el trato. No se había apeado Humberto, cuando se fue desalado a ver a su dama, hecho lo cual vino al mesón con ella, doña Antonia y Librada, la otra hija de ésta. Tierno fue el encuentro de las dos familias, y conmovedoras las afectuosas y ya familiares pláticas que tuvieron. Con gran sorpresa y alborozo para Humberto, anunció doña Antonia que todo estaba concertado con el cura del lugar para el casamiento, el cual se efectuaría el venidero día junto con el de Librada y Juan Cepeda, a quien debían beneficios tales, que sólo habían podido pagar con la mano de aquélla.

—¡Cuerpo de mí! exclamó Humberto, que Juan Cepeda es grande amigo mío, y tan grande, que su vida y aventuras me han servido todo este tiempo de profunda reflexión, y cuando fuese sólo por verle, habría sobrellevado de gana las fatigas del largo y penoso viaje que he hecho.—Juan Cepeda, dijo a este punto doña Antonia, no se holgó menos en saber que usted era el futuro esposo de Aricia, con ocasión de lo cual nos refirió por menor la extraña manera con que trabaron relaciones, y el especial cariño que luégo ha cobrado por usted; y añadió que deseaba se le

ocultase hasta el último instante la noticia de su casamiento con Librada, para que con la satisfacción y regocijo que éste le causara, se aumentase la complacencia que usted en el suyo tuviera; pero como no sería bien que yo celase a ustedes lo que ya he considerado como imperioso deber declararles, me he visto obligada a anticiparles tamaña sorpresa.

Aquí, renovando afectos y abrazos, se retiró la familia de Aricia a apercibirse para las bodas que otro día habían de celebrarse; y Humberto fue a estar con su amigo Juan Cepeda, y a gozarse con él en el pensamiento de su futura felicidad. Encontráronse, se abrazaron apretadamente, y ni uno ni otro acababa de convencerse si era cierto aquello mismo de que estaban seguros. Humberto en breves razones contó a Cepeda cómo se había hecho ya sabedor de lo que bien intencionadamente se había esforzado él en ocultarle por algunas horas; a lo cual respondió Cepeda que ya había presumido que a doña María, que era comunicativa además, no se le cocería el pan en el seno por adelantarle la sorpresa que él le preparaba. Departieron largamente los dos amigos, que ya se miraban uno a otro como hermanos, sobre lo que hace la verdadera dicha, y los caminos al parecer sobrenaturales, por los que entrambos a dos habían llegado a un mismo punto, como también sobre el vínculo que por deber y por afecto en adelante los ligaba; y, concordando con los deseos de doña María, quedaron en que el paraninfo de la boda de Humberto sería Juan Cepeda, y esotro el de la de éste, con lo cual tornaron a abrazarse y fueron a rendir el cuerpo al sueño, que con las impresiones del día tenía más disposición para él que para otra cosa, aunque sea dolencia común en los novios no cerrar los ojos en la noche víspera de sus bodas, ocupado el ánimo de la idea de que ese lazo perdurable va a decidir de su futura suerte.

Amaneció el día tan alegre y risueño como lo estaban los discretísimos amantes, que ya frisaban con el término de sus ansias, dando principio a la realización de sus esperanzas.

La casa de doña María, sin esa lauta esplendidez de las de los poderosos, estaba primorosamente adornada de las flores con que la próvida naturaleza nos regala, las

cuales en forma de ramilletes, festones y guirnaldas, contentaban la vista y halagaban con su grato perfume. El menaje de la sala, que estaba recién enjalbegada, se componía de tres canapés forrados en damasco amarillo, una docena de taburetes de guadamacil, tres mesitas barnizadas, con sendos espejos, y cuatro cuadros con vidriera, que colgaban en la pared, y que representaban escenas de la novela del *Curioso Impertinente*. Este era el menaje ordinario de aquella casa, y para la boda tan sólo se había agregado el adorno de las flores, y algunos otros sencillísimos para vestir las mesas; y este era también el lugar en que enajenados iban Humberto y Cepeda a recibir de sus damas el sí que había de dar remate a su ventura, o principio a nuevas desdichas, para presenciar lo cual juntáronse don Adeodato y doña Cunegunda y acompañamiento de algunos amigos de doña Antonia.

Pronto llegó el sacerdote que había de efectuar la nupcial ceremonia; mas antes de que esto se hiciera, llamó doña Antonia aparte a don Adeodato, doña Cunegunda, Aricia, Librada, Humberto y Cepeda, los cuales solícitos acudieron a doña María, quien soltó la voz en tales razones:

—Antes que la religión corone el amor de Aricia y Librada, he de daros cuenta, para no proceder subrepticiamente, de varios sucesos que son anexos a nuestra familia, y que pueden interesaros.

Aunque nacida de padres pobres y de humilde linaje, mi buena estrella quiso darme por esposo en la apartada aldea del Limonar, donde corrieron mis verdes años, a un caballero, noble por sus prendas, y rico por su caudal, y cuyo nombre era Pedro del Roble, respetado por todos los que le conocían. Fuimos dichosos en nuestro matrimonio, en el cual tuvimos dos hijos, José y Librada, de los cuales sólo ella está de presente, pues José ah!.... (aun me embarga la voz el sentimiento), murió en las zarpas de algún animal feroz o acaso, todavía peor, en las de la cruel hambre. En esto comenzaron a correrle unas lágrimas que bien decían cuánto era su padecimiento y angustia, el cual se comunicó luégo a los que la escuchaban, como para que no faltara acíbar a la dulzura de la boda. Un momento estuvo suspensa doña María, y repuesta algún tanto de su turbación, continuó: Mi marido don Pedro había sido instado repetidas veces por don Hernando Alvarez, padrino de José, a pasar algunos días en su hacienda del *Cedrón*, distante del Limonar unas seis leguas

por camino no trajinado. Un día, que amaneció para mi menguada hora, quiso mi marido condescender con el inocente deseo de don Hernando, y como presumiese de buen caminador, calculó que en seis horas haría fácilmente el viaje, y a la del mediodía se puso en camino para el *Cedrón*, llevando consigo a José, niño entonces de cuatro a cinco años, y a quien familiarmente dábamos el nombre de uno de vosotros, Humberto. No salió bien en su cálculo, pues lo quebrado del camino hizo encalmar la bestia, y hubo de tomarle la noche en una parte rodeada de intrincada selva, la cual solía en ocasiones ser guarida de gente de la hampa. No habían entrado por ella cuando luégo al punto los acometieron: introdujeron a don Pedro al corazón de la selva, y a José querían dejarlo entregado a su malaventura, a la orilla de la senda, cuando de antuvión uno de los que con aquella gente estaban, pone a punto su caballo, se hace del niño, y picando de martinete, párte con él a galope, quizás a extraviarle entre las fragosidades o los riscos. Entretanto hicieron sufrir a don Pedro mil géneros de tormentos, y despojándolo de cuanto llevaba, que alcanzaba a una suma considerable, lo sacaron vendado del bosque,y lo abandonaron en un paraje excusado, de donde a graves penas pudo salir para traer a su familia congojas que le redujeron a tal estado, que de allí a pocos días dio su espíritu al Creador, tranquilizado con los auxilios de nuestra religión; muerte que anduvo presta al ver que había sido vana toda diligencia en buscar al que era objeto de nuestras ternezas y cariños.

Ya se deja discurrir cuán descorazonada y marchita quedaría yo con la pérdida que tan de seguida hice de dos seres por extremo queridos; no obstante, resignada a la voluntad de Dios, encontré en la fe cristiana con la tranquilidad, el sosiego y la paz del espíritu. En la oración encontré la calma, y en la penitencia el consuelo.

Aconteció en aquel entonces quedar huérfana una niña de pechos que apenas contaría seis meses, y cuyos padres, que me habían hecho señaladas mercedes en mi desgracia, murieron casi a un tiempo. Recogíla, y haciendo las veces de madre reconcentré en ella todo el cariño que tenía por el hijo que la suerte despiadada me había arrebatado; y esa hija es Aricia, que ha venido a ser el sostén de mi apenada vida.

Como el hado funesto no se contentase con los embates que me había hecho experimentar, quiso hacerme víc-

tima a un voraz incendio que redujo a pavesas la valiosa hacienda que por herencia de mi marido poseía, por lo cual, para el pago de deudas me vi obligada a enajenar hasta la casa de habitación que me quedaba. Esta nueva cuita, sin la fe religiosa y la resignación que me acompañaba, me habría reducido a la locura; pero a proporción que esas cuitas eran mayores, de ellas sacaba esfuerzo, así como de la miseria discreción.

Sabedora de mi triste estado, una buena señora me llamó a esta población para ofrecerme trabajo y pan, hará cosa de cuatro años. No poco cuitada salí del lugar de mis ensueños infantiles, acompañada de mis dos hijas; empero, la suerte no estaba aún satisfecha, y ordenó que al esguazar los arrieros el caudaloso río de La Piña arrastrase con ellos nuestros avíos y unas pocas alhajas que todavía poseíamos, patrimonio de mis pobres hijas. Duelo y quebranto teníamos, pues, por condición de nuestra vida, y sólo podríamos salvarnos del hambre y de la desnudez a poder de recio trabajo y de continua faena, a los cuales nos encontrábamos dispuestas. No nos desesperámos, no rendímos nuestra alma a la aflicción, no exhalámos una queja, y confiámos en Dios, a cuyo amparo nos pusimos. Sí; que siempre el remedio de nuestras desgracias lo hemos encontrado en la católica religión, la cual los tiene abundantemente, y los reparte sin duelo a los que diligentes la buscan; y en cuyo seno es donde sólo he encontrado la resignación. Los que no la aman, no han saboreado las inefables dulzuras que proporciona, y sus corazones esterilizados para el bien, no pueden dar de sí, sino cuando más los frutos secos de la filantropía: y los que habiendo nacido en su regazo fingen desamarla, es porque las ligaduras del vicio les impiden levantarse hasta ella. ¿Y qué habría sido de mí, envuelta por la ola de las desdichas, en un mar sembrado de sirtes y de escollos adonde iba a estrellarme, sin la esperanza que fortifica y sin la fe que mitiga las penas?

Dios no deja de su mano a los que a su soberana voluntad se sujetan, viviendo conforme a su ley; y yo, que cuando tuve bienes de fortuna nunca los escatimé al pobre que a los umbrales de mi habitación se acercaba, fié en que el Hacedor Supremo no me reduciría a la estrechez de mendigar el sustento. No dilató en hacerse visible la protección divina, pues movidos a compasión por mi angustioso estado, muchos de los vecinos de este lugar, quisie-

ron aunarse a la señora que a él me había llamado, para ofrecernos toda clase de socorros, lo cual dio por resultado que me hicieran dádiva de esta habitación, para que en ella viviese con mis hijas los pocos días que me restan de vida. De entonces acá hemos podido subvenir a nuestras necesidades con el trabajo de nuestras propias manos: Aricia, que es la más vigorosa, planchaba; Librada se ocupaba en las obras de bordado, y yo en las de costura.

En tal término, conocimos a Humberto, quien observando la vida que teníamos, cobró amor a Aricia, y concertó con ella el matrimonio que estamos a punto de presenciar.

De allí a pocos días se presentó en nuestra casa Cepeda, hijo de mi difunto hermano materno don León, a cumplir una de las últimas voluntades de este hermano, que consistía en cederme la sexta parte de los bienes que había heredado, asegurándomela con los escritos y documentos que venía a poner en mis manos. Alabando a Dios por este nuevo beneficio, agradecí con toda mi alma a Juan Cepeda la merced que de él recibía, tanto más inesperada cuanto hacía muchos años que no tenía noticia del paradero de mi hermano, el cual no vino a saber todos mis altos y bajos sino pocos días antes de finar. Enamoróse Cepeda del alma de Librada, y de ahí se siguió que se dispusiese su enlace con ella.

Tales son las principales vicisitudes de mi vida, las cuales si no han sido de profundo interés para vosotros, sí pueden haber arrancado suspiros a vuestro pecho; y he tenido por bien referíroslas puntualmente para que si algún día se descorren los velos que encubren ciertos sucesos de mi vida, no se diga que he callado lo que debiera aclarar en oportunidad.

En esto levantándose Humberto, con voz varonil pero enternecida, dijo: ¡Ah! ¡y cómo Dios ha encadenado estos acontecimientos para que en ocasión tan grande tengan su desenlace, y para pagar con usura en un instante todas las tristezas que sobre nosotros han caído! Sabed, querida madre, añadió dirigiéndose a doña María, pues desde hoy con doblada razón os puedo dar este título, que ese hijo que un tiempo perdisteis, y que fue causa de la muerte de su padre, no puede ser otro sino yo, a cuya conclusión he venido, por modos que no dejan duda alguna en mi ánimo; y Juan Cepeda fue el que en aquella menguada noche

me salvó de las manos de aquellos hombres inhumanos que saltearon a mi padre, como os lo va a comprobar.

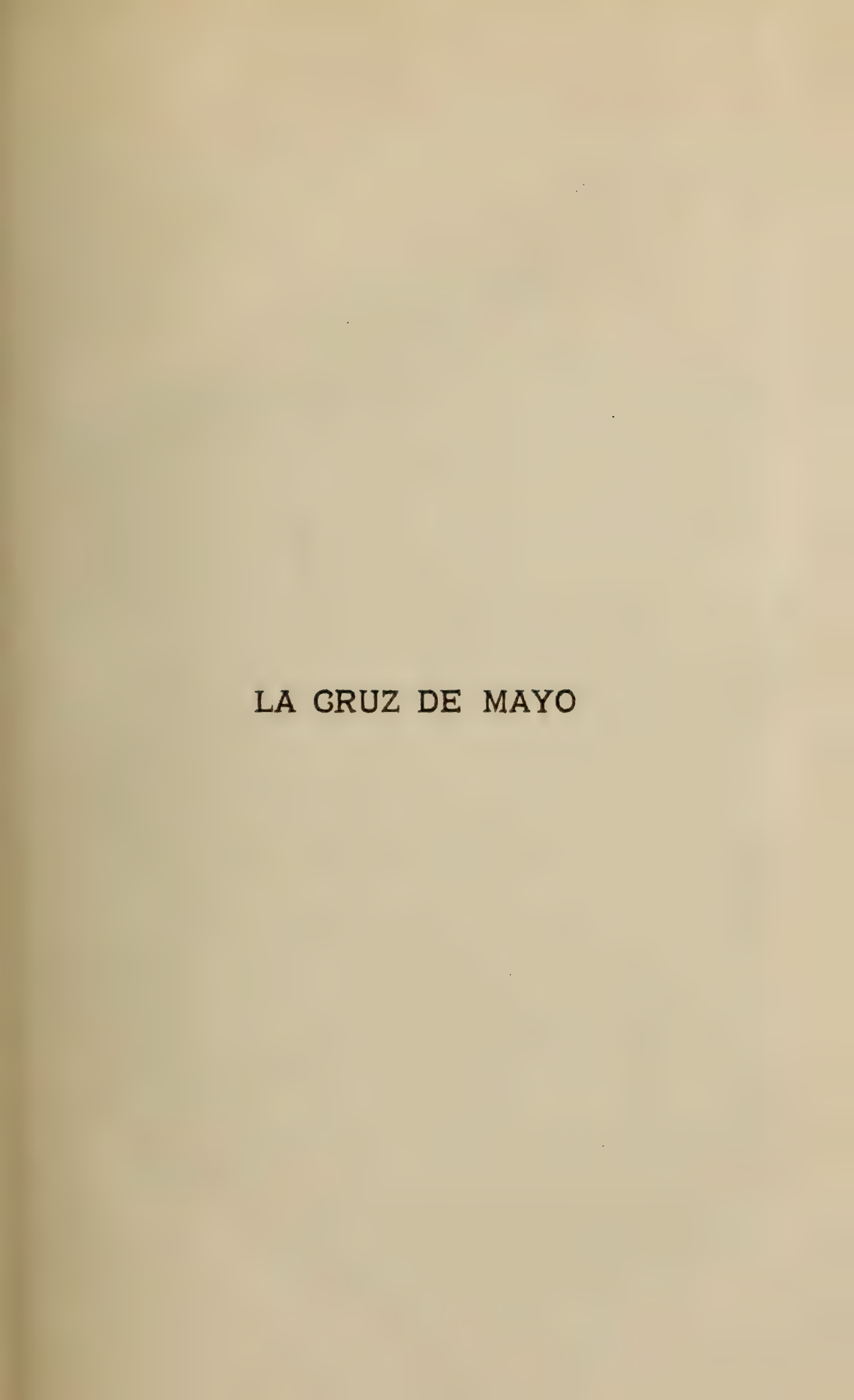
Suspensos sobre todo encarecimiento quedaron don Adeodato y doña Cunegunda, quienes a la sazón hicieron memoria de la luz que sobre este particular les diera Humberto, y de que no se habían curado; y doña Antonia, turbada y sorprendida, se estuvo sin decir palabra por habérsele hecho un nudo en la garganta y dudando de lo que veía, esperaba como enajenada el fin de tan maravilloso desenlace.

Refirió luégo Juan Cepeda la aventura de los malhechores, y don Adeodato, sin faltar punto el modo como a Humberto habían encontrado; pero lo que trajo el convencimiento a doña María de la identidad de su hijo, fuera de la semejanza de familia que desde un principio había descubierto en él, fue el haber dicho don Adeodato el nombre que Humberto daba a sus padres, y el haberle observado un hermoso lunar que tenía debajo de la barba.

Humberto, embriagado de gozo, se arrojó entonces en los brazos de doña María, cuyos ojos, si se habían hecho fuentes, los de don Adeodato y doña Cunegunda, que se abrazaban con Aricia, Librada y Juan Cepeda, se habían hecho raudales ; y tornándose todos a abrazar sucesivamente, presentaban un cuadro tan conmovedor y tan interesante, que todos los demás del cortejo nupcial, sobresaltados, acudieron presurosos a averiguar qué era aquello, y sabedores del suceso, participaron no menos que del regocijo de las lágrimas que a él se unían, y afirmaron y consintieron que tan extraordinario suceso era presagio de la felicidad de los esposos, y galardón alcanzado por la paciencia y amor de Dios con que doña Antonia había recibido todas las calamidades que el cielo había ordenado; y no acababan de mirar a Humberto, como si su aspecto tuviese algo sobrenatural, que sí lo tenía, pues en quien se verificaban señales tan prodigiosas, necesariamente tenía que presentar a los ojos algo que saliera de los márgenes de lo ordinario y natural.

Con tan felices circunstancias recibieron los esposos la bendición de Dios, que hizo de sus familias una sola en la paz, la mansedumbre y la caridad, y ha traído días de ventura a su ya numerosa descendencia como premio y corona que Dios da a los que se sostienen en el sufrimiento con resignación y buscan los caminos de la cristiana ley.

1875



LA CRUZ DE MAYO

LA CRUZ DE MAYO

Bajando el recuesto hermosísimo por la espaciosa vista que se hace desde él, como vamos del Fresno a La Victoria, lugares llenos de recuerdos por lo alegres de sus moradores como por los singulares casos que de ellos se refieren, se descubre a la derecha mano una casa de modesta apariencia, en la cual, si algo se advierte, es el esmero en su disposición y la amenidad con que la favorece la naturaleza, en tánto grado, que incita a templar fatigas y a recrear suavemente el ánimo.

Así, no hay viandante capaz de recibir impresión de las maravillas naturales como del beneficio que de ellas saca la mano del hombre, que cuando encuentra la senda que a esa habitación conduce, no eche por ella, y si llega con el ánimo desmazalado, no cobre nuevos alientos con el agradable trato que de sus moradores recibe, y con la frescura y deleite que dan las riberas de un riachuelo que por allí corre bajando ruidoso de una altísima y tajada peña, y formando diversos saltos, que a la luz del sol presentan en sus parleras aguas vislumbres de colores, que muchas y con variada combinación contribuyen a hacer amenísimo el sitio.

¡Oh campiñas fértiles en que sólo tiene jurisdicción el contento, y nada turba el reposo del espíritu y las gratas ocupaciones a que están entregados sus moradores! ¡Oh retiro más a propósito por la serenidad que brinda, para asegurar el pecho que traen alterado turbulentas pasiones! ¡Oh asilo que atraes el alma para ponerla cautiva en las prisiones de tus perpetuas alegrías! Esto decían los que, no poniéndose a pensar en la instabilidad de un estado dichoso, ignoran que el sol de la alegría, de curso limitado y fijo, aun sin ocultarse del todo, se cubre a tiempos de nubecillas que le quitan su brillo y hacen oscurecer el corazón.

En aquella casa vivían Leoncio y Tecla, personas en quienes la medianía de su edad andaba a una con la de su hacienda, y a quienes Dios había deparado una hija de

buena gracia y excelentes partes. A juzgar por la vida que observaban, hubiérase dicho que ella se deslizaba serena y tranquila por las mansas corrientes de la ventura, sin que para ello hubiesen tenido necesidad de tocar en los términos de las riquezas, en las cuales creen sentirse dichosas las almas mal inclinadas, y en cuyo seno, a más andar, nos conduce la vida a incomportable hastío.

No los llamaba, fuera de los fines de su heredad, sino el deber en que se consideraban de pasar al vecino lugar de La Victoria a cumplir con la parroquia, lo cual se efectuaba por alguna solemne festividad, o el arreglo de negociaciones que requerían su presencia en él. Ni necesitaban feriar los productos de su labranza en los mercados circunvecinos, ni proveerse en ellos de los que les faltaban, que a su puerta, antes por el buen tratamiento que recibían que por las muchas ganancias que pudieran esperar, acudían solícitos los labradores comarcanos a buscar cambio de ellos o a vendérselos por dinero seco.

No se aposentaban en aquella vivienda los cuidados con que suele inquietar la ambición, porque la virtuosa honradez que allí reinaba no le hacía lugar, y los goces inocentes que de cuando en cuando entraban, eran considerados por Leoncio y Tecla como pasajeros accidentes de la dicha terrena. Miraban ellos el trabajo menos como medio de enriquecer que como ley impuesta a la humana condición en bien de su prosperidad moral; su voz se levantaba de continuo en alabanza de la ajena conducta encaminada por la rectitud; cerraban los oídos para no escuchar encomio que pudiera tener tasto de lisonja a su humilde proceder; y todos sus deseos, en resolución, no se extendían a más que a que medrase su pequeño rebaño y sus palomas duendas, a que la cosecha diese fruto en multiplicada abundancia por regocijarse en las obras de la naturaleza, y a que uno que otro pariente o amigo suyo fuese, al tiempo de recoger frutos, a ayudarles en la faena a trueque de algún abundante y sabroso manjar que les ofrecían de buen grado.

No faltaban a Leoncio y Tecla en cierto tiempo del año, días que ellos consideraban de ocio: a él cuando las sementeras en yerba no habían menester sus prolijos afanes, ni inmediatos cuidados los animales del cortijo, porque el buen pasto y la solicitud del mozo de campo y plaze no exigían perentoriamente su mano; a ella, cuando después de mucho trabajo, dejando de ejercer imperio el

orden de la casa, daba vagar a la aguja, la rueca y el huso, y de mano a las atenciones que demandaban las aves domésticas y el gato y el perro de la casa. Esos días eran a la verdad empleados útilmente en alguna lectura amena y divertida; en traer a la memoria la vida de sus pobres abuelos, que con excepción de la paja que los cubría, no tuvieron sobre qué les pudiera llover, y la miseria en que ellos mismos nacieron como por agradecer más a Dios que mayor no fuera su estrechez, considerándose ricos con haber heredado de sus padres la tierra que pisaban; en referir chascarrillos y rondallas con la ingenuidad de los que ignoran que la gracia de ellos no está lejos de la impertinencia; en recordar las travesuras de los trasgos y los aparecidos de que en sus verdes años se hablaba a más y mejor; y en platicar sobre la suerte que a su hija cabría, cuando llegó a esa edad en que las realidades de la vida empiezan a verse por transparente velo, y los arreboles de la inocencia son aventados por el ímpetu con que suele anunciarse la presencia del fuego del corazón.

A todas estas pláticas estaba presente Concha que, como ya se habrá discurrido, alcanzaba a diez y seis años, y entre ellas Leoncio le besaba la frente con inefable satisfacción, y Tecla le acariciaba las negras crenchas con indecible cariño, a lo cual aquélla respondía casi siempre con alguna terneza o alguna chafaldita que los hacía perecer de risa, quizá no sin causa a veces porque a pesar de la rustiquez en que había sido criada, no carecía Concha de cierto donaire natural que encarecía la gracia del primer rayo de la juventud.

Aunque indoctos, no dejaban de tener los padres de Concha cierto buen sentido que era mucho para encaminar bien a su hija; ni lo eran tanto, que no tuviesen bastantes letras para el entendimiento de sus devociones y para enseñarla a decorar, escribir mal y numerar peor. Por lo demás, tenía Leoncio todas las buenas cualidades de honrado labrador, y Tecla todas las buenas cualidades de mujer hacendosa y de punto; ejemplos ambos por los cuales era natural se hubiese formado la índole de Concha y su un tanto rústica educación, y que por el consiguiente influirían no poco en su corta o venturosa suerte.

Todo esto alejaba los celajes que no pocas veces turban la claridad del cielo del doméstico hogar; todo esto presagiaba a Leoncio y Tecla días de bonanza para sus años seniles, y a Concha aquel remanso en que no se siente la agitación de contrarios intereses y ambiciones.

Sustraída a las sugestiones del lujo y la molicie cortesana, que por la mayor parte es carcoma de virtud, Concha con sus gracias no se hacia blanco a las miradas de los amadores, y su belleza como que sólo estaba destinada a que fuese complacencia de Leoncio y Tecla.

Pero como es anexo a la hermosura trasminar por entre los más duros cerrojos y pasar los más estrechos intersticios, sin que sea posible poner límites para que las lenguas de la fama no la divulguen y extiendan, por todos aquellos contornos vino a hablarse de la rara hermosura de Concha y las buenas dotes que la adornaban, que, aunque vivía la mayor parte del tiempo escondida a tentadoras miradas, las pocas veces que había ido al lugar, y las que, sin saber cómo, se había dejado sorprender por los que con sus padres comerciaban, había encontrado pregoneros que la graduaban de hermosa sobre todo encarecimiento.

Esto era causa de mover curiosidad en los mozos de los campos comarcanos, mas no amor en sus pechos, si bien naturalmente ardorosos, que esta llama no suele encenderse sin que antes el hechizo haya arrebatado los ojos; ni tampoco aspiraban, con ver a la bellísima Concha, a apasionarse de ella, en razón de que, sencillos como eran, se juzgaban incapaces de poseerla, y alcanzaban que sus prendas no podían igualarse a las suyas, y que la estrechez en que vivían les estorbaba ofrecerle siquiera una mediana comodidad, cosa que era obstáculo tanto más difícil de vencer, cuanto sus padres, presupuesta la solicitud con que la guardaban, parecían reservarla para persona de muchas campanillas y arreos.

Errada en la mitad del justo precio iba esta manera de discurrir, porque, si Leoncio y Tecla tenían a su hija bajo escrupulosa guarda, nunca entendieron que era bien se levantase a las estrellas con un enlace que la sacara de la llaneza de su condición; y la estrecha vida en que gustaban de mantenerla no era para más que para quitar las guedejas de que pudiera asirse una pasión amorosa inconsiderada.

Así como la fama se dio buena mano a ponderar la belleza de Concha, haciendo quizá agravio a muchas otras, era de ver cómo acudían a su vivienda los mejores mozos de la redonda con pretexto de negociar con su padre, quien encontraba desde entonces tratos que salían de contado a la medida de su deseo. Distinguíase entre

esos mozos uno al parecer de veintitrés años, bien proporcionado como de bien puesta barba; de ojos rasgados pero vivos, y de espaciosa frente, que mostraba muy al descubierto que guardaba mucha cantera y sacaba de la puja a más de cuatro de los que allí venían con el mismo objeto que él. Vestía a lo del campo, pero ponía esmero en el aseo de su persona, lo que en algún modo le daba aspecto de importancia.

Mauro, nombre del mancebo, era el que más ocasiones tenía de entrar en casa de Leoncio, porque sus negocios así lo requerían. Era, se puede decir, el más acomodado entre los vecinos de éste, y con todo, fuera de su labranza que le producía al año algunas hanegas de trigo y una buena cantidad de maíz con que abastecía su granero para el año, no contaba sino con un par de vacas, una docena de cabras y aves domésticas en alguna abundancia. Ayudaban a aumentar su reducida hacienda los productos que sacaba del corte de maderas de uno de los cercanos bosques, las cuales sacaba a la venta en los lugares. No era esto, como se ve, mediano pasar, pero, en cambio, no faltándole mantenimientos ni medios de conseguir las cosas necesarias para la vida, vivía alegre como unas castañuelas, no dejaba de la mano el caramillo ni la vihuela, que solían alternar con los aires del bambuco y otras tonadas con que procuraba moderar el cansancio con que le fatigaba el hacha o la azada cuando preparaba la tierra de sembradura, o la desazón que le traía el mosquito y otras diversas suertes de animalillos, cuando llevado de las obligaciones que sus comprometimientos le imponían con tan poco provecho, tenía que emboscarse en las asperezas.

Aficionadísimo a sabrosas diversiones, alborotaba de cuando en cuando el cotarro por celebrar jiras y bailotear con sus vecinas y amigas, sin que en ello se propasase a ningún desmán que en su perjuicio fuese. Cuando estaba de chirinola, no había quien se le pusiese delante en orden a sazonar el palique con todo género de festivo gracejo; así era que sus agradables pláticas bastaban a despertar regocijo en cuantos lo trataban, y cuando se hablaba a lo serio, admiraba la atinada discreción con que sus juicios declaraba, por lo cual los viejos lo oían con gusto, los muchachos lo buscaban y las mozas se despepitaban por sus requiebros. Su amena disposición de ánimo daba a conocer que su conciencia no se hallaba agitada jamás

por las tormentas que en ella levanta la torcida inclinación, y el seso con que hablaba, la buena calidad de su entendimiento.

Una tarde, como sus padres se estuviesen solazando y refrescando a orillas del riachuelo que cae a pocos pasos de la casa, apartóse de allí algún tanto Concha por recoger florecillas que ofrendar en el altar de la Virgen, y a la sazón se encontró cara a cara con Mauro, que habiendo ido en busca de Leoncio, se había desviado por encontrar cerradas las puertas de la casa. No hay palabras con qué encarecer la sorpresa que le causó el bello rostro y gallardía de la doncella, a quien sólo de perfil y como en sombra había antes alcanzado a ver, ni la transformación del semblante de ella, según estaba sonrojada. Saludóla cortés y tímidamente el mancebo, y ella respondió con no menos comedimiento y no poco temor, por no estar hecha a verse en tal sitio y de tal manera con persona que le fuese extraña, y porque recelaba que haberse separado un momento de la compañía de sus padres, pudiera hacer sospechar a ellos del recato en que querían se estuviese. Mensajero de lo que pasaba en el alma de Mauro y de Concha, fue la salutación que mutuamente se hicieron, y en la cual como en red barredera quedaron cogidos ambos corazones como para que sus amorosos afectos no pudiesen ya salir a inquietar otros pechos.

Dio Concha voces a Leoncio que viniese a tratar con el mancebo, y en esto llegaron él y su madre, sin que se diesen cata de los movimientos que habían alterado el ánimo de su hija, si bien todavía ésta se hallaba colorada como unas guindillas.

Entróse Leoncio a departir con Mauro, Tecla a sus quehaceres domésticos y Concha a poner mano a la aguja en su retrete, no sin el desasosiego que trae quien con los avisos del corazón comienza a luchar; separación que se acomodaba a la disposición de la casa, la cual, aunque estrecha, fuera de la sala de apocado atalaje, de la despensa provista de los frutos del huertecillo y de la cocina de ruin espetera, tenía sendas piezas para los que eran señores en ella. De resto no se veía allí sino la comodidad compatible con el estado de los que se ven reducidos a ganar el cotidiano mantenimiento con la liberalidad de una tierra encerrada por reducidos términos, y que nunca se fatigaba de producir el fruto en la medida que imaginaban sus asiduos dueños: el lujo de ella era la extremada limpieza en que la tenía Tecla, en conservar la cual se

afanaba constantemente, que por ello sí gustaba verse alabada, lo mismo que de que se hablase del primor con que estaba dispuesto el pequeño jardín que rodeaba la casa, hecho con tal industria y artificio, que entretejidas unas a otras flores de varios matices parecía que naturalmente se hubiesen formado en vistosísima maceta, o garzotas de adornos diversamente combinados fabricados para aumentar la gallardía de las cimeras.

Daba el buen arreglo de las partes tánta importancia al conjunto, que los que primera vez veían la reducida heredad, la estimaban en más de lo que valía, no parando la atención en lo que a los ojos la hacía apacible, no de otra manera que modestas cintas y otros perejiles puestos con gracia y habilidad en el sencillo traje de una doncella, o en un rostro mujeril que no carezca de cierto aquel, hacen subir de punto la hermosura y valía de quien los trae.

Despidióse Mauro ese día menos pensando en los particulares asuntos que con Leoncio había tratado, que en el nuevo afecto que ocupaba ya su ánimo, y aunque más trató de disimular con la distracción que le dominaba, hubo Leoncio de notar algo que no era natural en él, pero creyendo esto accidente que de leve causa procedía no se cuidó de detenerse a examinarlo.

Comenzó a labrar la amorosa dolencia en la imaginación de Mauro, no como insectillo roedor que va consumiendo y destruyendo, sino como artífice que le fabrica laberinto de proporciones colosales para que no salga de ella, si ya no fuere con el hilo de la razón: grande la sentía en su pecho el mancebo; tan dilatada, que dentro de él no podría contenerse en tanto que a ella no diese vado comunicando con la mujer que la había causado.

Quisiera Mauro escribir a Concha un billete para declararle con todo el esmero que le permitiesen sus pocas letras los pensamientos honrados que en su mente había logrado despertar, y el gusto y regocijo que le causaría el tratar con ella y verla lo más a menudo, cuando no fuera sino para que las miradas le manifestasen lo que le traía desasosegado; pero, discreto lo mismo que enamorado, no se determinó a ello, por temor de que pudiendo caer el billete en otras manos que en las de su dueño, se pusiese dolo en sus finas razones y viniesen éstas en detrimento de ella; mas como la necesidad sea maestra de despabilar el entendimiento, ideó Mauro rogar a Leoncio que con su mujer y su hija aceptasen el agasajo que tenía voluntad

de hacerles en su labranza, donde, protegidos por la sombra de los árboles que adornaban las márgenes del río que mantiene en perpetuo rumor el natural sosiego de su vivienda, pensaba servirles campestre y limpia comida, y a hurto de sus padres declarar a Concha sus propósitos, en los cuales se consideraba tan lejos de retroceder como las olas a que iba a poner por testigo de sus juramentos.

No tardó Mauro en poner en efecto su pensamiento, y no sin el temor de quien no quiere ser descubierto en su intención, por más buena y derecha que sea ésta, hizo el convite a Leoncio, quien luégo vino gustoso en aceptarlo, cuanto más que con él se presentaba a Concha una atractiva diversión sin que le faltase la vigilancia paterna y sin perjuicio de su decoro y recato.

El venidero día, que fue el señalado para el convite, y en el cual había Mauro de hundirse en su miseria o subir al cielo de la realización de sus ansias, se encaminaron desde temprano Leoncio y Tecla con su hija a cumplir los deseos de Mauro, quien, rindiendo su temor a su esperanza, mostraba la cara de pascua del que siente resucitar su ánimo de la muerte en que suele ponerlo el no cumplido anhelo.

A un lado de la humilde vivienda en que Mauro vivía, acompañado no más que de una vieja que le arrulló en su seno y ayudó a su crianza, desde que los autores de su vida habían pasado a la sombra de la eterna morada, se levantaban dos verdes y amenísimos alcores, al pie de cuyas faldas corrían sesgamente las claras aguas del famoso Limonar, notable por la abundancia de todo género de pesca como por el modo como, muy avanzado su curso, sirve a los molinos que en sus orillas se multiplican. Los elevados y hojosos árboles se estrechan allí haciendo lujosa sombra a la rumorosa corriente del río, y formando en la ribera natural enramada, sólo dejan penetrar a intervalos los rayos del sol para besar la suave y menuda yerba en que se recogen las hojas secas, que luégo barre el viento y lleva como despojos al lecho del río. En el centro de esa multitud de árboles se hace un deleitoso espacio a que sirven de adorno asientos naturales de musgosa piedra formados, que detienen a tomar descanso a los que llegan a gozar de las frescuras del sitio.

El cual fue escogido por Mauro para que, con comodidad que hiciese ventaja a la del tinelo de soberbio y suntuoso palacio, se sirviese el convite que había aderezado, y en el cual, sacado el sabroso lechoncillo, no había cosa que mereciese describirse ni individualizarse; pero como siempre sea grato al alma que lo que hace al cuerpo, por miserable que sea, vaya unido a la holgura y la libertad, el que Mauro preparó fue para los festejados de indefinible alegría.

Tendida por el suelo la piel tosca pero limpia de una res, sentáronse a la redonda, y en buena paz y compañía comieron agradablemente: entretanto, Mauro de todas las maneras posibles anunciaba con calladas acciones la promesa que no tardaría en hacer a Concha y la que de ella esperaba recibir, pero procurando ocultar los movimientos que su alma agitaban, no hacía más que delatarlos con la encendida grana que asomaba a su rostro. Los padres, en el abandono a que los traía su inocente regocijo, no reparaban ya en el ademán de él ni de ella, ni en las discretas y expresivas palabras que mutuamente se soltaban. Terminado el rústico banquete, ya cerca de la caída de la tarde, apartóse un tanto Tecla a contemplar las garzas y ánades que iban deslizándose por las olas, Leoncio a buscar entre los arbustos semillas de diversas especies, y Mauro y Concha, con tácita aprobación de ellos, a coger de las frutillas que por allí abundaban.

Aquí llegaron al término más dichoso los ahincos de Mauro por haberlo tenido el temor de que le faltase ocasión de comunicar sus pensamientos con la incomparable Concha; aquí fue donde, poniendo por testigos al cielo bajo cuyo palio se encontraban y los rumores eternos del río, dijo Mauro semejantes razones: Y cómo no había de señalar este día con piedra blanca, Concha de mi vida, cuando me veo delante de una doncella que jamás imaginé se allanase a oír palabras que en mis labios pone una voluntad bien encaminada, la cual no es otra que la de seguir tus pasos en el discurso de mis días.

Más dijera el mancebo si no pusiera freno a su atrevimiento su misma afición a Concha, la cual, puestos los ojos en el suelo, dijo: Aun antes que tus razones hubiesen puesto de manifiesto tu honesta voluntad, ya movía mi ánimo la que tiene de corresponder a tus deseos, como el consentimiento paternal haga bueno nuestro propósito.

—El muy honrado que llevamos, dijo Mauro, con la falta

que padezco de bienes de fortuna, en otra que en ti hallaría tropiezos para venir a remate venturoso. De antemano has conocido sobradamente esta falta, y con todo, no has vacilado en ir contra ese universal impulso, destruidor del humano sosiego, que nos hace beber los vientos por la consecución de la engañadora quimera con que la diosa ciega nos seduce, y que al cabo no sólo da en el suelo con nuestra tranquilidad, pero también con nuestra honra. Labrador he sido, y seré los días que me quedan por vivir; Dios y ayuda me cuesta conseguir lo necesario para la vida; jamás he entendido en jurisprudencias ni en letras humanas, y por lo que hace a las divinas se me alcanza lo que mis padres me enseñaron, esto es, a entender mis devociones y mis cristianos deberes; a malas penas ahorro del fruto de mi trabajo para mejorar el esparavel, comprar un galgo que me acompañe en la caza, y buscar cebo para la escopeta, que me liberta de animales dañinos; mi vivienda, que hoy has visto, cubierta de miserable paja, un banco y un camastro por mueblaje y una zalea por alfombra, te habrá hecho conocer cuán estrecha es mi vida, pero la limpieza y buen acogimiento que has visto te habrán mostrado bien que no lo es mi ánimo en el mismo grado; y con todo esto mi escasez no anda reñida con la satisfacción que sin cesar experimenta mi alma, ni me doy por los que en dulce ocio, reclinados en blandos sillones aderezados a la turquesca, quieren aligerar el tedio de los goces que les da la vida material. No me inquieta el prolijo tesón de atesorar, así que la desazón y la molestia no siguen de cerca a mis faenas; y cifro mis principales gustos en comer con mis amigos un cabritillo o un corderuelo por la siembra o la cosecha, puntear la bandola en las casas de mis vecinos y bailar el bambuco y el torbellino con las alegres mozas de la comarca al són de la guitarra, la flauta y la pandereta, y de las agradables canciones con que suelen herir los aires los gárrulos trabajadores de nuestros campos.

Estas razones, que hubieran apagado el fuego del corazón de la más pintada cortesana, no hicieron más que avivarlo en el de la discreta Concha, la cual dijo a Mauro: La sinceridad que dejas ver en lo que hablas, levantando toda capa que pueda cubrir la pobreza de tu estado y la llaneza de tu condición, me pronostica el grado de amor y confianza que de ti he de esperar en el discurso de los años. Nunca hubiera cuidado de averiguar por tu posibili-

dad, que ella a mi ver hubiera sido en ti insignificante accidente; siempre hubiera averiguado por tus cualidades morales, que para mí serían prendas de bienandanza, trabajo que me has excusado, porque lo que has dicho no necesita testimonio que lo confirme, ni documento que lo abone. En sazón y parte estamos que si no hubieses de tratar verdad, lo que dijese tu lengua luégo al punto lo desacreditaría tu semblante.

—Cierto, dijo Mauro, y agravio sería a la entereza de tu alma, incapaz de ser menoscabada por ningún género de combate, que mis palabras no copiasen lo que mi corazón dicta. Pero preciso es que te declare que no me deja sosegar una duda, la cual fuera bastante a entibiarme en mi intento y traerme a un término por extremo lamentable, a no conocer yo cuán derecha vas en tu determinación: te he hecho presente que la fortuna me ha negado su favor, y esto en vez de arredrarte en el interés que por mí tomas ha llegado a acrecentarlo; mas podría suceder que tus padres, que conocen claro mi situación, recelasen con eso de que mi brazo desmayase y no tuviese fuerzas para sostenerte en el largo y penoso camino que hemos de emprender tú y yo.

—Por Dios, repuso Concha, que mis padres no mirarán en ti sino la honradez de tus miras, de la cual se hacen lenguas todas las veces que de ti hablan; y ellos, que si bien hasta aquí me han mantenido bajo solícita guarda quizá por asegurarme mejor para lo futuro todo contento y satisfacción, cuando lleguen a saber lo que entre nosotros se ha concertado, lo darán por bueno. Lejos de estar enervados por la matadora avaricia, les he oído decir que no se amañarían a vivir con una comodidad siquiera un punto superior a la poca que hoy tienen, que los privase de la obligación de ganar con el trabajo de sus manos el ordinario sustento; que el caudal origina muchas y continuas zozobras, y que si su cortísimo haber aumentase no sería porque una necia ambición se empeñase en ello, sino por el efecto de la misma ley del trabajo.

—Con decirme, Concha, dijo entonces Mauro, que tan buen modo de pensar tienen tus padres, bastaría para que yo afirmase que en todo lo demás tienen que ser muy excelentes sus cualidades, supuesto que esa austera virtud es acaso la más rara aun entre los bien nacidos, y la más difícil de sostener sin que se doble a la fuerza de maravillosos atractivos que por todas partes la asedian.

—En lo que a mí toca, agregó ella—y no vayas a considerar esto como propia alabanza, porque yendo en lo que digo contra todo lo que generalmente se siente y acepta, antes pudiera considerarse como menosprecio,—mejor me está una rústica choza a que hagan regocijada música solamente la de los canoros pajarillos que revolotean alrededor de ella, que la muy lisonjera con que suele deleitar los oídos cortesanos la voz de la envidia y de la baja adulación; el sencillo traje de estameña y el pañizuelo de colores, que los perifollos de púrpura y oro con que suelen adornarse y pulirse las que tienen vanidad en parecer bien y sacar al teatro del mundo postizas gracias, ya que las del alma no pueden aumentar en él su valor; el rostro sano y descubridor del trabajo, curtido por el calor del sol, que el marchito y quebrado por el color artificial y los polvos enemigos de su natural tersura; los tapices que las enredaderas forman delante de las ventanas de mi pobre albergue que los damasquinos y dorados que interceptan la claridad en espléndidos palacios, e impiden el paso al viento que comunica salud y frescura; los brazos siempre abiertos por el amor para recibir blandas caricias, los ojos que derraman lágrimas como ofrenda al dolor, el lenguaje amoroso que la verdad suele poner en los labios, que los brazos abiertos al depravado intento, los ojos que sólo se muestran propicios al brillo de la desvergonzada profanidad y el lenguaje que suministra aduladora malicia; y en resolución, los ejercicios rústicos que sólo pagan con ruda fatiga, que los cortesanos que al fin y al cabo no recompensan sino con el fastidio.

Calló diciendo esto Concha, a quien por lo grave de sus conceptos podría haberse tomado antes que como zafia labradora, como moza cursada en la sabia experiencia.

No se hartaba de oírla Mauro, el cual creía buenamente que sus discreciones encendían más su amor, cuando tal vez hubieran hecho el mismo efecto sosas porradas que de sus labios hubiesen salido ; que cuando la traviesa pasioncilla ha cegado en el ánimo toda entrada a la razón hace ver perfecciones en lo más horrible y deforme.

—Si no temiera, dijo luégo Mauro, enfadar tus oídos con una larga plática, aquí me enzarzaría en hablarte del modo como hasta hoy he vivido, no menos satisfecho que príncipe regalado en sus estados, gracias a que no he puesto envidia en la hacienda o el cortijo ajeno, a que me

he considerado rico con mi cotidiano salario, y contento con el estrecho en que me pone la naturaleza de campear de sol a sombra sin parar. No conocen los opulentos el secreto para dar, ya que no con la humana dicha, al menos con aquel sosiego del ánimo que impide ir a desordenados fines. Conoceríanlo si pusiesen la mira en fatigar el cuerpo teniéndolo en constante trajín para no dejar embotar las facultades del alma y tenerlas de continuo vigilantes y despiertas; no que, entregados a vanas imaginaciones y al solo pensamiento de aumentar su caudal, debilitan su cuerpo, estrechan su espíritu y lo reducen a la miserable condición de desear siempre y no satisfacerse nunca; y una vez que la losa del sepulcro caiga sobre ellos, no la humedecerán las lágrimas, cuyo manantial brota de los afectos que en los corazones se hayan sembrado. Buena muestra me has dado de tu generoso pecho, con las razones que me has dicho respecto a la ambición de que él está despojado; y ellas me aseguran que los dos hemos de ser siempre unos en nuestras intenciones.

—Bendiga el cielo tus palabras, Mauro, dijo Concha, y sean ellas confirmadas por el amor de mis padres para que no falte nuestra ventura.

Así se ponía el sello a aquel amor acariciado por las auras de la campiña; y la pompa del día, los rumores quejumbrosos del riachuelo, la armonía de los vientos en los árboles y lo apacible del sitio, parecía dar solemne majestad a ese concierto.

En esto, y como si no hubiesen esperado más que a que él se terminase, vinieron Leoncio y Tecla, que se habían internado largo trecho entre la umbría. No dilataron tomar la vuelta de su habitación, temerosos de que les tomase la noche en el camino, y así, agradeciendo cortesísimamente a Mauro el buen acogimiento y las muestras de mucha voluntad que les había hecho, subió Tecla en su desmedrada cabalgadura, y acompañándola a pie Leoncio y Concha, sin ningún accidente llegaron ya con las estrellas a su vivienda.

Obligados a la afición que Mauro les había manifestado, rogáronle que viniese a ella con más frecuencia, que en ello recibían contento, y él quedó en que otro día vol-

vería a arreglar nuevos asuntos de labranza, excusa con que se ponía a cubierto de cualquier sospecha que se refiriese a lo que ese día habían tratado él y Concha.

Cumplió Mauro lo prometido, y el venidero estuvo con Leoncio, el cual junto con Tecla habían empezado a sospechar algo de lo que entre Mauro y su hija pasaba. No les pesó de ello, porque lo creían, y no andaban errados, guapo mozo, de pelo en pecho, honrado y trabajador consumado, y resolvieron bailarle el agua delante que no hubiese más que desear, y esforzarse por hacerse obsequiosos en sumo grado con él para que menudease sus visitas.

En la primera no quiso salir Concha por más que Leoncio la llamó, por haber creído que no era bien que sus padres advirtiesen en sus tratos hasta que no diesen traza y orden cómo declararlos a aquéllos, lo cual había manifestado a Mauro cuando se despidieron; pero mudando luégo parecer, todas veces que él se presentaba, y sus padres la llamaban, salía, no sin mostrarse zahareña, acaso porque buenos respetos así se lo aconsejaban.

Vivo padecimiento acarrea la falta de libertad en la comunicación de afectos extremos; y así, por no carecer de esa libertad, no quisieron Mauro ni Concha retardar por más tiempo el deber de dar cuenta a los padres de ella de sus amorosos tratos, y en daca las pajas, mientras Leoncio ponía los cinco sentidos en sacar una cuenta y Tecla no estaba presente, abocóse Concha con Mauro, y vinieron en que sin más rodeos ni reparar en pelillos solicitase Mauro el consentimiento de los padres para unir perdurablemente sus voluntades.

Volvió el día siguiente Mauro a solicitar el anhelado consentimiento, y ellos, que esperaban tal solicitación como el agua de mayo, que suele ser precursora de la cruz, no bien la hubieron escuchado, asintieron a ella con muestras de extremada complacencia. Concertaron que de allí a dos meses se celebraría el desposorio, en el cual harían alegres festejos y convidarían a todos los labradores de la comarca, porque, decía Leoncio, en las buenas partes de Mauro fío la bienandanza de mi hija, y no es bien que cuando suceso tan próspero dispone el cielo, no lo recibamos en la tierra con todo alborozo y contento; y si los adversos han de recibirse con paciencia y resignación, cómo no se ha de poner en nosotros la satisfacción que indique el reconocimiento de que el cielo los ordena para nuestro bien.

Cuál quedaría de complacido Mauro con el asentimiento que de los padres de Concha recibió, no hay para qué encarecerlo, cuanto más que al solicitarlo iba todavía con las dudas que comunicó a Concha, la cual no había logrado desvanecérselas del todo con su amorosa respuesta, y en su humildad, no acababa él de convencerse de que era digno de ser dueño de su corazón.

Quietado ya el de Mauro, se entregó éste con mayor tesón a sus agrícolas tareas, por ver si el día de la boda podía hacer a su desposada algún valioso regalo como recuerdo para lo futuro de tan fausta fecha.

Cuanto más deseaban Leoncio y Tecla que la bajeza de su condición los ocultase a ajenas miradas y estorbase que anduvieran en lenguas sus acciones, la suerte tiraba más la barra para defraudar su deseo, y ordenó un acontecimiento, cuya nueva había de extenderse cerca y lejos; y fue que en las ruinas de un famoso edificio, que poco desviadas de su vivienda estaban, como fuese Leoncio en seguimiento de un novillo andosco que de las contiguas heredades pasaba a la suya y solía hacer daño en sus sembrados, logró alcanzarle por haberse hundido en una cavidad que al parecer el mismo animal había formado, según se veía fresca la tierra, que aún se estaba abriendo a uno y a otro lado.

Hizo novedad a Leoncio la manera particular como lo encontró, y cogiéndolo y atándolo a un árbol, se detuvo a considerar aquella profundidad, y notó que por uno de los lados se prolongaba estrechamente. Infirió de aquí que sería la manida de algún reptil, y como le moviese más y más la curiosidad, acudió a traer los instrumentos necesarios para ahondar y ver hasta dónde alcanzaba. De allí a poco volvió acompañado de un rapazuelo; puso manos a la obra, y no había trabajado mucho, cuando sintió que la barra se detenía delante de un cuerpo sólido y duro cual si fuese de metálica piedra hecho.

No atinó Leoncio por de pronto con lo que aquello podría ser, y aun se imaginó que había hallado el límite de la cavidad; pero reflexionando más, se resolvió en ver qué género de cuerpo era el que había detenido su hierro. Cavando por los lados, solivió luégo algo que lo oscuro del lugar no le permitió distinguir, y por más que quiso sacarlo en peso, no lo pudo nunca. Llamó al muchacho en su ayuda, con la cual sacó a la luz una como arquilla de duro bronce en que se contenía otra de finísimo ébano llena de

monedas de oro, todo lo cual, sin que el asombro le dejase hacer discurso ninguno, condujo Leoncio sigilosamente a su habitación.

Hizo a su mujer sabedora del hallazgo ; y por lo mismo que la avaricia no había señoreado aún sus corazones, no acostumbrados a que los caudales determinasen su modo de proceder, ni uno ni otro se dieron cuenta al principio de todo lo que él significaba, ni de la mudanza que de necesidad iba a efectuar en su estado, aunque indecible fue el gozo y satisfacción que los dominaron y que por muchos días ocupó su imaginación, de manera que no tuvieron lugar de pensar por entonces en la importancia del concertado casamiento de su hija, ni en ninguna de sus habituales tareas, que de otro modo nunca hubieran dejado, atentos no más que a considerar el raro suceso que había sobrevenido: flaqueza humana que hace que aun las almas para las cuales la fortuna ha mantenido siempre el ceño encapotado, como ella llegue a sonreírles, aunque no sea más que un punto, se arrojen en su seno, y con poca reflexión y menos tino se dejen llevar por el terreno quebradizo por donde quiere arrastrarlos, la cual con la misma facilidad con que pone ahora en lo más alto de su rueda derriba sin pensarlo al que más confiado está en ella, y aun muchas veces se huelga en ver subir, con gran trabajo, por la parte resbaladiza y espinosa que a su punto eminente conduce, y luégo, cuando están a punto de alcanzarlo, hace descender a la ligera porque sea más impetuosa la caída.

Bien quisieran Leoncio y Tecla que semejante suceso no se divulgase por no dar pasto a maliciosas cavilaciones, ni hacerse blanco a que tirasen las saetas de la mal nacida envidia; mas ¿quién es capaz de impedir que se ponga en voz y se saque a plaza lo que se oculta en lo más profundo de los senos del corazón, cuando hay ojos que hayan podido penetrar en él?

Corrió con presteza la nueva del suceso, y no tardó en dar en los oídos de muchos de aquellos de quienes se recelaban Leoncio y Tecla: cuáles se dieron a dudar de la verdad del hallazgo; cuáles a disputar sobre el derecho con que habían de poseerlo; y cuáles a calificar de ilegítimo el uso que de él hiciesen, según lo que decía de su procedencia la común opinión.

La cual era que, donde ahora se ven las ruinas cerca de las cuales encontró Leoncio su tesoro, se alzaba un famoso edificio de que era dueño un señor sobre poderoso,

franco en todo extremo, al cual había dado Dios un hijo, único heredero de su hacienda como desde sus tempranos años lo era de las buenas dotes del padre. A pesar del desprendimiento y franqueza de que usaba, o lo que es más de creerse, porque esas dos cualidades despertaban la codicia de viles almas, le habían éstas declarado ojeriza, y aun llegaron a amenazarle en oculto si no se deshacía en su favor de las riquezas cuyo brillo los cegaba, aunque para ejecutar sus designios, hubiesen de atropellar por la gratitud que a él debían: que es condición de villanos pechos que la generosidad de las dádivas mueva en ellos la codicia, la cual se torna luégo en causa de aborrecimiento al dadivoso.

Habiendo translucido lo que acaecía, el rico caballero resolvió poner a buen recaudo sus dineros y joyas, a que había reducido casi toda su hacienda, con lo cual quitaba a su honradez cualquier mal caso a que pudieran traerla la guarda y vigilancia de caudales en que los envidiosos habían puesto los ojos, y desbarataba cualquier desviado intento que contra él se formase; y así, sin acompañarse de persona alguna, y sin que nadie lo sintiese, una noche de luna, en avanzadas horas, llevando consigo primero los cofrecillos y después las joyas y dineros, se encaminó al lugar en que dio con ellos Leoncio, y favorecido del terreno deleznable, no tuvo gran trabajo en ocultar su tesoro, que quizá estaba destinado a ser motivo de perdición para muchos.

El rico caballero pensó desde luégo en hacer a su hijo depositario de su secreto, lo cual fue dilatando porque nada había que a ello lo apretase, y tuvo cuidado de abrir sus puertas a todo linaje de gente para que se certificase y diese testimonio de que su hacienda a toda prisa venía a menos, cosa que no podían aceptar llanamente sus envidiosos allegados o fingidos amigos, y para que esa misma manera de vida fuese escudo que lo defendiese de las criminales tentaciones de ellos.

Era el rico persona ya entrada en años, y yendo días y viniendo días, como se viese a punto de muerte, llamó a su hijo y a vuelta de saludables consejos le comunicó con toda individualidad el lugar en que se guardaban los caudales, única herencia que con la antigua y casi arruinada casa le quedaba. Al cabo vino la muerte a poner término a las inquietudes que él mismo se había acarreado con la largueza que usó con hombres de malos intentos, y que no fue más que echar margaritas a puercos.

No sin que hubiese precedido gran sentimiento acompañado de muchas lágrimas, así como su hijo le cerró los ojos, tuvo el consuelo de darle cristiana sepultura en el huerto de su envejecida casa, el cual había bendecido un buen sacerdote.

La desenfrenada codicia, que rabiaba por romper ciertos respetos que la mantenían a raya en el curso de los días del opulento caballero, no vio ya obstáculo ante el cual hubiera de detenerse para continuar su torcida vía y satisfacerse en colmar sú insondable saco, aunque corriese el riesgo de romperlo.

¡Oh rebelde y mal considerada pasión, y con qué ímpetu arrojas a los que dominas a desastrado y lamentable fin! ¡Cómo no te encierras en tus no estrechos límites, y te contentas con regodearte en lo que con afan vas hacinando, sin poner el odio de norte que dirija tus pasos! ¡Detente por ahora, cruel arpía, y no te adelantes a segar la mies, si no te ha de rendir el fruto que ansías con tan extraña furia!

No se habían enjugado todavía los ojos del hijo del acaudalado caballero por el sentimiento que hacía de la pérdida de éste, cuando una noche, propicia por la oscuridad para poner en ejecución criminales designios, a la hora en que solía él mismo recogerse, vino en gran tropel una muchedumbre de desalmados, a quienes la carátula celaba la furia de sus rostros puesta por la hidrópica sed de oro que a aquel lugar los atraía, y sin que fuera poderoso de defenderse, inerme, aterrorizado y solo como se hallaba, cosiéronlo a puñaladas, sobre su mismo lecho, y no dejando ostugo que no observasen ni examinasen por buscar los tesoros que decían había heredado del opulento padre, vieron defraudadas amargamente sus ambiciosas esperanzas.

Con rabia loca y no vista insania salieron todos de la casa en que tan infeliz tragedia se había representado, y tirando por diferentes caminos para no ser sentidos de persona alguna, abandonaron el sitio, de donde no llevaban más que el estigma con que su protervia los había sellado, y donde no dejaban más que la lobreguez y el espanto como cortejo al desdichado mancebo.

A pesar del silencio con que ejecutaron su venganza aquellos desgraciados hombres, el efecto de ella se descubrió aquella misma noche, porque habiendo notado, desde una choza situada en una de las colinas que caen

cerca de la casa, el ruido de muchos pasos, y cómo discurrían a deshora y con insólito movimiento luces por toda ella, un labriego sin perder punto dio voces a otros de la comarca que acudieran luégo a tan extraña vista.

Juntáronse no pocos, y la mayor parte fueron de parecer que las luces y el ruido no era otra cosa que la sombra del rico caballero, muerto hacía pocos días, que venía a solicitar preces y otros sufragios que acaso necesitaba para alcanzar la eterna vida. Sólo Leoncio, que también había acudido, y otro anciano de mucha experiencia se mostraron con extremo alborotados, porque no imputaban el suceso a cosa maravillosa sino a algo real y verdadero.

Como desaparecieron las luces y cesó todo rumor, se atrevieron a bajar a la casa Leoncio y el anciano, acompañados de algunos otros, por cerciorarse puntualmente de lo que hubiera acontecido. Entraron por ella, y observaron que todas las puertas estaban abiertas de par en par, cosa que comenzó por ponerlos un tanto recelosos; registraron con mucho examen las habitaciones, que se veían desordenadas, y finalmente llegaron al aposento del mancebo, a quien encontraron tendido en su lecho, exánime, envuelto en su propia sangre, que ya se anticipaba a servirle de sudario, y a quien era doloroso martirio la poca vida que le quedaba, pues los desalmados matadores, por atender a lo que más hacía a su propósito, y envidiosos unos de otros, no repararon a su partida en que la miserable víctima contaba todavía con un resto de animación.

No bien sintió entrar a los labriegos, y adivinó por su semblante la compasión que en ellos había causado, con una mirada en que exprimió toda la suprema congoja a que había llegado, y haciendo un esfuerzo para abrir los labios, dijo con voz desmayada: ¡Oh! vosotros, quienesquiera que seáis, y a quienes incita la compasión a acompañar en su agonía a este desventurado, a quien sus pocos años y experiencia, más que inseguros y peligrosos pasos, han traído al término en que lo halláis, ruégoos que, así como haya exhalado el postrer suspiro, me hagáis, como únicas honras que mi corta suerte habrá de conceder, la buena obra de conducirme y darme sepultura junto de la que pocos días há cavé entre los mirtos y cipreses del huerto

para el que me dio esta vida, que tan sin justicia y contra toda ley de razón me han arrebatado cobardes y despiadadas manos, sobre las cuales espero se haya de ejercer la venganza que remito a la voluntad divina. Ruego a los altos cielos que por el bien que me hagáis os colme de tanta ventura como el infortunio colma de dolor esta alma, que ya no anhela sino por dejar el miserable cuerpo que no le es dado regir.

A este punto calló, y con un quejido que parecía salir de lo íntimo de su alma, asomaron copiosas lágrimas a sus quebrados ojos, las cuales fueran capaces de enternecer los más duros corazones, cuanto más los de Leoncio y sus acompañantes, que atónitos con tan extraño caso estuvieron una gran pieza sin decir palabra.

Conocido era Leoncio de Silvio, que tal nombre tenía el desdichado, y así como éste le distinguió, estrechóle la mano dolorosamente e hizo ademán de querer hablarle a solas, entendido lo cual por los demás, se retiraron, y Silvio con apagada e interrumpida voz le dijo:

—En buen punto has llegado Leoncio, que de otra manera no habría tenido con quién comunicar mi última voluntad, habríanse perdido mis postreros suspiros en esta soledad sin quien se doliese de ellos, e ignorada mi muerte, acaso ninguna señal daría a conocer el lugar de mi sepultura. La envidia, cruel enemiga de la ventura ajena, que persiguió a mi padre, como bien lo sabes, acibarándole la existencia, cortando sus más risueñas esperanzas, y abreviándole sus días, no quiso tampoco que los míos se deslizaran plácidos y tranquilos, como podía esperarlo quien no sólo quiso tener cerrado su pecho para el odio sino que siempre le tuvo abierto a todo afecto, que no tuvo hiel para empapar palabra que de sus labios saliese en vituperio de honras o en daño de favores. Tan ajeno estaba yo de tan triste fin, que todos mis pensamientos, cuando no eran embargados por el sentimiento de la pérdida de mi buen padre, tenían por fin y paradero el amor de la que yo creía que iba a labrar mi dicha en esta vida y a prepararme con su virtud para la eterna. Pero el cielo, en sus arcanas miras no lo ordenó así, y no quiere que participe de esa dicha ni aun en este último trance, ya que no me concede dar la mano de esposo a la que acabará por morir viendo que se disipa su más acariciada esperanza. Quédame el consuelo de que la palabra que me dio y el juramento que me hizo serán bastante para que Dios bendiga nuestra

unión, que a breve plazo habrá de verificarse en la eterna mansión. El disfraz ocultó el rostro de los causadores de mi desgracia, y no puedo por eso individuarlos para que se cumpla la justicia humana luégo al punto; mas día vendrá en que, guiada por la luz que halla siempre una recta severidad, disipe las sombras con que se ejecutó el crimen; y por que puedas tener ocasión de rastrear los perpetradores de él, te advertiré que el único objeto querido que conmigo tenía, y que era prenda del juramento que mi desposada me había hecho, me fue arrebatado a viva fuerza de la mano, y no era otro que un anillo de oro purísimo en que estaba engastado un diamante de tánta finura, que todo el que lo veía no podía menos de poner su valor en la debida proporción, el cual anillo tenía en la parte de adentro un letrero casi imperceptible que decía: *amor fino y perfecto.*

Iba a decir algo más el mancebo, pero tomándole un terrible desmayo y expresando su dolor con dos gruesísimas lágrimas, a poco puso la muerte perpetuo silencio a sus labios, como si no quisiera que ellos comunicasen el secreto que ya iba a declarar en recompensa de las muestras de conmiseración y lastimado ánimo que había hecho Leoncio desde que lo vio en su miserable estado.

Hiciéronlas igualmente todos de gran sentimiento, tan pronto como Leoncio llamó y comunicó la nueva que ya temían; y aderezando unas andas, y vistiendo el cuerpo con el traje de gala que en ciertas épocas gustaba Silvio ostentar, tejieron de verde sauce y amarillas flores funestas guirnaldas como tributo a la memoria del desdichado, a quien no fue la muerte bastante a robar la gallardía de su rostro.

Abierta la sepultura, condujéronlo en hombros los compasivos labriegos, y Leoncio se encargó de rezar algunas oraciones antes de que la tierra lo cubriera, lo cual no dilató en verificarse. Con esto se terminó tan lamentable espectáculo, y despidiéndose todos y vueltos a sus trabajos, ya bien entrado el día, pareció que sólo habían dejado la sombra de la muerte como dominadora de la frialdad y el silencio de aquella mansión.

Desde entonces ella infundió temor a los vecinos moradores, e inhabitada y lóbrega, hízose manida de las aves nocturnas y albergue de los ganados de los contornos, hasta que por último, sin mano que defendiese el edificio de la injuria del tiempo, sólo ruinas quedaron como monumento de su antigua opulencia.

Al paso que iba mitigándose en Leoncio y Tecla la sorpresa de hallarse poseedores de un caudal que nunca imaginaron, veían claramente el punto elevado a que sin saber cómo los había conducido la fortuna; y desde esa altura, a que no estaban acostumbrados, se desvanecían, y todo lo que veían en torno suyo, que antes les servía de gusto y complacencia, lo tenían en menosprecio y se les hacía miserable y pequeño.

Comenzó a mortificarlos en gran manera el pensamiento de haber vivido en suma estrecheza, y haber sido por eso desdeñados de personas poderosas y ricas, y levantándose a las nubes con las alas que iba poniéndoles el orgullo, no veían sino miseria en los que todavía pagaban con lealtad y cariño su despego. Hiciéronse el hacha y la azada pesadas en extremo para las encallecidas manos de Leoncio; parecieron a Tecla oficios demasiado serviles el aechar trigo y el hilar con la rueca y el huso; y ambos tuvieron por bien encomendar sus faenas a manos que no se degradasen a ellas, en tanto que holgaban de forjar en su imaginación una ventura que pensaban coronar, ascendiendo por la suavísima y descansada escala que les hacía su flamante riqueza. Sólo Concha no pensaba en variar su manera de vivir retirada y humilde, que su corazón no se había rendido a otro encanto que al de levantar dichas sobre bien correspondidos amores.

Así Leoncio y Tecla, no aferrándose con las áncoras de una atinada reflexión, que es la que derriba las artes con que la ciega pasión avasalla los corazones, se veían en cierto modo titubear en la rectitud con que siempre habían procedido, y no resistían la dura prueba a que los sujetaba el malhadado tesoro, que hacía vanas sus imaginaciones y empezaba a robar el de sus bien encaminados intentos.

Caprichosa la suerte en el modo de repartir sus dones, lo hace unas veces mezclando acíbar al goce de cada uno de ellos, pero no permite gustarlo sino cuando ya ha hecho poderoso efecto; y otras, como sagaz mohatrera, concediéndolos a trueque de llevarse prendas de subido valor, lo que acaeció a Leoncio y Tecla con los que les hizo la suerte en su hallazgo, a él volviendo en desatinado el proceder discreto, y a ella en desordenada su juiciosa condición.

Con todo eso no llegaban al extremo Leoncio y Tecla de pensar en deshacer la concertada boda de Concha; lo primero porque, sabiéndose ya de público, creían que iba

en desdoro de la buena fama de ella una mudanza inesperada, y lo segundo porque se consideraban ya bastante acaudalados para que su hija llevase una dote que sacase bien librado a Mauro, de quien osaron decir sin embozo que pues no le alcanzaba la sal al agua, era preciso que no sólo se quitase la rusticidad de su porte y sus maneras, sino también que cobrase cierto entono con el lastre que llevaba Concha como generosa dádiva a su desposado.

No habían pasado muchos días después del suceso que los había pronosticado tan venturosos así a Leoncio y a Tecla como a Concha, cuando empezó a anunciarse con las diversas e infinitas flores de que se engalanan los campos, juntamente con los pajarillos que en ellas vienen a posarse para formar con su rico y sedoso plumaje espléndida combinación de colores, la venida del día de la Cruz de Mayo, que así como parece regocijar el cielo aumentando en nuestro horizonte la brillantez de la constelación que suele tomar su nombre, regocija la tierra con el verdor y lozanía que a la vegetación comunica.

Las sencillas gentes de los campos no se muestran indiferentes a este concierto con que la naturaleza solemniza el recuerdo del divino símbolo del más sublime sacrificio, y no queda quinta, casería, cortijo ni choza en que no eleven, entre tiernos cantares de amor y entre dulce y franca alegría, sobre un lugar aderezado a manera de altar con adornos de flores en que han primoreado las manos de las humildes pero graciosas campesinas, una cruz formada asímismo de flores entretejidas con gallardas plumas y salpicadas de mariposillas y otros insectos que deslumbran con su brillo y maravillan de diversos modos por su belleza.

Toca exaltar la cruz al que fue padrino de ella en el año que precedió, que así llaman al que, terminada ya la fiesta, se encarga de bajarla para ser conservada en lugar conveniente, como recuerdo grato del día, y a falta suya, al que más se distinga por su devoción a ella, el cual padrino es el encargado de animar al gusto y diversión a cuantos concurran a la celebración de las fiestas, y dar traza de que no sea inferior a la precedente.

Todos los años Leoncio y Tecla, así como venía abril con sus aguas a reverdecer los sembrados, se disponían, en cuanto lo permitía su poca posibilidad, a celebrar rego-

cijadamente la fiesta de la Cruz de Mayo, en que nunca faltó abundante comida, ni las alegres danzas que se ejecutaban en alfombra de mullido césped, ni el canto de sentidísimas endechas. Aquel rústico banquete y bulliciosos entretenimientos habían de hacerse a cielo descubierto, o cuando más, si los rayos del sol herían vivamente, a la sombra benigna de los copados árboles, para que fuesen más francos y cordiales, porque tenían por cierto que de esa franqueza y cordialidad en tan regocijada fiesta, y entre dulces y agradables pláticas, habían de originarse amores que condujesen a unión felicísima.

Natural era que con la mudanza de condición no anduviesen cortos Leoncio y Tecla en los preparativos para las fiestas de la Cruz de Mayo; y quisieron que para esa ocasión no sólo les hiciesen compañía los honrados labradores que solían, sino también algunas personas principales del lugar, amigas de divertirse y solazarse con la libertad que el campo presenta, para lo cual enviaron a La Victoria un extraordinario a manifestarles sus deseos, el cual había de traer asímismo joyas y otros atavíos para que Concha se compusiese y aderezase como convenía a la calidad que sus padres deseaban empezase a mostrar, y vinos rancios y otros ultramarinos con qué regalar a los cortesanos que acudiesen. Pensando también que nada podía con la fuerza de su estrella, que ordenaba fuese Mauro su yerno, le persuadieron a que diese muestra a la compañía de su gallardo entendimiento y natural gracia, que sólo dejaba ver en medio de los zafios aldeanos para motejarlos y corregirlos, o ya cuando transportado en algazara festiva soltaba la voz en mil donaires y agudezas que daban que celebrar y reír aun a los más tiesos y estirados.

Rompió el alba del tan esperado día y con ella el són de varias chirimías, panderos, caramillos y flautas, que en balde se atrevían a competir con el de los gárrulos pajarillos, que como que esa vez acudían solícitos a contribuír a la disposición de la fiesta; y las sombras que de todo en todo acabaron de disiparse, dejaron ver el suelo esmaltado de frescas y olorosas flores, el cielo vestido de purísimo azul vareteado a trechos de nubecillas ligeras de extraordinaria blancura y de color pardusco; y el Oriente animado y risueño en señal de que no tardaban en bañar la tierra los suavísimos rayos del sol. Saludaba también al día una regalada música de guitarra y otros instrumentos de cuerda que se dejaba oír cerca del riachuelo, con cuyo murmurio acompasado a veces confundía sus notas.

A esta sazón bajaban por el recuesto los convidados del lugar, a cuya vista los buenos labradores se apercibieron a recibirlos con su habitual llaneza y bondad, y llegado que hubieron, no tuvo tasa al agasajo y regalo con que se manifestaban atentos a servirlos.

Distrito en que habían hecho morada las avecillas, que con diversas e inimitables voces hacían magnífica concordancia; las flores, que de mil maneras suspendían la vista y embriagaban con su fragancia; los árboles, que se doblaban con sus abundantes racimos y que incitaban a satisfacer todo linaje de gusto; las aguas frescas y limpias, que en maravillosa abundancia regaban aquellos campos, tenía que ser atractivo que cautivase de sobra el ánimo de los cortesanos, no acostrumbrados a la vida que ostenta la naturaleza en la libertad de su desenvolvimiento, no menos que el ver que a esos naturales hechizos se unían los que maravillosas manos habían sabido ofrecer, mudando en lujosos adornos los rústicos ramajes.

Mostrábase frente por frente de la puerta que mira al camino un hermosísimo arco vestido de verdes ramos de palma y helecho, entre los cuales estaban diseminadas infinidad de menudas florecillas. Pendían del arco diversos géneros de frutas, cuya sazón y fragancia estimulaban a regodearse junto de ellas. En la puerta se ostentaban antes que tapices de sedosa y transparente tela cortinas de hojas y de musgo, aderezadas con gusto y destreza, y en las cuales con esmerada simetría estaban puestas cuentecillas de vidrio que hacían deslumbradores visos; y entre ellas y el arco que le servía como de vistosa fachada, se veía la obra, formada también de frondosos y florecidos ramajes, en cuya parte superior se mostraba la Cruz de Mayo, la cual cubrían a modo de dosel el blanco jazmín, la graciosa madreselva, el cárdeno lirio, la amarilla retama y la finísima rosa de Jericó, enlazados con tal primor, que no se sabía si embelesaba más el considerar el conjunto que cada una de las partes, todo lo cual contribuía a la animación de los que habían acudido a celebrar la fiesta.

Desde temprano andaban sin descanso por aquel circuito, que el contento tenía bajo su cetro, comestibles agradables para entretener el hambre, en tanto que el suntuoso banquete se preparaba y servía: de lo caro para los cortesanos, mistelas para los lugareños, y sustanciosas bebidas para los rústicos labriegos se ofrecían allí sin interrupción, y la copa o el odrecillo se sentían a cada paso aliviados de la carga que se les echaba.

Así como este refrigerio les hubo esforzado el regocijo, hiciéronse tres grupos de danzas, una de las cuales se componía de los mozos labradores de las cercanías, los cuales no daban tregua a sentidos bambucos, al són del pandero y la dulzaina con que cantaban estos versos de un poeta del tiempo de Felipe IV, que quizá los habían aprendido tradicionalmente, y anduvieron ese día muy validos, porque aseguraban que podían encaminarse en especial a encarecer la belleza de Concha:

A hurto la están copiando
Mayo y abril las mejillas;
Y a su imitación las flores
Pomposamente se pintan.

Mal imitados borrones
De su perfección divina
Muestran floridos los prados
Hacen las riberas ricas:

A lo que siempre contestaba un labriego que tenía olor de discreto y grave con otro cantar de la misma especie, que parecía flecha asestada al alma de Concha:

Si ayer por ti suspiraron,
Hoy por ti propia suspiras;
Y en lo que serás mañana
Te has de enterrar a ti misma.

Más adelante se mostraba la danza de gallardas aldeanas y pastoras, las cuales, casi todas con los cabellos apenas recogidos por una sarta de abalorio, y luciendo sobre las arandelas de su alba camisa bordada de seda negra sus collares de similor y su cruz de azabache, parecían en grande extremo guapas y briosas; y ágiles como la misma agilidad, ejecutaban acompasados movimientos de baile con la armonía de la guitarra, el tiple y el tamborino, en medio de alegres voces y festivas risas. En esto dos gentiles muchachas, la una tocando un guitarrillo y la otra unas sonajas, comenzaron a cantar alternándose estas estancias, inspiradas por su original musa al cantor del *Bambuco* y el *Torbellino a misa*.

Coronemos, pastores,
La cruz de mayo,
Que cortijos y amores
Libra del rayo;

Que cubre las labranzas
De bendiciones,
Y de paz y esperanzas
Los corazones.

¡Arriba, buenas mozas!
¡Mozos, arriba!
Que ni en rozas ni en chozas
Quede alma viva.

Cada linda corona
La cruz la paga;
Buen novio le aprisiona,
Buena pro le haga.

Coronemos, pastores,
La cruz bendita,
Que a quien no le da flores
Dios se las quita.

La hermosa aquí presenta
Lo que le sobra;
El diezmo de su renta
La cruz lo cobra.

Y cada flor divina
Borra algo feo;
Cada rosa, la espina
De un coqueteo.

Para la cruz los prados
Brotan jazmines;
Y cantan emboscados
Los serafines.

Y bailan los cabritos
Sobre las peñas,
Y aliñan sus palmitos
Todas las dueñas;

Devotos que hoy confiesan
Honestas llamas,
Su pensamiento expresan
Y el de sus damas.

Y en vez de agrios talantes
Que petrifiquen
Hallan brazos que amantes
Los crucifiquen;

Y repasan los viejos
Sus verdes días,
Y en vez de dar consejos
Cantan folías

Con las doncellas pasas
De sus bochornos,
En donde aún quedan brasas
De antiguos hornos.

¡Arriba, buenas mozas!
¡Mozos, arriba!
Que ni en rozas ni en chozas
Quede alma viva.

A poner más lucida
La cruz de mayo
Que la selva florida
O el iris gayo;

Más galana que cuanta
Novia se ha visto,
Que la cruz es la santa
Novia de Cristo.

El acabar el canto de estos versos, de que estaban colgados los que los habían escuchado, y romper todos en sonoras palmadas fue uno; y luégo una moza sacudida y donosa entre las más donosas, dando una zapateta que fue muy celebrada, dijo:

—¡Voto a tal! ¡y qué bien y rebién que hacen sus quiebros en el canto estas muchachas, que de puro humildes parece que son la gatita de Mari-Ramos! A fe que si viviéramos en tiempo de hamadríadas y napeas no habría faltado quien dijera que habían salido a hechizarnos con sus cantos. Y según lo que a mí se me alcanza, el autor de los versos es de aquellos que no han dejado soltar la poesía a insulsas coplillas de pie quebrado, ni a frívolos ovillejos, ni a ridículos acrósticos, ni a artificiosos laberintos, ni a torpes epigramas, y sólo se ha ejercitado en cantos que admiran por la inspiración y embelesan por la gracia, y por eso es tan claro el nombre del poeta y popular su memoria.

Suspenso quedó uno de los cortesanos que acertó a oírla, con las razones de la muchacha, por no imaginarse que en esa manera pudiese hablar una aldeana que nunca habría tenido ocasión de desbastar siquiera su condición natural, y dijo:

—Algo más que discretilla es la mozuela, y a lo que parece, echa un pie adelante a muchas de las marisabidillas que gustan sacar a pasear los pocos conocimientos que lograron alcanzar en sus verdes años, y los que andando los tiempos alcanzan con sus lecturas insustanciales, que es más leída que si se hubiese enfrascado en estudios que ni los que presumen de eruditos han saludado.

—¡Y cómo si es leída! dijo a este punto una anciana, que por serle pintiparada la mocilla, podía conjeturarse que era

la madre. El cura del lugar, que dice que no sólo es lectura provechosa la de los libros de devoción, se tiene en cuidado abastecer a la chica de aquellos que al par que recreativos sean de manifiesta utilidad para el adorno del entendimiento, y ella se arregosta a esas lecturas con tánto empeño, que más de una vez he tenido que reñirla para que no deje de la mano la parte de tarea que le toca en la busca diaria del sustento! Pero sabe Dios si eso le está bien, que así se entretiene honestamente y puede olvidar a los que andan por ahí echando el bofe por ella, que no hay más que ver.

—Y es bueno que se cree, dijo la muchacha, que la pobreza y oscuridad de vida son enemigas del saber, y que por atender al cultivo de la tierra y al mejor modo de cuidar el rebaño, ¿hemos de descuidar el cultivo del alma y dejarla esterilizada y sin abono? Nó, sino créase esto; y yo probaré que bajo el traje humilde y corto a que me acomodo más que a la rastrera falda de las doncellas de ciudad, hay ánimo varonil, que en cuanto le ha sido posible ha procurado ser advertido de lo que el ingenio del hombre ha sacado al mundo para su divertimiento y enseñanza.

—Calla, dijo la madre, pecadora de mi alma, y no gastes tántos filetes en decir cosas que no vienen a cuento, cuando hoy no se piensa sino en los placeres y contentos que trae la bendita Cruz.

—Déjale por tu vida, dijo a esta sazón el cortesano, que más gozo en oír esta octava maravilla que en todas las alegrías con que pudiera brindarme el mundo en toda su redondez.

—Sí, dijo la muchacha haciéndose la desentendida, que gracias a que he sabido despabilar el ingenio con el mucho leer, he aprendido a echar el agraz en el ojo y poner la paletilla en su lugar a quienquiera que se acerque a empañar el vidrio de que como mujer estoy formada; y aunque campesina no soy tan lerda, que considere que no monta un cabello conocer lo que se necesita para ser mujer de punto, y todas las cancamusas y artificios que los hombres suelen poner a nuestra flaqueza para hacernos tropezar.

—Vieja eres en la cordura, repuso el cortesano, y no parece sino que la soledad en que naturalmente has vivido, ha sido propicia para aguzar tu entendimiento; que lo que acabas de decir, antes que los libros lo enseña una

continuada experiencia, que a buen seguro no te han dado tus pocos años; pero cuenta, que aunque te aferres mucho en el entendimiento, si no tienes bien puesto el corazón, te arrebatará luégo el amor a un piélago en que te has de hundir porque no encontrarás tabla que te salve, ni puerto a que arribar.

—¡Qué poco se te entiende, dijo la moza, del modo como he resistido a las acometidas de los que han pretendido menoscabar la integridad de mi corazón! Agudas razones bastan a desconcertar a estos tales, y con ellas recibo siempre los dardos que encaminan a lo más secreto de mi alma.

—Mejor fuera que en ese punto callaras, replicó el cortesano, porque me atrevo a pronosticarte que en alguna ocasión tus agudezas han de ser los cabos por donde tires la red para coger corazones.

A lo que contestó la moza:

—Si supieras que mi crianza no había sido entre despoblados y majadas, sino en doctas escuelas, no me notaras de presuntuosa, intentando deprimir la verdad de mi razonamiento; que para vosotros, hijos del lujo, en que anida toda malicia, no puede haber sino condición doblada antes que sencilla, bajo una pajiza choza, y el ejercicio de las virtudes no es loable sino en cuanto anda a una mano con la principalidad.

—No tomes las cosas tan por el cabo, graciosa muchacha, respondió el mozo, ni las sutilices tanto para decir que tocas el extremo de la firmeza, que no sólo asegura feliz sosiego al alma, sino que le sirve de antemuro para que no la amargue ningún género de seductor halago.

A estas razones repuso Concha:

—No sé todavía si tenerte por desatinado o por juicioso, en vista de lo que en tus discursos vas mostrando; mas sea de ello lo que fuere, preciso es que andes con zapatos de fieltro en una materia en que eres menos versado de lo que tu buen palmito da a entender; y no digo más, que lo que importa es que Dios me entienda y yo me entienda.

Llevaba talle tan grave plática de no acabar presto, según la gana que tenía el mozo de estimular a la muchacha para que continuase, y la inclinación que ella tenía a tratar, si a ello la animaban, ese linaje de asuntos, pero hubieron de cortarla, porque todos de común parecer pidieron que se repitiesen los versos, que querían tomarlos de coro.

Hiciéronlo así las dos muchachas, y volviéndolos a escuchar muy atentamente, iban todos repitiéndolos a la par de sus alegres danzas.

Aparecían en el tercer grupo de danzantes las damas que de La Victoria habían venido, y que por aventajar a las demás en lo fino y ostentoso de sus trajes, que no en lo donairosas y decidoras, se llevaban las miradas de los mancebos a quienes allí había atraído el ruido de la fiesta y la invitación de Leoncio y Tecla; y a la acordada música que los hábiles tocadores del lugar hacían oír, ejecutaban animadas contradanzas de difíciles movimientos, terminadas las cuales, ordenaban diversas especies de juegos, que ejecutaban con grande habilidad: la plática cortesana y el serio discreteo que reinaba hacían comprender bien claramente lo que en índole y costumbres se diferenciaban de los otros convidados, cuando no lo hubiese hecho el pergeño de los labriegos ni la llana familiaridad de los aldeanos y pastores.

Como sea la vanidad la dolencia que más a menudo aqueja a las doncellas cuando el recato y la humildad no han encaminado los primeros pasos de su crianza, era de ver cómo la mayor parte de las damas de La Victoria habían extremado sus arreos para ese día, bien como si se tratase de ponerlos de atractivo a compradores en el malbaratillo que de sus gracias hacen en sus lujosos salones. Puestas con todos sus alfileres, erguíanse y contoneábanse arrastrando sus largos trajes y luciendo sus ricas manillas, arracadas, sortijas y collares, en que alguna mirada envidiosa no dejaba de clavarse de cuando en cuando.

Más todo esto no era parte para que la fiesta se contagiase del desabrimiento que se siente dondequiera que respira la opulencia; antes al contrario, no pudiendo ser reina en la amable rusticidad sino la candorosa sencillez, al cabo se vieron obligadas a allanarse con todos en franca y familiar conversación, reservando su necia gravedad para donde tiene mando y señorío la vana ceremonia, y la mentira se arreboza con la capa de seductora galantería.

En tanto Mauro, vivo como una cendra, andaba de danza en danza y se hacía rajas bailando y cantando. Aunque mal ejercitado en amorosos casos, como supiese avalorar el corazón de la incomparable Concha, estaba muy puesto en que con ella no valdrían los requiebros de los que a cada triquete se la acercaban en són de depar-

tir con ella, y muy especialmente los de don Pacífico de Orihuela, que había llamado la atención de Mauro, porque había conocido éste que era el que más ahincadamente quería flecharla con sus miradas. ¡Ah! ¡y qué alto concepto el que formaba Mauro de lo invariable de la condición de la mujer, que suele tomar por realidad los trampantojos que para vencerla le presentan ambiciosos y malintencionados corazones! ¡Y cómo creía que las calidades eran la única dádiva a que se inclinaba el mujeril afecto, y que cualquiera otra apenas hacía sino probar y levantar de punto su fortaleza! Pues que conoces la que posee Concha, no te aconsejaré, mancebo inexperto, que pongas la mira en la prisión en que mantienes su generoso corazón, por temor de que se escape en busca de soltura para algún amoroso extravío, ni que la envidia a veces trabaja a la zapa con el amor para minar el asiento de la virtud de la mujer.

Entre los que de La Victoria habían venido descollaba don Pacífico de Orihuela, mozo que sería de alguna más edad que Mauro, aquien aventajaba en labia para seducir, en gentil talle y disposición para ganar voluntades, y en atractivo de ameno trato, que le servían para ocultar la mecánica de sus procedimientos. Su patria era desconocida en aquel lugar, a lo menos no se hablaba de ella; y su fortuna tan venturosa en negocios rentísticos y lances amorosos, que no había rico que no le proveyese de dineros, ni doncella que no se sintiese llevada de la apariencia de sus prendas. No se le conocían rentas ni hacienda de ninguna especie en La Victoria, pero ello es que alcanzaba fama de rico, a causa quizá de que gastaba como dadivoso y era en extremo franco con sus amigos. Cómo los acaudalados, hombres por la mayor parte de muchos entresijos, le habían abierto su caja de buenas a primeras, no se explica sino por el mucho poleo que gastaba, las barrumbadas de que usaba para hacer ver que su bolsa no estaba vacía de morusa, y la poca experiencia que de él habían hecho en el poco tiempo que hacía que con él habían trabado conocimiento; tres circunstancias dignas de tomarse en cuenta, bastantes a hacer que los ricos caigan en la loseta que sabe armar la taimería.

Persona de tal calidad se llevó la gala entre todos los convidados: su fama de poderoso y bienquisto en el lugar corrió de boca en boca, y aun fue parte de que algunas lenguas se distrajesen del común alborozo para hablar

detenidamente de su estimación y valía, y así triunfaba como cuerpo de rey, y era el primero en todas las danzas y pláticas que la fiesta amenizaban. Hízose, en resolución, uno de los objetos de ella, por lo cual no faltó algún hombre experimentado que se dejara decir, sin que en ello al parecer hubiese sombra de ironía, que él era la verdadera cruz que en aquel día se ensalzaba.

Mauro, empero, atento no más que a sus honestos divertimientos y a no dejar que decayese la animación, no curaba de fijarse en aquel cuyas cualidades admiraban todos, y que desde el principio había puesto todo empeño en solicitar con tiernas y amorosas razones el corazón de Concha: no cayéndosele de la memoria los juramentos que delante del cielo le hizo ella, jamás se determinó a pensar, no que faltase a ellos, pero ni siquiera que oyese con agrado semejantes solicitaciones; si bien es cierto que la mujer, por más que haya depositado sus afectos en algún objeto digno, no desoye finos ruegos y alabanzas, cuando no sea más que por complacerse en sus propios atractivos, o en los que le hacen creer que posee, lo cual le acaece muchas veces sin que su debilidad le permita darse cuenta de que procediendo de esa manera sale fuera de todo término razonable, siendo así que cuando a tal estado viene, muy derechamente se acerca a una caída de que será difícil levantarse.

Las instigaciones con que había tratado Orihuela de rendirla a su voluntad, fueron desde los principios escuchadas por Concha con cierto rabanillo, que procedía ya de que realmente le parecía que ellos redundaban en desdoro de su inquebrantable alma, ya de que temía que Mauro advirtiese en ellas, y fuese esto causa de la ruina de su amor. Mas Orihuela con el poder de su fama y la sutileza de sus razones creía tener llave maestra para abrir la puerta de las fortalezas que se le cerrasen y robar en beneficio suyo lo que en ellas encontrase; así que con esa llave y con artera maña pretendía abrir la puerta que a sus deseos tenía Concha cerrada.

Mas ya que no ha sido posible rastrear en La Victoria el hilo de los antecedentes de la vida de Orihuela, fuerza es escudriñarlos por otra parte para mejor apreciar el calibre de su condición y el de la flamante y amorosa red en que intentaba envolver a la generosa Concha.

En las afueras de Albaida, emporio de riqueza un tiempo por el oro que con abundancia allí se recogía, como hoy lo es por la fruta de que provee los mercados convecinos, y obra de veinte leguas de La Victoria, vivían Epifanio y Jacinta, su mujer, medianamente acomodados de los bienes de la fortuna, los cuales habían allegado a fuerza de constante trabajo y muchas privaciones y ahorros, por lo cual sabían apreciar su posesión y no se daban prisa a malgastarlos en todo aquello que pide la vana ostentación. Con todo esto no escatimaban nada de lo que pudiera venir en beneficio de su holgura.

Fuera de las muchas tierras de pan llevar de que eran poseedores, eran también propietarios de la casa que habitaban, de mucha comodidad aunque de antigua forma, de dos pisos y tres andanas de balcones de hierro por defuera, coronada de una azotea adonde en las tardes calurosas de verano subían a recibir los aires purísimos de la cordillera que no está dos leguas de Albaida, y que así como confunde a veces el capricho de sus crestas con el de las nubes que vienen a amontonarse sobre ella, mira humillados a sus plantas soberbios valles y redondas y verdeantes colinas. Gansos, pavos y otras aves alegraban el corral; eras de sabrosa legumbre y frutas de incitativo olor, su huerto; variadas y olorosas flores, su patio principal. Ni le faltaba agua de pie; y las corrientes, bajo magnífico techado, las recibía una espaciosa alberca, que rodeada de una verjilla en que enredaban diversas especies de plantas, se hacía por extremo deleitosa. El lujo de la casa consistía en tapices de damasquina tela, en muebles de nogal con forro de la misma, regularmente labrados y entallados, y en el buen servicio de caballos de regalo.

Mesurados en sus costumbres, era frugal su mesa, a la cual tenían por acompañamiento alguna familia amiga, con ocasión del lechoncillo por pascua de flores, el corderuelo por San Juan, y los buñuelos y otras frutas de sartén por navidad, festejos para los cuales reservaba siempre Epifanio vino trasañejo, del que solían darle obsequiosamente los más ricos mercaderes de la plaza, y que él mismo gustaba escanciarlo, y con delicada cortesía ofrecerlo a sus convidados, para quienes era supremo encanto hacer la razón en agasajo tan cordial.

Tenía Epifanio el cuerpo de mediana proporción, y el rostro barbitaheño, y por su mirar se sacaba su benévolo corazón; Jacinta, delgada, pálida y de benignos ojos, no

dejaba ver si sus cabellos eran escasos o abundantes, pues siempre traía la cabeza envuelta en fino pañuelo de seda.

Fueron los frutos de su amor bendición de Dios: Angela se llamó la hija mayor; Teodora la segunda; y una y otra excelentes en su disposición como en su natural, con unos cabellos que parecían un ascua de oro, según eran de rubios y brillantes, y unos ojos que hablaban, según eran de animados y vivos. Mas no diré que la mala estrella de la primera, sino el cielo por sabia ordenación hizo que en la tierra se malograse, y anhelando por la posesión de su inocencia, la arrebató cuando no había llegado aún a esa edad en que entramos a las asperezas de la vida. Hicieron sobre Angela doloroso sentimiento sus padres, y sólo se consolaban con el pensamiento de que había de ser efectivamente ángel que bajase a batir sus alas para templarles las penas y sostener para el bien su espíritu en el mundo.

Crióse Teodora en el recato y en severa honestidad: aprendió temprano a decorar, escribir y la doctrina cristiana como la más pintada, pues dio en qué entender con ella a muchos viejos que le tocaban la materia; sus salidas no se extendían a más de la iglesia del lugar, ni sus recreaciones a más de recorrer la huerta de su casa y leer libros de honesto entretenimiento, cazar mariposas y hacer preciosos ramilletes. No se asomaba a la puerta principal de la casa, porque no queria abrirla a la desenvoltura, ni a ventanas ni balcones, por saber demasiado que por ellos suelen entrarse las miradas a arrebatar las más bellas prendas del corazón de la doncella. Salía por la calle armada de punta en blanco con el acero de su virtud, de modo que los más hábiles tiradores no lograban clavarle saeta alguna; y cuanto más quería apagar con los rebujos de su mantilla la llama que despedían sus vivísimos ojos, más la encendía en los enamorados pechos de los mozalbetes.

El sol de su hermosura hería en lo vivo los ojos de las otras doncellas, que no podían llevar sin disgusto que el recato de Teodora hiciese subir de punto sus gracias, ni que los más guapos mozos de Albaida quisiesen granjearlas haciéndola hito de su amorosa puntería.

Como pasase Teodora cerca de las doncellas que de mal ojo la miraban, y notase que su garbo y compostura se llevaba la admiración de los amartelados, no podían

menos de decir estas o semejantes razones: ¡Miren la mozuela cómo se hace la gata muerta con su encogimiento y no cabe de gozo pensando en que va despertando amor en los mozos, y que prende hogueras en sus pechos y les consume el corazón. ¡Ah! con algo de rejo que la gazmoña tiene ha llegado a creer que ha adquirido toda la donosura que en el mundo puede caber, cuando de otra parte tiene más faltas que un juego de pelota. No tiene ni el contoneo y desenfado de casi todos las muchachas de nuestro lugar, ni le sirve toda su riqueza para adquirir gracia en el modo de vestir, en que se hace pregonera no sólo de su ridiculez sino también de la cicatería de que usan sus padres con ella. No, sino deja que te hagan la mamola, y embózate tu mantilla y encubre tu simplicidad, y luégo luégo se verá a la luz del día que no es todo vero lo que suena el pandero y te dejarán a buenas noches. Fíate en todos estos mancebos que no hacen más que correr la gandaya, y mañana te veremos de tía y acudir al cuero con el albayalde, que los años no se van en balde.

Estas razones no daban en los oídos de Teodora, y puesto que hubiesen dado, como librase ella bien con sus padres, de todo lo demás no se le daban dos chitas, y la maligna envidia se estrellaba en vano en el ferrado escudo de su recato.

En los diez y ocho años tocaba la edad de Teodora cuando acertó a verla Silvio, aquel mancebo tan digno de alabanza por sus prendas cuanto de compasión por su desastrado y prematuro fin, el cual, como hubiese sabido apreciar los quilates de las cualidades de Teodora en los viajes que con frecuencia tenía que hacer a Albaida, llevado de sus tratos y negocios, bebía los vientos por ella, si bien conservando a los principios en secreto su honrada pasión, porque le parecía que la honestidad de ella era enriscada pendiente cuya cima no podría vencerse sin primero examinar, paso ante paso y con el mayor tiento, el lado más firme y seguro para encaminar por él, no fuese que la falta de consideración le hiciese resbalar en la empresa, y luégo precipitarse; así que volvía y revolvía en su pensamiento el medio más acertado de declarar su pecho a Teodora de modo que ella no pusiese duda en lo legítimo de sus miras, y de ablandarla a sus deseos.

Bien se conocía lo inexperto de Silvio en semejantes

casos, que a no haberlo sido, no fuera parte a arredrarlo ningún género de respeto en orden a declarar pensamientos que tuvieran su paradero en atar voluntades con los lazos matrimoniales, sabido el prestigio que ejercen en los padres palabras enderezadas a ese fin, y la fuerza que ellas tienen en el ánimo de las doncellas.

Como en el trato lugareño no ceda la franca llaneza el puesto a la grave ceremonia, no hay que extrañar que, a pesar de lo poco comunicativo de Silvio, a dos por tres consiguiese entrada en la casa de Epifanio, y estrechase con su familia la comunicación, el cual miraba con buenos ojos, no el amor de Silvio, en que no podía haber advertido, sino su bien intencionada conducta y manejo, lo que era augurio feliz para el buen suceso de la empresa que pensaba acometer.

Teodora, a quien la cortesía era enteramente familiar, aunque a las veces se mostrase esquiva en el trato con los jóvenes por quitar ocasión a los peligros, no lo era con Silvio, antes procuraba venir con él a conversación y no dar pábulo a la timidez que a ella manifestaba. Así, resolvíase de cuando en cuando a soltarle alguna agudeza, y él, por su parte, como hablase bien criado, respondía a ellas con jovialidades de buena ley y con sonrisas con que quería indicar lo que en su ánimo pasaba.

No era ya difícil que lo que encendía el corazón de Silvio lo declarasen los labios; y de esa manera un día que acaso no estaban presentes Epifanio y Jacinta, aprovechó Silvio tal coyuntura, y no sin sonrojo y ternísimas palabras le manifestó que siendo ella harto bien conocida por sus hechos, aunque más quisiese recatarlos con su modestia, no era mucho que él hubiese sabido avaluar su mérito; y que si se arrojaba a declararle sus intenciones, era no más que por ser tan nobles como las prendas que ella poseía. A lo que se siguieron otras razones encaminadas a declarar el deseo de que se uniesen con perdurable lazo sus voluntades.

Ella, encendida como unas brasas, clavados los ojos en el suelo, toda sobresaltada, como que perdió por un momento su natural viveza, hasta que al cabo, poniendo gravedad en su rostro, sabedora de la que semejante caso tenía, respondió con todo género de corteses palabras, y con la resolución de librar su futura dicha en la alteza y valor de su ánimo.

Otro día, presentes Epifanio, Jacinta y Teodora, hizo

Silvio partícipe a los dos primeros de la determinación que con la última habían tomado, la cual fue recibida por ellos con muestras de alborozo, en que quizá obraban antes que las buenas partes de Silvio; el caudal que tenía para llevar las cargas del matrimonio, que aunque la codicia no se había apoderado de sus corazones, siempre se alegraban de que las calidades estuviesen sostenidas por la hacienda. Concertaron que, mediante la venia del padre de Silvio, de allí a un año se celebraría el desposorio, plazo sobremanera largo para los ahincos de Silvio y Teodora, pero no para la mejor disposición y resultado de él, por haber significado el primero que el arreglo de los negocios de su padre, que requerían por entonces alguna mayor atención, le impedirían su pronta vuelta a Albaida, y más la necesidad en que lo ponía el haber de ordenar lo conveniente para dar aumentos a su hacienda, según lo demandaba el estado que iba a tomar.

Antes de partirse esforzó Silvio con una amorosa despedida los vínculos que ya lo unían a Teodora, y le hizo reiteradas y nuevas promesas de la firmeza de sus afectos, a los cuales, como vaticinando dentro de sí algún aciago acontecimiento que los frustrase, respondió ella con lágrimas que en vano probó a contener. Quisieron los padres que para poner el sello a su venturo enlace, diese Teodora a Silvio, en cambio del sencillísimo y de poco valor que éste la otorgaba, un anillo muy valioso que mucho tiempo había que guardaban con cuidado como recuerdo de familia.

Con esto se partió Silvio, dejando venturas en la imaginación de Epifanio y su mujer, tristezas y funestos presagios en el corazón de Teodora, y celos y amargos desengaños en muchas de las mozas de Albaida.

Pocos días después de la partida de Silvio, vino a Albaida de una de las ciudades inmediatas, con carta de recomendación para personas principales, un caballero cuyo aspecto le señalaba poca edad, el cual al parecer seguía el arte de la mercancía, y trajo cantidad de baratijas y otras fruslerías que estaban al uso, a que él daba grande importancia, y con cuya venta, según decía, iba a entretener el tiempo que durase en el lugar, que sería el necesario para fortalecerse con los baños de las abundantes termas que en él existían. Ignoro si las cartas a que me refiero eran lo que suele llamarse de valor entendido, o si el tono de ellas dejaba ver reservas a los que iban dirigi-

das: conjeturo que ni uno ni otro acaeció, porque la acogida que en Albaida le hicieron, fue del todo linsojera para él. Ni ¿porqué había de suceder eso, cuando cartas de esa especie suelen darse, como no supongan pena alguna pecunaria para el que las da, al primer taimado bellacuelo que las pida?

Gallardo de presencia, fino en las maneras y atildado en el vestir, no podía menos que cautivar el caballero; con todo eso era disimulado por natural y tenía más conchas que un galápago; y tánta es la fuerza que tiene el porte seductor que, aunque mentía por la barba y blasonaba del arnés cuando se ofrecía, a nadie se le ocurrió graduarlo de galafate solapado.

Con los pocos artículos que puso a la venta y con hablar del crédito que gozaba con los más ricos mercaderes, metió tal ruido en Albaida, que la mayor parte vinieron en que efectivamente era hombre de tener cuartos, y no hubo diversión en que no estuviese, ni banquete a que no se le sentase, ni negociación que no se le consultara.

Por de contado no era negociante de oficio, que él había pasado los más hermosos días de su vida en ocio o con la sola ocupación de andar de cotarro en cotarro: había traído su mercancía a Albaida menos como instrumento para hacer su agosto y su vendimia, valido de la simplicidad ajena, que por servirse de ella, a título de oficio, para ejecutar otros designios; pero resultó con tal disposición para mercader, que aunque maldito lo que valían las mercancías en comparación del alto precio que les daba, con el arte y maña que empleaba en sus mohatras, encajaba lo viejo por nuevo y lo falso por legítimo como quien no dice nada; por donde se ve que este oficio es el que mejor se aviene con la taimería.

Como el tal caballero estuviese siempre al husmo en orden a todo aquello de que pudiese sacar provecho, sabedor de que Epifanio era hombre a quien por su carácter se podía socaliñar, y más de que tenía una hija muy celebrada de hermosa, que podía ser instrumento para conseguir tal fin, se decidió a venir a Albaida con pretexto de mercadear, mas en realidad a poner en práctica todas sus artes para cumplir sus deseos.

Tan linda caña de pescar era el mismo don Pacífico de Orihuela, tenido como cuerpo de rey en las fiestas de la Cruz de Mayo.

Así como llegó a Albaida, y comunicó con las principa-

les familias de ella, procuró con agradable trato hacerse bienquisto de todos, y muy especialmente en casa de Epifanio, donde con grande habilidad tenía que tentar vado para salir con bien en el asunto que meditaba, y sondar la corriente que llevaban los deseos o esperanzas de Teodora y de sus padres.

En lugares cortos no es menester entrar en averiguaciones para saber lo que importa y lo que no importa, que las menudencias más insignificantes se divulgan con prodigiosa rapidez, y al fin habríamos de saberlas, aun cuando a cada paso cerrásemos los oídos; así que no tardó Orihuela en enterarse puntualmente de las circunstancias del concertado casamiento de Teodora, y aun de algo más de lo que había sucedido, y desde luégo pensó en asestar toda la artillería de sus astucias para dar al traste con él, pues cuando se trataba de estas competencias aunque se opusiesen montes de dificultades había de vencerlas.

Con todo esto no dio a conocer su pretensión en el lugar, temeroso de que lenguas murmuradoras le hiciesen venir a algun mal caso que le inhabilitase para continuar en su obra: y además, si bien era ya estrecha la amistad que en casa de Epifanio tenía, se abstuvo de manifestarla, en tanto que no viese una guedeja de que asirse para no perder la ocasión.

La cual se le brindó muy luégo; y fue que como amigo muy devoto de la casa se puso en sus manos una carta para Epifanio, haciéndosele saber su procedencia, en que Silvio exponía con pena y sentimiento las razones por que no podía estar en Albaida al plazo fijado, y rogaba le permitiesen dilatar su vuelta por treinta días más; y concluía diciendo cuán doloroso le era el pensar que Teodora, por su tardanza, imaginase por un momento siquiera que su amor a ella se había enfriado un punto. Tuvo Orihuela bastante atrevimiento para abrir esta carta, la cual, luégo que leyó y releyó mil veces, volvió y revolvió en su imaginación lo que con ella debía de hacer, y al fin se decidió a defraudarla a quien iba dirigida; y animado y contento con semejante hallazgo, creía que no había coyuntura mejor de falsear las guardas de la llave para abrir la puerta del santuario que encerraba los afectos de Teodora, y ganarlos para sí.

A la cuenta no era Orihuela persona de dormirse en las pajas, y así empezó a discurrir qué forma daba para soplar la dama a Silvio. Había alcanzado la firmeza en que Teodora se estaba en punto a lo que con éste concertó, y estaba seguro de que no podrían quebrantarla las disuasiones que emplease, en tanto que no se sustentasen en hechos probados, cuanto menos que sus padres, no obstante haber llegado a comprender que la alcurnia y la calidad de Orihuela aventajaban a la de Silvio, y que acaso estaría mejor a su hacienda el casamiento con aquél, como fuesen honrados ante todo, no contribuirían de ninguna manera a apartarla de su intento. Creyó, por tanto, que sería bien para preparar el ánimo de Teodora y de sus padres esparcir el rumor de que Silvio no volvería a Albaida a cumplir lo prometido, ya porque la larga ausencia había engendrado olvido en él, ya porque su voluble condición había cambiado el fuego de su amor en la frialdad del desdén, o ya porque había encontrado otro objeto que él creía más digno de su amor: variaba los motivos, pero el estar todos acordes en la existencia del hecho, daría más fuerza para que se creyese en él.

Cuando presumió que todas estas hablillas habían llegado a oídos de Teodora y sus padres, fue a ellos, y haciendo sumamente grave el caso, con gran prosopopeya les habló de que tenía premisas ciertas de que Silvio, faltando a la fe prometida, pensaba burlar las legítimas esperanzas de Teodora y los lícitos deseos de sus padres; y que él estaba pronto a pedir, si les venía en voluntad, reparación de un agravio que iba en perjuicio del buen nombre de Teodora,

Epifanio, que tomó la palabra por los demás, no sin parar la atención en el extraño ofrecimiento de Orihuela, respondió con mucha pausa y serenidad que aun cuando no habían recibido nuevas de Silvio hacía mucho tiempo, y ya era la época fijada para su vuelta, no habían perdido todavía la confianza de que él era merecedor, e imaginaban que algún accidente grave e insuperable le había detenido más de lo que se pensaba; que no lo alborotaba esa detención, y que por momentos aguardaban cartas en que Silvio les aclarase el motivo de ella; y que, en resolución, nada los apretaba a tomar una determinación como la que él les aconsejaba, la cual, de modo alguno tomarían, por no estar bien a su pacífica índole, si el tiempo llegase a confirmar la voz que corría, tanto menos que tal procedi-

miento de parte de Silvio no podía venir en daño de Teodora, cuya entereza y honradez no había perdido un punto de su valor.

Aparentó Orihuela aceptar de buen grado tan atinada respuesta, porque veía en ella una buena clave para idear nuevos modos y trazas de desbaratar lo que parecía tan sólidamente asentado, y renovando a todos ellos sus muestras de adhesión y cariño por que a sus ojos fuese tomando bien el color de verdad la invención, se retiró a pensar en ella más espaciosamente.

No tuvo Orihuela que fatigar mucho la imaginación para dar en el pensamiento de fingir cartas para Silvio de varias personas de distinción, amigas suyas, que vivían en Albaida; paso que juzgaba en extremo importante para que su trama hiciese pronto efecto en la familia de Teodora, y Silvio, viendo que no obtenía respuesta alguna de Epifanio, no se apercibiese a reiterar sus excusas en nuevas cartas que procuraría enviar con el mayor recato y diligencia. En las que Orihuela, habilísimo en imitar todo género de letra, supuso para Silvio, se le significaba con razones que hacían ver la más viva solicitud por su dicha, que los padres de Teodora, cansados de por su larga ausencia, y en el convencimiento de que él iba a dejar burladas sus esperanzas por falta de cumplimiento en las promesas que había hecho, y a pesar de haber considerado con la mayor calma los motivos que en su carta misiva, ya conocida de muchos en Albaida, había expuesto para dilatar su vuelta, habían franqueado los umbrales de su casa a un don Pacífico de Orihuela, que había venido acaso al lugar, y a quien si favorecían nobles antecedentes, caudal, porte y prendas de entendimiento, no era en tal manera que se adelantasen a las de Silvio, para que hubiesen podido obrar en perjuicio de éste; que la fementida Teodora, por su parte, había aceptado las finezas y obsequios del nuevo amartelado, a quien estaba fuera de duda que había entregado su corazón; que así él quedaba entre dos aguas, porque o tenía que volver a retar de muerte a su competidor, lance que, si a su honor interesaba, era seguro que no sería favorable a su vida, porque Orihuela manejaba toda clase de armas como un gerifalte, o tendría que vivir por siempre alejado de un lugar que de continuo le estaría recordando las deslealtades de Teodora, que iba a poner con su matrimonio la laude al sepulcro de su honor, lo cual, aunque más hacedero, era forzoso que le atormen-

tase por la consideración de que no había salido por el mismo honor como era debido.

Encaminó estas cartas Orihuela de la manera más cautelosa y segura, y Silvio, crédulo y sencillo en lo que tocaba a su al parecer mal correspondida pasión, no bien se enteró del contenido de la primera, rompió en congojosos suspiros, y cada una de las otras no hacía más que añadir sentimiento a sentimiento.

Con todo esto, no acabando de convencerse de lo que acaecía y quedándole un rayo de esperanza, determinó aguardar algunos días por ver si venían a su conocimiento hechos que contradijesen lo que en las cartas se contenía; lo cual no era sino alargar el término de su desengaño, que las nuevas que sobre el asunto se encargaba de comunicarle Orihuela como procedentes de distinto origen y por vías distintas, le persuadían cada vez más de lo que decían las primeras; visto lo cual, resolvió Silvio no acudir a lavar con sangre lo que el primero le había hecho mirar como afrentoso, por juzgarlo ajeno de su carácter y de sus hábitos, sino abandonar perdurablemente un lugar en que por lo menos se había ajado su honor con el menosprecio, y en el cual, a su partida, habría sacudido hasta el polvo de sus zapatos si hubiese antevisto tal mudanza.

Epifanio, en tanto, con solícito afán había escrito varias veces a Silvio, e incluído con sus cartas misivas iba siempre algún billete de Teodora; y cartas y billetes le expresaban cuánta era la congoja en que caían por su extraña dilación, en concepto de ellos originada de alguna grave dolencia u otra circunstancia grave que contrariaba su voluntad. En aquéllas el afecto paterno hacia su oficio, y aun se deslizaba a dulces reconvenciones para en caso de que el amor hubiese en alguna manera cedido al desvío, y de modo que apenas hiciesen nacer en él la sospecha de que se creía que había amenguado su constancia; en éstos, si Teodora dejaba aparte el pensamiento de que motivos legítimos le detuviesen más tiempo del que había señalado, era para exhalarse en delicadísimas querellas con que mostraba los extremos de su pasión.

Esas misivas, empero, no llegaban a las manos de Silvio, porque Orihuela, que había adquirido la confianza de Epifanio, estaba muy al corriente de todas las diligencias de éste con respecto al asunto que más le importaba, y de ese modo podía sutilmente ingeniarse para que el propio que había de llevarlas se las confiase a él a fin de conti-

nuar la urdimbre de su tela, y le industriaba maravillosamente, hablándole con lengua de plata, a fin de que las veces que llevase cartas a Silvio, informase a Epifanio de que, entregadas que habían sido, ninguna respuesta recibía para ellas; así que por donde Epifanio pensaba sacar en limpio su honrado proceder, por allí iba ocultándolo la infidencia de Orihuela.

El cual, habiendo logrado ser muy del asa con Epifanio, no tardó en comenzar a coger el fruto de las artes que había empleado, con los provechos que acrecentaban su bolsa; y a proporción que a ella entraban los dineros de Epifanio, mayor solicitud mostraba en el cariño a la honestísima Teodora, la cual solicitud consideraba como el mejor abono para que la amistad que lo unía al mismo diese mayores cosechas; cariño que parecía subir de punto cuando se hablaba de las deslealtades de Silvio, y que luégo aceptaron llanamente los padres de Teodora, cuando llegaron a convencerse de que denegándose a dar respuesta Silvio a sus finas cartas había acabado lo que de él esperaban; pero el cual era correspondido por Teodora con ademán de disgusto y repugnancia, de que Orihuela no se daba por entendido, porque tenía por seguro que, ya que no las continuas solicitaciones, acabarían por vencerla los desengaños que le trajeran los supuestos desdenes de Silvio, y el pensar ella, como naturalmente lo haría con su buen entendimiento, que le era preciso asirse al fin de un cabello para que los días de su edad madura no pasasen en los devaneos a que reduce la carencia de afectos que sólo se brindan en la vida marital, cuando, lo que sucede por maravilla, las mujeres no hacen de lo divino la única ocupación de su pensamiento en aquella edad.

El despecho a que los había traído la desviada conducta de Silvio, antes que ningún otro género de consideración, hacía que los padres de Teodora no llevasen a mal las finezas en que con ella se extremaba Orihuela, quien conocedor de esto, fingiendo un ardor que no experimentaba su pecho, y asegurado ya de que no sería perturbado en su empresa por su desdichado competidor, en uno de sus frecuentes coloquios dijo a Teodora:

—He notado, Teodora, el desvío con que has mirado el desatino y mal considerado caso en que se ha puesto Silvio, el cual no sólo ha querido contentarse con que su desdén derribe tu buen nombre, sino que ha llegado a términos de imaginar que por medio de una lícita correspon-

dencia amorosa, que fuese prenda del cumplimiento de sus promesas, se humillaría la grandeza que él piensa que su ánimo posee, y se abatiría hasta el nivel de tu modestia, que tiene en concepto de bajeza: de tal proceder saco el valor de tu ánimo y la calidad de tus afectos, que no viven sino en cuanto el objeto permanece digno de ellos. Así que, como vas siempre por este camino, que es el que señala la razón, el accidente del desamorado Silvio, propio de alma villana y corazón guijeño, no ha sido parte a traerte amarguras ni tristezas, ni aquellos ridículos delirios en que suelen caer las damas desdeñadas que como encontraron objeto que las apasionase y sedujese, se fueron luégo tras él sin más examen y sin pararse a calcular su precio y su valía; y así llevan no sólo la pena del desdén, sino la de que origine en ellas embeleso lo que es de suyo vil y abominable. La única que por la cuenta debes tener ahora es la de haber amado lo que era susceptible de desmerecer, y he creído que para acallarla en algo, y porque veas que si hay despreciadores de tus prendas, hay también quien las sepa poner en su punto, sería bien ofrecerte como tributo a ellas un cariño que a mí no me toca calificar, y cuyo valor estás en capacidad de conocer. A decir verdad, el declararte el deseo de que ese afecto, despertado por ti en mi pecho, sea acogido en el tuyo con buen ánimo, y con la seguridad de que es tan legítimo y honesto como lo son todas tus inclinaciones, ni estaría bien a la discreción de mi conducta ni a la rectitud de la tuya, si ocupara aún tu corazón el afecto del que provocó tus ansias para hacerlas burla de su desamor, del que te ofreció las rosas de la ventura tan sólo por dejarte agudas espinas. Así, si he errado en tu concepto al declararte semejantes razones, mi limpio modo de juzgar sirva de disculpa a mi yerro.

—Doy por sinceras tus razones, respondió Teodora, pero me haces agravio en creer que yo sea tan mudable, que sin discurso ni poderosa razón dé por perjudicial lo que poco há tuve por bueno, y que ceda en mis pensamientos a mal fundadas persuasiones. No quiero decir con esto que vea yo a Silvio inquebrantable en su conducta y siempre firme en sus pareceres, que no es ello lo que suele distinguir la condición humana; mas como el corazón, que a las veces es el mejor consejero, no me haya avisado que debo faltar a lo que a ese caballero juré, nada podrá disuadirme

de creer que su firmeza haya flaqueado. Y en resolución, sea comoquiera el modo de proceder de Silvio, sea que viva o muera, que me ame o me desdeñe, conservaré vivo el cariño que por él nació en mí, y que se desenvolvió al calor de su ternura.

A lo que dijo Orihuela:

—¿Y será posible que llegues a la extremada ridiculez de recompensar así los desdenes del que a la hora de ahora estará cortejando a otra dama, que quizá pagará sus favores con crueles desaires, o que si a ellos corresponde, cuanto mayor sea el grado en que lo haga, mayor será la afrenta que arroje sobre tu limpia y nobilísima alma? Mas tu conducta en este punto se acuerda muy bien con la que observas recibiendo con frialdad suma los extremos de un amor que no a tus gracias ha podido abatirse sino a tu altísima y generosa alma, la cual si hubiera hoy de seguir amando a quien la ha menospreciado, perdería sus mejores cualidades, y no estaría lejos de caer en los abismos de la locura.

—Está a razón, dijo al punto Teodora, y no hables más en esto; amiga puedo ser tuya hasta las aras, pero en cuanto a que yo haya de rendir mi voluntad a tus solicitaciones, es pensar en lo excusado. Con todo esto, amor más puro y elevado hay que requiere mayor sacrificio y humildad, que crece en el seno de las contrariedades y de los dolores, y a ese amor, como los hechos acaben por contradecir lo que me ha indicado el corazón, me someteré gustosa y en él encontraré segura bienandanza.

—Vamos claros, dijo Orihuela. No adivino qué amor es el que encareces con tánta vehemencia. Unas veces subes a las estrellas el mérito de tu menospreciador y no quieres encontrar ningún otro objeto que te mueva o incline, con que no dejas de afrentar la virtud de muchos; otras encuentras un objeto más amable que el corazón de Silvio. Ya que has dado por tu dicha con ese objeto, ¿no está puesto en razón que luégo al punto corras en busca de él y abandones desde luégo el amor de Silvio, que no ha d aumentar tu dignidad? Cogida te tengo, Teodora, con haber llegado a confesar que hay algo más alto que pueda atraerte con mayor fuerza que Silvio; aunque verdaderamente no atino con el que pudiera originar en ti ese nuevo afecto.

A lo que respondió Teodora:

—¿Tú que hiendes un cabello en el aire, quieres hacer el lerdo para no entender lo que con tánta claridad te he

dicho? No juzgo necesario hacerte ahora aclaración sobre lo que más adelante se encargará el tiempo de explicarte.

Y era que efectivamente creía Orihuela, altivo y presuntuoso por demás, que Teodora comenzaba a manifestarse sumisa y a darle a entender que sólo a él consideraba superior a Silvio, y quería que ella se explayase más para saborear más a placer tan grato rendimiento. Con todo, doblando Orihuela la hoja por imaginarse que no era en aquella sazón oportuno hablar de este asunto, dijo:

—Ya que por buenos respetos te callas para no aclararme el punto, he de insistir, no porque género alguno de pasión me ponga venda en los ojos, y siquiera me califiques de tozudo, en que Silvio, por la calidad de su educación, no habría sabido apreciar las prendas de tu generoso ánimo; y la dulzura de tu natural no habría hecho sino aumentar la rudeza del suyo, lo que vendría en daño de tu tranquilidad. Porque quien con el lustre de las riquezas no ha perdido la tosquedad ni menos se ha inclinado a proceder como bien nacido caballero, ¿qué mucho que familiarizado con el látigo y el varapalo estuviese tan pronto a darte una sotana cuando en deseo le viniese, como tú, blanda y humilde, a someterte a su mandato y a su imperio?

—En días de Dios haría eso el bueno de Silvio, respondió Teodora. ¡Y qué bien se conoce que ignoras del todo el mérito de las condiciones de Silvio, que a fe que si le conocieras te reportarías un tanto en vituperar su modo de proceder; y queda en buen hora que no está bien a las doncellas malgastar el tiempo en inútiles e insulsas pláticas como las que emplean descastados mozos cuando se están de plantón largas horas haciendo terrero.

Con esto despidió Teodora a Orihuela, el cual con su acostumbrada cortesía tomó la rauta, prometiendo volver otro día a satisfacerla con las mejores razones que pudiera.

No desconcertado Orihuela por el ímpetu varonil con que Teodora le despidió, y recordando lo que muy clara y enfáticamente le había dicho en su coloquio, es a saber, que si bien albergaba en su pecho un afecto puro y ardoroso por Silvio, podía haber otro más grande que le apartase de él, decía a su sayo: indudablemente ha querido Teodora aplicarme a los labios la gollería, para que la saboree, y quitármela luégo para que me despepite con mayor vehemencia por ella. ¿Y a qué linaje de afecto puede Teodora referirse sino al que con mi solicitud he lo-

grado infundirle? En balde ha fingido despego, porque su rostro me ha delatado sus deseos, y mi viveza se ha adelantado a su astucia. No siempre logran las mujeres poner el cebo de sus zalagardas en el punto que es menester para que caigan los que entran por ellas; y es cosa agible buscar regates para evitar que las gracias mujeriles nos conduzcan a acciones que no sean de provecho a ojos vistas. ¡Ah! y cómo disimula la bellacuela, pero pájaro viejo no entra en jaula, y yo estoy de sobra avezado en estos lances. Dificililla es en verdad una empresa amorosa cuando los que la han de traer a ejecución no están sobre los estribos, como suele decirse, ¿y cómo habría sido la mía, si al majagranzas de Silvio se le antoja desechar todas las invenciones que tracé para conseguir el fin de mis deseos, y se hubiese venido a reforzar los atrincheramientos en que a los principios se parapetó Teodora, dispuesta a contender conmigo? En Dios y en mi conciencia que entonces habría apurado mi ingenio para salir con nuevas trazas, y en resolución habría obtenido el mismo suceso próspero que voy alcanzando. He encontrado una novia que en sagacidad parece que lleva ventaja a las más vivarachas de mi provincia, y así cabalmente había querido yo dar con una mujer, pues siendo astuta, todos recelarán acercársela, con que quitan ocasión de que izquierdee y me la brindan para que eche yo por el mundo adelante, cada y cuando lo juzgue conveniente sin cuidarme de lo que deje atrás. Una mujer tal me contenta en extremo: haciendo con ella que crea en un amor que no siento, y que con mi trabajo voy acrecentando su caudal, me tendrá siempre provisto de lo necesario; y en cambio procuraré conservarla como pera en tabaque. Pero es preciso cuanto antes acabar la obra, y librar la batalla para alcanzar sin tardanza el vencimiento de Silvio.

¡Oh flaqueza humana, que así das rienda suelta a la imaginación para que corriendo a toda furia se confunda en las intrincadas vueltas de los desvaríos! ¡Y cuán desatentadamente discurría Orihuela en este soliloquio, en que parecía andar su astucia reñida con su juicio! ¿Has creído, arrestado mancebo, que con tus garatusas echabas por tierra el asiento y la discreción de Teodora en beneficio de tus mal encaminados propósitos? Nó; que al corazón de Teodora sirve de defensa y seguridad su propia virtud, sin vencer la cual no podrá alcanzársele, y esa virtud no cederá en tanto que la fortalezca el aura de inocencia en que Teodora vive.

Acabada la discreta plática que pasó entre Orihuela y Teodora, en medio de la tristeza y congoja que procuraba ella no dar a conocer a nadie y menos a Orihuela, determinó escribir por la postrera vez a Silvio, a quien llegó a considerar para mayor desdicha suya como su parte mitad; dar su final despedida al olvidadizo mancebo, si ya esa última carta no conducía a ablandarlo y a atraerlo otra vez a ella, o no era soplo que encendiese de nuevo la llama de ese amor que se apagaba.

—

Consideraba Teodora, pues, como el último paso que daría en esa empresa el envío de esa carta. A pesar de todo, tenía esperanza remota de que llegando ésta a tiempo trajera al cabo el efecto de apartarla de su intención; y así, cogiendo la pluma con pulso firme, escribió este billete.

«Si deseaste, ingrato, echarme con el amor que en mí supiste despertar, una cadena que me sujetase con mayor seguridad a las miserias de la vida, sabe que ella ha sido tan quebradiza, que me ha permitido buscar el modo de salir de tales miserias en los combates que he tenido que librar en su defensa. Aunque te hayas contentado con arrojarme desdenes en recompensa de desinteresados amores, no sea para ti torcedor eterno la ventaja que he alcanzado en esa lucha, y que considero antorcha que me ha dado luz para llegar a un amor que tú no eres capaz de imaginar, y al cual se ha rendido ya mi alma de todo en todo.

«A Dios queda: cuando leas estos renglones habré tomado la puerta del mundo. Si algún día, sabedor de la constancia con que supe amar sin doblarme a ningún género de promesa, acudieres a golpear a ella quizá llorando lágrimas de sangre, la fuerza de ese otro amor hará premiosa toda llave con que quieras abrirla para sacarme nuevamente al siglo en que tú vives.

«*Teodora*»

Recelosa Teodora de que ninguna de sus precedentes hubiese sido entregada a Silvio, dirigió esta carta por todas las vías que pudo. Con todo, a los principios estuvo irresoluta en mandarla, por temor de que la amargura la hubiese vencido y hecho soltar alguna palabra que fuese a dilacerar su ánimo en caso de que en él viviera algún resto de amor; pero a la postre las muchas consideraciones

que hizo para sí, la indujeron a encaminarla de la manera dicha.

Orihuela, que avizoraba toda diligencia de Teodora como de los padres de ella en el asunto que había venido a ser único objeto de su pensamiento, aunque tenía astucia para hacer que se remansase todo lo que pudiese perjudicar sus miras, no la tuvo en esta vez para detenerlas todas, y una siguió conforme a los deseos de Teodora.

Cegado por los suyos, en que la codicia era la parte principal, Orihuela se afirmó más en el pensamiento de que ella estaba aparejada a abandonar para siempre el amor de Silvio, con la lectura de la carta que a éste había dirigido, y creía que a ley de buena razón nada podía presentársele más digno de amor que su corazón, ni que su arte hubiese sido tan inútil, que no quedara a sus plantas la firmeza de Teodora como trofeo de victoria.

Con esto no tuvo ya Orihuela inconveniente en hablar sin empacho del estado próspero a que lo había traído su amorosa empresa ; y el maligno vulgo, que no pierde ocasión de vituperar los propósitos mejor encaminados, aceptando sin restricción lo que Orihuela aseveraba, no sólo se dio a hacerlo punto de conversación, sino que procuraba darle más vivos colores con el objeto de baldonar la infame deslealtad de Silvio.

Cuando ya era cosa consentida en el lugar que en breve se celebrarían, con la pompa que cumplía a personas ricas y de cuenta, los desposorios de Orihuela con Teodora, y gozoso estaba el ánimo de él imaginando que sus esperanzas iban a cumplirse más pronto que esperaba, por lo bien que se había vadeado en el dificultoso caso en que lo habían puestos sus mismas trazas, habló a los padres de Teodora sobre su determinación. Hízoles presente que quizá ella no había dado asentimiento explícito a su solicitud por el recato en que seguramente creía que debía mantenerse, en tanto que ellos no lo diesen entero y sin reserva; pero los padres, como procediesen en todo con mesura, respondieron que hasta que ella espontáneamente no les manifestase su voluntad, no podían tomar resolución en el particular, si bien les contentaba el nuevo desposorio que a su hija se ofrecía.

No poco satisfecho, empero, quedó Orihuela con tal respuesta, porque con ella había tanteado la disposición que tenían a aceptar su propuesta, luégo que Teodora, como era seguro, se resolviese a manifestar con franqueza su modo de pensar.

Por puntos esperaba Orihuela que ella lo expusiese, a la sazón que los deshollinadores del lugar, inquietos y ávidos, perecían por saber las particularidades que habían mediado en el desenlace de un asunto que contra todas sus predicciones iba a favorecer a Orihuela. Desatinadas unas y envidiosas otras, las doncellas tan pronto atribuían a aturdimiento y tan pronto a habilidad el haber ganado él las voluntades de Teodora, cuya felicidad veían que iba a acrecentarse con su matrimonio, al paso que amenguaría la de Orihuela, a quien consideraban digno de mejores hados que los que podía acarrearle tal enlace, lo cual, como llegase a sus oídos servía a dar mayor fuerza al desvanecimiento en que lo había puesto el inmoderado deseo de poseer la dote de su desposada, y que le había hecho gustar anticipadamente todo lo que había solicitado y obtenido de Epifanio.

Con tales pensamientos se entretuvo algunos días, cuando de repente se extendió por el lugar un rumor que puso admiración en todos, y a corrillos se habló y discutió sobre él; rumor que muy en breve adquirió fuerza de verdad, por proceder de personas calificadas, y fue creída generalmente no sin irrisoria satisfacción de las mismas doncellas que habían hecho objeto de sus murmuraciones el enlace de Orihuela; y fue que Teodora se entraría novicia en el convento de Santa Teresa de Jesús, situado extramuros del lugar.

En realidad, desesperada Teodora de la injustificada ausencia de Silvio, de su no interrumpido silencio y de las importunas solicitudes de Orihuela, y viendo que nada le estorbaba creer que el amor de Silvio a ella había muerto en su corazón, dio cuenta a sus padres de su determinación de tomar el velo de religiosa, y acabar sus días en el retiro y la oscuridad, en el servicio de Dios, cuyo pensamiento era lo único que podía remediar la dolencia de su alma, que a toda prisa iba consumiéndose en honda tristeza. Vinieron en ello sus padres, que no querían sino tranquila serenidad para el ánimo de su hija, y luégo pusieron en conocimiento de Orihuela, con el pesar que hacía nacer en ellos la afición que habían llegado a cobrarle, lo que ella habia resuelto, e iba a verificarse sin pérdida de tiempo.

Pasmado y atónito Orihuela, al oír de los labios de Epifanio semejante nueva, vino a caer del cielo de su felicidad a un abismo en que su orgullo iba a ser el único

consejero de su conducta, y en el mismo grado en que para él había sido inesperada tal mudanza sentía enardecido su pecho por sus contrariados deseos; y así su primera intención fue acudir a tomar venganza de todos los que hubiesen desconcertado sus arteros planes. Más luégo como reflexionó en lo mal parada que iba a quedar su dignidad y la opinión que de él se tuviera, descubierta que fuese la malicia de su procedimiento, faltáronle las fuerzas para proceder de tal manera, y las lágrimas que la rabia y la desesperación negaban a sus ojos, lo hicieron asparse, en el retiro de su estancia, a dolientes exclamaciones y a gritos descompasados, y determinó, sin dar parte de ello a nadie, dejar como lo hizo aquella misma noche, aquel lugar en que su nombre iba a quedar mancillado por la befa, y no habría de saberse de su paradero en mucho tiempo.

Llegó a manos de Silvio el billete de Teodora; leyólo y releyólo aquél, queriendo gozarse en cada frase, cada palabra, cada sílaba que contenía. Observaba en él la pureza del amor, anublada por la sombras de una profundísima amargura, mas no acertaba desentrañar su verdadero sentido. Traslucía, por el tono del billete, haber sido él con su ausencia y su silencio la ocasión de la mudanza de Teodora; pero en tal caso, pues que tenía bastante justificada aquélla, y no daban lugar sus cartas a que se dijera que había guardado éste, aparecía como juguete de algún malicioso fraude, lo cual no le parecía fácil, so pena de que hubiesen caído en infidelidad para con él, o por lo menos en indiferencia, la mayor parte de sus amigos de Albaida.

Un amor superior, se decía, ha apartado de mí el corazón de Teodora: acaso ella estará, pues, a la hora presente recibiendo las finas demostraciones de algún otro que alcanzará ventaja sobre mí en calidades y virtud, pero nunca en lo extremado del cariño. Contradice, por otra parte, ese billete, una vez que me señala como desamorado, todas las cartas que de varias personas de Albaida tengo recibidas, y en las cuales se me instruye de todos los cambios que en Teodora se han efectuado desde mi separación de ella. No es de suponerse que este billete de Teodora sea fingido, y es fuerza que yo deseche todo lo que anteriormente había creído respecto de ella por los informes que se me habían comunicado. ¡Qué confusión es ésta, que así estorba el paso a toda razonable considera-

ción! Parece que todo mi juicio se estuviese desaguando por esta pasión, que en vano pruebo a reprimir. Me habla Teodora de que va a salir del mundo. ¿Si será que algún tósigo, ultraje a la pena de mi alma, la habrá hecho pagar ya el postrer tributo a la naturaleza? ¡Oh amigos desapiadados, que amenguando vuestro honor habéis venido a cubrir mi corazón y a disipar para siempre las alegrías de mi juventud: tal vez sin saberlo habéis hecho en esta ocasión el único bien de arrebatar a Teodora al que no hubiera podido labrar su dicha, pues no es capaz de llevar con paciencia las rudas acometidas de una mano invisible!

Y sin discurrir más en tan importante caso, determinó encaminarse luégo al punto a Albaida con el objeto de certificarse de toda la verdad y de los antecedentes de la carta de Teodora, así como de los sucesos que posteriormente, según lo que ella decía, se habrían verificado.

En un vuelo se puso Silvio en Albaida, donde antes de verse con la familia de Teodora, y sin que tuviese necesidad de averiguar el caso, se hizo sabedor de él, con todas las circunstancias que habían precedido, y entonces pudo comprender con claridad toda la significación que encerraba la carta de Teodora y toda la profundidad de su miseria.

Así y todo encaminóse a casa de Epifanio por ver si quedaba algún remedio al grave mal que a su dicha había causado la trama de Orihuela. Por fortuna tuvo tiempo de llegar cuando aún no se habían podido realizar los propósitos de Teodora, a causa de no haber terminado los arreglos necesarios para ello. ¡Cuál no sería el sobresalto de Teodora y el pasmo de sus padres con la inopinada presentación de Silvio, no sabiendo ella ni ellos lo que la originaba! Sacólos pronto de su perplejidad el ver que Silvio, con ternura y alegría acompañadas de lágrimas, se arrojó sucesivamente en brazos de Teodora y de sus padres, lágrimas a que ellos respondieron con otras no menos amorosas y significativas.

No eran menester aclaraciones en aquella sazón: Silvio lo había comprendido todo, pero su noble alma no le permitía acriminar a persona alguna; y Teodora, Epifanio y Jacinta, por su parte, vinieron en conocimiento, con la sincera manifestación de los afectos de Silvio, de que no otra cosa que la mano de Orihuela era la que había obrado en perjuicio de las esperanzas de todos ellos. Allí fue el renovarse las protestas, el acrecentarse las afectuosas

lágrimas, el aumentarse la terneza de las palabras, y en resolución, el fortalecer nuevamente el amor de Silvio y Teodora, el cual, al parecer, no necesitaba sino la cristiana bendición para ser causa de completa dicha.

Después de largas pláticas entre Silvio, Teodora y sus padres, encaminadas a vigorizar afectos que sólo al parecer se habían extinguido, concertaron un nuevo aplazamiento para la celebración de los desposorios, porque Silvio, a causa de la prisa y desorden con que se había puesto en camino, y no previendo cuáles serían los resultados de su viaje, nada dispuso a su partida relativamente a sus negocios, y su padre, a quien había dejado acometido de grave dolencia, no podía quedar desamparado mucho tiempo.

Partió Silvio sin dilación, esperanzado en que su padre recobraría muy en breve la salud, y deseoso de terminar lo más pronto posible el arreglo de sus negocios para volver a Albaida a que se realizasen sus deseos. Empero, las disposiciones providenciales por la mayor parte no se alcanzan sino cuando han llegado a su término, y él no imaginó que sus esperanzas fuesen defraudadas, y lo fueron muy pronto, porque a poco de su llegada sucedió la muerte de su padre, el cual apenas alcanzó a hacerle algunas útiles advertencias y a echarle su afectuosa bendición.

Como ya es sabido, no había transcurrido mucho tiempo para que Silvio moderase el dolor que le causó la muerte de su padre, cuando la suerte le trajo a infeliz término, sin que hubiese tenido tiempo de regresar a Albaida a cumplir sus esperanzas.

Lágrimas a los ojos de Teodora, profundo sentimiento a su pecho y luto a la casa de sus padres llevó la infausta nueva de la muerte de Silvio, y a Teodora además el pensamiento de renovar el propósito que había hecho cuando sintió desmayado su noble ánimo por los supuestos desdenes de Silvio. Realizólo a la mayor brevedad, y el velo que tomó sirvió para echarlo sobre los altibajos de lo pasado, en que su firmeza se había probado grandemente con infinitas contrariedades.

Acontecimientos tales se eslabonaban con la fiesta de la Cruz de Mayo, por la presencia de Orihuela en ella, y quizá habían formado una nube que más adelante tendría que descargarse con violencia.

Cuando minoró algún tanto el calor del sol, se sirvió a la sombra de los árboles y en diversos sitios para mayor comodidad, la limpia, abundante y sabrosa comida, aderezada de diversos modos para halagar el gusto de las personas principales y de los aldeanos y labriegos, y a la cual concurrieron todos con franqueza y buen ánimo. Con todo esto, si nos hubiésemos fijado en el semblante de alguno de los convidados, habríamos notado en él cierta aspereza, propia de quien a la par que se ve acosado por siniestros recuerdos, medita planes de bastardo interés.

Sobre comida, y cuando se entregaban nuevamente a variados y alegres bailes que disipasen el hastío que por naturaleza acarrea la mucha abundancia, creyó Orihuela que ya era tiempo de manifestar de llano a Concha, con capa de afectos que en su pecho bullían, lo que era efecto de ocultas miras, y aprovechó el momento en que no se veía rodeada de los que con sus gracias y atractivos eran atraídos por ella.

Fingió Orihuela no estar al cabo del amoroso lazo que unía a Concha con Mauro, en quien procuraba no clavar sus miradas, porque menos se notasen sus trazas. Empezó por decir a Concha que la fuerza de su estrella, antes que medios ordinarios, era lo que había hecho encender con la lumbre de los ojos de ella su afectuoso corazón, cuando lo juzgaba incapaz de enardecerse, a causa de los desengaños que le había presentado la falsedad en el trato del mundo; que bien veía ella que los favores que con él había usado la fortuna se anticipaban a manifestar que él no buscaba sino la humildad y las calidades en la mujer, y que si de otra manera procediese, acaso no le habría sido difícil encontrar doncellas a cuyas altas dotes se juntase la riqueza, y que aceptasen de buena voluntad las condiciones que poseía; pero que, siendo ley del proceder honrado, no forzar voluntades ni arrebatar con violencia prendas granjeadas con años de servicios, con constantes finezas o no interrumpidos obsequios, le hacía presente que las riquezas que él poseía no podrían hacerla venturosa, si algún otro cariño, de que confesaba que no era conocedor, la obligaba y rendía, pues que de ningún provecho era la prosperidad que ofrece la abundancia si el corazón no se alegra con ella.

El suyo, según él mismo agregaba, nunca anduvo por extraviados caminos, y había permanecido cerrado al fingimiento y vivido en frialdad hasta ese día, en que se sen-

tía levantado al cielo de la ventura en alas de la inclinación que le forzaba a amarla, inclinación que cedería el paso, por ley de su propio carácter, a cualquiera otra que antes hubiese ella hecho nacer; que no había de decirse que la fortuna en su mano era poderosa a derribar y llevarse airada, con tal que fuese legítimo, el amor que no era favorecido por el caudal o por otras condiciones. Piénsalo bien antes de dar respuesta a mis razones, decía Orihuela con mucha pausa, y si hay en ellas demasía, vitupéralas, y no sea yo en lo mínimo causa de que se arruine, o siquiera venza, alguna magnífica obra fabricada por las gracias de tu alma; y si te parecen sinceras y dignas de ser acogidas por tu pecho, disipa en mí luégo toda sombra de inquietud, y de hoy más se convierta mi voluntad en perpetua esclava de la tuya.

¿Quién, al ver cómo asentaba el pie Orihuela como evitando toda vereda difícil y espinosa, y al observar la lisura y discreción de sus conceptos, se habría atrevido a afirmar que alguna bastardía originaba su conducta; ni quién dejaría de darle nombre de prudente en el medio, de justo en el fin, de cauto en el juicio y de recto en el proceder? ¿Ni quién, aun conociendo sus antecedentes de ambicioso, habría dejado de afirmar que en el vanaglorioso Orihuela se verificaba mutación saludable, si le hubiesen visto ahora rendido a una doncella que el juzgaba pobre y humilde, y trocar toda la pompa que otras pudiesen ofrecerle, por la oscuridad a que lo conducía un amor desinteresado, que brotaba sólo a impulso del candor y extremadas gracias de Concha? ¡Oh! vosotros los que conocisteis los desvíos de Orihuela, ¿depondréis, a vista de su presente modo de proceder, el juicio desacertado que de su alma formasteis?

Concha, habiendo escuchado atentamente los conceptos de Orihuela, y revolviendo su imaginación como un fantástico sueño, tan pronto admitía como sinceras sus declaraciones, tan pronto las rechazaba como afrentosas al muy entero amor con que el pobre de Mauro moría por ella, y tan pronto le parecía no ser bien desdeñar con desabrimiento, por temor de rayar en descortés, las palabras de persona de tánta suposición como Orihuela, pero en todo caso se sentía por extremo desazonada e inquieta.

Aunque harto perspicaz la vista de Orihuela, no lo fue para notar algunas lágrimas que el disgusto hizo asomar a los ojos de Concha, quien al cabo respondió:

—Aunque has procurado hablar con prudencia de modo de no herir mi corazón, hoy ocupado por una pasión que ha hecho delicadas sus fibras, la cual según has dicho, ignoras o no has adivinado, tus razones no han dejado de apesararme, por cuanto contrarían en cierto modo esa pasión. Esa prudencia, con todo, muestra tu buen pecho, y tanto más de estimarse es, cuanto no la emplean los que toman en cuenta que de la mujer, cuando es asediada por halagadoras promesas, no se puede esperar ningún género de firmeza, que así como es fácil para cobrar afecto, lo es también las más de las veces por falta de discurso, para dejarse llevar por ellas; y a tu declaración respondo diciéndote sencillamente que en mi alma no cabe otro amor que el que he jurado a un mancebo generoso por sus prendas y elevado por su humilde condición, y en quien se encierran para mí todas las ventajas que no podría encontrar sino diseminadas entre muchos; y más he de decirte, porque tu juicio no se extravíe, que si me he detenido a escuchar tus razones con cortesía es para que no me notes de desabrida y malmirada, mas no porque se hayan debilitado mis afectos ni haya desmayado en mis propósitos, sin cuya realización me pondría en el triste término no sólo de turbar mi tranquilidad sino de quitar la dicha a quien bien la merece porque ha querido levantar mi condición a la altura de su grande ánimo. Tú mismo, pues te juzgo sesudo, si hubieses de considerar la astrosa suerte a que se vería reducido, como fuese yo capaz de menospreciarlo, me darías título de rigurosa y cruel, que lo es, y mucho, la que después de levantar sobre cimientos de purísimas lágrimas y ternezas un poderoso amor, sirve luégo de instrumento para destruír la pretensión del que lo posee.

Con todo esto, inexperta Concha para dirigir tan delicado asunto, segura de que la voluntad de sus padres se acordaba del todo con la suya, y de que ellos andarían con mayor tino para despedir definitivamente a Orihuela, y temerosa de nuevas importunaciones y de tener que ocasionarle ella misma un sonrojo, agregó:

—Sólo la voluntad de mis padres, por la cual siempre me he regido, y en fuerza de las razones que ellos me expusiesen, podría hacerme mudar parecer; así que, buen caballero, puedes encaminarte a ellos y hablarles lo que te venga en deseo, que yo estoy segura de que ellos resolverán lo que más convenga a mi futura suerte.

Orihuela, que no sin razón creía más fácil de vencer con sus sugestiones el ánimo de Leoncio y Tecla, quedó extremamente satisfecho de esta última parte de la respuesta de Concha; vio que sus pretensiones podrían tomar un sesgo favorable, y dijo:

—Bien has respondido, Concha, que la voluntad de tus padres, que sólo miran por el bien de sus hijos, es para éstos, cuando la siguen, origen de todo contento y tranquilidad; y me atrevo a asegurarte que con ese modo de pensar has de conseguir dicha, la cual te deseo, aunque los míos no hayan de cumplirse porque creas que no es bien apartarte de la resolución que una vez tomaste.

Terminada esta breve plática, se apartó Orihuela de Concha con la serenidad que le era habitual, y fue a juntarse a los demás para continuar las alegrías de la fiesta, aunque en realidad era a dar traza en hablar a solas a Leoncio y Tecla para declararles lo que acababa de tratar con su hija, lo cual a pocos lances efectuó, no sin que se viesen interrumpidos a cada paso en tan importante conversación por los que se les acercaban.

Explayóse Orihuela en ella sobre su caudal y el ventajoso estado de sus negocios y tratos, lo cual era confirmar a Leoncio y Tecla en lo que ya sabían por la voz común; luégo les habló del coloquio que con su hija había tenido, de sus propósitos en punto a enlace matrimonial con ella, así como de las últimas palabras que la misma le había dicho.

Los padres de Concha, en quienes el interés se había adelantado a la virtud, no bien oyeron la declaración que Orihuela les hizo, a una aceptaron lo que proponía, y para que en manera alguna fuese a retraerse de su intento, dijeron que el compromiso con Mauro no tenía ninguna gravedad, porque no se había arreglado nada definitivo, y que él por su baja condición y poco ingenio, admitiría como compensación de lo que se había atrevido a pretender, cualquier valiosa dádiva que se le hiciese y de la cual viese que podía sacar ventajas pecuniarias; y más, que con razonables advertimientos procurarían vencer cualquier recelo que Concha tuviese para desdecirse de la palabra que ella ligeramente había empeñado, con faltar a la cual, dada la precipitación con que había procedido, nada perdería el valor de su virtud. Ya se deja discurrir cuán regocijado quedaría Orihuela con tal respuesta, que

él esperaba no sin algún trabajo y a fuerza de maña y de paciencia, y cuántas serían las aflicciones que ella iba a acarrear a Concha.

Llamóla Leoncio aparte con el consentimiento de Tecla, y le comunicó la resolución firme que tenían de que ella uniese para siempre su voluntad a la de Orihuela; y le significó no sólo las ventajas que con tal enlace resultarían a su hacienda, sino el buen nombre que a su casa daría. Turbóse en extremo Concha, y no respondió palabra, creyendo que su silencio indicaba bastante su repugnancia a aceptar lo que se le ordenaba, y que se hacía violencia a su corazón, silencio que tomó Leoncio por tácito obedecimiento. Tornóse en amargura desde ese punto el contento de Concha, y así se cubría de nubes el sol de la alegría que había animado aquella fiesta.

Dio cuenta Leoncio a Orihuela del resultado, y éste, transportado de gozo con el pensamiento de que llevaba camino de acrecer su bolsa con nuevo caudal, convino, como se lo indicó el otro, en que de allí a quince días volvería a tratar las condiciones del matrimonio y a fijar el día en que debía verificarse.

Antes de finalizar la fiesta, conforme al deseo expresado por Orihuela, recibió Concha de manos de él, y de modo que no lo atestiguase ninguno de los convidados, un brillantísimo anillo en señal del cumplimiento de lo concertado, al cual anillo correspondieron los padres, que no Concha, con otro de mediano valor que llevó el flamante enamorado. Ellos, por consolar a su hija, le significaron con encarecimiento que Mauro sería feliz con lo que pensaban cederle para que pudiese pasar en la abundancia los días de su vida junto con la que más al nivel de su condición tuviese a bien elegir por esposa.

Cerraba en tanto la noche, y como la luna no asomaba todavía por Oriente, pusiéronse luminarias para que siguiesen las danzas, con que se unieron juegos de diversas especies. Renovóse con el fresco la animación de la fiesta, en la cual ya no era extraña la artera diosa que supo turbar el regocijo de las bodas de Tetis y Peleo.

En tanto Mauro, ignorando lo que tan en su perjuicio se estaba preparando, se consideraba quizá no menos dichoso que el mismo Orihuela con el buen suceso de sus planes,

con la diferencia de que éste a cada paso se veía agobiado por funestos recuerdos; Leoncio y Tecla, olvidando el objeto principal de la fiesta, se daban a los menguados cálculos de los aumentos que vendrían a su hacienda con el enlace que su hija iba a contraer; y Concha, enajenada, cuando menos lo había pensado, a un hombre que era repugnado por su corazón, viendo toda la desventura que le venía si eran contrariados sus deseos y se forzaba su voluntad, y advirtiendo en la honda pesadumbre que eso llevaría al corazón de Mauro, se sentía sumida en profunda amargura, si bien con la esperanza de que la Cruz de Mayo, lejos de ser para ella signo de esclavitud, había de serlo de redención del yugo a que se la quería sujetar.

A la salida de la luna pensaron todos en retirarse, y como término de la fiesta, en medio del común alboroto, Mauro, a quien tocaba, bajó la cruz para conservarla como recuerdo de aquel día, y como señal de que a él se encargaba el costo y disposición de la fiesta el año siguiente en la misma casa de Leoncio. A par de su carácter alegre y divertido, tenía Mauro ardorosa fe, y tuvo a dicha que le hubiese tocado guardar la cruz, que resolvió mantener entre verdes ramos y frescas flores hasta que llegase el tiempo de renovarla para la venidera fiesta.

Agradecidos a los festejos con que se les había agasajado, se retiraron por fin todos; y Leoncio, Tecla y Concha fueron a recogerse, pero aquéllos para aumentar con los ensueños de su imaginación lo que ellos llamaban buena suerte, y ésta para lamentar en silencio su desdicha y pensar en que llegase a conocimiento de Mauro lo acaecido.

Esa misma noche se lo comunicó por medio de un billete, el cual terminaba con decirle que, aunque ella no se consideró con fuerzas para contradecir a sus padres su mandato, tenía resuelto negarse en el altar a ser esposa de otro que de él, y que de lo contrario pronunciar el sí sería el punto de su muerte.

Sobresaltóse Mauro con tan extraña e inesperada misiva, y se hubiera entregado de todo en todo a extremos de dolor, a no haber tenido muy entero su ánimo y no confiar bastante en la firmeza de Concha, pero resolvió esperar unos días más para determinar la conducta que había de observar en el asunto. Entretanto, para sustraerse de cualquier consejo que pudiese precipitarlo, el día siguiente muy de mañana fue a internarse en el riñón del bosque veci-

no, donde tenía una cabaña, fabricada por él mismo, en la cual solía habitar cuando los trabajos lo detenían allí; así que, no consiguió Leoncio, por más que hizo, verse con él para disuadirlo de su empeño con promesas y ofertas, conforme a lo que había dicho a Orihuela y a Concha.

Aún no se habían secado las flores de que se engalanó la casa de Leoncio en la fiesta de la Cruz de Mayo, cuando la justicia, rastreando la huella de los ejecutores de la muerte de Silvio, por algunas palabras que se escaparon a uno de los compañeros de Orihuela y por una prenda de vestir que se encontró no lejos del sitio en que se perpetró el delito, prendió al mismo Orihuela como guiador y capitán de los matadores de Silvio, a ejecutar el cual había sido conducido por la desesperación en que había caído a causa del descubrimiento de la trama que había ideado para hacerse señor absoluto, más bien que del corazón, de los bienes de Teodora, no menos que por apoderarse del caudal que imaginaba había heredado Silvio de su padre: causa esta última que movió también a los que le acompañaron, y que no eran otros que los que habiendo recibido mercedes de éste, no pudieron beneficiar el fruto de su trabajo en pro de ellos mismos; y ese caudal era el mismo que codiciaba Orihuela por medio del casamiento de que habló a los padres de Concha, cuando traslució que a manos de ellos había pasado.

Así como Leoncio se enteró de lo que a Orihuela había acontecido, recordando las últimas palabras de Silvio, fue a Concha y tomando de su mano el anillo que como dádiva matrimonial le había entregado Orihuela, pudo certificarse con horrible asombro de la verdad del caso, pues ese anillo por su valor y por la inscripción que tenía era el que había sido violentamente arrancado de la mano de Silvio, y no otro que el que le había presentado Teodora, lo cual se puso en conocimiento de la justicia, y sirvió para completar el esclarecimiento de un hecho, que a los principios pareció que había de quedar envuelto en perpetua oscuridad.

Hondo pesar y no poca vergüenza causó en Leoncio y Tecla hecho de tal naturaleza; y para corregir su conducta, a que la ambición los había traído, no vieron otro remedio, pues efectivamente no lo había, que acudir luégo al momento a Mauro, estrecharlo en sus brazos y brindarle con el cariño de padres, reconociendo su indisculpable

yerro, y antes que el vulgo, conocedor de lo acaecido, se apresurase a arrojar contumelia sobre ellos.

Hiciéronlo así: Mauro supo lo acaecido en La Victoria con Orihuela antes del solícito llamamiento de parte de Leoncio y Tecla, pero no acudió a casa de Concha sin que se le hubiese hecho.

No poco confuso se presentó en ella, teniendo presente el mezquino procedimiento con que se le había menospreciado, pero fueron tántas las muestras de ternura y afecto con que le recibieron Leoncio y Tecla, que a pocas vueltas recobró su natural contento y serenidad, y quiso olvidar el indigno porte de éstos; que en cuanto a Concha, el billete que le había escrito, sobre haber demostrado la calidad de su amor, había hecho subir de punto su virtud. Ella, que siempre fió en que la honestidad en el proceder y la humildad de intenciones era causa de que Dios la amparase, no se hartaba de darle gracias por haberla salvado del golfo de desdichas en que se había visto a punto de perecer; y sus padres no se cansaban de pedir a ambos perdón por el descamino en que se habían puesto con mengua de su dignidad.

Creía buenamente Mauro que la Cruz de Mayo, bajo cuyo amparo se había puesto, y que siempre presagiaba feliz suceso al que la conservaba, era lo que había hecho resucitar su ventura; pero los allegados de Concha que alcanzaron a saber tales altibajos y mudanzas, vinieron en que la virtud de Concha, a quien nunca movieron ilícitos propósitos, había pesado sin duda en los designios providenciales para que el mal caso en que la codicia de los padres la había puesto, no le hubiese acarreado terribles consecuencias.

Aguijados Leoncio y Tecla por el anhelo de que se borrase cualquier mala impresión que hubiese causado la negociación con Orihuela el día de la Cruz de Mayo, se dieron prisa a celebrar los desposorios de Mauro y Concha; y así, otro día se encaminaron a La Victoria a dar los pasos que para ello fuesen necesarios, y luégo se efectuaron sin bullicio ni pompa, como lo había deseado Mauro, solemnizados tan sólo por tiernas alegrías y amorosos abrazos.

De ahí en adelante, con la ruda lección que recibieron Leoncio y Tecla, vivieron sin ambición ni inquietud, aumentando con su trabajo el caudal para hacerlo instrumento del bien; y en la humildad, el retiro y la sencillez, largos

años los nuevos esposos, a quienes Dios concedió varios hijos, que se criaron y educaron en la virtud. Después, sin olvidar un punto que la codicia es el peor consejero para la suerte y prosperidad de la familia, gozó la de Mauro y Concha la modesta abundancia en que se encontraron con la herencia que de Leoncio y Tecla recibieron.

1878.

IMPORTANCIA DEL ESPIRITU ESPAÑOL

EN LAS LETRAS COLOMBIANAS

DISCURSO LEIDO EN JUNTA INAUGURAL
DE LA ACADEMIA COLOMBIANA,
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA,
EL 6 DE AGOSTO DE 1877

IMPORTANCIA DEL ESPIRITU ESPAÑOL

EN LAS LETRAS COLOMBIANAS

Señores :

Pudiendo en mí más el deseo de obedecer a un mandato, prenda de vuestra usada bienquerencia para conmigo, que el convencimiento que tengo de dejar defraudadas vuestras esperanzas de gozar un rato de suave deporte en esta solemnidad literaria, no es maravilla que, como menestral entre maestros de obra prima, me presente a desempeñar un trabajo que de derecho toca a vosotros, conocida mi insuficiencia y vuestro mucho saber y habilidad.

Ninguna ocasión mejor que ésta para sustraernos por un momento de las aflicciones que por dondequiera ofrece nuestra patria, o siquiera fortalecer nuestro ánimo en día de tan grato recuerdo para la Academia Colombiana, que entra en el sexto año de su fundación, y de memorias nacionales dignas de exaltar el amor patrio, de levantar nuestra alma y de animarnos en nuestras empresas literarias, si bien estas memorias vienen hoy unidas a otras capaces de mitigar nuestro regocijo.

No es posible, a la verdad, traer a la memoria la fundación de esta Academia, sin que al punto mismo tengamos que recordar el 6 de agosto de 1538, en que Gonzalo Jiménez de Quesada con desmedrada hueste, en pos de fatigas sin cuento, sentaba su real en el Valle de los Alcázares, la cruz redentora triunfante, y victorioso el estandarte del Emperador Carlos V; y que en ese mismo sitio surgía el primer destello de civilización para esta comarca al celebrar un genio sublime, honrado por el sayal austero, el inefable sacrificio de los altares, y se levantaba en recuerdo de acontecimiento tan insigne nuestro primer santuario, de profunda veneración para nuestros padres, de hermosas tradiciones para el pueblo fiel, y de perdurable cariño para

nosotros, porque en torno de él se allegaron las doce casas que en el número de sus individuos memora la Academia Colombiana; mas ¿a qué continuar con este recuerdo, causa de pena a nuestra alma, si donde antes el ara sacratísima sobre la cual se alzaba diariamente la hostia de propiciación, sólo ha dejado el brazo sacrílego y destructor infaustas ruinas, que hoy manos piadosas riegan de flores como tributo de delicadísima ternura con que se solemniza la desolación y mudez que las guardan!

Ni esta es la única sombra que aquí ha de venir a enturbiar la luz apacible que debiera alegrar nuestros corazones, porque haciendo tristes pero obligatorios recuerdos de muerte, tengo que notar la de tres académicos, a quienes si dimos el último vale al dormirse en el seno del Señor, estamos obligados a poner en la laude que cierra su sepulcro flores de amistoso cariño y de merecida alabanza: don Manuel María Mallarino, don José María Vergara y Vergara y don Pedro Fernández Madrid, nunca olvidados por esta Academia, han de ser continuamente para nosotros dechados de saber y de virtud, de que saquemos mucho que imitar: el primero, orador diserto, docto en la literatura griega y latina; arrebatador, ora en la tribuna parlamentaria, autorizando como rey de la palabra el vocablo puro y la frase correcta; ora, al ser investido de la dignidad suprema, respondiendo con elocuencia galana al célebre orador, poeta, patricio y guerrero, que honró el sillón presidencial de nuestros grandes Congresos de un tiempo; el segundo, dotado por la Religión con la energía y la fe de los fuertes, favorecido de las Musas, ternísimo en los afectos, dividió los negocios de su vida en el amor a la humanidad y a las letras, y con patriótico empeño contribuyó a echar los cimientos de la Academia Colombiana; y el último, cuyo fallecimiento no hizo más que añadir dolor a dolor entre nosotros, varón de grande autoridad por su sabiduria y su discreción, repúblico eminente, cristiano sin tacha, y de humildad tan extremada como lo eran las dotes de su inteligencia.

Estas memorias, ya que no puedan ser todas regocijadas, fuerza es que moviendo los afectos que abriga mi ánimo, y que creo que también mueven el vuestro, determinen mi propósito de hacer patentes motivos de gratitud para la Madre Patria, y de despertar esperanzas de restauración literaria para nuestros conterráneos y elevadas aspiraciones para nosotros mismos: con lo primero rindo

debido homenaje a nuestros mayores, que vincularon la civilización del Nuevo Mundo en la Religión, tradiciones y lengua, que debemos conservar como el más valioso patrimonio; y con lo segundo procuro seguir a los varones que con su consejo ilustraron ya esta Academia, y de que acabo de hacer religioso recuerdo. ¿Y de qué otra manera podría hacer uno y otro sino mostrando la importancia de conservar el espíritu español en las letras colombianas, y que cuando ellas se han apartado de él, cuando se han dejado arrastrar de caprichosas innovaciones, cuando se han vaciado en una turquesa que no se aviene a su natural índole, han venido luégo a lamentable decaimiento?

Siempre la influencia del cielo se mostró propicia para ayudar a vencer humanas dificultades; siempre premió con provechos y ventajas el trabajo que para vencerlas se puso, como éste se dirigiese a buenos y útiles fines; y siempre las miras providenciales presentaron la ocasión favorable para llevar a cabo las mayores obras que han de redundar en bien de la humanidad; de donde, que los descubrimientos de los españoles en el Nuevo Mundo y la consolidación de las conquistas alcanzadas por sus armas vencedoras en él, que en su ejecución encontraron diversas y al parecer insuperables dificultades, vinieran a verificarse con tan feliz suceso, y en una época tan oportuna, dada la calidad de las ideas morales y sociales de la corte de España en tiempo de los Reyes Católicos, cooperadores insignes de tan grandes obras. Vencidos los moros en el cerco de Granada, y sacudido el yugo sarraceno en España, nuevos objetos dignos de ocupar la mente se ofrecían al pueblo ibero; y al ardor bélico, impetuoso y avasallador, producido por el pensamiento de hacer de su patria asiento de sus libertades, sucedía un carácter más reposado que, careciendo de ciertas realidades en que solía ejercitarse, se hacía imaginativo y fantástico, y movía nobles pasiones que antes dormitaban por haberse sobrepuesto a ellas otras más ardorosas.

Trasplantado ese carácter, con los hábitos que traía consigo, al suelo americano por los guiadores de la conquista, había de sufrir aquél modificaciones en que influían la variación de miras que se operaban en el ánimo de los mismos, con la perspectiva de una manera de vivir distinta de la que habían observado allá en sus nativos lugares, orillas del Guadiana y del Tajo, en los cármenes de Granada y bajo el lujoso cielo de Andalucía.

Mal avenidos unos con el clima, las incomodidades, la monotonía de la vida, el aislamiento en que se sentían, no obstante que los lazos de la familia y de la amistad ya los unían a extraño país, los desacuerdos y la envidia de que no pocas veces daban muestra sus caudillos, se veían precisados a restituírse a sus hogares sin que su corazón llevase apenas sino el desencanto de no haber encontrado con el mundo maravilloso que ellos imaginaron cuando se resolvieron a partir para lugares transfretanos, ora porque su natural inclinación los hubiese traído como por la mano a la busca de una dichosa realidad, ora porque, débiles de espíritu, se hubiesen dejado guiar por delusivos halagos que se ponían de cebo a su entusiasmo. Ni temieron las inclemencias del cielo, las enriscadas asperezas, la fiereza de los animales, lo invadeable de los ríos, ni el frágil pino entregado a ondas procelosas, con el pensamiento de volver a sus cañas, a las amorosas pláticas de no veladas rejas, y al rasgueo de la vihuela al pie de la ventana a que solía asomarse la maja que los cautivaba; o a respirar las auras de sus campos, a escuchar de nuevo la arpada voz de las avecillas que les recordaban las que agradaron sus oídos cuando niños, y cayeron en el lazo que su donosa travesura les armó, o la campana de su aldea que los llamaba a la dulce y consoladora plegaria. Los que no se acomodaban a la manera de vida americana, y tornaban luégo a sus hogares, eran sin duda aquellos en quienes obraba con mayor viveza la española fantasía, y por el mismo caso los que quedaban y establecían familias habían sustituído a ella una reflexión más sentada, un carácter menos ideal, que tenía de trascender a futuras generaciones.

Para el español en la tierra americana, por otra parte, las poesías populares, las trovas, los poemas heroicos con que al amor de la lumbre solía entretenerse, y cuyas ideas iban elevándose en su imaginación como majestuosa fábrica de nubes, sin el contacto de almas exaltadas por su lectura, dejaban de ser ejemplo que lo atrajese, y el color que comunicasen a sus pensamientos había de disiparse en breve. No eran ya esos cantares que ensalzaban las hazañas de Rodrigo Díaz, ni esos romances en que se bosquejaba en sombra la temeraria altivez de Fernán González, ni los que encarecían el valor del caballero que roba su dama por la puente levadiza y se afronta con cien guerreros que se la disputan, y los vence en desigual batalla,

lo que da vado a sus rudas fatigas y que lo amortigua el cansacio del conquistador abnegado; apenas adheridas a su mente las impresiones que el relato poético le causó, y sin arraigo en su corazón, no tienen fuerza de sostenerse, y nuevos pensamientos prevalecen en ella.

Otros estímulos tiene ya el conquistador en nuestro suelo: otro es el hito a que dirige el poder de sus miras. Si pacíficas labores, a que se presta grata la tierra, le llaman por un lado; si las hazas, cuyo cultivo le ha de dar el ordinario mantenimiento, piden su solícita mano; si nuevos modos tiene que estar ideando a la continua para que medren sus ganados, no hechos aún a nuestro cielo de perenne serenidad; si las plantas, por las estaciones de nuestro suelo, exigen cuidados prolijos y repetidos experimentos para conocer la buena siembra y cosecha; no el vano ocio, no amable distracción compesa sus afanes, que con el arcabuz al brazo y espada al cinto, tiene que oponerse a las irrupciones del desdichado indígena que no se da punto de reposo en acosar al que cree que le ha turbado en el de su pacífica posesión, cuando no ha tenido que entrar a batalla campal por defender palmo a palmo el suelo conquistado; y así como sus mayores gustaron de departir al rayo de la luna sobre la facción de que había sido testigo el del sol, y luégo sobre las finezas de su dama, imaginaria o verdadera, el conquistador no da sus ojos al sueño sin antes referir las peripecias del combate en que lidió por el día con tal de no hacer infructuosas sus faenas, representadas en hinchadas espigas y en el vicio de los frutos. Y luégo, no ociosas imaginaciones le distraen sino las utilidades que han de rendirle sus predios, cuyo título de propiedad libra en el puño de su espada y en la superioridad de su condición.

Influyen, obedeciendo a leyes de ineludible cumplimiento, en lo que pudiéramos llamar la vida intelectual de los individuos, y por natural concatenación, en la de las sociedades y en la de los pueblos que éstas constituyen, los incentivos con que se muevan, las empresas que se acometan, la alteración o el sosiego del ánimo en el trabajo, la variedad de quehaceres u ocupaciones a que se den, la calidad de los objetos que en torno suyo se encuentren; así nada más puesto en razón que la sociedad y el pueblo americano de origen español, fuese, no ya una degeneración de la altiva índole de sus antepasados, sino como un matiz más templado y más saludable de ella. Aquellos de

los conquistadores españoles que no eran guiados por insaciable codicia ni por necio interés, y que fueron los que esforzaron más el movimiento moral de esta sociedad, fijaban su vivienda bajo un cielo perpetuamente benigno con el conato de fundar patrimonio para su familia, el cual, radicado en humilde cortijo, modesta heredad o lujosa morada, en ingentes caudales o en vastos dominios, hacía centro de sus principales tendencias. Ni guerras ni aventuras inquietaban ya su espíritu, ni poéticas imaginaciones le señoreaban, ni la lealtad a su rey ni el pundonor le inclinaban a bélicas empresas, y si era ardoroso por temperamento, moderábase su ardimiento en un campo en que no encontraba por contendor sino cuando más al traicionero indígena que a deshora le asaltaba con la maza y la flecha; contendor que no fue el que forjó su mente en la exaltación a que le condujeron alguna vez, en horas de esparcimiento, las leyendas con que fantaseó a maravilla, y con el cual se tomaba sin que le animase el amor de su dama, o la gloria de combatir debajo de las banderas nunca humilladas ante el indómito alarbe.

Empero, si el espíritu español alejado del elemento en que nació, deponía un tanto de su primitivo brío y entereza con trasplantarse a un suelo en que impresiones de nuevo género tenían que producir cambios, si no radicales, de alguna importancia, había en él un sello de indelebles lineamientos, de categoría trascendental, que era como la capa primitiva sobre la cual descansaban todos los otros sentimientos sujetos a mudanza, invariable por naturaleza, el cual lo hacía grande en la constancia, la adversidad y los sufrimientos, y único a propósito para mitigar en los generadores de nuevas y grandes naciones los rigores de Marte, bien así como el avaro interés de Pluto; y ese sello que era el de la fe religiosa y no otro, explica porqué la conquista fue menos sangrienta que debía serlo, dada la obduración y fanática tenacidad con que los naturales recibían a los mensajeros de la idea cristiana, que los iba a sacar de muerte a vida, y porqué si el régimen colonial excedía los términos de la justicia, se le veía luégo volver a ellos. La fe religiosa, sin la cual todo sacrificio habría sido inútil en la demanda de formar nuevos pueblos para la civilización, fue la que más adelante hizo a sus hijos generosos sustentadores de la libertad, que es virtud pri-

vativa de esa fe criar, formar y educar los pueblos para tan preciado bien. Nunca fueron ellos más libres, ni más dignos de la libertad, que cuando el afecto religioso señaló el camino a sus empresas y levantó sus propósitos.

¡Ah! y qué preciado galardón el que concedió Dios al mismo pueblo que supo amar esa fe, que por ella en ochocientos años no fue domado en su abnegación, y que no sosegó hasta que el estandarte de Cristo, rotas y vencidas para siempre las haces agarenas, se asentó sobre la península iberica y le dio la unidad religiosa en que fincó el poderío de su gloria! Menester era que ese descubrimiento y conquistas se efectuasen cuando la católica religión guiaba las magnánimas empresas del cetro español, a fin de que tuviese vigor bastante para que sus raíces no fuesen efímeras ni precario su florecimiento. Ni es dado concebir que ellas se hubiesen verificado en el Nuevo Mundo, a haberse puesto como medios otros elementos que los que constituían entonces el carácter ibérico, entre los cuales el religioso adquiere la supremacía. Donde hubiese faltado la fuerza moral que levanta la conciencia religiosa, y los estímulos nobles con que se movían los ánimos españoles, no se habría acometido una empresa que no prometía inmediatas utilidades, siendo así que se la miraba de todo en todo aventurada, y que exigía perentoriamente probada paciencia para resistir penalidades, probada abnegación para no desesperar en la busca de una tierra que iba sólo a ganarse para el mundo civilizado, empresa en que si tomaba parte el interés era sólo por los menos capaces de influír en ella a causa de sus inferiores calidades de inteligencia e ilustración.

Necesitábase además para la formación de una nueva sociedad un pueblo que no se hubiese degradado a serviles negociaciones, y España estaba probando que poseía en alto grado tan necesaria cualidad. Revuelta la Europa en disensiones religiosas provocadas por la inquina de los engendradores de la Reforma contra lo que era estable y duradero y refrenaba su bastarda ambición, la sociedad iba a más andar a tal género de desconcierto, que para encaminarla se necesitaba que naciones principales contrastasen semejante mal. La España católica se mantuvo fuera del alcance de tales alteraciones. La furia de los contrapuestos intereses que se agitaban dentro de la Reforma desbravó en las ferradas puertas que para ella tuvo siempre cerradas la Monarquía española, de suerte que esas

agitaciones no turbaron nunca la constancia que el español había menester para educar con segura mano a los pueblos que acababan de nacer, ni lo hicieron padecer detrimento en su fe, lo cual aumentaba la fuerza moral del espíritu español y consiguientemente el respeto de las naciones a él. Así resultaba que la española, no gastada por la degradación moral, también era llamada por caminos semejantes a arrullar en sus brazos las naciones que andando el tiempo se habían de llamar repúblicas libres, herederas de sus glorias literarias cuando no han ido a pordiosear a la puerta de lenguas extrañas.

La fe religiosa era por precisión, al tiempo de la conquista, el distintivo del espíritu español, y la que felizmente moderaba los ímpetus de los otros sentimientos que en él dominaban. Ella, por tanto, sirviendo a templar la tristeza en que caía el conquistador con el alejamiento de su nativo suelo, era el lazo más fuerte que lo unía al de América, y sin el cual habría sido de todo punto difícil la permanencia en ella de los pobladores; y con todo esto, hijos descastados hay que no reconociendo ese elemento como primordial, que pugnando siempre con los bellos instintos del espíritu español, que no sabiendo fluctuar en la plácida corriente que lleva a las regiones en que éste se dilata noblemente, se exhalan en amarga queja contra sus progenitores porque no procedieron del Rey Arturo o de la heroica raza de los *Niebelungen*.

Si por una parte experimentaba mudanza el carácter español al pasar a extranjera tierra, por efecto de la vida que se veía obligado a observar, por otra, la fuerza religiosa no le dejaba degenerar de su primitiva naturaleza ni bastardear de sus levantadas inclinaciones: dos fuerzas que con maravilloso impulso obraban benéficamente Daba la primera más realidad y peso a sus pensamientos, los hacía menos soñadores, más aptos para contribuir al desenvolvimiento de una sociedad que nacía, lo cual no necesitaba la robusta y bien cimentada sociedad española; la otra hacía que anduviesen en sus quicios todas las empresas, ponía freno a la pasión desapoderada, comunicaba alteza a los anhelos y ternura a la fibra delicada del amor, y en resolución, los alejaba de ligeros devaneos para darlos a serias ocupaciones.

Rayaba así la luz de la civilización para la tierra americana, luz que más adelante resplandecería en las páginas de nuestra literatura como en los hazañosos aconteci-

mientos que hubiera de referir la patria historia. El espíritu español, empero, hubo de tardar largo tiempo en cobrar alas para volar a donde lo llamaba el poder imaginativo de su sér. Por eso vemos que como que dormita y no da muestras de viveza a los principios de la conquista: una que otra canción destinada a acompañar la vihuela o el caramillo, o a perpetuar alguna acción distinguida de sus compañeros, y las coplas chispeantes y salerosas más validas en el pueblo español y que sin desmerecer se han transmitido hasta nuestros días, satisfacían las necesidades de desahogar las templadas pasiones del alma; y en una línea más elevada contentábanse con la poesía popular y los romances caballerescos, con que más de una vez el sufrido conquistador disipó la tristeza que le salteaba, durante larga navegación, en las horas de calma, o en los cuales buscó ánimo y firmeza para correr con paciencia deshecha tormenta.

Relativamente a la literatura, muy distintas eran las condiciones con que se fundaban nuestros pueblos de los que han tenido otros en sus principios, así que no descuella en nuestro suelo una por decirlo así nacional, propia, originada de ideas y afectos producidos por el fomento que recibía con el ingreso de nuevos pobladores. Para que esto hubiera sucedido, para que hubiese alboreado, siquiera en lejano horizonte, la literatura imaginativa y fantástica, que ha de preceder a la raciocinativa que indica la virilidad de los pueblos, menester habría sido que el espíritu español que entraba hubiese encontrado un elemento indígena con que amalgamarse, pero consistente y sólido de modo que de esa unión hubiesen salido nuevas ideas y nuevos caracteres, nuevas necesidades sociales que debieran satisfacerse.

Pero el espiritu español, ya que se modificaba fuera de su propio centro, ¿no podría engendrar sólo ese principio de literatura original que hubiera debido prevalecer en Hispano America? Todavía sin vigor, y careciendo en cierto modo de unidad y cohesión en los objetos que lo guiaban, no era dable, en mi concepto, que tal elemento lo engendrase, una vez que ella no se va formando sino después que el trabajo, el comercio, las comodidades materiales, el régimen de gobierno, las leyes sociales vienen a establecer comunes lazos entre los varios pueblos que tratan de adquirir nacionalidad; y claro es que ninguna de estas circunstancias mediaba para que ella naciese libre y es-

pontánea. No habíendo, además, influído el elemento indígena siquiera en los hábitos de la sociedad que iba creándose, porque la debilidad física y la vileza de entendimiento y flaca ignorancia de los naturales no lo comportaba, ni por ese lado podía entrar a la formación de una literatura nacional.

Fuera de que la cultura intelectual de un pueblo es lo que puede influír en la de otro menos vigoroso, o en su dirección y tendencias, de modo alguno podía ayudar el lenguaje indígena más elevado a constituír una literatura propia, siendo así que ese lenguaje carecía de fuerza por no estar pulido ni haber llegado a la calidad de lengua en que se hubiesen ejercitado los afectos: las Musas no habían vaciado en él sus delicadas concepciones; no se había dado en él una nota acordada a los ternísimos afectos del amor; no había subido al grado eminente a que lleva el lenguaje el ánimo esforzado por la generosa pasión; no había copiado ningún encanto de la naturaleza, y siempre había enmudecido a las maravillas de la creación, condiciones todas éstas que señalan la transición de una lengua al campo literario, y el tiempo en que pueden ir infiltrándose en otras.

Ni siento, con nuestro compañero Vergara (1), que se habría formado una literatura grande, rica y nacional si se hubiese imitado a Ercilla cantándose las hazañas de la guerra de la conquista y los hechos particulares más notables de la vida colonial. No trató Ercilla de fundar con su valentísimo poema esa literatura ideada por nuestro docto historiador, que antes al contrario en él, más que en otro alguno de su tiempo, como que se siente la fuerza literaria española, la cual en esa epopeya no estriba en elevar al conquistador sobre los arrebatos del oprimido americano, y la verdad es que ella aparece siempre que se celebra la altivez y valor de Caupolicán, y en general, cuando se alaban todos aquellos hechos del indio en que se interesa algún afecto o pasión de alta estima.

No habiendo, pues, razón para que se levantase una literatura nacional con la ayuda de las lenguas indígenas, la que apareciese tenía de vivir a la sombra de los sentimientos e ideas españoles, recibir su mismo sér, impregnarse de ellos y seguir su mismo rumbo, con sólo aquellas variaciones que se han indicado, determinadas por el modo de vivir de la sociedad que se fundaba; mas ella no

---

(1) *Historia de la Literatura en Nueva Granada.*

aparecería de una vez, sino cuando, fortificados los vínculos entre los nuevos pueblos, diesen rienda a su imaginación y se hiciesen más capaces de complacerse en lo puramente subjetivo e ideal.

Cuando ya nuestros pueblos llegaban a tal término, y hubiera despuntado en ellos una literatura por muchos conceptos excelente, careció de los estímulos indispensables para su brote y de luz que no la permitiese andar por las sinuosidades. Al propio tiempo que la necesidad de educación intelectual se hacía sentir, y que a esfuerzos de los sapientísimos hijos de San Ignacio de Loyola y de eminentes prelados, se daba al campo de los humanos conocimientos el tempero necesario para que los gérmenes de una suma doctrina moral y literaria brotasen, creciesen y fructificasen en las inteligencias que sin cultivo nacían y desaparecían, no dejando tras sí señal alguna de su valor; al propio tiempo que empezaban a cultivarse las buenas letras en el Nuevo Reino de Granada por Piedrahita, Zamora, Ocáriz, Rodríguez Fresle y la Madre Francisca de la Concepción; al propio tiempo que eran ejemplo vivo y poderosísimo para el cultivo de ellas las doctrinas que en sus obras mostraban don Carlos de Sigüenza y Góngora, y sor Juana Inés de la Cruz, clarísimos hijos de la opulentísima y culta Méjico, descendían las letras en la Madre Patria de la alta dignidad a que las habían llevado en alas de las buenas ideas escritores como Cervantes, Granada y los Argensolas, y descaecía su lustre y robustez con el culteranismo, copiando los oscuros conceptos de aquellos ingenios a quienes las Musas, celosas de su gloria, les enturbiaron las aguas de la Hipocrene por que no bebiesen pura la inspiración. Y nuestras letras, que habían de sacar su vida de aquéllas, y que podían empezar a florecer por cuanto ya nuestra sociedad, salida de la infancia, no necesitaba el castillejo para andar, o tenían que caer en desmedro porque nada podía comunicarles la debilidad de la literatura española de entonces, o cuando más llevar la cauda al mal gusto que se ostentaba.

El Gobierno colonial, entretanto, no andaba muy solícito en dar aliento a la afición a la belleza, vinculada en las letras y en las artes, ni en ayudar a las corporaciones religiosas en su ahinco de dar a nuestro embrionario pueblo una educación literaria, y acaso no fue esto un error si había de ofrecer ocasiones de extravío. ¡Y quién sabe si

el anonadamiento en que se hallaron las letras en nuestra patria, en parte por ese despego, y al tiempo que abundaba la literatura peninsular en talentos superiores, a quienes les tocó la infeliz suerte de caer en sutilezas de ingenio, y remontarse a la metáfora y la hipérbole no más que para encubrir con grotescas formas los conceptos que ideaban, cedía en provecho de los mismos ingenios que hubiesen de aparecer con el tiempo, porque así no encontraban tradiciones ni antecedentes literarios que los pervirtiesen, y hubo de atenuarse el efecto que habrían hecho las ideas literarias de extraviados principios que abastecieron la Colonia, y hasta privaron entre hombres que se consideraban destinados a conservar el fuego sagrado de las letras!

Limitóse por este tiempo la poesía a correr en cantos epitalámicos y genetlíacos, sonetos gratulatorios y décimas de cumpleaños. Las artes liberales, entre las cuales había sobresalido la pintura, se veían reducidas al estudio aislado de uno que otro particular que componía motetes para la iglesia, y al arreglo de glosarios de algunos dialectos indígenas; y como que sólo la historia era en el terreno literario el único ramo que se presentaba brioso, tratado por jesuítas tan distinguidos como Ribero, Gumilla y Casani, uno de los dignos fundadores de la Real Academia Española, y que acaso no merece la frialdad con que le mira el historiador Vergara. Este sueño de las letras en Hispano América se hizo más profundo con la mal acordada orden de acabar en los dominios españoles con los jesuítas, a los cuales se debían descubrimientos importantes en las ciencias y el aumento de los buenos estudios: Orden religiosa a quien se debe además la introducción de la imprenta en el Nuevo Reino de Granada, y cuya biblioteca, impulsada por la misma Orden en beneficio común de los pueblos, vino a fundar la nacional, depósito de curiosidades eruditas e históricas y de ricos manuscritos con que hará sudar las prensas un Gobierno ilustrado que reconozca el mérito de ellos.

No era posible que el letargo de las letras en un pueblo que se sentía con facultad para hacerlas florecer, pero sin empuje por la mengua de sus libertades, se prolongase por mucho tiempo. Las revoluciones sociales y políticas suelen correr a par de las literarias, dos agentes de la constitución vital de los pueblos, que con ser distintos, son arrastrados el uno por el otro, y los levantan o abaten según

que sus condiciones son más o menos grandes. Y la razón es obvia: siendo las primeras notables alteraciones en las ideas, e influyendo éstas grandemente en los sentimientos y afectos del corazón, las letras, representantes de éstos, tienen por la mayor parte que estar sujetas a los cambios que ellos experimenten, lo cual acaecería en nuestra patria a la hora que se apellidase emancipación política.

Cabe averiguar ahora si el espíritu español propiamente entendido, y modificado un tanto, sufría detrimento al apartar el pueblo en que se albergaba ese espíritu, el cetro que lo regía. Yo creo que cabalmente ese espíritu era lo que los hacía poderosos a buscar la emancipación política, ya que no es posible negar que el amor a la libertad que hervía en el pecho de nuestros próceres era hijo de la hidalgía y pensamientos elevados del corazón español. Los dominadores bastardeaban cada vez más de los instintos notables que distinguen al español, al paso que los súbditos tenían en precio los que habían heredado; y en tal concepto, se estableció una lucha entre el sentimiento de libertad inspirado por el carácter español, y las ideas de represión que no el generoso pueblo de que dependíamos, sino degradados gobernantes, habían logrado afirmar. Justicia sea hecha al Gobierno de la Metrópoli: difíciles por extremo como eran las comunicaciones, interesados muchos de los mismos que sobresalían como principales sostenedores de su poder en pintar con halagüeños colores la tolerancia que en su concepto se ejercía, el Gobierno de la Madre Patria no era en cierto modo responsable de que sus dependientes anduviesen demasiados con sus vasallos, ni de que a éstos se hubiesen cercenado sagrados derechos. Comprendiólo así un buen número de españoles que sostuvieron con denuedo nuestra emancipación, y se encaminaron por los pasos que los americanos daban en demanda de su libertad.

Si la poesía lírica, en que podemos decir que se refleja la brillantez de una intelectual civilización, anduvo tan de quiebra entre nosotros, dada la condición de sentimientos y la corriente de vida material sobre cuyas ondas tenía que deslizarse, el arte dramático, que nace a impulso del vigor con que se hayan desarrollado los otros departamentos de las buenas letras, resultado eficiente de su cul-

tura y su progreso, no podía engendrarse espontáneo y viril, falto de esa originalidad que le da la vida propia de los pueblos, en cuyo fondo deba mostrarse el colorido tierno y amable de la virtud sin la desnudez vituperable en que se suele mostrar el vicio, cuando no sea sino para corregirle.

Fuerza era que así sucediese: la dramática nunca nació ni se desenvolvió sino allí donde una cultura intelectual de subidos quilates, un sentimiento religioso profundo a par que delicado y enérgico, una fuerza estética de elevados sentimientos, han llevado a los pueblos a supremos esfuerzos y a hermosas aspiraciones en el orden moral. Con tales condiciones el arte, y rigiendo su imperio el cetro del buen gusto, natural parecía que su campo estuviese vedado para quienes era bastante mostrar su sentimiento en una que otra regocijada trova, recordar sus propias hazañas o las de sus mayores en sencillos romances, suspirar querellas en ligeras coplas, o desahogar el pesar de la ausencia del país nativo en sentidas pero mal aderezadas endechas. Por más gérmenes que del arte hubiera podido trasladar la nacionalidad española a nuestro suelo, no era dable que ellos despuntasen sin ponerse en contacto con afectos de elevado carácter estético, que no les suministraba una sociedad flamante, cuyas costumbres heterogéneas y todavía en vilo no formaban lo que se ha llamado *carácter peculiar* de un pueblo, adquirido por unas mismas tendencias, unas mismas esperanzas, unos mismos incentivos para el trabajo, y en resolución, por la idea del arraigo a la propia patria.

No de otro modo en las diferentes gradaciones de la civilización se ha dejado ver el arte dramático en su nacimiento y desarrollos, desde que le vemos manifestarse con Sófocles y Eurípides, y más adelante con Esquilo, luégo levantarse en brazos de la lengua del Lacio, recibir alientos del español Séneca, y por fin surgir nuevo, levantado, ennoblecido en el siglo de oro de nuestra lengua, con toda la energía que inspiraron las ideas cristianas a nuestros grandes dramáticos; las cuales a su vez regeneraban el teatro en otras naciones europeas bajo la inspiradora influencia de Shakespeare.

Siendo el teatro «la manifestación literaria de índole más social» (1), implica por consiguiente una necesidad

(1) Don Leopoldo Augusto de Cueto, *El Teatro Griego*.

que satisfacer. No la cobraba un pueblo que si bien heredaba las tradiciones de sus mayores, iba formando una nueva sociedad que no era capaz de dirigir las inclinaciones a aquella faz culminante del arte literario, ni de fundar la escuela en que se meciese la cuna del teatro nacional, porque en su destino otros objetos atraían con más viveza a esa sociedad.

«El teatro ha sido siempre engendrado por la fuerza activa de la nacionalídad,» ha dicho el inspirado autor del *Tanto por Ciento* (1), y una nacionalidad que apenas daba sus primeros vagidos al resplandor de la luz evangélica, y cuya infancia tenía de veras que ser lenta y flaca en extremo, no era poderosa a vigorizar el temperamento poético que más influye en las inclinaciones del corazón, y que presenta sana enseñanza con la personificación de los afectos humanos en lucha con la proclividad al mal, o cuando menos con la tendencia a aquellos goces que recibiendo el anatema de la austeridad, conducen a enflaquecer la dignidad del alma, a la depresión del vuelo de los pensamientos y al desfallecimiento del ánimo para la busca de un ideal de virtud.

No era posible que el teatro nacional sacase vida de aquel afanarse en trabajos rudos y penosos a que se consagraban los conquistadores y sus descendientes con la esperanza de allegar un caudal que los pusiese en potencia propincua de restituírse a su antigua patria, en que ponían lo más caro de sus afectos, y cuando no en el camino de colmar el ansia de dominio que en su pecho solía despertarse. No era este campo propicio a domiciliar el arte en que la inventiva ha menester mayor estímulo y atinada discreción para que al coronar su obra no la derribe el peso de su misma trivialidad o ridiculez; el estro poético, mayor esfuerzo para urdir la ficción dramática por medio de bien sostenidos caracteres, y el sentido moral, aquel tiento y cordura con que ha de dirigir el corazón en que va a despertar un cúmulo de contrapuestas emociones, a fin de dejar con ellas la lección saludable que los fortalezca y los reanime.

Debiera aquí dilatarme en las condiciones de vida que el teatro ha de tener entre nosotros, a permitírmelo la cortedad de mis fuerzas intelectuales y la índole de este dis-

---

(1) *Memorias de la Académia Española.* Discurso de recepción de don Adelardo López de Ayala.

curso. No ha de faltar luégo quien tal empresa acometa; bástame por ahora con reconocer que al paso que nuestro estado social recibió autonomía política, no faltaron ingenios poéticos que hicieran ver en indeterminada penumbra los destellos del drama puramente nacional, fundido en la turquesa española: Vargas Tejada, clarísimo ingenio, nos mostró esos destellos en su salerosa comedia *Las Convulsiones*, prescindiéndose de que en trabajo tan hábil no siempre contuvo su juguetona vena en los justos límites que demandaba una recatada libertad; mas esto no fue sino ligero lampo que nos permitió ver una estrella en el cielo brillante del arte dramático, la cual se veló luégo con las nubes de nuestras luchas políticas

¿Y a qué causa se debe, señores académicos, que esos partos del ingenio dramático que hicieron agorar nuevos frutos, no hubieran tenido inmediatamente loable imitación? Creo resolver la dificultad con afirmar que, a vuelta de la falta de estímulos en una sociedad empobrecida a causa de la larga guerra de independencia, y donde las demás artes que se hermanan a la dramática no habían conseguido perfeccionarse ni mejorar, el carril del espíritu francés, que todo lo avasalla, logró borrar las huellas de Alarcón, Tirso, Lope y Moratín, y su malhadada influencia en lucha con la índole de nuestra raza cortó el vuelo a toda inspiración. Ni era extraño que así sucediera, cuando en la misma España las ideas literarias del siglo de Luis XIV esterilizaron a los poetas dramáticos, arrebatándoles el numen de la nacionalidad. Y tan cierto es lo que respecto de nosotros he afirmado, que cuando en los tiempos actuales hemos visto a algunos de nuestros poetas afiliarse en la escuela cuyo cetro empuñaba ayer el ilustre Bretón, y hoy, Tamayo y Baus y López de Ayala, el suceso que aquéllos han obtenido es tan feliz como la inspiración que los ha guiado, y como es benéfica la lección que han enseñado con el deleite de cariñosos consejeros. Si me fuera dado citar nombres, el de nuestro dignísimo Director (1) podría sacarme verdadero.

Quedaba latente el espíritu español aun después de haber campado con nuestra estrella en la lucha que no terminó sino en 1825, y por tanto, así como se incrustaba

(1) Lo era a la sazón don José Caicedo Rojas.

en nuestras ideas sociales, había asimismo de penetrar en nuestras letras, nunca emancipadas del cetro con que Martínez de la Rosa y Quintana regían las españolas por entonces.

El neuma que infundió alientos a la libertad y al valor cívico para quebrantar los lazos que no nos permitían políticamente desenvolver nuestra vida, por medio del ejercicio de imprescriptibles derechos, era inspirador en adelante de los ingenios que tratasen las Musas, ora para divertimiento de la sociedad restaurada, ora para la lección o enseñanza de ella; y así, hermanados amigablemente los arrebatos de Clío y la lección noble de Erato, sin la cual no puede vivir la poesía, era de ver cómo ésta con su peculiar gracia, y esotra con su elevada dignidad, entraban en las letras americanas.

El entusiasmo bélico, que suele tocar las más enérgicas pasiones del corazón humano, iba necesariamente a empapar los frutos del ingenio, y a darles quizá demasiado ardor; la libertad, dama delicadísima que es preciso tratar con recato para que esté a raya, y no se torne en cortesana y luégo nos envilezca, iba a inspirar grandeza a nuestras ideas literarias, y el uno y la otra, para los cuales es estrecho todo terreno, y no reconocen valla que los contenga ni términos que los encierren, era seguro que se lanzarían a nuevos sujetos suministrados por las impresiones rápidas y vivas que no consienten ahondar, sino que se manifiesten con la misma celeridad con que se suceden en el alma. La idea literaria, la poesía en especial, se mostraría después de nuestra emancipación extremamente atrevida y animada; mas correría el riesgo de que desbordada en su corriente, si no se la encauzaba luégo con discreción y mesura, mediante el gusto acendrado y la útil enseñanza, daría al través con la imaginación que fuese arrastrada por ella.

¡Coincidencia singular! ni uno ni otro elemento eran extraños por el mismo tiempo en la idea literaria española; sólo que el terreno en que se iba a desplegar la nuestra, inculto en cierto aspecto, no ofrecía trabas para que se espaciase el ingenio a causa de las ideas políticas que se tenían; el otro como que se mostraba un tanto reducido por las que naturalmente se ponían al espíritu democrático fundadas en bien aconsejados respetos, o en costumbres tradicionales que conceptúo de mucha estima.

En orden a fe patriótica y amor de libertad no ha sido menos enérgico el español que el americano; empero, éste

ha sido más osado al expresar esos dos sentimientos, porque cuando con la fuerza de la primera se realiza el ideal de la segunda casi repentinamente y como por encanto, la expresión es de fijo más acalorada. No conquistó el español la libertad sino al cabo de siglos de luchas y desastres; y todo el conato de su poesía era a dar por realizada esa libertad, que saboreaban siempre antes de obtenerla, de modo que cuando ya fue ésta una realidad sus fantasías les estorbaron gozarla como nueva; y por eso los poemas y poesías populares en que cantan los españoles sus proezas en la demanda de su libertad, con ser tan sentidos como los del americano para animarse a la cruda lid, no están tan llenos de fogoso entusiasmo; ni aun los que más adelante, cuando apreciaban su libertad porque la perdían, les inspiraban Daoiz y Velarde, Castaños y Palafox.

Parecía como que, rotos los lazos que nos unían políticamente a la Península, se relajarían los formados por la nobleza de sentimientos que nos unían a su literatura, que tánto influyó en el adelanto moral del Nuevo Mundo; mas por dicha la buena simiente que ella misma había dejado en ingenios americanos no fue arrollada en un todo por los tumbos del furor político, y ya consolidada nuestra independencia aprovechó en gran manera.

Pudiera decirse que cuando la libertad y la naturaleza son objeto de las letras americanas, lo que sucedió cuando el influjo de nuevas ideas políticas desató las ligaduras a los escritores y les permitió explayarse en no explorados asuntos, despuntan aquéllas con sello de originalidad, y se muestran más libres y espontáneas. La libertad política que no había movido antes el numen poético en los países americanos, convida a la alabanza de una naturaleza cuyos encantos no habían sido trasladados al lenguaje maravilloso de los dioses, y presta auxilio a la imaginación para que suba a apacentarse en su sublimidad. De esta manera vemos al lado de los himnos de la libertad los de la naturaleza, y no hay duda sino que el sabio Caldas, impulsado ya por la libertad que presentía, se animaba a ensalzar poéticamente nuestras naturales maravillas. Surgen entonces espontáneamente las manifestaciones de la poesía sin artificios que las desluzcan o las hagan seguir caminos trillados, variadas y amenas en la expresión, con la cual se siente ora el ímpetu de trafalmejo caudillo, o el sordo rumor de lejano combate, o el crujir de las ar-

mas con que se contiende, o el fragor de encarnizada pelea; ora los gritos de libertad que resuenan hasta en el riñón de las selvas, o los ayes de muerte a que acompaña la triste voz de alguna ave agorera, o el melancólico murmurio de las ramas acariciadas por el viento; ora la animada pompa de una naturaleza seductiva que, presentándose aquí con el aspecto virginal de enmarañadas selvas o dilatadas llanuras, y allí violada por la mano del hombre, y beneficiada por el arado y la azada, causa maravilla y exalta el ánimo.

Rompe don José Fernández Madrid entonando los himnos a las libertades patrias, suave y mesurado, pero con el acento de un pecho enardecido por el amor a ellas; y no bien ha depuesto sus armonías, Olmedo, el heroico Olmedo grandemente osado en su vuelo poético, toma la épica trompa y la hace resonar con la energía del patrio sentimiento, para cantar las glorias de la patria y de la libertad.

Arrebata Olmedo a Tirteo sus impetuosas armonías y las ennoblece con la pureza de las ideas y la sublimidad del amor heroico para levantar a majestuosa altura al insigne guerrero, Mensajero de Libertad, augura de hado funesto para las contrarias huestes, envuelto en nubes que amagan tempestades, su voz amenazadora como olímpico trueno y acompañada del rayo de su mirada, cuando fulminando ya su espada la victoria, se adelanta a quebrantar cadenas y a recibir el laurel glorioso que se les concedió a los héroes, entre los cánticos de alabanza que con regocijado entusiasmo entona el Inca a la libertad de los Hijos del Sol. Los acentos del poeta conmueven las nevadas cumbres del Chimborazo y del Cotopaxi, los cuales son testigos eternos de las hazañas que canta el vate (1); y las entrañas de los volcanes que de continuo sacuden el suelo ecuatoriano como que le comunican su ardor, de tal modo que hace estremecer aun los pechos de aquellos para quienes el laurel de Marte no ha sido nunca señuelo a que se hayan abatido: canto de varonil entonación llamado a perpetuar uno de los más notables hechos de nuestra guerra magna, y con el cual pudiera decirse que abrió Clío las puertas a la poesía épica americana.

Vargas Tejada, de aticismo delicado, con fecunda vena y juvenil imaginación, es también cantor de la libertad

(1) Olmedo, *La Victoria de Junín. Canto a Bolívar.*

americana; pero no pudo volar muy alto con las alas artificiales de la pasión, y tuvo que descender, porque el mismo calor se las deshizo, como que si Talía envidiosa no quisiese que fuera verdaderamente grande sino en las gracias de su arte seductor.

Entra Bello al Parnaso americano, inspirado igualmente por la alma Libertad, y llama a las Musas, a quienes supone en indolente reposo en la antigua Europa, para brindarles con una naturaleza virginal, hermosa, fresca y animada por diversidad de producciones, y enaltecida por las proezas de nuestros mayores que acarrearon la sagrada libertad. Escoge Bello para escena de las hazañas que describe un suelo nuevo, grande, otra Atlántida creada por los ensueños científicos de Colón y engrandecida por inesperada realidad, nuevo y grande como las ideas de los personajes y los mismos personajes que eran objeto de sus cantos, y con el mismo arrebatado entusiamo con que el poeta griego vuela a cantar el Olimpo y sus divinidades para eternizar en su patria las hazañas de sus héroes, canta Bello el nuevo Olimpo americano con sus maravillas para eternizar los altos hechos de nuestros próceres. Rápida y veloz su imaginación, pero regida por su vigoroso entendimiento, no pára hasta que ha recorrido la extensión de un mundo en que van desencadenándose sucesos que ponen envidia a los héroes de la Ilíada y de la Eneida.

Aunados el amor a la naturaleza y el de la libertad, dan a mi entender a nuestras letras y en especial a la poesía, un distintivo que las hace amables con extremo, presentándolas en su más bello aspecto, en el que se revisten de ideas flamantes vaciadas en el molde de antiguas y severas formas, porque a proporción que se desenvuelven en ligeros afectos, que viven del devaneo que les presta relajada pasión y que se alejan en suma del predominio que el amor patrio ejerce sobre todas las mezquinas inclinaciones, se las ve declinar a frívolas e insustanciales, cuando no rendirse a servil imitación.

De tan feliz combinación de poéticos pensamientos y asuntos de variada y subidísima magnificencia, resultó en el castellano la *rara avis* que de antiguo se buscaba en la forma poética; es a saber: que la apacibilidad majestuosa del estilo horaciano se encontró unida en nuestro Bello a los arrebatos con que suele mostrarse el pindárico; hallazgo tanto más de estimarse, cuanto los que habían seguido

los pasos al poeta latino y al griego lo habían hecho cuando la lengua, todavía no de todo a todo pulida, quizá no se había descartado de ciertos afeites que quitaban lustre a la expresión, ni adquirido el tinte delicado que hoy tiene, desembarazado de ciertas terminaciones y prefijos que le ocultaban un buen porqué de su gracia.

De notar también es que en los albores de la poesía americana, el vate que había alcanzado a los dos referidos poetas, hubiese emulado también, al inspirarse en las maravillas de nuestros campos, al célebre poeta de la éra de Augusto. Con todo eso, semejante emulación no es ya causa de asombro en nuestro camino literario, que uno de los individuos de esta Academia, y cuyo nombre me abstengo de mencionar en respeto a su demasiada modestia, ha recibido ya el prez que corresponde a los que ascienden a la cima de ese género de poesía.

Augurio saludable sobremanera para las letras americanas, prescindiendo de las condiciones apuntadas que supo allegar Bello, fueron las dotes rarísimas con que unió la naturaleza y el arte, e hizo de ellas una maravillosa alquimia para mudar en acendrado oro la expresión de sus ideas; punto en que aventajó a todos los poetas que cantando diversos asuntos y empapándose en los conceptos clásicos de los antiguos vates, escogieron las mismas formas en que él se ensayó; y lección de suprema importancia en nuestras letras, supuesto que nuestro poeta era el que iba a encaminar a varias naciones por el sendero del buen gusto, opuesto al turbión de desvaríos literarios, que, primero con creciente ruido y después con ímpetu amenazador, intentó dar batería a la literatura española.

Bello es el guiador de las buenas letras americanas; él, a par que daba a los estudios gramaticales fundamentos de sólida consistencia, de modo que con ellos no quedase como en vilo la fábrica de los demás conocimientos, embebido en las sustancia de las lenguas madres y en lo más puro de la sabia literatura española, nutría su ingenio para derramar en abundante copia modelos destinados al estudio de los eruditos, a la enseñanza de los estudiosos y al recreo de toda clase de personas, y despertar en Hispano América el conocimiento sólido de la lengua castellana. Siendo el espíritu español el principal colorido con que se muestran sus obras, adquiere éste sumo realce así en su poesía como en sus doctrinas, que, aunque se ha asentado

que hay originalidad y grande en los asuntos que trata la primera, señorean a esa originalidad, nacida de la vida política en que entrábamos, todos los sentimientos que heredamos de nuestros mayores y que se resaltan en los mejores frutos del ingenio español; y a buen seguro que si la hidalguía, pensamientos elevados y profunda fe no fuesen en Bello engendradores de los cantos con que celebra las maravillas de nuestra naturaleza y las portentosas hazañas de nuestros patricios, no tuviesen la arrogancia que nos enajena al leerlos.

Originalidad, pero relativa, tienen efectivamente nuestras letras al nacer con nuestra emancipación política, sea porque el carácter español modificado, como dicho queda, desde la conquista con los nuevos elementos que contribuían a su vida, cobrase nuevo ánimo y energía por la variación de régimen, sea porque los asuntos que ocupasen el corazón de los ingenios fuesen harto distintos de los que les brindaba una vida del todo pasiva, reposada, sin zozobras ni turbaciones como lo fue la colonial; esa originalidad, sin embargo, no fue tal, que viniese a oscurecer las condiciones del espíritu español. Como esto hubiese sobrevenido, la flaqueza en que hubieran caído nuestras letras les habría impedido crecer y desarrollarse. ¿Qué hubiera heredado nuestra vida intelectual, sin los afectos de la índole española perpetuados en sus producciones literarias? Mustias y marchitas las dotes de la imaginación, habrían rastreado en busca de objetos dignos de ensalzar, y en esa busca no se habrían alzado a donde reina la inspiración, que sólo se encuentra en la belleza, en la virtud y en la generosa inclinación.

Había dirigido Bello con su fuerza intelectual el movimiento literario hispanoamericano, y con suma de filosofía dado nuevas y fecundas fases al arte de la gramática para que ella se fundase en doctrinas de una sólida verdad y no anduviese desacertada en la dirección que diera al humano entendimiento, lo cual no bastó para que incentivos poderosos se presentasen con intento de hacer variar de rumbo las ideas literarias que había logrado poner en planta en provecho del adelantamiento de nuestras letras. Cierto no faltaron cooperadores a la tarea que había puesto Bello sobre los hombros de su sabiduría; pero los más de ellos cultivaron la parte puramente estética y sentimental de sus ideas, y no se dedicaron a la didascálica, que era la que influía más directamente en los nuevos estudios y en el perfeccionamiento intelectual y moral; y este aban-

dono hizo que poco a poco fuesen prohijándose los errores literarios y con galas de relumbrón y fementida belleza saliesen a reemplazar la elegancia y gravedad con que suele manifestarse la verdad literaria.

Varios eran los incentivos que tendían a apartar las buenas letras de la índole verdaderamente española, que habíamos mamado con la leche que nos nutrió en nuestra infancia, que se desarrollaba con una educación bien dirigida, y se afirmaba con las creencias que nos dio en dote el Hacedor Supremo. Era el uno la desviación de las buenas doctrinas literarias, verificada en la misma Península por escritores que hacían alarde de romper por toda traba que se pusiese a los desbordes de la imaginación, y que se manifestaba especialmente en la poesía con prodigiosa fecundidad y en desdoro de la belleza, el cual desvío, a pesar de la separación de trato social y político con la Madre Patria, tuvo la fuerza que siempre tiene el error para abrirse paso y como corriente impetuosa rebosar sobre el muro que le oponga la razón. Otro fue la importación de las producciones de la prensa francesa, leídas con preferencia a cualesquiera otras originales y la aceptación de los desvariados pensamientos que contenían, la cual se hacía sin un fondo filosófico de buena calidad, ni un conocimiento, aunque fuese somero, de las leyes a que obedece el buen gusto y la manera como se rigen las lenguas en sus mutuas relaciones. Si sin concurrir las dos mencionadas circunstancias—ésta de la mayor gravedad por cuanto envolvía no sólo la corrupción del idioma, sino asímismo cierta relajación mental, y esotra quizá menos grave porque aunque extravío, lo era de una idea que en los principios tuvo tendencia a buscarle nuevos caminos al lenguaje,—el no haber seguido el castellano la corriente de los buenos modelos cuando iba feneciendo en España la dinastía austriaca, fue causa de gran descaecimiento en las letras hasta el punto de que se le viese en una especie de inanición, falto de elementos buenos que lo nutriesen, cuánto daño no causaría en el lenguaje castellano en América, que ya no era tratado de cerca por su solícito dueño, el hecho de que a tiempo que los buenos modelos dejaban de ser blanco a que tirasen los esfuerzos de los escritores, ingresasen a él en poderosa avenida los adornos extravagantes, el pampanaje de expresiones, las imágenes pedantescas e insustanciales con que se revestía el discurso. Y lo que peor es, la labe con que doctrinas laxas, cuando no absurdas, deslustraban el lenguaje!

Ministros de este contagio literario fueron, a no dudarlo, los periodistas, que con tal de fatigar las prensas a destajo, no curaban del esmero en el empleo de la frase o la dicción, ni de atestar las columnas de sus papeles de todo género de extravagancias, como sirviesen a satisfacer el deseo de sus iletrados sostenedores. Fuéronlo, no menos, los anarquistas, que ccn su mohina a todo freno presumían de menospreciadores de cualquier regla que sirviese de norma al discurso, y no querían saber que esas reglas, o llámense cortapisas del lenguaje, derivan de la razón, de la antigüedad, de la autoridad, y del uso de los doctos *(Sermo constat ratione, vetustate, auctoritate, consuetudine)* (1), a que todo buen ingenio ha obedecido, so pena de que los sufragios de las personas sensatas a que aspira se le tornen luégo en amargo vituperio. Fuéronlo los que, no enemigos de las reglas mecánicas del lenguaje, desdeñaban toda copela en que se acendrase el gusto, toda rienda que lo contuviese dentro de sus puntos; y fuéronlo los que a título de propagar adelantos extranjeros, curiosidades científicas, novedades filosofescas y farándula política se arrojaban en brazos de la estampa para desvariar con todo linaje de inepcias y trivialidades que habían bebido en autores dotados de la virtud de reducir toda ciencia o negocio a un manantial en que no era menester hacerse ojos para penetrar el fondo. Ni pararon aquí los eruditos de gacetilla y poliantea, los cuales, ignorando que la poesía es sobre todo extremo esquiva, y que no corresponde sino a los favores de los que la tratan movidos por el *mens divinior*, no se daban manos a allegar en composiciones poéticas cuanto pensamiento les sugería, no ese amor ideal y enérgico que un tiempo esforzó tánto el animo del caballero español, sino un amor frívolo y de babeo, y en las cuales se sujetaba a remo el lenguaje, que acabaría por descoyuntarse en sus manos, si luégo al punto el perfectísimo poeta no acudía a levantarlo en eróticos cantos.

Aun bien que a este género de poesía se apercibieron a oponerse, como se vio luégo por la obra, ingenios muy levantados que se han distinguido en nuestras repúblicas, los cuales con vigorosa poesía y nobilísima inspiración, sacaban bien claro el nombre de las letras americanas, y manifestaban que la tiranía de pedantesca superfluidad

(1) Quintiliano, Libro I, Capítulo VI.

debía quedar avasallada por el dominio apacible del buen gusto y verdaderamente erudito, y que nuestra lira podía templarse tan briosamente, como la que entonces hacían sonar más allá de los mares un Lista y un Gallego.

El ejemplo de éstos hubiera debido contener dentro de justos límites a los que afeaban con ridículos aliños las gracias de la poesía a trueque de cubrir lo insustancial del pensamiento; pero cabalmente el desconocimiento de los sanos preceptos, ya lamentado, los inducía a levantarse con diminutas alas a las regiones, inaccesibles a ellos, en que aquellos ingenios se cernían, porque no imaginaban que poetas de su estofa no son tolerados por los hombres, ni aun por las piedras (1), comparación tanto más expresiva en el clásico latino, cuanto los antiguos para dar a entender hasta dónde suele alcanzar el plectro bien manejado, supusieron que con el poder del de Anfión se habían hacinado las piedras que formaron los muros de Tebas, y que Lino las atraía en torno suyo con la fascinación que solía ejercer en sus cantos.

Reviste a toda la faramalla científica y literaria un lenguaje en que la traducción galicada, hija del desconocimiento completo de la materia de que trata el original, y de la comezón de querer introducir cuanta palabra, aunque exótica, sea música y sonora a groseros oídos, no menos que del empeño de enriquecer el habla castellana con aliños que no vienen bien con su porte, su hermosura y su categoría, no hace más efecto que el de celarle sus bellas facciones, y poner en detrimento el ingente caudal de sus vocablos y locuciones. Deséchase la forma gallarda, rica y suelta con que el castellano sabe declarar la alteza de conceptos y de pensamientos, por cederle el lugar a otra enrevesada, pobre, encogida, que no dará jamás altivez a ninguna idea.

Semejante servilismo a que se ha reducido la lengua, ha sido traído por los que han despojado su carácter moral de todas las ideas que enaltecieron a nuestros antepasados, y los hicieron dignos ciudadanos y eminentes patricios, acompañados esos tales de otros que inconscientemente y sin malicia alguna se han dejado acometer por el mal. Obsérvase comúnmente que la degradación moral y religiosa trae consigo la enervación de las letras y el descaecimiento del lenguaje, porque siendo el perfecciona-

(1) Horacio, *Epístola a los Pisones sobre el arte poético.*

miento de éste y de aquéllas el ejercicio de la belleza en su manifestación mas noble, no hay móviles para ese ejercicio allí donde la virtud no se extienda; pero cuando esto sucede no faltan a las veces clases en la sociedad que logran preservarse del común contagio, y vienen a la sazón a ser como el santuario en que ellas se guardan y conservan; y según el estado social y político son ahora principios de una restauración literaria, ahora preciosas reliquias que quedan únicamente como recuerdo de pasadas grandezas.

La literatura francesa, llena de encantos y grave en sí misma cuando sigue a Boileau, Racine y Corneille, celosa del caudal de la lengua castellena, descarga en él todas las malezas que son obstáculo a su florecimiento, y las dota con los adornos que le son propios, de modo que celen a la otra su magnificencia, y esta unión de elementos forma el grande acervo de donde sacan asuntos mal nacidos borrajeadores de necia sabiduría, y que presentan como tributo a los patrios progresos, como dádiva a la flexible inclinación de la juventud.

Con todo eso, el mal que con ello se acarreaba no hubiera andado con creces, si se ciñeran a recibir lo que directamente suministraban las letras que hacían daño a nuestro lenguaje; mas a los que no les fue dado manejar aquéllas por absoluta insuficiencia, tomaban por modelos los fementidos libros en que se contenía la traducción galicada, de donde resultaba una anarquía de lenguaje y de ideas en que él sufría doloroso tormento, y ellas perturbaban y hacían caer aun a los más bienintencionados. Además, la invasión de la doctrina y gusto afrancesados, en el aspecto literario, que no dejaron de cundir en España y ser prohijados por escritores de talento, fue materia de que se diese por lícita, por aquellos que no estaban del todo pervertidos, la gran copia de delusivos encantos que se sustituían a las gracias reales de nuestro idioma, y lo que es más, de que esas imitaciones viniesen a tomarse como modelos del buen gusto castellano. Hipóse por esa clase de producciones con tanto ahinco, que buena cosecha hubieron de hacer los que proveyeron a ese comercio literario, pero no envidiables lauros hubieron de recoger teniendo semejante séquito de aficionados.

Contentáranse estos alborotadores de la república de las letras con rendir su misión al contagio que iba debili-

tando el poder de la castellana lengua, y destituyéndola de su natural fisonomía, y no importaran a ella un germen de corrupción como el que envolvían aquellas ideas filosofescas que nutrían el seco entendimiento de los que habían perdido la fe religiosa en el naufragio que, en el tormentoso mar de la pasión viciosa, había hecho su virtud.

Penetró hasta el seno de las familias, dotado de mil fascinadores artificios, lujoso, ameno y con la vestimenta con que suele salir el corruptor sofisma a empañar la limpieza de la conciencia, el género novelesco, que causa tánto estrago en la moralidad social con perjuicio de la entereza de la lengua. No el género novelesco que Cervantes acreditó y puso en su punto, no el que deleita en largas veladas a los hijos de Albión porque pinta las íntimas dulzuras del doméstico hogar, sino cierto género estragado por el lujo y la molicie, hijo de la sociedad materializada que tiene su asiento en el gran centro de la moda, y que había de causar mayor daño donde el sentimiento moral no estuviese fortalecido para contrastar el empuje de aquel torrente desatado. No lo estaba, sin duda, en nuestro país, ya que no se hizo superior al embate de la flamante novela, que se introducía en las letras de una manera tan suave como sagaz; ni podía estarlo si, cuando ella penetraba hasta el más recóndito ostugo, ya se había empezado a minarle por su base quitándole la del principio religioso, y llegó a tánto el desvío que ni los sencillos cuadros de costumbres dejaron de verse salpicados del espíritu extranjero, y consiguientemente del pedantesco neologismo y de la construcción revesada e inelegante, si bien, justo es advertirlo, aparecieron distinguidos novelistas con extremos de originalidad, los cuales vuelven en sus escritos a los tiempos en que campeaba con libertad el castellano, y a la buena doctrina que ilustra y moraliza, pero su número ha sido reducido y sus esfuerzos casi aislados.

¿Pero porqué degeneraban las letras hispanoamericanas con el caudal de extranjera literatura, cuando, como se ha insinuado, la invasión de la francesa en el castellano se verificaba igualmente en España, donde se la tuvo en palmas, fue acogida de buen grado por escritores de nota y daba tal impulso al movimiento literario, que no le bastó su propio centro para contenerse sino que se hizo sentir hasta este lado de los mares para brindarse con pujos de novísima literatura? ¿Era este un nuevo rumbo que tomaban las letras españolas, deponiendo las antiguas galas

que no decían bien con las necesidades de la época moderna? Nó; que esa vituperable tendencia no se siguió sino precisamente porque olvidándose los mismos españoles de los gloriosas tradiciones que los engandecieron en sus bélicas hazañas como en su desarrollo intelectual, se echaron en brazos de novedades que seducían con su brillo, aunque accidental y pasajero, acaso sin saber que con ello no hacían más que baldonar la memoria del gran Cervantes, y no escucharon a los ingenios que, secuestrados del contagio con el preservativo de los grandes preceptos, opugnaban su desatino con el severo propósito doctrinal de sus escritos.

Por el mismo caso conceptúo que la degradación y mengua de las letras colombianas no ha procedido, en último análisis, sino de haberse desechado lo que las ennobleció en las grandes épocas, lo que hizo al pueblo osado sobre su misma osadía para reconquistar los fueros de que se le había privado hasta reducirlo a miserable condición, de haber olvidado que sin la fe religiosa, la lealtad española y la creencia en la libertad que no se arroja a temerarias empresas con el cuelmo para meter discordia y la hoz para derribar a mano airada la mies de la buena doctrina a impulsos del vocerío de frenética turba que, como los precitos en las terribles visiones de Dante, blasfeman de Dios y acaban por maldecir de la simiente que los engendró; sin la libertad formada en el yunque de la idea cristiana, sin la libertad que idearon nuestros patricios y próceres sacada de la verdad católica, las más delicadas cuerdas de los afectos se adormecen y el alma no puede dar sino acentos desacordados, como muestra de las ruinas del corazón, acentos que cuando no dejan impresiones que encienden el fuego de desesperada pasión o de brutal deseo, dejan la melancolía y frialdad que nos inspiran las flores sepulcrales.

El descreimiento, que hace estéril al hombre para todo trabajo en que la imaginación tenga que manifestarse gallarda y bien dispuesta, que es ciego para seducirse con los encantos de la belleza y los atractivos de la virtud, que no tiene sino adormideras para que el ánimo decaiga y se aletargue, y para el cual enmudecen las arpas de que la mano del sentimiento saca acordes de eterna armonía, es lo que ha intentado dar en el suelo con el estro elevado, clásico, arrebatador, con la musa alegre, retozona y cándidamente picaresca, y con la gravedad y nobleza de

nuestras letras, porque a él han ido uncidos todos nuestros errores no sólo políticos sino literarios, y él es el que ha hecho bastardear del espíritu español americano, de que la fe religiosa es el principal distintivo. Y cabe aquí afirmar que si hubo en Castilla algún vate, de sospechosa religiosidad que ascendió a la cumbre del Parnaso, hasta donde habían llegado Garcilaso y Herrera, de seguro pidió prestadas a las creencias la inspiración, que no es el ligero escepticismo el que permite cantar las grandes creaciones de Dios y las grandes empresas humanas.

Y cuando vemos apadrinado este descamino literario por la política rastrera, la filosofía pedantesca, la novela disociadora y la poesía extravagante, ¿habremos de rendirnos a partido con él, y no poner todo nuestro conato en revivir y fomentar el espíritu español modificado saludablemente en América, y el cual, latente en las letras castellanas, es lo que puede dar vida a las nuestras, porque ellas sólo han brillado cuando sacaron de él los conceptos y las inspiraciones?

Para conseguir esto, o a lo menos para reducir el mal a un término en que no sea tentación sino para ánimos sumamente débiles y apocados, para que el habla de Hispano América no se resbale y ruede hasta tocar en el límite de un dialecto informe, pobre, seco e inhábil; para que la poesía se muestre con dignidad, y la prosa, dejando de ser arrastrada y callejera, se haga noble, menester es comenzar por desasirnos de los lazos con que la insuficiencia y la superficialidad nos atan a la extranjera literatura, y por cuyo rumbo quieren enderezar la nuestra, haciéndola perder su bella naturaleza con el espíritu que quieren comunicarle, y su robustez y gallardía con los elementos materiales que le sustituyen. Bien sabéis que no hablo de las relaciones en que tiene de estar toda lengua para comunicarse mutuamente las ideas que la van engrandeciendo, ni del trato en que, precediendo los estudios de nuestra lengua hechos a conciencia, necesitamos entrar con las forasteras para conocer sus peculiaridades, sus locuciones idiomáticas, sus giros, la formación de sus vocablos, las raíces de donde dimanan y las dificultades de sus regímenes, con lo cual avaloramos y acrecemos el buen uso de la propia.

Los que a tal punto trajeron la lengua en nuestra patria no empezaron por nutrir su entendimiento con el estudio de las lenguas antiguas, donde se hallan los antecedentes

y muchos nobles títulos de las letras españolas, antes miraron con desdén esos estudios, porque quisieron coronar por asalto la cúspide de una carrera, o porque no teniendo por principal dote la perseverancia, anhelaban por concluír a toda prisa su mal regida educación, y cegaron así uno de los caminos por donde podían entrar al conocimiento del alto y caballeresco espíritu español empapado en las letras castellanas. Por eso encuentran fríos y desmayados la elocución grave y sublime de fray Luis de Granada, los arrebatos encumbrados del divino Herrera, los ingeniosos conceptos de Calderón, las donosas y atildadas frases de Alarcón, y los vigorosos y expresivos períodos de Solis; por eso perecen de fastidio cuando ven la musa de Jovellanos, de Quintana y de Bello, en levantado vuelo, cerniéndose en la purísima región de la sublimidad; y por eso mismo se saborean y deleitan con aquellas páginas que venales escritores impregnan de letales ideas para cerrar en quienes los leen las entradas a todo criterio elevado que pueda redundar en perjuicio de su lucrosa empresa, y no se desprecian de encargarse de su propagación por medio del diario, del folleto y del libro.

Si «el caudal de las lenguas cultas,» según el concepto de Littré (1), «pertenece a las edades más remotas de la existencia nacional, y el arcaísmo, sanamente interpretado es una sanción y una garantía,» la unidad de la lengua castellana no podrá tener cumplido remate en nuestra América sino por el influjo poderoso que en ella haya ejercido el estudio de las antiguas fuentes, majestuosas hoy con su belleza moral y suma doctrina por el contraste que ofrece con la deformidad y bajeza que prestan a las formas las ideas que hoy marchitan tántos corazones.

Sin ascender al más lejano punto de partida, sin examinar en sus orígenes sus legítimos elementos, ¿cómo conoceremos el caudal de la lengua que hablamos y el espíritu que le da vida, ni cómo el arcaísmo podrá servirnos de criterio para el buen uso actual y el empleo del neologismo que bien encaminado haya de modificarla y acrecerla?

Los grandes escritores de una lengua desenvuelven, pulen y perfeccionan los elementos de ésta; en resolución, la fijan: danle vida con sus ideas y puede decirse que le

---

(1) Prólogo del *Dictionnaire de la langue francaise;* por E. Littré.

comunican su propio genio; ponen, digámoslo así, el sello a su carácter, de tal modo que como nos sirvamos de esa lengua, y queramos prescindir del que le comunicaron sus escritores, muestra ella luégo en su misma fisonomía la flaqueza en que ha caído. Las ideas influyen grandemente en la lengua, y no es posible apreciar el valor de ésta sin estudiar sus antecedentes históricos, y los sentimientos de los que la trajeron por medio de sus escritos a la plenitud de su vida. Cuando se ha desatendido esto, luégo al punto la hemos visto desmayar en manos de los que la tratan. Sin buscar los fundamentos de una lengua en la existencia nacional, no se podrá discernir su riqueza legítima y permanente, de los vocablos y frases de similor con que la dotan ajenas literaturas, y que llegan a dominar de tal manera que hacen caer aun a los más avisados escritores. ¡Y cuántas veces no hemos observado que por esa incuria deplorable la corruptela ha recibido al fin carta de vecindad en nuestra lengua!

Estos principios, que son de aplicación general, adquieren entre nosotros mayor importancia, hoy que con capa de libérrimas instituciones se desecha la moral católica, único freno a la protervia de las pasiones y a los goces materiales que van degradando las costumbres públicas, y amenazan a la lengua patria junto con la vitalidad de nuestra nación. Con esto no hago más que aplicar un punto ya tocado por Bacon, y antes por Quintiliano cuando, hablando del estado a que en su tiempo había llegado la lengua por la corrupción de las costumbres, decía en semejantes términos: «En los escritores antiguos hay que buscar la pureza de afectos y el carácter varonil que ya no se encuentra entre nosotros desde que, dándose rienda suelta a toda clase de placeres, relajaron nuestra elocuencia con nuestras costumbres» (1).

Por dicha existen fuerzas quizá superiores a las resistencias que ha habido para aceptar los medios conducentes a la realización de propósito tan elevado, y ya se siente en la atmósfera social la necesidad de poner en seguro los fueros de nuestra lengua acometidos por invasiones desautorizadas y extrañas, y de obtemperar a las decisiones del uso de los doctos, representado por los cuerpos custodios de la lengua, trabajadores en la obra de limpiar de malas yerbas el campo en que han de cosechar

(1) Quintiliano, libro I, capítulo VIII.

los laureles de Apolo las almas a quienes cupo el prez de la poesía, y en que recibe el premio decoroso que mereció el que supo espigar por el rastro que le indicaron los buenos ingenios.

Cooperar a la satisfacción de esos anhelos que se distinguen así en los aficionados a las letras como en los buenos servidores de la república, fuera de ser una de nuestras primordiales atribuciones, es deber patriótico. Así lo habéis comprendido vosotros y demostrado con los trabajos que, venciendo dificultades de diferentes géneros y sin aquellos estímulos que pudieran llamarse reales, habéis puesto en ejecución con tan buen suceso para el adelantamiento intelectual de nuestra patria; y aun me atrevo a asegurar que el reconocimiento de la necesidad a que me he referido mana de vuestra constancia en los esfuerzos por defender las prerrogativas del lenguaje. Y es también ocasión de reconocer aquí que si Bello y sus seguidores han merecido la gratitud nacional por haber sido los primeros en facilitar la senda que guía a la verdad literaria—no se tome a desahogo del mucho afecto que a ellos guardo—el autor del *Tratado de Ortografía y Ortología*, el de las *Apuntaciones Críticas* y el del *Tratado del participio castellano*, que en su sillón academico me honran con su atención benévola, no son sólo acreedores a ella sino al grande amor de los buenos patricios, ya que esas obras, así como las demás en que con el alto propósito doctrinal corren vuestros hidalgos sentimientos, son las ejecutorias de la nobleza literaria de nuestra República; blasones que no alcanza a mancillar este tráfago político, materialista y utilitario, que envileciendo almas, prostituye toda idea de orden y de autoridad, en que descansa el bienestar de las sociedades.

Admitida la disposición que hay para la restauración del gusto español y de las doctrinas que en sus buenos tiempos sirvieron para depurarlo, nuestra tarea no será de difícil desempeño si ponemos constancia y solicitud en atender a esa gestación que acarreará el alumbramiento feliz de la grande obra mediante la cual se levantará sobre el áureo pedestal de las letras regeneradas la unidad de la lengua castellana.

Si quedan obstáculos para la realización de nuestras esperanzas de restauración literaria, es porque se trata nada menos que de erradicar ideas, que los adversos a toda autoridad y a toda sanción han querido enlazar con

otras que nada tienen que ver con las relativas a las letras, lo cual procede de la misma anarquía de ideas y de lenguaje que ha reinado en el campo en que ellas militan; pero de luchas semejantes, en que ya han tenido que esgrimir ventajosamente sus bien templadas armas muchos insignes varones de la Real Academia Española, habréis de sacar nuevas fuerzas para obtener el vencimiento sobre la corrupción literaria, hasta que al cabo levantéis sobre sus despojos el espíritu de las letras españolas, ennoblecidas por las nuevas ideas que le han suministrado nuestra virgen naturaleza y nuestra sagrada libertad.

Así Dios dilate y prospere los días de esta Academia, que ella, con la restauración de los buenos principios literarios, restaure también entre nosotros los afectos que nos hacen dignos descendientes de los héroes que comenzaron a edificar en Covadonga y coronaron la fábrica de su libertad en las torres de la Alhambra, dignos hijos de los que más adelante pagaron tributo de sangre por recobrarla en heroicas lides, y unidas en estrecho abrazo la Academia Colombiana con la Española, sea él prenda de que han quedado borrados los términos que inconsideradas discordias pusieron entre pueblos hermanados por sangre, religión, tradiciones y lengua.

———

DE LA EDUCACION MENTAL

ORACIÓN DE ESTUDIOS
PRONUNCIADA EN EL COLEGIO DE SAN JOSÉ,
EN 12 DE NOVIEMBRE DE 1882

DE LA EDUCACION MENTAL

Señores:

Dárseme en la presente solemnidad la voz de la representación de un plantel de enseñanza dirigido por dos sacerdotes distinguidos en piedad, letras y doctrinas, y realzado por alumnos de cuyo honroso mérito se hace hoy gallarda muestra, es para mí motivo de tanto agradecimiento, cuanta es la indulgencia que de vosotros necesito para que escuchéis los fríos conceptos de esta hilvanada oración, mayormente si consideráis que cualquiera de mis compañeros de profesorado con las ventajas de que yo carezco habría podido desempeñar este encargo a maravilla.

Poco tiempo há en ocasión semejante tocóme exponer las condiciones con que la física y la moral educación contribuían a preparar los alumnos para la filosofía de los conocimientos, ciencia por medio de la cual éstos acrecen por sí mismos y se sostienen unos a otros.

Importa no menos mirar por la misma faz la educación mental.

Esta traerá el ensanche de los conocimientos a que aspira aquella ciencia cuando dominando el criterio filosófico que muestra en ellos la armonía, y aplicado cada departamento del saber a su legítimo objeto, se suministren las enseñanzas con procedimientos lógicos en los métodos.

En la dirección de los estudios intelectuales se habrán allanado en mucho las dificultades, si la educación física y la moral se han regido por la razón cristiana en todas sus manifestaciones. *Mens sana in corpore sano*, hábitos de orden y bien cultivados sentimientos despejan y hermosean el campo en que la inteligencia ha de adquirir los conocimientos, y señorearlos. Vigorizada, descogerá sus alas y se encumbrará a serenas regiones, donde sin las

preocupaciones que suelen anublar la razón, y sin guiarse por ella desatentadamente, irá en proceso ascendente refiriendo las nociones particulares a las altas generalizaciones y los efectos a sus causas.

Las convicciones profundas de una conciencia recta esfuerzan por maravilloso modo el vuelo del entendimiento. El alma que vacila abrumada por la negación o extraviada por la duda, mal podrá atinar con el abierto camino de la educación intelectual. Acostumbrándose a no ver por dondequiera sino sombras y antojándosele hipótesis inútiles casi todas las verdades primarias, sólo mirará a lo práctico, y con harta frecuencia dejará de dar asentimiento a las verdades positivas que se enlazan con las sobrenaturales. La mente sometida a un magisterio que de esta manera se señale, por más que trate de ponerse en actividad, tendrá siempre por lamentable pensión la miseria y el desconcierto, encontrándose en un sistema que embaraza o anula el ejercicio de las más altas facultades.

Ciméntese mal el edificio de la educación, y se cuarteará luégo, y se derruirá; y sobre las ruinas del corazón agonizará la inteligencia. No se engendran altos pensamientos sino al calor de un corazón generoso y bien puesto.

La virtud de la fe, que radica en el corazón, se enlaza con el amor de la ciencia, pues los descubrimientos científicos son revelaciones del poder y sabiduría del Sér Supremo, de quien quisiera siempre apartar los ojos el incrédulo. Verdad que algunos de éstos recorrieron el campo científico en ademán de cultivarlo; ¿Quién sabe si no les alimentó el odio sectario, y si lo que buscaron en el campo de la ciencia no fueron sus frutos naturales, sino armas deicidas?

Soberbia desmesurada e insano propósito llevan a la cátedra estos falsos cultivadores de la ciencia; y los que voluntariamente se someten al yugo de enseñanza anuncian ya la necesidad y servilismo con que más adelante dirigirán la conducta de su vida.

Con la oscuridad de un fútil empirismo filosófico el entendimiento no encontrará el punto de partida para adquirir la ciencia del saber, dado que ésta principia por distinguir cómo se agrupan en torno de una verdad fundamental las maravillosas fábricas que constituyen la ciudad de la ciencia.

Con prestigio vano y engañoso los maestros que no dirigen la educación por los pasos de la moral religiosa,

unas veces enseñarán el artificio de seducir multitudes con el aparato y estruendo de falsa ciencia; otras el modo de tejer red de amaños para logros personales; cuándo adormecerán la conciencia con intrincadas y sofísticas argumentaciones; ya prepararán el entendimiento a abrirse paso con astucia y sagacidad en los torbellinos de la política; pero despeñada en su designio esa educación, los conocimientos que alcance a suministrar, faltos de sus primitivos fundamentos, no traerán siquiera a la mente las ventajas que resultan del mero ejercicio de ella en un terreno limitado, pero dispuesto favorablemente.

Sólo los criterios teológicos, arrojando hermosa luz para el examen de todo lo que interesa a las ciencias, a las artes y a la literatura, y de todo lo que se encierra en el concepto de civilización, permiten ver la alteza y la importancia de los conocimientos, desechar todo lo que empece a su perfeccionamiento, y poner en su punto la verdad que ellos contienen. ¡Ciencia de valor incomparable aquella en que se acendran todas las ideas como en magnífica copela! ¡Bendita ciencia aquella por medio de la cual hace el hombre de sus conocimientos riqueza imperecedera, retribuyendo la adquisición de éstos con la ofrenda purísima de amor y gratitud a su Hacedor Supremo!

Basta fijar la vista en la esfera de los estudios intelectuales no conducidos por los criterios religiosos, para notar la alteración de todas las ideas y la fragilidad de todos los principios que en ellos reina; la anarquía que en general presentan sus varios departamentos.

«En la palabra, cierto, y en la idea, dice el Cardenal Newman, es muy fácil dividir los conocimientos en humanos y divinos, seculares y religiosos, y tomar los unos con prescindencia de los otros, pero en el hecho es imposible. Suponiéndose que la verdad divina difiere en especie de la humana, también las verdades humanas difieren en especie unas de otras. Si el conocimiento del Criador es de distinto orden del conocimiento de la criatura, del mismo modo la ciencia metafísica es de distinto orden de la física, la física de la historia, la historia de la ética; y al cabo se romperá de diversos modos todo el círculo de la ciencia secular, como se empiece por las mutilaciones de la divina» (1).

(1) *Idea of a University.*

¿Y de no cultivar los estudios, que elevando la mente, le dan vigor, no procederá esa lastimosa carencia de fuerzas intelectuales que en algunos institutos se nota, que contribuye a agotar las fuentes de la común prosperidad, y que parece aumentarse a medida que los mismos educadores conociendo su desmán, mas no queriendo volver la vista para mirar su causa, yerran en la aplicación del remedio?

Servidores de este desorden son en primer lugar los espíritus que viviendo de ajenas preocupaciones, han sacudido el polvo a sistemas filosóficos arrumbados tiempo há, e ideados para dar pábulo a devaneos en épocas de vértigo revolucionario. A restauración tan menguada se refiere el elocuente filósofo tomista Pidal y Mon, cuando dice:

«El progreso de la impiedad es un progreso singular, hace retroceder la ciencia a su primera infancia; sólo le falta aniquilarla» (1).

Llevados de ligera consideración quieren estos novadores irreligiosos medir los fenómenos sobrenaturales o metafísicos por el mismo rasero que los materiales; y ajustar los entendimientos en un todo al criterio empírico, especie de red barredera con que intentan coger de un golpe todos los caminos del raciocinio.

Por este torcido camino el estudio del hombre se ha convertido en el de unas imaginarias transformaciones que este «bípedo implume» ha experimentado en la serie de los tiempos; redúcese todo a una selección natural, en virtud de la cual ha venido por diversos grados a predominar este «animal afortunado» en las varias especies que le precedieron. Según los más esforzados oráculos del positivismo, basta este curioso principio para comprender todos los fenómenos sicológicos.

La lógica en manos de los cientistas ha perdido su fisonomía característica; y de tal manera la tratan hoy, que si ellos no se dignasen advertirnos que de lógica o en lógica discurren, jamás podríamos adivinarlo.

Se han dado otros innovadores a imaginar teorías con ropaje de nuevas ciencias, presentadas como fruto de la incubación lenta de grandes ideas, específico para curar los males de que adolecen las sociedades, y mensajeras de su adelanto y bienestar, y a presentar como desconocidos, puntos ya dilucidados y resueltos en la filosofía católica.

---

(1) *La España Católica.*

Así vemos que la biología, a título de tratar la materia que su nombre indica, entra en peregrinas averiguaciones invadiendo el campo de los fenómenos sicológicos sin llegar a ningún resultado práctico; y la sociología, nombre que los prevaricadores del buen lenguaje han llegado a imponer, es otra forma de biología, como que intenta explicar los fenómenos de la vida social con la aplicación del principio «evolutivo.»

Adictas estas flamantes ciencias a la moral llamada evolucionista, que con mutaciones de fraseología se pudiera reducir a la jerga utilitaria, campean como reemplazo de ésta so color de novedad, y se asoman ya a las puertas de algunos de nuestros institutos, brindando progresos intelectuales a la juventud. Todavía, empero, no aparecen como dominadoras resueltas de la cátedra, quizá a causa de que en esta transmigración científica les ha sucedido a sus propagadores, que son los mismos de la otra moral enteca y desgastada, lo que al mono de que nos habla Fenelón, el cual, enviado por el rey de los infiernos al cuerpo de cierta alimaña gárrula y parlanchina, no olvidaba los resabios de su antigua profesión.

Penetrando ese estrecho experimentalismo en la filosofía de la historia, hace un acomodamiento artificial de hechos que sirvan a fines preconcebidos, y contra lo que se halla en punto de evidencia, niega el influjo saludable que en todos tiempos ha tenido el concepto religioso en los adelantos intelectuales de los pueblos. Así unas veces señala el desenvolvimiento humano principiando en un período primitivo o religioso, o sea la humanidad en un estado del todo pasivo y sin fuerzas, el cual cede el puesto al metafísico, en que el entendimiento se esfuerza en el descubrimiento de principios especulativos, y después de este largo período surge el científico que es el actual, en que todo orden de ideas avanza tan sólo con la aplicación del criterio de la experiencia. Otras veces enseñan tales filósofos que sólo causas físicas obran en el desarrollo intelectual del linaje humano, explicadas por las leyes de la estadística, y por medio de las teorías de la transformación, que aplican al hombre y a la sociedad, como a los cuerpos inertes.

Para los que de esta manera consideran la historia nada valen los hechos; su criterio de la experiencia se sale de ellos para analizar las fantasías de sus desvariadas imaginaciones; ¿cómo sería dable señalar en la realidad el

punto de la historia en que cesa la influencia de la religión para que siga el desenvolvimiento humano por medio de la metafísica, y en que desechados estos dos elementos, se echan las zanjas de las ciencias?

Si hay algo que se muestre con hermosa claridad en la contemplación del desarrollo intelectual de la humanidad es que la lenta labor de la civilización se ha verificado por el camino que ha abierto la idea religiosa, y que cuanto mayor es el concepto que ésta adquiere, la metafísica como natural aspiración del espíritu, cobra mayor vuelo, y comunica poderoso impulso a la ciencia. Cuando no hubiera otras razones para sustentar esto, existiría la de que en el estado actual del progreso humano corren en fácil consorcio los principios modernos con un gran número de verdades científicas o metafísicas suministradas por los pueblos antiguos que tuvieron una idea religiosa más elevada. ¿Y qué sería hoy de los adelantamientos intelectuales sin los principios que han importado las edades a que se niega la parte que tienen en los desarrollos científicos actuales?

Fíjese además la vista en todos los monumentos artísticos, literarios y científicos de todas las épocas, y podrá contemplarse grabado en ellos el sello religioso, que los orla con los más hermosos perfiles de la poesía, y que realza el encanto de su grandeza y de sus recuerdos.

Y los que atribuyen a causas meramente físicas el desarrollo intelectual del hombre, no hacen más que destituír a éste del augusto carácter de rey de la naturaleza, para presentarlo como vasallo de un ciego fatalismo.

Estas falsas ideas de la filosofía de la historia ofrecen asa a los pretensos educadores para sostener la secularización de la enseñanza, cuando para el propio fin no ocurren a la descompasada vocería que con sobra de vulgaridad levantan en los periódicos de la secta.

No es maravilla que hombres dirigidos por estos criterios, que impiden a los ojos de las inteligencias ver el rumbo que sigue el progreso de la verdad en la humanidad, se queden en los remolinos de sus fantástisas lucubraciones, sin seguir las corrientes del perfeccionamiento intelectual, hasta tal punto que en muchos casos tienen buenamente como últimos descubrimientos, como muy avanzados principios, hipótesis o teorías forjadas cuando las ciencias estaban todavía en mantillas, y su adelanto en el cristianismo no había dado la clave para la explicación de un gran número de hechos.

En tal condición, viciados los entendimientos, al presentárseles la luz esplendorosa que da la verdad cristiana, se ofuscan, y parece que repugnan ser bañados por ella. Si alguna idea sólida llega a penetrar en la inteligencia, luégo al punto se anega en el desorden que en sus conocimientos suele reinar.

Un filósofo y poeta decía donosamente, refiriéndose a los sistemas con que los empíricos tratan las cuestiones especulativas:

«No me presentéis la *experiencia* como única prueba de vuestra sabiduría: la experiencia es como Anteo, hija de la tierra, y no tiene ninguna idea del cielo. Yo moriría de sed, si me obligarais a beber la ciencia en la fuente de la experiencia, ese infecundo manantial de donde nunca se derivan las concepciones de lo inmenso, de lo eterno, de la virtud, del alma, de Dios y de la inmortalidad. Reniego del experimentalismo exclusivamente deductivo, que tiene por único objeto el estudio de lo finito, y que cuando aspira a más altas concepciones, añade lo finito a sí mismo, y nunca da por resultado lo infinito, sino lo indefinido.»

Criterio que aherroja las inspiraciones naturales del alma es dueño cruel, que enervando todas las fuerzas del esclavo, lo hace inhábil para enriquecerse con el brote de nuevas ideas.

Donde la alta especulación se confía a un análisis sensual, no se alcanza jamás el concepto de la belleza, la cual, siendo el resplandor de la bondad, requiere para comprenderse el estudio de su divina fuente. ¿Alcanzarán acaso el amor a la belleza los que aprisionados en las satisfacciones terrenas no pueden embeberse en aquellos purísimos raudales? El Padre Fonseca, filósofo tomista de mucha doctrina, ha dicho en su luminosa discusión con Menéndez Pelayo:

«Aquel estará mejor dispuesto para sentir y comprender toda belleza que esté más identificado y en comunicación más íntima con la belleza absoluta, donde reside el origen de toda hermosura relativa» (1).

El espíritu racionalista, que ha acarreado muy grandes desmayos de la cultura intelectual, y ha sido estorbo a su

(1) Véase *El Siglo Futuro*, de 17 de septiembre último.

desenvolvimiento, quizá no ha causado estrago mayor, porque como su natural objeto no sea la edificación de obra alguna sino el abatimiento de todo lo que se sustenta en las verdades divinas, tan pronto como ha principiado una empresa, o planteado una teoría, la abandona convicto de falsedad, el descrédito por galardón; entonces imagina nuevos sistemas, y toma las formas más seductoras a las inclinaciones dominantes en la época – *omnia sese transformat in misacula rerum*—hasta que de nuevo la argumentación cristiana le despoja de sus prestados atavíos, y le señala en su prístina forma. De ahí ese aparato de novedad con que a la continua se presentan los apóstoles del falso progreso.

Rotas las vallas del criterio filosófico, no era mucho que se rompiesen las de los diferentes departamentos del saber. Con tan bullicioso trasiego de ideas los noveles reformadores han desfigurado las ciencias y las han hecho tropezar y perjudicarse unas a otras. Basta con señalar algunos casos.

La astronomía se ha arrojado a introducir vacilaciones o sospechas sobre el orden y plan de la creación. Las ciencias experimentales prescinden de la revelación, y sin los datos de inapreciable valor con que ella las ilustra, caen en absurdas o extravagantes suposiciones. La historia se nos ofrece como una sucesión de hechos sujetos a causas fatales, sin lección alguna para la conciencia de los pueblos, y sin querer observar la mano providencial encaminando sus destinos. Las ciencias políticas entran a dar reglas sobre determinaciones del individuo que han de obrar dentro del fuero interno, o a acreditar la idea de que los resultados materiales de la fuerza fundan y legitiman todo derecho. En ellas han dado su primer vagido muchos de los errores modernos que traen conturbadas a las sociedades, y han deprimido la libertad política, que fructifica a la sombra de la verdad católica. La literatura y las nobles artes, adquiriendo un vicioso realismo, se dedican a asuntos ajenos a su genuino carácter, o discurren otras veces por campos vedados en busca de sus orígenes y de sus fundamentos.

De cuando en cuando los mismos materialistas confiesan el desacierto de sus ciencias, explicándolo a su modo. Una dama francesa traductora de Darwin, y más libre pensadora que Darwin, se expresa así:

«Cada uno de nuestros sabios naturalistas es tan especialista, tan estrechamente se ha reducido a su particular distrito

científico, que rara vez los progresos efectuados en otro ramo del saber dan a su espíritu aquel sacudimiento regenerador y fecundo que toda idea nueva imprime a ideas ya recibidas. *No conociendo, como no conoce, las relaciones de las cosas, no vislumbra el lazo, la armonia del conjunto.* Aplicado a pacientes análisis, el cerebro de nuestros sabios funciona penosamente y no acierta a sintetizar hechos nuevos y diversos. Así el genio de un C. Darwin, después de haber concebido la gran ley de las transformaciones de las formas, emite hipótesis que comprueban que él ignora la ley de las transformaciones de las fuerzas, y que para Darwin, Faraday, Wurtz, Mayer y otros sabios, tanto valen como si no hubieran venido al mundo.» (1).

Ni menos han ayudado a sacar de quicio los estudios intelectuales, los educadores que amañan el ejercicio de la mente con cierto espíritu condescendiente en materia doctrinal, habilitando de tesis las suposiciones para que campeen al lado de las verdades científicas, cercenando principios para que no perjudiquen a la consecuencia de las premisas que sientan, o zurciéndolos con verdades admitidas, ideas inexactas y afirmaciones dudosas. Los que quieren mantener de esa manera las investigaciones científicas, se amparan tan presto con los fueros de la verdad como con las resistencia del sofisma, pero debilitados al cabo en tan vacilante situación, queda la inconsecuencia como forma sustancial de su sistema; y el entendimiento de los que han recibido esas prácticas de enseñanza, sin la seguridad de una convicción.

No esperen la aprobación de nuestros sanos corazones los que imaginan dar valor a la enseñanza y adecuarla a las necesidades sociales, entretejiendo la verdad con falsas ideas, o mostrándola como joya que atraiga, en el bajo engaste de principios movedizos, lo cual sirve a descubrir más la vileza del mismo engaste.

No hay ramo del saber que no linde con alguna de las ciencias religiosas; así el catolicismo, al combatir los sistemas científicos en que no se computan las verdades primarias, no hace más que combatir una ignorancia que obra en daño de la verdad física, metafísica, moral e histórica (2), ignorancia que hace que los trastornadores del

---

(1) Darwin, *De l'origine des espéces*, edición francesa, 1870, página XXVI.

(2) Newman, *Idea of a University*.

orden intelectual consideren cada uno de los distritos como plaza desmantelada de donde les es permitido sacar como despojos todos los principios que necesitan alterar u oscurecer.

En la dirección de la disciplina de la inteligencia hay que tener presente que el grado en que ha de darse la educación moral dependerá del objeto de la mental en sus relaciones con las necesidades de los que reciben esta última. La educación de la mente, en general puede tener dos objetos, o preparar únicamente al hombre para las artes mecánicas u otros oficios manuales, con nociones teóricas sobre materias que le han de servir en una vida práctica, u ofrecerle todos los elementos que son menester para que adquiera una educación liberal.

Quizá en el primer caso es bastante para la educación moral una enseñanza razonada de los principios en que asienta nuestra fe, y para fortificar en ella el alma promover con discretas recompensas y alabanzas hechos de virtud. «Máximas de prudencia y justicia, de moderación y honestidad, bebidas en la primera educación; ejemplos de fortaleza, de beneficencia y patriotismo presentados en la juventud, y admirados y fielmente seguidos, forman los hábitos virtuosos que perfeccionan al hombre y le elevan por grados a la heroica virtud,» ha dicho el célebre prisionero del castillo de Belver.

En el segundo caso se hace preciso que la educación moral sea científica y práctica en toda su latitud, habiendo de enlazarse con ella en todos sus puntos y desarrollos las enseñanzas intelectuales. Siendo la educación moral proporcionada al grado de la mental, no hallará obstáculo el criterio para andar por ésta libre y desembarazado.

La parte física y moral de la educación puede haber andado por el carril de una buena doctrina, y la mental por el de un elevado criterio, y a pesar de esto, no sacarse de los institutos la ciencia necesaria para alcanzar el perfeccionamiento del saber. Lo cual provendrá acaso de que los educadores yerren en la aplicación de los principios científicos a su objeto, en el método con que éstos se expliquen, en la cantidad de conocimientos con que se brinde, o en una desatinada apreciación de lo que es una carrera; o de que los que han de recibir la instrucción no hayan obedecido a la vocación natural o no concurran con las dotes necesarias de consagración, ni contribuyan en la justa medida con los esfuerzos del entendimiento.

Comoquiera que sea, si no ha habido desviaciones en el sentimiento moral, el hombre, entrando ya en el servicio de la sociedad, se encontrará, por medio de la educación, en término de enmendar o rectificar por sí mismo, con propio y vigoroso esfuerzo, los conocimientos que ha adquirido, y obtendrá siquiera lo que se llama un buen sentido práctico. Entonces, aunque no llegue a ser el modelo del perfecto ciudadano, será útil para el bien concertado ministerio de la república.

Esa ciencia especial supone además una educación completa en cada orden de profesiones; y obra dentro de una esfera puramente intelectual, no constituyéndola el mero conocimiento de los objetos – parte de la educación que encierra un fin práctico, y que toda enseñanza alcanza a suministrar en mayor o menor grado,—sino la actividad de la razón para sacar de los objetos conocidos el mayor número de ideas. Es el resultado de la educación, el cual pone al entendimiento en eminente cumbre para que desde ella, y con sola una mirada abarque en su conjunto todo un círculo de conocimientos, al propio tiempo que aprecie su extensión, sus relaciones y el valor de cada uno de sus pormenores. En este estado, el alma, a proporción que ejerza su actividad, irá aumentando el poder de su vista.

Puestos los materiales, y reconocida su buena calidad para levantar el edificio de la educación mental, hay que considerar como base los estudios literarios.

Los secularizadores de la enseñanza han querido también emancipar de la literatura las carreras profesionales, cifrando el único objeto de la educación en el estudio de todos aquellos ramos que puedan ser provechosos al hombre, en cuanto le produzcan utilidades reales. En su insaciable anhelo de semejantes provechos, hombres como Locke y Spencer (1) se avilantan a afirmar que el estudio de las humanidades—uno de los ejercicios que dan más vigor al entendimiento—es baldío como fundamento de esas mismas carreras.

No se acabalan las profesiones, en tanto que no las sustenten estudios literarios serios y bien dirigidos, atendiendo que en ellos se interesa altamente la mejor posesión de los conocimientos; y aun mirándolos desde el punto de vista en que se ponen los positivistas para impugnar-

(1) Herbert Spencer, *La Educación*.

los, cabe afirmar que con tales estudios las profesiones manifiestan mejor los quilates de su capacidad, y se hallan por tanto, más cerca de obtener los favores que se apetecen, a no ser que se admita que las carreras mal regidas, pero guiadas por la audaz ignorancia, se sobreponen las más veces a las sólidamente cimentadas. Los conocimientos literarios no sólo añaden importancia a la profesión, sino lustre y decoro, que son poderoso atractivo.

Los hombres que han hecho estudios serios para abrazar una profesión, sin que hayan precedido los literarios, se hallarán si se quiere en término de obtener buen suceso en empresas prácticas, el cual podrá lisonjearles con frecuencia, pero las teorías que discurran, echadas al viento de la publicidad, no tendrán el encanto indispensable para que la instrucción que lleven sea eficaz.

Quien en sus escritos no dé igual importancia a la forma que a la materia, esté seguro de que jamás verá realzada ésta en el grado que lo desea, y de que la propiedad de sus ideas quedará olvidada, si otro las manifiesta con mayor habilidad.

Los que en la línea intelectual han servido con más ventaja a la sociedad, han sido los que para la exposición de sus ideas consideraron el lenguaje como su instrumento más noble y valioso.

La deficiencia en la parte literaria de la educación hace que muchas personas, con gran copia de ideas, se retraigan de ponerlas en circulación, y las dejen estancadas en la mente. Hé aquí porqué, si ya no existiere causa de invencible pereza de entendimiento, hombres tenidos por doctos, y que quizá durante su vida fueron útiles por muchos conceptos, no dejaron tras de sí, para el fondo común de la ciencia, herencia digna de alabanza.

La enseñanza del lenguaje debe ser en los institutos materia de primer orden no sólo como estudio especial y científico, sino de práctica en todos los otros ramos de enseñanza. Si en ellos no encuentran apoyo la reglas literarias, éstas se harán teóricas no más a los ojos de los alumnos.

Profesores hay, tal vez prácticos y aun disertos, que por no conocer los primores artísticos de la expresión, fingen por ellos suprema indiferencia. Comunicada ésta a los alumnos, sólo puede inspirarles afición al mal gusto literario.

Cuando el bien hablar no penetra en todas las enseñanzas, hay peligro de que en muchos casos dejen éstas oscuridad en los entendimientos, de que se tuerza la interpretación de los principios, y de que los vicios de locución que en ellos se adquieran no se extirpen en el curso de la vida. *Adeo in teneris consuescere multum est.*

Para fijar más los hechos en la memoria y los razonamientos en la mente, conviene que en toda categoría de estudios se haga a los alumnos contraer el hábito de expresar por escrito, con reflexión profunda y con el mayor respeto a la verdad y a la conciencia, a la par que con esmero y corrección, las ideas que vayan allegando. Ese ejercicio, además de la consistencia y firmeza que da a las mismas, es el más provechoso para aprender a sacar lo sustancial de los conocimientos, así como para la práctica en el manejo del lenguaje técnico y del lenguaje común. «Confieso que escribiendo he aprendido muchas cosas que nadie me había enseñado antes» (1); este pensamiento es de San Agustín. Y un ilustre jesuíta norteamericano dice:

«Del mismo modo que el militar ha menester el ejercicio de la espada, el pintor el de la brocha, el músico el del instrumento, el obrero el de las herramientas, para coronar su objeto en la carrera que les corresponde, el que aspire a la perfección de las ideas en su mente, tiene que poner en ejercicio la pluma, y trabajar honradamente.» (2)

La precisión que con frecuencia exige el lenguaje didáctico, no impide que a las veces se haga uso de cierta ampliación de pensamientos, necesaria para que las ideas de suyo profundas, y abstrusas, penetren ya de un modo, ya de otro en la inteligencia de los alumnos. Mas las amplificaciones permitidas en la cátedra no serán esa verbosidad empalagosa, esa palabrería hueca y sonora en que se va tejiendo el discurso sin discreción ni tino con ideas extrañas al asunto, y en que tomándose pie de un argumento se van enhebrando hechos tras de hechos hasta que al cabo se ha perdido el punto de partida. Inmó-

(1) Véase *Catholic World*, de Nueva York. 1874.

(2) *Catholic World*. 1874.

lase así lo sustancial a lo fantástico, al propio tiempo que se muestra una desviación completa de las bases de la dialéctica.

Aunque exista en la profesión un buen fondo de doctrina, no encaminándose bien el raciocinio, vendrá grave perjuicio al entendimiento del que estudia. Si éste se halla dotado de inteligencia vigorosa y recta, quedará por el pronto inhabilitado para estimar bien el objeto de su conocimiento y sus relaciones con otros, si bien más adelante con la adquisición de otras nociones podrá rectificar sus conceptos erróneos. Si la inteligencia es débil, quedará por siempre ofuscada, a no ser que ajena inspiración la vuelva de su error.

Es indispensable que el educador descienda antes de elucidar puntos al nivel del entendimiento del alumno para hacerse cargo del alcance que tenga la vista intelectual de éste, calcular la cantidad de nociones que p^sea, y la mayor o menor disposición en que se halle de recibir las ideas.

De no fijar este principio proviene que profesores doctos en lo que se refiere al conocimiento de materia, no obtengan éxito favorable en la cátedra. No se amañan a acomodar las explicaciones como lo requieren las inteligencias no experimentadas; miran el objeto desde un punto de vista muy elevado, suponiendo que aquéllos pueden llanamente considerarlo desde la propia altura. Atribúyese entonces el poco fruto de la enseñanza a la deficiencia de los sexos, a lo enojoso de las materias, o al poco vuelo del entendimiento.

Acostumbrar la inteligencia a poner las ideas en su propio lugar, a no introducir desorden en los varios departamentos de cada materia, y llevarlo siempre de modo que gradualmente ascienda al punto primitivo de donde dimana cada idea, parece ser una de las notas características del método en la dirección de la inteligencia.

Por esto las definiciónes en la enseñanza necesitan ceñirse a una lógica rigurosa. La excesiva generalización o la excesiva restricción impiden el logro del conocimiento de los objetos, y a perpetuidad radican en el entendimiento falsas nociones sobre ellos. Materias ha habido cuyos principios por largo tiempo han fluctuado en su esclarecimiento a causa de las definiciones ilegítimas. Una vez que la definición se ha ajustado a la verdad del objeto, la enseñanza se ha facilitado, y el adelanto intelectual no se ha dejado esperar.

Las teorías filosóficas de la asociación de ideas, aplicadas a la práctica de la enseñanza, son auxiliar poderoso en el servicio de ella, y un guiador de gran valía para la formación de un juicio acertado. La actividad de la memoria, el método en el raciocinio, y el orden en las representaciones mentales son otros tantos resultados del buen uso de la asociación de ideas, no menos que la mayor prontitud para distinguir lo secundario de lo cardinal.

Otro elemento que no debe descuidarse en la educación mental es el hábito de la atención. Los entendimientos más privilegiados han encallado por la carencia de ella, así como los menos bien dotados han hecho grandes adelantos con su adquisición.

Es sabido que jóvenes distraídos y frívolos han adquirido este hábito en la educación; y que otros, por naturaleza serios, lo han perdido, o a lo menos debilitado.

Violentándose las inclinaciones en la carrera que se señala a los jóvenes, no tienen interés para ellos las lecciones que reciben, y si les dedican alguna atención será menos por deber que por circunstancias transitorias.

La no acertada distribución de los estudios, y el querer que los educandos se despachen de una vez de materias cuyo curso requiere más tiempo del señalado, han traído varias veces retroceso intelectual en los institutos, no estimulada la atención. Jóvenes que en un principio sacaron fruto de la enseñanza, sintiéndose abrumados por ingente peso de tareas, han adormecido luégo su entendimiento, y al cabo han surgido sus aspiraciones a tareas mecánicas y materiales.

Suelen contentarse en los institutos con las dotes de inteligencia y de memoria que en el alumno se notan, por creerse que ellas incluyen la atención. Es error de mucho momento. La atención no se muestra sólo en la costumbre de responder sin vacilar a las cuestiones que se presenten. Ella implica una acción persistente y vigorosa de las facultades del alma, para conocer los objetos. Altas dotes intelectuales sin atención es cierto que en casos particulares han podido acertar por algún móvil inmediato, por alguna imperiosa fuerza; pero si esta facultad no se ha educado, el hombre, ya en la vida social, no dará un paso más en la materia de su profesión. No señoreando la atención a la inteligencia, carecerá ésta de actividad para las lucubraciones, de perseverancia para la labor, y de recursos para vencer dificultades, que de otro modo parecerían llanas.

El hábito de la atención es la fuente del provecho en la lectura. A menudo se ven jóvenes que devoran, como suele decirse, libros tras de libros, y que sin embargo jamás adquieren ni someras nociones sobre lo que han leído, ni siquiera un buen gusto literario. Puede suceder esto por la calidad de las obras a que se han aficionado, pero con mayor frecuencia por la falta de atención. Una vez contraído el hábito de leer sin reflexión, es por extremo difícil al que en la vida práctica emprende por grave interés o necesidad cualquier estudio, no tener que gastar en él mucho tiempo y muchas fuerzas para lograr alguna utilidad.

Acontece en las prácticas de la educación mental que los educadores en las averiguaciones más importantes y en la resolución de puntos que exigen examen y juicio reflexivo, se dan prisa a indicar a los alumnos toda idea; y haciendo por ellos los raciocinios, les evitan el trabajo precioso de vencer con sus propias fuerzas la altura en que se halla lo que se trata de conocer.

Este sistema hace flaquear desde luégo toda atención; quita incentivos a la meditación profunda; y no permitiendo que se muevan las fuerzas intelectuales, estorba que el espíritu adquiera flexibilidad para penetrar en hondas especulaciones. La mente se habituará a encontrar siempre el trabajo hecho; y con el tiempo es probable que faltándole un criterio seguro, guíe el juicio o las determinaciones por lo que más le impresione o por la opinón ajena. Urge tomar en cuenta lo que observa William Hamilton:

«El principio cardinal de la educación es acostumbrar el discípulo a la actividad propia, es decir, no hacer nada para él que él mismo sea capaz de hacer.»

Resultado de una buena educación mental será dotar a la inteligencia de firmeza para que la imaginación o la fantasía no la hagan formar juicios erróneos, ni la arrebaten en sus ímpetus, de que dependen en ocasiones las inconsecuencias en los procederes de la vida. Las buenas inclinaciones morales no todas veces son suficientes a detener los descarríos del juicio. La buena condición del alma fortifica la mente; mas la conciencia requiere también ilustrarse con una buena dirección de aquélla. El dominio del hombre sobre sí mismo se funda en que el entendimiento se halle siempre en región serena para formar el juicio. Conviene recordar mucho en la educación

las palabras de Séneca: *Maximun imperium est sibi imperare.*

No se acude a hacer prácticas las leyes del raciocinio, y a veces se contrarían en la educación las mismas indicaciones de la naturaleza por atenderse a fines prácticos inmediatos, o a una ostentación intelectual de relumbrón, con lo cual no podrán echar raíces en el entendimiento ni aun las nociones exactas que haya adquirido el alumno. Al contrario, toda deficiencia intelectual puede suplirla el hombre cuando ha encaminado la razón con el ejercicio constante de una buena enseñanza.

Las desviaciones de la inteligencia, acompañadas de la flaqueza del corazón, y convertidas en estado ordinario del alma, degradan sobre todo extremo el papel del hombre en una sociedad bien concertada, y frisan con la idiotez. Empero, esta última deplorable condición mueve a lástima, e infunde el respeto de la desgracia; esotra cayendo a menudo en la jurisdicción de lo ridículo o de la extravagancia, provoca el ludibrio o el menosprecio.

El carácter benévolo y seriamente comunicativo que fomenta la educación moral, se pone al servicio del cultivo de la mente, no sólo durante la enseñanza sino asímismo en el ejercicio de su inteligencia por el resto de su vida. Un espíritu misántropo y retraído podrá hacer progresos intelectuales bajo el cuidado de maestros sabios, porque la comunicación con ellos será por fuerza estímulo para su inteligencia; pero así como se halle sin éste, la falta de contacto con ingenios ilustrados en que lo hará caer su inclinación, le privará del cambio de ideas que tanto acrecienta y quilata el caudal propio, y que es al par origen de grandes satisfacciones.

No es dable que en los libros se encuentren cabales todas las ideas que forman una ciencia, para que nos forjemos la ilusión de que ellos solos pueden servirnos en el discurso de la vida para alimentar la inteligencia.

La lectura atenta en una persona educada puede desarrollar ideas más o menos útiles y vigorosas; pero también es cierto que por muy elevado que sea el entendimiento de un hombre, suele tropezar y confundirse; la discusión grave o la práctica razonada le presentará ocasión para disipar dudas y enmendar juicios. Verdad que el retraimiento no ha impedido a muchos espíritus privilegiados ilustrarse más después de su formal educación, pero a buen seguro que en sus escritos no se columbre a

veces la falta del conocimiento del corazón humano, y de experiencia en las necesidades sociales de carácter práctico. Sólo los espíritus contemplativos y arrobados en la unión con Dios, con las claridades de la luz indeficiente, se han bastado a sí mismos en todo linaje de sabiduría.

La eficacia de los elementos que constituyen la educación mental se menoscaba, cuando en ella no se refleja la importancia que dan los educadores a cada uno de los objetos de la enseñanza. La frialdad y la indiferencia en este sentido abaten los impulsos intelectuales de la juventud.

Dar la educación mental sin unidad ni aspiración formal, sino con el sólo objeto de que se saque de los institutos una gran cantidad de noticias y datos pertenecientes a las ciencias, no pone al hombre en término de seguir por sí mismo en el curso de la vida, su educación general. Aunque los conocimientos que se hayan de recibir no salgan de reducidos límites, deben seguir un plan que traiga una perfección relativa a esos mismos conocimientos.

De grandísimo negocio son estas condiciones de la enseñanza para el desenvolvimiento armónico de las facultades intelectuales.

El profesor sabio y discreto se da a conocer desde luégo en el acierto con que toque todos estos registros de la educación; en el tino para conducir las inteligencias, dada su condición limitada y estrecha, a comprender en todo orden de ideas el acuerdo de éstas con la naturaleza de los objetos, mediando elevados criterios.

DE LA NOVELA

SUS ORÍGENES Y DESENVOLVIMIENTO

ENSAYO LEÍDO ANTE LA ACADEMIA COLOMBIANA,
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA,
EN JUNTA INAUGURAL DE 6 DE AGOSTO DE 1883.

DE LA NOVELA

SUS ORÍGENES Y DESENVOLVIMIENTO

Muestra de vida intelectual y de espíritu de unidad dio siempre una nación cuyos pueblos, separados entre sí por diversas tendencias, aspiraciones y necesidades políticas, se esfuerza en mantener a par de la idea religiosa la integridad de la lengua.

Renombre de principal alcanzó en la antigua edad aquella que vino a adquirir el conocimiento de su grandeza, a la sazón que, juntas sus varias agrupaciones en los juegos nacionales, escuchaban con maravilla en la lengua que les era común los cantos que un tiempo los animaron a tremendas lides, los que celebraban sus famosas victorias y el entusiasmo que enardeció sus pechos, o los que exprimían con los acentos de sus trágicos el movimiento de las pasiones más enérgicas. Vinculóse así en la conservación de la lengua el recuerdo de sus glorias y la fuerza activa de la nacionalidad.

Ni menor grandeza llegó a adquirir la nación cuyas huestes avasalladoras hicieron reflejar el brillo de sus armas hasta en los postreros aledaños del orbe, comprendiendo que para asegurar la mayor suma de poderío era menester conservar pura la lengua en que con alta elocuencia se expresaron por primera vez los principios de la dignidad política, al propio tiempo que se cantaron las más elevadas empresas humanas y se entonaron los delicados idilios de la vida tranquila y mediana, hasta el punto de ser anhelo constante que la niñez abriese los ojos a la luz de la razón, escuchando aquella lengua en sus más puros acentos.

Empresa de reyes sabios y de ilustres repúblicos fue, tocando la raya de los tiempos modernos, pulir y acrecentar la lengua popular en busca del ensanche de la nación,

y reunir en torno de sí a los letrados para que sirviesen de apoyo a la gobernación del estado, promoviendo justas poéticas y cortes de amor para estímulos de la juventud, solaz y divertimiento de varones nobles y damas cortesanas, y ejemplo de vasallos, a quienes al par eran lección provechosa y honesto recreo.

Protégense en general las letras en otros períodos por clarísimos monarcas, con lo cual se levanta de punto el valor de la patria lengua y el esplendor de la nación. Nimbo glorioso muestra ésta entonces en la historia, porque el mayor grado de perfección de la lengua es prerrogativa del mayor grado de moralidad de la misma nación.

Dón preciado tienen los pueblos con una lengua en que como la castellana la alteza de las expresiones emula la de los conceptos representados por ellas. Borrar los límites que un provincialismo vicioso pone entre esos pueblos, con detrimento de su vitalidad, es tarea que se imponen los que guardan en su corazón, como en santuario venerado, el alto amor de la patria.

Días de bienandanza se auguran a la nuestra, si se considera el loable tesón con que a porfía se procura estudiar la lengua en sus mejores raudales, conocer sus orígenes y depurar los elementos que la forman, y si se observa el respeto con que se siguen en lo posible los cánones del buen hablar en toda clase de producciones. Cabe lisonjearnos de que en ninguna de las naciones en que se habla el castellano, no obstante lo mucho que nos falta en el orden y el método de los estudios, se ha atribuído tánta importancia como en la nuéstra al examen serio y razonado del lenguaje, que es la vida de todo lo que se encierra en el concepto de la literatura.

Grato es en verdad a la hidalguía de los corazones, que se abren al sentimiento patriótico en ocasión tan solemne como ésta, el recuerdo de la inauguración de la Academia Colombiana, asociándose a él la memoria de aquel día en que exaltada la Cruz redentora entre los pliegues del pendón de Castilla, salvaban los ámbitos de la nación castellana para resonar en esta región los acentos con que a la sazón exhalaban la grandeza de sus afectos la doctora abulense, San Juan de la Cruz, Hurtado de Mendoza, y en que surgía a nobles destinos la nacionalidad que había de volver en honor y prez a la ínclita España las glorias que, por virtud de las cualidades egregias que de ella había heredado, logró conquistar más adelaute en los certámenes del heroísmo como en los del ingenio.

Empero, si solemnidades como la presente en que sólo reina el espíritu nacional habrían podido inspirar a cualquiera de vosotros asunto adecuado a ella, de mí sé decir que en la elección de él y en su exposición no he podido menos de hallarme atajado y suspenso. En estos vergeles, cultivados con solícito esmero por vuestros gallardos ingenios, y en los cuales habéis dado lozanas flores, el mío no podrá dar una vez más sino algunas mustias y desmedradas, al modo de aquellos botones que por pertenecer a planta robusta pero faltos de vigor no llegan a ostentar los pétalos que acaso algunos esperaban contemplar.

Esta consideración habría sido capaz de arrendrarme en mi empeño, no menos que la de tener todos presentes los magníficos discursos que cada uno de vosotros, en ocasiones análogas, ha dejado oír en este recinto, y cuando todavía os apacentáis con delectación suma en aquella oración en que nuestro sabio compañero don Miguel Antonio Caro, noble y respetado amigo mío, discurrió extensamente sobre el uso en sus relaciones con el lenguaje, y en que se asienta sobre bases firmísimas toda una fábrica literaria; obra destinada a señalar los rumbos que han de seguir las lenguas para su conservación y aumento, dechado en que con exquisita labor se exponen las leyes a que obedecen las lenguas para conseguir su florecimiento, venero intelectual de que continuamente se estarán sacando teorías que desenvolver, principios para analizar arduos puntos literarios.

He cedido, no obstante, a los estímulos de mi corazón, y ya que me encuentro inhábil para cautivar vuestra atención, siempre conmigo demasiado benévola, he excogitado un punto que por sencillo, y siquiera quede ajado al tratarlo mi corto ingenio, sea para mí más hacedero, forjándome la ilusión de que la claridad de vuestras luces habrá alumbrar la oscuridad de mi entendimiento.

Constituye la novela, en su más amplio sentido, la relación más o menos larga de un suceso fingido referente a las acciones humanas, de modo que abraza desde el sencillo cuento con que en la calma del hogar nos hemos entretenido al amor de la lámpara, hasta la ficción historial más complicada y extensa basada en un acontecimiento real o imaginario, fruto maduro de la fantasía. Empápase

esa manifestación literaria en el espíritu social de cada época, revela con claridad las inclinaciones populares, en su investigación ahonda en los fundamentos de la familia, y obrando en un vasto campo de acción, tiene poderoso influjo en el carácter general de la literatura, cuya fuerza vital asegura y consolida. Su mayor perfección estriba en que ella entrañe el concepto social en su forma más pura.

En las lenguas modernas es la novela, considerada en su aspecto poético, la que ha despertado la profundidad de las inspiraciones, y dado cuerpo a felicísimas ideas que no habrían podido tener desarrollo en las formas reducidas y en el espíritu de otras composiciones literarias. Ella acabala y completa la literatura en nuestros días; y su modo de realizar los ideales que no alcanzaron las antiguas lenguas, suple en las modernas a la fuerza y energía que comunicaron a aquéllas las hermosas concepciones de la epopeya.

La novela de noble espíritu no fructifica sino por medio de las aspiraciones cristianas, moviéndose y girando dentro de los términos de un genuino idealismo social, y siendo los deberes morales como vínculo fraternal los registros que ella toca para producir aquel concierto armónico en que las pasiones nobles del corazón humano, enlazadas maravillosamente, dan la unidad de sentimiento propia de una sociedad bien regida.

No era el espíritu social agente poderoso en los antiguos pueblos para que pudiera ocupar en ellos elevado puesto la novela literaria. El deseo de constituír una sociedad morigerada y discreta no es ocupación del hombre que no ha respirado siquiera las auras vivificadoras de la verdad divina.

Toda manifestación literaria corresponde a una necesidad del espíritu humano, más o menos determinada, y poderosa es la que satisface la novela.

No es maravilla que cuando en las lenguas sabias florecían otros géneros literarios, el novelesco apenas se vislumbrara en el gremio de jerarquías inferiores de la poesía popular, o en manos de ingenios cuyas alas no tenían facultad de ascender a los espacios de la verdad poética. Moviéndose la novela a impulsos de la idea social, no podía consentir desde luégo contemporización con lo falso, para obtener buen suceso en el aspecto artístico, ni aun para insinuarse en el gusto del público, como se ha visto en otros departamentos literarios.

La poesía épica satisface plenamente los poderosos impulsos de la humanidad; sus glorias como sus desventuras, encadenadas de manera prodigiosa, llevan a cumplido remate algunas de las fases de la civilización; en esa poesía se ven los impulsos con que el ánimo de los pueblos lleva a cabo su anhelo por la conquista que los fortifica, por la principalidad que los envanece. El poeta para realizar su objeto cuenta con los recursos convencionales de las tradiciones míticas. La poesía épica presagia las épocas de cultura y bienestar de los pueblos, y es plinto que sustenta su engrandecimiento literario.

La dramática es auréola que pone el ingenio en los rasgos interesantes de la vida nacional, cuadro en que se resalta su nobleza, y el hombre como figura principal de él, instrumento activo en la ejecución de las leyes morales que rigen la sociedad, pero apenas con los grandes lineamientos de los afectos y de los sentimientos.

Su trascendencia no siempre es profunda en la imaginación ni en la voluntad, y al cabo, desapareciendo los medios materiales de que se sirve para representar con viveza los caracteres de la vida real, se aminora, y apenas deja en el ánimo ligero recuerdo que a tiempo no se determina con exactitud, y a tiempo muestra la verdad anublada con lo arbitrario puesto por el poeta para vencer una dificultad que no le era dado por medios fáciles y naturales.

En las creaciones dramáticas se ha justificado lo amañado de la relación del poema, con tal que encierre un carácter en que no padezca la verosimilitud del concepto poético. El similor con que a veces se recama el tejido dramático ha sustituído a la verdad de las situaciones. No es dado al drama, como a la novela, convidado de lo pintoresco del paisaje, pararse a contemplarlo para referir sus bellezas, amenizar su carrera y perfeccionar cada escena de la vida real. Los sentimientos bien delineados cubren la bajeza de su engaste; y la exageración de las pasiones puede hacer tomar con lisura el sendero agrio y cerril de la falsa teoría, por el camino amplio y descampado por el cual suele andar la sencillez de la naturaleza, si la violencia de las emociones se apodera del ánimo.

Derrama el corazón por medio de la poesía lírica la fuerza de sus afectos, con lo cual ora nos exalta a la más sublime emoción, ora nos lleva apaciblemente a embebecernos en la contemplación de una vida suave y templada,

ya nos cautiva al empuje de movimientos avasalladores y desapoderados. Incumbe a la lírica la modificación saludable de nuestros estados del ánimo, obrando subjetivamente en éste; pero su manera de influír es apenas aura suavísima que riza la superficie de la vida del alma, o vendaval que la sacude momentáneamente, sin que con ello se remueva el fondo de las ideas. Permítese en ella no pocas veces que la fantasía se infiltre en las regiones de lo sensible y afectivo, y que de esta unión resulte falseada la expresión del sentimiento. No se sacrifica sin peligro a lo imaginativo la realidad de los afectos; de donde procede que se torne en extravagancia lo que en su principio fue dichosa inspiración, y con todo esa extravagancia, o llámese extremada originalidad, ha hecho que la fama en ocasiones esfuerce su voz para pregonar el nombre de sus autores.

Empero, los extravíos de estos géneros poéticos no bastan a producir una alteración general en la literatura, refiriéndose tan sólo a aspectos particulares de la belleza; y más, la decadencia o levantamiento de sólo uno de ellos no es señal de la decadencia o levantamiento de toda una literatura, y a no haber en ésta simultánea decadencia de todos, ella llevará dignamente la diadema de soberana de una lengua. El género épido ha faltado en alguna literatura, se ha relajado en otra por el mal gusto el concepto lírico, en otra ha dormitado por largo período el poema dramático, y no obstante la lengua se ha mantenido viva y lozana, alimentándose con más o menos vigor de todos los demás departamentos de índole literaria.

No así el género novelesco que por sus condiciones esenciales de manifestación poética, y por contar, además de sus propios y naturales recursos, con los de todas las otras, tiene mayor extensión en su influjo sobre la literatura y la lengua.

Mientras la fantasía de los pueblos se enardezca y se mueva con los impulsos de sus creaciones, y mantenga su inspiración nativa y enérgica para beneficiar los gérmenes de la novela que bullen en su organización, la lengua literaria tendrá siempre suficientes elementos para repararse y extenderse cualesquiera que hayan sido sus tropiezos, guardando ella para cada género poético los más preciosos elementos. No de otra manera, si se pára la atención en los desarrollos de las diversas literaturas modernas, han llegado éstas a perfeccionarse y adquirir solidez en cada una de sus ramas.

Despunta la novela estando en mantillas todavía una literatura, porque en la esfera de ésta la primera necesidad que siente el espíritu humano es la de buscar en lo maravilloso y preternatural lo que no puede explicarse llana y fácilmente. Los hechos reales bien definidos y los principios que se van formando al compás que se profundizan sus causas, son posteriores a las concepciones de la imaginación popular, que suple por esas causas cavilaciones ingeniosas conforme a las ideas de que más se haya nutrido.

Las falsas ideas religiosas hubieron de producir desde luégo leyendas en que la intervención de seres sobrenaturales en los sucesos humanos resolvía una porción de hechos que no porque la mera experiencia no podía explicar, dejaban de ser verdaderos. Fantaseólas cada pueblo según sus inclinaciones, o aderezólas según el grado de imaginación que alcanzaban. Así unas veces se muestran grotescas y desvariadas, otras probables y contingentes, otras extravagantes y descabelladas, siempre creadoras de nuevas fantasías.

Esas falsas ideas, exaltando la imaginación, produjeron a veces leyendas que con tintes poéticos celaban el fondo oscuro de la errónea creencia. Esto no obstaba para que en ese fondo se sobresaltaran como luminosas figuras ciertas creaciones de belleza real que habían de perpetuar esas mismas leyendas, y sin las cuales éstas habrían quedado en sombra de olvido.

Materializadas y todo esas teogonías, en las historias maravillosas que sobre ellas forjó el ingenio, encontró alguna vez una verdad, que lo puso en término de seguir tras el hilo de la realización de la belleza. Aspiró en otra a realizar ésta con una verdad mal comprendida, y ya que no consiguió expresarla con todos sus atributos y perfecciones, logró al menos mojar en ellos su pincel para dar algunos toques jugosos a la pintura que se propuso hacer.

El ingenio sólo realizó el arte por la verdad. Por eso cuando lo hemos visto buscar en la naturaleza no sus causas y las poderosas facultades que ella tiene para ejercer sobre nosotros todo su encanto, sino deformidades y modificaciones incompatibles con su elevado origen, cuando se desconoce en ella el sello divino de que procede toda belleza, el ingenio comienza a andar desatentadamente, y no acierta jamás a copiar la que en la misma naturaleza se encierra.

En tiempos que fueron aciagos tiempos para el arte, mediando la degradación gentílica, las leyendas populares, no menos que los otros géneros literarios y las artes plásticas, dieron buena muestra de este modo de ejercitarse el ingenio. Qué mucho, si en épocas de refinado progreso vemos esto mismo realizado por una literatura formada de los efluvios maléficos de la escuela positivista, sumidero de inteligencias y de imaginaciones, espejo y doctrinal de toda perniciosa idea, y que contamina hoy los gimnasios del saber.

El artista pagano, como rompiendo las nieblas en que se ve envuelto, llega a veces a las fuentes saludables de la belleza por el solo efecto de la imaginativa y el espontáneo sentimiento, bien así como habilísimo nauta en demanda de región desconocida cuya existencia presiente, tras largos rodeos y desviaciones, llega al cabo al punto anhelado, pero desconociendo la posición de éste y la importancia del hecho realizado.

Si bien en el arte antiguo la imaginación y la intelectualidad alcanzaron mucha extensión en los objetos de su dominio, el corazón en un medio que deprimía o aniquilaba sus inclinaciones más nobles, no podía realizar sino en parte la belleza moral, corona de toda obra artística. Parece el arte antiguo perfecto cuando nos fijamos en los ejemplos de portentosa inventiva que en ellos campea, pero desde el punto que entramos en lo puramente afectivo, no sólo lo encontramos deficiente y abatido, sino mudo y frío. Su acción es incompleta.

Los ímpetus de sentimiento que a cada paso hallamos en los grandes épicos y trágicos, griegos y latinos, no son todos de naturaleza legítima, y cuando llegan a serlo son obra, más que de la conciencia, de la adivinación que posee el genio de las fibras del corazón humano que ha de tocar para producir vibraciones delicadas y suaves.

El filósofo griego en aquellos movimientos a que lo conducían una conciencia firme y una intuición poderosa de la verdad, nos explica por boca de la extranjera de Mantinea los tres linajes de belleza, todos los cuales nos llevan a la contemplación de la belleza absoluta, y que según el sapientísimo Menéndez Pelayo, es el ditirambo más hermoso en loor de la eterna belleza.

Presintió el filósofo la estética cristiana, pero aquellos que se encargaban de sacar la hermosura de la naturaleza no lograron dar a ésta el verdadero temple, y no pasaban

de copiarla sin poner de resalto los destellos con que se ve cuando a su luz se contempla su elevado origen, a fin de llegar al remate de la belleza moral.

La filosofía indicó el camino que había de seguirse para llegar a la cúspide de la belleza soberana, pero el arte se detuvo en él embargado por la consideración del mundo real y de sus hechizos y maravillas. Aprovechó el sentido estético moderno esas creaciones, y siguió el mismo rumbo hasta encontrar sus más puros ideales. Tal fue la obra del Renacimiento, que benefició las manifestaciones del arte pagano, purificándolas en el crisol de la verdad religiosa en que toda idea o afecto se acendra.

Además, por la realización de la belleza intelectual e imaginativa se ha alcanzado quizá en el arte la de la belleza moral, por el consorcio estrecho de estos tres grados de belleza; y de tal suerte las máximas de los sabios, los aforismos de los pensadores, y aun los preceptos literarios de los poetas antiguos, han llegado a convenir con la cristiana doctrina y aun a ser fórmula de sus principios, y los monumentos arquitectónicos y esculturales a tener virtud de elevar las almas a divinas contemplaciones.

De la misma manera que los preceptos estéticos no fueron siempre consecuencia exacta de una forma precedente, en lo literario muchas de las leyes, por ejemplo, de Horacio y Quintiliano, no vinieron a tener desarrollo y aplicación completa sino en el terreno cristiano. De aquí que no podamos en algunos casos compaginar la verdad del principio con algún hecho anterior que le hubiera servido de base.

Llegóse por tales vías a realizar la belleza de los afectos que enaltecen el corazón humano; pero en el arte no se mostró jamás la armonización de los sentimientos y pasiones por medio de la cual se obtiene el ideal de una sociedad, que sólo ha sido dado realizar en el mundo cristiano.

La elevación de los afectos que en muchas de las obras de la literatura griega y romana aumenta los quilates de su forma, no era condición inherente a la naturaleza de aquella literatura, sino una manifestación accidental del trato que de ella hicieron los que, a pesar de sus erróneas creencias, suavizaban su carácter y sus inclinaciones con el de todas aquellas ideas que ejercen imperio templado y justo sobre el corazón. Lo que informa una literatura nacional no es más que la representación viva y enérgica de las condiciones morales e intelectuales de un pueblo. Toca

a ella, es cierto, modificar tales condiciones en éste u otro sentido, abrir nuevas vías a su acción, facilitar la consecución de sus miras, y descubrir a su expectación amplios horizontes; pero cuando en esa literatura aparece apenas alguna nobleza de afectos sobre el asiento de las costumbres aviesas que representa, no es parte a modificar en buen sentido las corrientes de éstas, en cuya amargura inmensa se confunde y desvanece la dulzura de toda bondad que le sirva de ornato.

En tal término la literatura no podrá encontrar estímulo para realzar el espíritu social, y todo relato novelesco, falto del calor necesario con qué desarrollarse y extenderse, ha de ingerirse luégo en otros géneros literarios.

Lo que de Petronio y Apuleyo nos queda apenas se muestra como un cuadro en que por el desconcierto de las pasiones se abate la idealización de los personajes en el inquieto bullir de una sociedad sin vínculos de afecto y sin cohesión en su manera de existir; y en que la oscuridad de los colores y lo confuso de las fisonomías hace que las figuras se esfumen o desvanezcan en un fondo sombrío y desordenado.

Tales ficciones novelescas vienen a ser, en punto de penetrar los secretos pliegues de la conciencia humana, una manera seductiva de fomentar impulsos innobles con el fin de dar batería para derribar las fortalezas en que se guardan los sentimientos más preciados con que el humano corazón se enriquece.

Una y otra manera de presentarse la antigua novela eran presagio de la naturalista que había de aparecer después, nacida en las sentinas de una filosofía materializada y sin ideal, la cual como deshecha tormenta devasta hoy el amenísimo campo de las bellas artes y de la literatura; que no han de ser los errores trasnochados privilegio de los tiempos de oscuridad en la moral y en la política.

Atentas las cualidades que predominaban en los antiguos pueblos, ya auxiliada la literatura por muchas de las ideas venidas de Oriente al sur de Europa, la novela hubo de tomar el carácter de heroica, que era la condición que enardecía y exaltaba los ánimos de pueblos que sólo pensaban en empresas bélicas de conquista, glorificación de paladines dotados de poderosa fuerza, y representación de las inclinaciones de los hombres que vivían del arrojo, la temeridad y la abnegación. Los trances y altibajos de los tiempos primitivos dieron origen a novelas en que los

héroes míticos se muestran encaminando los destinos de la humanidad. El haber prevalecido en aquellos tiempos semejantes leyendas y el hecho de revestir siempre con lo maravilloso toda acción humana importante para las ideas de sociedades incipientes, fue lo que hizo que toda verdad histórica quedase enredada entre las apretadas mallas de la red de imaginaciones y de ensueños en que se encerraba cualquiera hazaña que se ejecutase, cualquier obra que se emprendiese en pro común de cada uno de los diversos pueblos, y que al cabo no se pudiese distinguir lo que era verdaderamente real y lo que era meramente imaginativo.

La tradición oral sin duda se encargaba de conservar semejantes partos de la fantasía, y probable era que ellos fuesen variando y acomodándose al sentimiento de los que las transmitían hasta que al cabo tomando forma literaria dejaban algunas de sus extravagancias y escabrosidades.

El más antiguo de los épicos y el más antiguo de los historiadores profanos hubieron de recoger aquellas tradiciones, y rastrear por ellas, cercenando las exageraciones hasta donde era posible, dado su criterio poco seguro, la clave con que explicaron la mayor parte de los hechos que narraron o poetizaron. La historia viene a ser entonces hija de la novela; es indudable que entre pueblos no ligados por los grandes afectos del alma, no se hubieran custodiado con solicitud extremada las tradiciones de los antepasados, a no correr revestidos con el interés que les prestaban lo maravilloso y lo fantástico.

Lo maravilloso introducido en la epopeya no era más que el tributo que pagaba el poeta a la necesidad de imaginar en que se ven los pueblos, cuando el pensamiento carece de principios reales con que despertar las ideas. No parezca, pues, extravagante el maravilloso introducido en los antiguos poemas épicos; parézcalo únicamente cuando se vean en ellos, en revuelta mezcla con carácter de maquinaria, lo verdadero con lo falso, o las personificaciones entecas de ideas abstractas, como lo vemos en las que en mal hora imaginó aquel poeta cuya memoria hicieron infeliz sus desvaríos filosóficos, y a quien endiosa hoy la degradación de un pueblo.

Así como la historia en la vida política de las naciones, la relación novelesca obra en su vida social, y a medida que la primera adquiere importancia y alecciona a los pueblos, la segunda acrece su valor y extrema su influencia

bienhechora. Que, pues, la novela saca su fuerza de la actividad del espíritu social y de todas las virtudes que él engendra, su nutrimento dependerá de los afectos naturales con que ese espíritu se sostiene, y no de las pasiones o amaños creados por caprichos inveterados, prevenciones no justificadas y estímulos inventados por una errónea comprensión de las virtudes públicas.

La constitución social de Grecia y Roma se mantenía sobre fundamentos deleznables en lo moral; no era mucho que allí la novela apenas desempeñase un papel secundario en la esfera de la literatura; esto es, que allí no fuera más que un elemento informe que podrían beneficiar los varios géneros poéticos, pero que no se veía realzado por sí mismo con los más puros lineamientos del ideal poético.

La relación novelesca fue a la verdad origen de leyendas míticas, de falsas teogonías, de los grandes poemas dramáticos y aun de las atelanas y los mimos en que éstas degeneraron, y de muchas fábulas o apólogos que con más o menos primor han venido hasta las lenguas modernas transformando su vestimenta. Los hechos novelescos son en los poemas épicos arreos con que los vates visten el cuerpo de sus creaciones a fin de causar mayor embeleso.

Los ímpetus generosos por alcanzar la mayor suma de libertad política, la temeridad como consecuencia de una abnegación desordenada, el rigor en la energía de los sentimientos patrióticos y el convencimiento de una extremada superioridad, así en lo físico como en lo intelectual, era lo que daba temple a las almas, que no tenían por otra parte el sentimiento moral a la altura de tales condiciones. Estas por tanto habían de comunicar todo impulso y poner sello a los partos del ingenio, y mostrarse como su fondo más importante.

Las producciones poéticas de las naciones en que la literatura se mostró más esplendorosa y floreciente, adolecieron de la carencia de las ideas que penetrando en los afectos, en los sentimientos del corazón, en los generosos arranques de sublimes pasiones, en los dictados de la conciencia y en las inspiraciones del ánimo, los fecundan y aparejan a efectuar nuevos y mayores hechos de sublime virtud. Es reconocido que toda idea al penetrar en el entendimiento, y todo afecto en el corazón, quedará como

aislado y será infecundo cuando no es recibido en uno ni en otro por ideas o sentimientos primordíales con los cuales se eslabone para formar la áurea cadena cuyos anillos conducen a la causa primitiva y eficiente de los fenómenos del alma. Entendimientos y corazones no ejercitados en esas primitivas nociones, si por acaso llegan al fruto de la realización de una idea, se sentirán luégo marchitos y extenuados, sin aliento para seguir ensanchando el círculo de sus pensamientos.

En efecto, faltando las nociones teológicas en el espíritu humano, será difícil adelantamiento alguno eficaz y constante, ya que ellas dan consistencia y forma a la exactitud de todos los pensamientos. El hombre necesita siempre de un gran número de verdades primitivas, cuyo conocimiento es el muelle principal por medio del cual todas las demás llegan a granazón y se alcanzan con seguridad y fijeza. Hé aquí porqué insignes talentos han desatinado en la apreciación de los hechos, en la análisis de las verdades, y en el modo de considerar los afectos. Esa ignorancia no dio nunca nada de sí; su ejercicio no puede engendrar más que una ignorancia mayor. Lisonjéense con ella los necios, que tal lisonja tendrá siempre como pensión la ridiculez en que caen a los ojos del discreto.

Los errores en literatura, en su mayor parte, van unidos a la carencia total de la posesión de esas verdades, y secuela de equella carencia es el descaecimiento literario.

El sentimiento estético, alumbrado por ellas, evita las sinuosidades y falsas sendas que lo extravían en la realización de un objeto; ellas muestran éste en lumbre natural, sin colores prestigiosos que seduzcan el corazón, sin las tintas abigarradas con que suelen cubrirse, siempre en su forma más sencilla, siempre en el verdadero puesto que le corresponde en el orden de los seres creados.

Muchas de las virtudes, afectos y sentimientos, tenidos en más estima entre los cristianos, fueron considerados de la propia manera aun en las religiones más alejadas de la verdad divina, y fueron materia de sus artes y de sus letras; y con todo esto, ni hicieron dar un paso en el mejoramiento moral de los que así las apreciaban, ni tuvieron fuerza bastante a deprimir todo lo que a ellos se oponía, ni dieron carácter esencial a esas mismas letras y artes. Si se miran aisladamente tales cualidades, luégo se advierte que confrontan de todo en todo con las que se practican dentro del distrito cristiano; mas como no partían de

las ideas esenciales, no tuvieron trascendencia notable. La manifestación de las ideas que esas buenas cualidades reflejan, se ve apenas como lampo purísimo de una moral elevada en el amplio campo de la literatura en que por vistosas que sean sus galas, los ojos menos perspicaces distinguen las deformidades que encubre.

No se veía de esta manera formado el temperamento social a propósito para idealizar y dar esplendor a los hechos, comunicar a los corazones alguna aspiración fraternal, y suministrar al poeta buenas imágenes sociales que imprimieran a la novela animación y vigor.

Si en la vida material, social y política los pueblos que dieron en el arte las primeras enseñanzas, obedecieron más que a instintos de la naturaleza y a las inclinaciones regulares del corazón humano, a las sugestiones del artificio para vencer y dominar, todo lo que a la fantasía se refiriera venía a hallarse impregnado del espíritu de fatalidad en lucha con los impulsos del deber. Lo artístico y lo literario crece y se desenvuelve siempre en una atmósfera social elevada, y lo que empece a la constitución de esa sociedad tiende a subir y contaminar las condiciones del arte o de la literatura, no de otra manera que los elementos menos propicios para la respiración se alzan a inficionar las capas superiores del aire.

Atadas la fantasía y la inteligencia a la consideración de lo frágil y perecedero, ni ésta descogería sus alas para levantarse a las concepciones de la belleza social, ni aquélla tendría aliento para indicar a la imaginación las verdades que a ese linaje de belleza conducen. Ni bastaron tampoco los impulsos naturales y legítimos que la voluntad es susceptible de seguir, cuando el artífice se encontraba detenido en su vuelo por las leyes estéticas falsamente ideadas, bajo las cuales se había ejercitado.

Algunas tradiciones que contribuyeron a la formación de los poemas épicos, de las leyendas y del drama no eran más que ficciones con que fantasearon los pueblos con el objeto de que se conservasen con interés los sucesos pasados en la memoria de las generaciones. Tuvo la fantasía de los pueblos primitivos como recurso fácil juntar en amigable consorcio lo ingenioso con lo sencillo, lo factible con lo verdadero, lo contingible con lo seguro, lo ridículo

con lo grave, acondicionar los contrastes, las cualidades antitéticas de los objetos, y encarecer con el calor de la imaginación los hechos que llamaran su atención, y modificar el orden de los hechos en la naturaleza moral.

Así las historias de Hércules, Teseo y Milón de Crotona, de Jasón y Medea y de Pasífae brotan de la imaginación de los antiguos pueblos; y así adquieren interés un buen número de sucesos que de otro modo no se habrían recordado en el transcurso del tiempo.

Cada pueblo, según sus reglas de moral, sus instintos, sus costumbres y sus ideas religiosas, alimentaba su imaginación con sus creaciones novelescas, pero en todas ellas se muestra como ordinario móvil de la exageración de los hechos el halago de las pasiones que prevalecen.

Los pueblos orientales, dotados de vivísima imaginación, abrieron un espacio infinito a los placeres sensuales, que fueron el principal argumento de sus novelas, si bien por el mismo encarecimiento de ellos, lo material desaparece ante lo indeterminado, aéreo y fantástico.

Las *Mil y una Noches*, en que no es extraña la razón a sus combinaciones, nos muestran lo que pudo ser el espíritu de la novela oriental en orden a la exageración de las pasiones que en ella abundaban.

Fue privilegio de levantados ingenios recoger los hechos novelescos, apartar sus asperezas, pulirlos con los finísimos instrumentos del buen gusto, acendrarlos en la magnífica copela de la poesía, y refundirlos en las diversas formas de ésta a fin de que depusieran su nativa y viciada rudeza. Ciertas invenciones novelescas que tuvieron forma repugnante al principio, modificadas de esta manera, han acabado por producir verdadero hechizo en el ánimo.

Pareció tan natural la ficción a la mente, que se consideró medio para enseñar y adoctrinar. Utilizólas la antigua filosofía para allanarse al entendimiento de la gente indocta, ofreciéndose bajo la forma de cuentos festivos y amenos de que se había de deducir alguna verdad moral; los cuales quizá en los siglos modernos inspiraron la excelencia de los de Perrault y Andersen.

Pero ¿a qué buscar ejemplos de su valía en lo humano, si la misma verdad tiene por bien ofrecérsenos a cada paso en las Sagradas Escrituras con el velo de una ficción? Las parábolas del Divino Maestro, en que aspiramos el aroma de las celestiales mansiones ¿qué son sino los misterios

divinos que dan lumbre al entendimiento, que nos arroban en sublimes contemplaciones, y con los cuales nos abrevamos en fuentes de vida y sentimos la inefable suavidad del amor eterno?

Que la ficción novelesca es la creación más espontánea de la literatura, y por consiguiente la que despunta en sus primeros albores, nos lo persuade la consideración de que ella se encuentra animando todos los géneros literarios primitivos. Ella es antes imaginativa que reflexiva, y la imaginación empieza a facilitar el camino al arte. No lo tuvo la imaginación popular para idealizar los sucesos que tomaba de la vida humana, con el objeto de señalar sus causas según sus creencias sobre el mundo y la naturaleza. Los cuentos que corren en boca del vulgo, y que de niños nos deleitaron, nos parecen desde luégo ensueños engendrados por el desvarío, y con todo eso, si los tornamos a oír, ya en edad provecta, nos hechizan sobremanera, no por la artística disposición del suceso que vamos a buscar en ellos, sino por la espontaneidad de fantasía que les dio forma. Son estos relatos las formas primitivas de la novela, cuya antigüedad se prueba encontrándose en las tradiciones de todos los pueblos, y pulidos y sublimados después en las literaturas.

Los ideales mitológicos no podían desaparecer enteramente de la fantasía popular por el solo efecto del tiempo; así que aun en los pueblos que empezaban a cristianizarse, a pesar de haber recibido de buen grado la palabra evangélica, todavía sus tradiciones, sus leyendas y sus poemas conservan un tinte de poesía mítica notable, el cual sigue mostrándose hasta los siglos más avanzados. Las aficiones al arte griego modificado por el espíritu latino, no podían desecharse por pueblos que se habían lactado con los recuerdos de las hazañas de las épocas de conquista y exterminio, y para quienes el tiempo agrandaba sus héroes. Cierto que tras del apogeo del arte y de las letras en Roma progresó en algunos países europeos el elemento oriental con la preponderancia del espíritu bizantino, y que esto modificó un tanto las ideas literarias, pero ello es que ese elemento no vino al arte sino como mero accidente, ya que los preceptos del arte grecorromano tenían fuerza de ley en la conciencia del artista y del letrado.

No hubo por estos tiempos literatura popular, de índole nativa, original propiamente dicha; eran tiempos de decadencia en lo intelectual, porque así lo exigía el plan-

teamiento de las ideas morales que iban labrando en las generaciones, y cuyo primer paso era erradicar falsas ideas de la conciencia popular.

La vida histórica en esa época es de lucha; el organismo de las antiguas nacionalidades se siente enflaquecido, y lleva una existencia desasosegada y temerosa; el horizonte de cada nación se estrecha con las nieblas del error, que no permiten extender las miradas en los espacios de lo porvenir, y que pugnan por cerrar el paso a las influencias cristianas.

La lucha de una nueva civilización con otra que radicaba en profundos errores no era propicia para despertar la imaginación popular, y hacer que diese comienzo una literatura con apariciones felices. La tradición literaria se conservó en los pueblos herederos de los romanos solamente en el espíritu ascético y místico de los grandes escritores de la Iglesia cristiana, y se encerró dentro de los términos de la erudición y la filosofía, vedadas a la comprensión del vulgo. La lira cristiana pulsada por ingenios tan levantados como Sidonio Apolinar y Aurelio Prudencio, unas veces inspirada en los inefables arrobamientos de la visión beatífica, y otras empapada en las lágrimas de los mártires, dejaba tan sólo el eco de las armonías clásicas; y los divinos conceptos de San Leandro, San Isidoro y San Braulio expresados en lengua clásica tenían sublime resonancia apenas en las bóvedas de las basílicas y en los claustros de los monasterios. Los eruditos no hacían más que ocurrir a la lenta gestación de los idiomas modernos con cuya fuerza habían de levantarse también los modernos estados, guardando los mejores materiales en las mejores ideas, y cumpliendo así la ley providencial de la unidad histórica por medio de las lenguas.

En estos siglos apenas podía mostrarse la novela bajo la forma de leyendas en que generalmente se retrataban las asperezas de una vida en que la ignorancia y el servilismo de las categorías inferiores apartaba por completo a éstas del trato con los amos o señores, y en que apagado el espíritu social, no podían ser de utilidad moral para éste.

Del siglo IV son dignas de notarse entre esta clase de composiciones, las Etiópicas o novela de Teágenes y Cariclea, escrita por Heliodoro, Obispo de Trica, y cuya fama no creció hasta los tiempos de Cervantes, quien hizo de ella tipo de la más limpia y elegante de sus novelas; obra

que si bien es de rara invención, suavísimo estilo y señalado objeto en cuanto trata de rendir el amor liviano con el amor casto, no da a conocer el espíritu social de la época, recatando la verdad con lo fantástico y lo falso.

No se hallaban en término los pueblos, que apenas poseían una lengua en formación, ruda y variable por los infinitos dialectos con que la teñía cada provincia, según sus necesidades, su cultura material o sus caprichos, de hermosear las formas que produce la fantasía popular, legendarias o narrativas. Es probable que muchas de éstas desaparecieran, y que las demás, acaudaladas después por la nobleza y gallardía de las expresiones, vinieran a alternar con otras composiciones poéticas. Las producciones del ingenio popular no aseguran su estabilidad, ni forman en el cortejo de las propiamente literarias, sino enderezadas por el arte y el buen gusto.

Así el romance nació de la literatura popular en España, como en Francia las composiciones llamadas *fabliau;* pero ni una ni otra de esas formas levantó su vuelo sino a medida que se cortaban conforme a la traza que los poetas doctos indicaron. No entiendo con esto decir que las formas literarias de origen popular han menester para llegar a su cumbre que los caprichos de erudición martiricen la lengua con vana y artificiosa locución, ni que las épocas de afectación en una literatura sean propicias a su cultivo y desarrollo. En ellas, por el contrario, la imaginación popular, lejos de adelantar, retrocede, temerosa de escalar inaccesibles eminencias.

En los pueblos del Norte, adonde no alcanzó la invasión romana, y la originalidad de sus creaciones no se vio enturbiada por elementos extraños, donde desde los principios fueron unas sus inclinaciones, sus creencias y sus tradiciones y el lenguaje no sufrió modificaciones profundas por consecuencia de la superioridad dominadora de otras lenguas, se notó una cultura peculiar, a propósito para desarrollar un espíritu social de grande impulso. De donde resultó que la leyenda o la novela aportaron sus relaciones a los poemas y a la mitología, y prepararon el camino a las creaciones literarias constitutivas del ciclo de Merlín y del Rey Arturo, que vinieron a ser el rico acervo del cual habían de sacar muchas de sus ideas no sólo los monumentos de la literatura escandinava, germana y anglosajona, sino también las primeras novelas caballerescas de la Península ibérica.

No tuvo antes de la aparición de los grandes poemas de la Media Edad carácter propio la literatura en los países del sur y occidente de Europa; y difiriendo por otra parte los pueblos que nacían, en creencias, índole y manera de vivir, las reminiscencias de los hechos más notables carecieron de enlace íntimo con las necesidades de lo presente, y no vinieron a tener trascendencia alguna en el curso de vida política que había de seguir cada pueblo; la historia del uno no se eslabonaba con la del otro, ni el progreso del uno se fundía en el del otro. No habiendo centros de donde la luz de la ciencia irradiase poderosa sobre todos los pueblos para atraerlos y establecer entre ellos un enlace robusto por medio del cual se compenetrasen sus creencias, sus opiniones y sus conocimientos, por el mismo caso se encontraban disociados y sin principios fundamentales sobre los cuales descansase la obra de una común prosperidad que despertara afectos mutuos para formar una misma nacionalidad en que la identidad de una futura suerte igualase los esfuerzos de sus trabajos y de sus empresas.

Las corrientes de la antigua civilización en lo artístico no se encauzaban bien por las vías que sigue el progreso cristiano en lo moral e intelectual, de modo que las concepciones del pensamiento no tenían consistencia ni norma segura a qué atenerse. La rudeza original e indígena admitía elementos ajenos a su propia índole, y acarreaba obras literarias de existencia efímera que no tardaban en arrumbarse, sin haber dejado rastro alguno de su doctrina, sin que se viese siquiera el carril que dejaban en pos de sí.

No era dable que en tan míseras condiciones la cultura literaria, fuese creciendo la novela a la manera de mies vigorosa hasta rendir al cabo ricos y preciados esquilmos que coadyuvasen al levantamiento de los demás ramos literarios. Si el espíritu popular la inspira, ella anda desatentada, y se convierte en mero cuadro de costumbres, sin llevar en sí el germen de un gran principio moral derivado de las leyes a que obedece la complexión sana de la sociedad.

Italia se había hecho guardadora de las riquezas intelectuales y artísticas del antiguo saber que por su pureza

habían quedado flotando en la civilización cristiana, y por consiguiente esa privilegiada región se hallaba en mejor condición de alentar el espíritu popular, de infundirle unidad, y de combinar los materiales dispersos de modo que se adaptaran todos éstos a las necesidades de los pueblos regenerados. Con todo esto, quizá era en esa región donde se encontraban mayores dificultades para el advenimiento de pueblos nuevos, porque precisamente allí se escuchaba por todos lados el fragor de las ruinas, el estruendo de las fábricas que se derruían, y en tal extremo, las generaciones, fijos los ojos en lo pasado, no se dan manos a conservar lo que al presente tienen, y ven a la continua nubes amenazadoras en sus horizontes, con las irrupciones de pueblos extraños. Los ánimos entonces se sienten agobiados por la pesadumbre de las pruebas a que se ven sometidos; el espíritu social se adormece y decae.

Tocó a Italia albergar en su seno los caudales del arte y de la literatura clásica, y alimentar la llama de la belleza con los materiales que ambos le suministraban. Al resplandor apacible de esa luz los pueblos meridionales daban forma a sus concepciones, pulían y acicalaban sus conceptos, poniendo una y otra vez en el yunque las diversas figuras con que había de salir el pensamiento. Acrisoladas en la copela de la inspiración cristiana las ideas que se tomaban de la herencia literaria que Italia custodiaba por derecho de sucesión inmediata, no produjeron, con todo, en los pueblos que las tomaron, producciones de grande aliento, ni de originalidad notable, pero sí modificaron las fantasías populares, despojándolas de elementos que las deslustraban; preludio hermoso de lo que andando el tiempo, había de ser la novela en los tiempos modernos.

Toda literatura de fuera de Italia procuraba observar los medios en que vivía la de ese pueblo, para domiciliarlos en el terreno en que ella ejercía su acción, y adaptarlos como lo requiriesen las necesidades de sus propias letras y artes. Fue ella así no sólo guardadora del buen gusto, sino su generosa dispensadora.

Poco a poco, por virtud de la fuerza natural del tiempo, el ingenio popular español en quien no habían clareado aún las manifestaciones que dan a conocer la plenitud de su vida, se despertaba y cobraba bríos con la introducción de la cultura judaica y arábiga; especie de riego saludable que sólo esperaba el carácter español para en-

contrar aspiraciones que enlazasen sus diversos pueblos, y que esforzasen con eficacia las obras de su fantasía; estímulo poderoso que establecía justa competencia entre el pueblo invasor y dominador, dotado de superior imaginación, y el originario de Iberia, dotado también de viveza de ingenio, pero que aún no se había ejercitado en el desenvolvimiento del arte literario. La repulsión que siempre experimentó el pueblo invadido por el invasor, y la renuencia a recibir las enseñanzas doctrinales que éste quisiese imponer a esotros no fueron dique bastante poderoso para que el torrente de la civilización oriental se represase, y no alcanzase a influír en mayor o menor grado en los pueblos hispanos, según la situación geográfica que ocupaban, ni entrase en la critica de los filósofos y los sabios de aquel tiempo.

Unidos los elementos semítico y arábigo a los que la gente del Norte dejó como huella de sus acometidas en la Península, se pusieron los habitantes de ésta en condición de expresar en lo literario todo lo que se movía en su imaginación, todos los sentimientos que se albergaban en su noble ánimo, y contribuyeron a lo que pudiera llamarse los antecedentes de la historia literaria de la Península. La dominación arábiga sacude la atonía de los pueblos hispanos, y da salud robusta a su unidad, al par que la influencia semítica favorece la perseverancia en las empresas relativas a lo práctico; concurso de fuerzas que comienza a exigir la satisfacción de las necesidades anexas a la organización de los pueblos.

El ingenio español, sin embargo, al recibir los favores de la poesía oriental, desechaba todo lo que en ella procedía de falsas creencias, de ideas exclusivamente muslímicas, de prácticas o costumbres que repugnaban a la generosidad española y de los delirios con que esa poesía halaga los afectos materiales. El espíritu cristiano que se extendía cada vez más en las esferas científicas como en las literarias y artísticas no se quebrantaba ni relajaba, y vino a ser entonces el criterio que hacía esmerada selección de lo que tributaba el elemento grecolatino y los conocimientos de los eruditos muslimes e israelitas; de tal suerte, el ingenio español, movido a impulsos del cristiano sentimiento, descuajaba en selva secular la broza y malezas de la fantasía musulmana, así como las que con el tiempo habían crecido en el arte grecolatino por la introducción en él de falsos conceptos, las cuales embebían el

jugo de las demás producciones y perjudicaban a su florecimiento. Quizá ninguna otra literatura tuvo en sus principios condiciones tan favorables como la que se levantaba en España, porque quizá en ninguna otra nación el sentimiento cristiano entró con más seguridad a levantar la nacionalidad. Recibiendo en primer lugar los más valiosos elementos de las mejores literaturas, entretejiéndose éstos con la más fina pedrería traída del Oriente por medio del muslín y del israelita, y habiéndose asimilado una buena cantidad de conceptos traídos por los hombres del Norte, en fondo puramente católico se había hecho una maravillosa amalgama que allanaba el camino a una gran literatura, y que hacía ver en lejanía y en eminente altura el trono en que la habían de regir un Mariana, un Lope, un Calderón.

No recibieron dones de tánta valía Inglaterra, Francia y Alemania en su literatura, donde si bien se hizo caudal de muchas ideas latinas, y el elemento oriental entró en ellas como consecuencia de las luchas de las cruzadas, es lo cierto que allí esos elementos se introducían sin depurarse de lo falso o de lo fantástico, y que esas nociones no tenían suficiente riqueza cristiana para que las ideas propias y originales fuesen absorbidas por ella. Alzóse en esos ueblos a mayores la literatura indígena y quizá en extremo vanagloriosa desechó el eficaz auxilio de formas y de ideas que le ofrecieron poderosas literaturas; y cuando menos pensó, desmerecieron sus condiciones en la competencia literaria.

De tal manera se manifiesta la relación entre el espíritu social que da esfuerzo a la novela y las literaturas en que se hallan los orígenes, antecedentes y filiación de los idiomas modernos; y la luz crepuscular que despiden en su ocaso esas literaturas se ve transformar en los albores de aquella en que la idea católica infunde nuevo soplo de vida al arte civilizador.

En este paso de la antigua a la moderna literatura se coloca una manifestación importantísima del ingenio humano no engendrada propiamente por la fantasía popular, no de novedad fundamental en su fondo, pero que sí tenía relación con la vida social y política de aquella época, y en la cual se dibujan como en sombra los esfuerzos contrapuestos de la humanidad en busca del reposo que han menester las generaciones tras aquel largo bregar de un antiguo orden de ideas que hizo de los desvíos y errores

seculares el rebellín en que se habían de defender sus más fuertes lidiadores para cerrar todas las entradas de la verdad moral, política y literaria en la moderna sociedad.

A esta clase de producciones pertenecen las gestas de Carlomagno, el ciclo del Rey Arturo o de la Tabla Redonda, y los poemas de aventuras o de caballerías.

Las primeras, o sean las que forman el ciclo carlovingio, si bien tienen fondo histórico y sus caracteres son de reminiscencias europeas, tratándose en ellos de los hazañosos hechos del grande Emperador, de los pares y su séquito y de las guerras de paganos, entre los cuales se comprenden así los pueblos germánicos como los sectarios tenaces del islamismo, fueron popularizados y tratados por los troveros, revistiéndolos con un ropaje que ofrece cambiantes religiosos y militares, cristianos y paganos, y que trae a veces el recuerdo de la lujosa exuberancia de los poemas bizantinos impregnados del elemento grecoasiático. Ninguna aplicación al elemento social tuvieron a la verdad aquellos poemas. El hilo de su tradición literaria se rompió cuando cobraron fuerzas las literaturas modernas, y el espíritu que los animaba dejó de tener preponderancia en ellas.

El ciclo de Merlín o de la Tabla Redonda tiene quizá más importancia que el anterior por el auge que alcanzó entre los poetas por largo tiempo, y por haber determinado una nueva faz en las ficciones novelescas y populares. Participa menos del carácter grecoasiático, y en él parece haber influído más las ficciones de los pueblos célticos. Inmortalizólos el poeta florentino en lamentable verso, como lo observa Littré, «presentándonos a Francesca de Rimini leyendo uno de ellos cuando correspondió al amor de aquel que con ella leía, y que se hizo su eterno compañero, su eterno amante.» Produjo este ciclo una porción de imitaciones por las cuales se dejaba ver bien claro que el ingenio no quería o no podía salir de un círculo demasiado estrecho, en que las maravillas de los hechos van reproduciéndose y repitiéndose sin cesar de diversas maneras, sin inculcar con ellos máxima alguna en beneficio de la vida social de aquel entonces; mas la verdad es que tales invenciones exaltaban la imaginación adormecida de los pueblos, que alzaban sobre el pavés a sus autores en medio del abatimiento en que yacía toda otra clase de fuerzas literarias.

Los poemas de aventuras entran luégo sin filiación histórica anterior, pero quizá estimulados por las leyendas

heroicas que privaban cuando ellas aparecieron. En algunos de éstos campea la fantasía con la mayor libertad, y un amor inverosímil y desconcertado se envuelve entre los senos de la leyenda religiosa; y en otro se hace ese mismo amor materia de jocosidades sublimes, por lo cual en el lenguaje moderno se podrían llamar humorísticos. Entre los primeros descuella el ciclo, o como lo llama nuestro Cervantes, el linaje de los Amadises, cuyo espíritu era el que más se avenía con el genio español, por verse esmaltado siempre de rasgos de generosidad y desenfadada hidalguía unidos a la arrogancia de carácter y vanidad puntillosa de sus héroes. Dignos de notarse entre los segundos son el *Viaje de Carlomán* a Jerusalén, que así nos embelesa con la ejecución de una ardua hazaña como nos desencanta luégo con los ímpetus de risa que provoca en nuestro ánimo; y el *Orlando enamorado*, que don Andrés Bello tradujo en nuestra lengua, habiendo penetrado antes en las más escondidas intenciones del original. Mas no viene a mi propósito hacer grande y donoso escrutinio de esta clase de obras para que me detenga a enumerarlas, y a ser puntualísimo escudriñador de la mayor parte de ellas; obras que hoy sólo se exhuman para estudiar los antecedentes históricos de la lengua y apreciar por lo que eran las antiguas propiedades el valor de las actuales.

En las narraciones de esos poemas no se advierte el colorido y viveza que debe caracterizar las escenas de la vida real. Si el pintor tratara de inspirarse en los cuadros que esas ficciones nos presentan, a buen seguro que retrataría los entes imaginarios con que la fantasía delira dominada por alteración nerviosa. Las pasiones de la vida humana aparecen en ellas gobernadas por fuerzas fatales y maravillosas que no simbolizan jamás las admirables leyes materiales y morales con que se rige el alma humana en las luchas que se traban entre ésta, en su tarea de elevarse, y los instrumentos de que se sirve el mal para deprimirla.

La aparición de los poemas caballerescos dio margen a desviaciones del espíritu literario, originadas de la falta de apreciación filosófica de los caracteres de una sociedad nueva levantada por las ideas cristianas, procurando conciliar, por medio de un sincretismo absurdo, las alucinaciones que trae consigo la ignorancia de los hechos reales combinada con los errores en orden a las creencias de la verdad revelada, o sea con una defectuosa posesión de

esta misma, todo lo cual desvirtúa el criterio con que debe emplearse la belleza en el arte.

El alma humana que se siente flaca en el conocimiento de la verdad científica, y no bien abastada por esfuerzo propio en verdades reveladas, forma un vacío en su corazón que luégo viene a llenar todo género de errores y preocupaciones que la vician y que se connaturalizan con ella. Los libros de caballerías, que primero fueron devaneos de talentos mal ejercitados, vinieron a ser luégo, en virtud de la perversión del gusto que ejercían en almas en quienes no iban apareados la experiencia y el conocimiento de las verdades religiosas, alimento indispensable para su imaginación. Empero, digamos de paso que estas alteraciones de la vida intelectual de los hombres han sido frecuentes, sólo que no siempre se presentan con unos mismos aspectos. Al presente no hemos tenido libros de caballerías que hagan estrago en el corazón y traigan locura a la mente, pero en cambio nos alampamos por filosofías de evolución que llenan de ideas extravagantes las imaginaciones vacías, y al cabo producen en las almas la sequedad de todo germen de afectos.

Suelen algunos confundir lo maravilloso con lo sobrenatural. Constituyen lo primero unas veces hechos imaginarios que se presentan como consecuencia de un exagerado poder de las facultades humanas, y otras veces los que cabiendo en lo posible, se imaginan desatinadamente como una explicación de las causas que se ignoran; lo segundo no es más que una extensión de las verdades conocidas. Lo primero puede cautivar, lo segundo siempre eleva. El vulgo tiene inclinación a creer lo maravilloso, aun en la esfera más exagerada, porque se lo imagina con los caracteres de lo sobrenatural. De la propia manera, el hombre cuyo entendimiento sólo ha recibido las nociones de los hechos reales con prescindencia de creencias y de doctrinas religiosas, menosprecia por ignorancia lo sobrenatural considerándolo incluído en lo falso que puede tener lo maravilloso; pero los mismos que así proceden, quizá por la natural inclinación que tiene el espíritu humano a alcanzar algo de lo que cae fuera de la jurisdicción de los sentidos, se dan con frecuencia a creer ciegamente en las mayores absurdidades de lo maravilloso. Esta confusión no ha dejado de trasminar a la ficción novelesca.

Los poemas de caballerías son novelescos por su pensamiento original y su invención; por su aparato, corte y

disposición pertenecen más bien al género épico; como novela no tienen importancia, siendo así que no tratan de seguir la dirección común de los sucesos para resolver ningún problema de la vida social.

Pero si lo maravilloso por medio del cual se movían los poemas caballerescos, algo menos los del ciclo Bretón y todavía menos los del Carlovingio, recibían aplauso así de los eruditos como de los iletrados, de los primeros porque veían en él los resortes más felices empleados en poemas análogos por la poesía griega y latina, y de los segundos porque descubrían los atractivos de las tradiciones que desde un principio los habían hechizado, la Iglesia católica, siempre madre solícita en apartar de todo extravío a sus hijos, se esforzó por hacer notar lo ocasionado que era a graves errores en diversos sentidos la difusión de poemas que consociando lo verdadero a lo falso, restablecían doctrinas ya de antemano condenadas por sus concilios. Merced a tan sabia solicitud se neutralizan de modo admirable los efectos que hubieran traído a todas las literaturas esos descarríos que por siglos reinaron desde el palacio hasta el tugurio. Los grandes poemas de la Edad Media, primorosa e inmortal hechura de ingenio y sabiduría, son inspiraciones alentadas por la Iglesia; y en Italia la *Divina Comedia*, y en España el *Poema del Cid* aparecían como arcas que en las alteradas aguas de la literatura, y combatidas por furiosos y contrapuestos vientos, guardaban la traza y modelo de los alcázares soberbios que más adelante se habían de levantar en la ciudad de las letras.

La Iglesia católica con las restricciones que imponía contribuyó no poco a la depuración del gusto literario, y haciendo apartar los ojos de lo que no podía ser materia de inspiración y enseñanza, solicitaba al espíritu humano para la ejecución de nobilísimas empresas, y con diligencia y advertimiento le señalaba el camino que había de seguir para llegar en sus obras a la cima de la verdad y la belleza. Fue ella entonces conservadora de los caudales del arte y de las letras, como es hoy, ante el abatimiento social, único refugio de la verdad moral y política.

Por reacción de esas empresas temerarias y atrevidas relatadas en los poemas caballerescos hubo de venir un género de composiciones destinadas a producir en el ánimo impresiones menos vivas por medio de discreteos y de candorosos afectos, en las cuales hay aventuras arrebola-

das con sangre por la exageración a que se lleva la ternura de una pasión, expresado todo en abundante fraseología y nimia profusión de lances con que se significa tan pronto que la grandeza del amor no mide los peligros con la razón sino con el deseo, y tan pronto que sus extremos, poniendo espuelas al valor, son capaces de vencer toda razón, y que aquel efecto ejerce el imperio y señorío de las demás pasiones, siquiera se haga oprobio de hombres, y caiga anonadado entre poderosa batería de dificultades. Demás de esto, en las novelas de tal género, por la mayor parte semejantes a aquellas plantas en que el vicio de las hojas sustrae los jugos que habían de dar el sazonado fruto, la exuberancia de conceptos quita la fuerza a los pensamientos cardinales, cuyo interés se pierde en la difusa enunciación de lo accesorio.

Estas novelas no vienen a ser sino églogas parafraseadas, desahogos de la imaginación fatigada de las conmociones violentas del corazón, y algunas están escritas con objeto de dar contentamiento a paladares que sólo gustan saborear las donosidades de ternísimos afectos.

Pudieran haberse beneficiado tales composiciones, con el aprovechamiento de los recursos que a ellas ofrecen los encantos de la vida campestre, cuya contemplación es grata compañía del alma en el retraimiento de la soledad. Brinda ella a los ojos el espectáculo de la naturaleza agreste que con sus maravillas esparce el ánimo y le abre anchuroso espacio para que se goce y se deleite. Allí las blandas querellas en que el alma se exhala, son nota acorde en la armonía inefable de los seres, rasgo sublime que completa la hermosura puesta delante de los ojos sin artificio alguno. Allí es ver las excelencias del hogar formado lejos de las atumultuadas pasiones que saltean y avasallan el corazón en medio del fausto de la corte y de la ciudad; allí es ver las ventajas que hace el varón fuerte, criado en las rudas faenas de la labranza, al que descaecido en la molicie y la afeminación, envilece sus manos y se abate a sórdidos intereses. Aplicación práctica hubieran tenido esas composiciones, manifestando que donde no se da oídos a las sugestiones de una sociedad depravada, donde la pompa falaz del mundo no fatiga, y donde azorado el corazón no oscila entre las veleidades cortesanas, es muy fácil sacar de la amargura de los sufrimientos la dulzura incomparable de una cristiana resignación. Los intereses y aspiraciones ilegítimos de la vida cortesana

abanderizan a los hombres que hacen de la enemistad cuidado principal de su existencia; la consecución de un objeto no es fin que satisfaga a ninguna mira, sino escalón para ascender en los progresos de la ambición; al paso que en la paz del rústico sosiego hay goce honesto sin desabrimiento, vida llana sin asperezas, siéntese la suavidad del yugo cristiano y la liviandad de la carga de las leyes divinas. Si hay sinsabores, truécanse al cabo en consuelos, no dejando reato que tarace la conciencia, y si acaso se anda por ahí el vicio, no es con jactancia y vanagloria, sino arrebozado y temeroso de que las costumbres sencillas y frugales lo opriman con el peso de su sanción. Así, y con colores adecuados al cuadro, podría la novela pintar una faz de la humana vida, y ser de ganancia y provecho a la moral literaria.

Cerca de la novela pastoril vivió la picaresca, y muy valida entre los curiosos y rebuscadores de crónica privada, como que trata de referir escenas de una vida en que el escándalo y la disimulación se hermanan para conseguir fines utilitarios por de contado de maligna intención, y en que por lo regular quedan mal parados la sencillez y el recato. Contar hechos de gente licenciosa y desgarrada sería a la verdad plausible y de saludable influencia social siempre que cada ejemplo de vicio tuviese su retribución, y siempre que la mesura acompañase los pasos de la relación, para que ésta no se desmandara a poner de manifiesto lo que todas veces ha de estar velado a los ojos del alma. Casi nunca olvidaron esta idea nuestros grandes dramáticos en la creación de los caracteres que se distinguen por la protervia del alma. En sus obras la justicia se cumple, ya por las vías humanas con implacable mano, ya por el torcedor del remordimiento, ya directamente por la Providencia que se descubre solícita amparando al inocente y castigando al culpado, y con cuyas alas protectoras se ve siempre cubierto el plan de aquellas grandes creaciones. No quiero hacer proceso infinito de este linaje de obras recordadas por todos vosotros, y que en su espíritu han tornado a lozanear en tiempos muy recientes, bajo la inspiración de Tamayo y Baus, Hartzenbusch, López de Ayala y García Gutiérrez.

A menudo, es cierto, la novela picaresca tiene enseñanza trascendental, y so capa de presentar escenas de

rufianes y perdularios, no sólo se dicen ingeniosidades con el objeto de dar a conocer el lado ridículo de una parte de la sociedad, sino que hay escarmiento para la costumbre pervertida, con todo, y aun poniéndonos para juzgar esas composiciones en el tiempo que tuvieron mayor valía, es claro que el gracejo con que aquellos hechos se encubren no salva la materia que entrañan, y que la belleza literaria padece detrimento con la licencia que en ellos campea. Por lo demás, tales composiciones no son propiamente novelas. Ellas no obedecen a un fin único en que se subordine a una acción principal el encadenamiento de los hechos. Pudieran graduarse más bien de cuadros de costumbres referentes a una misma materia, y meramente yuxtapuestos para formar un todo.

Su lenguaje es sí de grande importancia. Al través de él no sólo se columbra el estado de la lengua, y las fuerzas con que cuenta en ciertas categorías inferiores, sino las condiciones de vida en que se puede hallar en un medio social semejante.

Sobresale entre estas composiciones como forma del arte literario español, *La Celestina,* que acaso por el estilo y la disposición de sus partes recibió la denominación de tragicomedia. Mas sea obra cómica, novela o cuadro de costumbres, apenas puede darse composición en que el arte haya trasladado con mayor primor aquel activo bullir de las pasiones en la vida real, y en que se haga más sensible al alma el efecto que producen las más viles en el corazón que no se ha avezado a conocer ejemplos de virtud y decoro. Es de observar que en tal obra suele andar tras el donaire la desenvoltura, sin que esta libertad lleve orden de agravio a la rectitud de la intención, que no es otra que con la exactitud de la copia deprimir el original viviente, de tal modo, que la idea reprensible la vitupera desde luégo el entendimiento del lector, y cada pasión innoble la abomina el corazón.

No es el cuadro de costumbres creación literaria moderna. Varias descripciones y relatos novelescos que dieron las letras griegas y latinas tras el fenecimiento de su brillante período, representan con viveza de pintura prácticas de la vida común, sin enredo o trama que se vea sometido a un objeto principal. *Lazarillo de Tormes*, *Guzmán de Alfarache*, el *Escudero Marcos de Obregón* son series de cuadros de costumbres, que no otra cosa puede ser aquella forma en que el arte identificándose con la

decoración que tiene delante, dando a cada objeto las tintas locales que le son peculiares, y mostrando al individuo por el lado que mejor pueda enseñar su fisonomía moral, presenta dentro del valioso marco de la poesía que en ellos suele encontrarse, escenas aisladas de la vida social. Esta especie de obras, que había decaído en la literatura española, fue levantada luégo por Larra, Bretón de los Herreros, Segovia y Mesonero Romanos, quien dio a los cuadros un temple suavísimo despojándolos de cierto recargo de colores que tenían los antiguos, y que en la literatura contemporánea parecería extravagante. Dioles además aquella gracia de estilo con que él sabía pintar las manchas morales que afeaban las escenas que se proponía trazar. En este sentido cabe decir que renovó su composición, y en su desempeño alcanzó principado entre los más elegantes prosadores. Con él comparte hoy la gloria de haberlos puesto en su punto, el célebre santanderino don José María de Pereda, tan profundo observador como hábil y puntualísimo maestro en el estudio de las costumbres populares.

La difusión y propagación de estos cuadros en naciones americanas, particularmente en la nuestra, donde había poca educación artística y menos gusto literario, fue causa de que todo literato en fárfara se considerase en el deber de hacerlos, no empapándose en el espíritu de las buenas muestras para después encontrar la originalidad en la novedad de los objetos que a cada paso se les ofrecían, sino convirtiendo en callejera la musa que los inspiraba. Encontróse la verdad en la extravagancia y la deformidad, de suerte que al verse retratada la sociedad en ellos no encontraba su propia imagen, siendo esas producciones espejo que abultaba las formas de los objetos, y los desfiguraba.

No es bien prostituír el arte dejando correr de la plaza al jabardillo la pluma destinada a ennoblecer todo objeto, y es presunción vana creer que la vulgaridad de una narración pueda jamás dar de sí el maravilloso rayo de la poesía que aviva los corazones y los avasalla. La nobleza y el decoro fijan los límites de la honesta libertad de discurrir, y es ley de los buenos ingenios reducir a ellos todo esfuerzo, so pena de recibir el no envidiable aplauso de los necios.

Cíñase el cuadro de costumbres a dibujar con mesura y recaudo, y sin mengua del lenguaje, los rasgos con que

más se distingan los pormenores de la vida social, y será auxiliar importantísimo de la verdadera novela.

Los idealismos platónicos y el sentimentalismo petrarquino no dejaron de influír en algunas relaciones novelescas, en las cuales los autores en vez de enderezar su objeto a satisfacer la fantasía y a mover el corazón, se hacen consejeros inoportunos, moralizadores fatigosos, y desenvolviendo en ellas alegorías por medio de ficciones en que se urde una trama con amores y desdenes, dejan nublada la acción entre los retales de doctrina que huelgan en esas relaciones. Composiciones semejantes parece que estuvieron en boga al lado de las novelas caballerescas.

¿Porqué cuando España ejerce la hegemonía política y literaria en Europa, y el ingenio se extrema allí para producir obras de portentosa labor, parece que la imaginación estuviera aprisionada para tender sus alas al fecundo campo en que viven las inspiraciones de la novela? Si bien por punto general es la ficción novelesca el fruto más espontáneo de la fantasía popular, en las modernas literaturas ella no aparece realzada por el arte sino cuando por medio de otras ramas literarias se fija bien el concepto social, oficio que parece corresponder al poema dramático principalmente.

Con efecto, el drama toma los rasgos más salientes de la vida de la humanidad, las luchas entre las sugestiones de la condición viciosa y las inclinaciones del alma al bien, no de una manera abstracta y teórica, sino ejerciendo su acción en el mutuo trato de los individuos; presenta, por decirlo así, la forma exterior de la sociedad, la que interesa a los hombres en colectividad, los accidentes y tropiezos con que puede dar su constitución, los móviles esenciales por los cuales establecen lazos los hombres para una vida armónica, los que importan a las necesidades imperiosas de su existencia; obra en suma en una esfera amplia y espaciosa pero reducida por las circunstancias materiales, tiene que prescindir de ciertos matices delicados de sentimiento, que sólo es dado analizar a la novela.

El drama antiguo desconociendo las calidades de la conciencia humana, considerándola siempre guiada por las fuerzas misteriosas del hado que la hacen proceder sin tino, aunque por otra parte nos haya dejado caracteres llenos de naturaleza y verdad, no podía tener una tendencia social definida para que pudiese allanar y preparar los senderos que la novela había de seguir.

Era el drama, como forma artística en el principio de la vida nacional, una necesidad a que había que ocurrir para fundar las bases de la estabilidad social. Comprendiólo así el instinto nativo del ingenio cristiano; por eso las lenguas modernas han salido a su juventud por el camino de esa importante forma literaria.

El instinto nacional comprendió también que el arte en el drama era medio poderoso para asegurar las fuerzas de la vida política y social, y así se embelesaba con las bellezas en él realizadas como con la moral que allí resplandecía. Fue ésta la mejor escuela del pueblo español. En ella se comenzo a depurar el gusto, porque las grandes ideas, los grandes sentimientos, las grandes corrientes de los instintos populares, se dirigieron por el drama. El cual eliminó el recuerdo de lo que no era digno de memoria; cortó a cercén los errores que tradicionalmente, y sin fundamento filosófico, se habían arraigado en los pueblos; ensalzó la hermosura de sus creencias; confirmó las tradiciones que pudieran mejorarlos; dio a conocer la necesidad de la cristiana igualdad entre los hombres; esforzó la idea del principio de autoridad; mostró la eficacia de las instituciones cristianas de un estado; levantó en alto para ejemplo de buenos corazones el valor de los héroes de la historia nacional; hizo comprender el valor de los afectos patrios; erigió el amor puro y el respeto a la mujer en principio de las virtudes públicas, el amor a la patria y al monarca en aspiración del alma, el amor a Dios y a la religión en determinación de las empresas del hombre como individuo de la comunidad, y el honor preciado en timbre de la conciencia.

¡Nobilísima escuela la que adquiría un pueblo que necesitaba suavizarse y fijar sus ideales tras largos siglos de lucha en defensa de una creencia común!

Y así como en España atesoró el drama provechosamente las ideas de la nacionalidad, en Inglaterra como en Francia abrió todos los caminos a las demás formas del arte literario, hermoseó la contextura del idioma, y le dio flexibilidad bastante para que se estampasen y perpetuasen en el mismo arte los más elevados conceptos. Facilitó el perfeccionamiento de la relación novelesca, haciendo olvidar en el espíritu del pueblo y en la fantasía de los eruditos todos los vicios de invención de que se había inficionado la literatura por el trato de las creaciones caballerescas.

El ingenio con que los autores tejieron la trama de sus poemas cómicos, y la vistosa filigrana de discreciones con que se perfilaban las ideas de aquel rico tejido, inspirados tan sólo en la naturaleza del espíritu popular a que se dirigía, encariñó de tal manera al pueblo con las representaciones teatrales, que lo que fue primeramente materia de solaz y regocijo se convirtió más adelante en cebo indispensable de su vida imaginativa.

Ya era tiempo de que la novela, que sólo había vivido latente en la imaginación popular y en sus tradiciones, se desarrebozase en la esfera literaria, y franquease sus puertas al ingenio elevado, de modo que éste descubriese con sagacidad y penetración la manera como crecen y obran los íntimos afectos, sentimientos y pasiones en la complexión de la familia y de la sociedad.

Era menester que encaminase la novela un espíritu inquisitivo, profundamente intelectual a la par que afectivo, el cual tuviese el dón de adivinar todos los misteriosos secretos con que el corazón humano desata y reprime los movimientos de las pasiones, a fin de que señalase todas las sirtes en que el hombre suele tropezar, así como todos los puntos favorables en que ha de detenerse y descansar en el progreso de su mejoramiento y en la busca del legítimo contentamiento del ánimo. Precisaba que la encaminase un ingenio, que levantado siempre a considerar la belleza moral, fuese, para señalar y distinguir la calidad íntima de los afectos, conocedor sutil de los arbitrios con que el artificio seduce y rinde las almas, y para caracterizar cada pasión, dueño de fijar con exactitud todo lo que es causa de las determinaciones de la conciencia.

Era Cervantes el único que con estas condiciones había de cumplir encargo tan difícil por su desempeño como importante por sus resultados, y por eso se efectuó con él una renovación portentosa en la faz de la literatura. Discurriendo por los espacios de la novela había de tocar con puntos arduos y dificultosos que no se habían explorado antes en su aplicación a la sociedad, y en que fuese menester que la verdad y la precisión anduviesen en compañía de la lucidez y el atractivo.

En medio de una vida alterada, en piélago aborrascado por bastardías que iban a estrellarse en la firmeza de

su ánimo, salía íntegra su conciencia para dedicarse a las labores a que era llamado por poderosa vocación, las cuales habían de coronarse con buen suceso así en lo literario como en lo moral. Cervantes dio en la república de las letras el tipo de la novela. Todas las condiciones que se encuentran en las composiciones de este género se ven allegadas allí. Lo secundario, lo accidental y el interés de actualidad dejarán ver muchas ventajas en otros autores, mas no se podrá señalar una sola de las cualidades que debe tener una novela que no se halle comprendida en *Don Quijote de la Mancha* y en las *Novelas Ejemplares.*

Dotes que han de comparecer en todo linaje de novelas son el amor ingénito a la verdad, la posesión enérgica del concepto de la poesía, la facultad de sublimar lo maravilloso en la alteza de la verdad poética, la percepción clara de todo linaje de belleza, la comprensión de las ideas necesarias para realizar el ideal de una sociedad, la habilidad en sacar poesía de los conceptos filosóficos aplicados a los lazos sociales, y filosofía de las más delicadas afecciones del alma, la fina discreción en señalar la razón como guiadora de las pasiones, el tino para enseñar el límite entre la naturaleza y el artificio, el acierto en dar vida a la ficción, y calor a los afectos con el aliento del espíritu religioso, la sagacidad para manejar la oportunidad en todo sentido como resorte de la novela, y finalmente el talento de cifrar y compendiar en un hombre toda la humanidad. Tales son las dotes características de todas las ficciones novelescas poetizadas por Cervantes.

No llegó éste a la novela sin conocer que había descubierto un nuevo mundo en lo literario. Certifícalo claramente cuando dice haber sido el primero que noveló en lengua castellana, y que sus novelas no son traducidas, ni imitadas, ni hurtadas, sino que su ingenio las engendró. El fue el primero que efectivamente exprimió de la naturaleza de la sociedad toda la verdad y belleza para vaciarlas en el molde de las mejores tradiciones idealistas y subjetivas que andaban diseminadas en los poemas caballerescos, en las relaciones de aventuras y en las composiciones cómicas; él quien primero sacó de las fantasías populares todo lo que había sido engendrado por el conocimiento de la verdad para engarzarlo como rico florón en la corona que labraban para la literatura las más enérgicas inspiraciones del alma, y él quien enlazó lo objetivo a lo subjetivo para dar el tipo ideal de la belleza social. Báste-

le esto a la nación española para su satisfacción y gloria. Acaso faltaron en adelante quienes careciesen de títulos para recoger la herencia literaria de Cervantes; acaso se dirá que con él se alzó a su mayor altura la musa de la novela en España, y luégo al punto se apagó; que a su empuje y brío se resistieron generaciones para estudiar en sus obras las calidades de toda novela, y que tuvieron mayor medra y crédito más adelante esas composiciones en otras literaturas; pero nunca será aventurado afirmar que en esa fuente viva han ido a refrigerarse todos los grandes novelistas que han aparecido en el mundo. Le Sage, Walter Scott y Manzoni ponen este aserto en punto de evidencia.

Prescindo del primer ensayo de Cervantes en la novela, porque quizá a ese primer ensayo pueden caber algunas de las observaciones antes hechas sobre las novelas pastoriles. Quizá ella no fue objeto sino de desahogos juveniles de nuestro autor, en los cuales no se oculta la esterilidad y trivialidad de los asuntos que en ella trata su rica imaginación y el desembarazo de su pluma. Además, puede asegurarse que esta obra es en la que menos se nota la limpieza y corrección del estilo. ¿Diráse que al autor de *Galatea* no le contentó haber ejercitado su gallardo entendimiento en tratar asunto tan baladí y de tan poca trascendencia moral? Vosotros recordáis que el Héroe manchego quiso cambiar al término de su vida la profesión de caballero andante por la de pastor, y acaso el autor no propone el cambio por juzgar este oficio más real y provechoso que el que hasta entonces había ejercido su héroe, sino por motejar lo pastoril.

En cambio, ¡qué perfección la de las *Novelas ejemplares*, que tratan asuntos al parecer poco importantes! !Qué viva impresión de lo real traen al ánimo, y en qué suave disposición lo deja su lectura! ¡Qué primor en los contornos con que aísla una escena social, y cómo el escarmiento desvanece en ella la sombra del mal proceder!

Persiles y Sigismunda es una especie de novela en que la narración exigida por un relato de aventuras tan maravillosas como variadas, es tan viva, que los afectos que de ella se desprenden suplen por la escasez de peripecias que de otra manera se harían necesarias para interesar. No creo que el interés general de la trama haya de ser de mucho negocio en las relaciones novelescas, con tal que

por otra parte lo haya en cuanto al desenvolvimiento de los objetos que se retratan, y que la unidad de pensamiento se mantenga hasta el fin. El interés general decae en esta novela mucho antes de finalizar, pero el pensamiento primordial queda impreso vivamente en el ánimo. Con esa obra preparada en los últimos años de su vida y dada a luz después de su muerte, se encariñó más Cervantes que con cualquiera otra, y trató sin duda de fundar un nuevo género de novela de aventuras, sugerida por la de Teágenes y Cariclea, para mostrar de cuánta fuerza es capaz el corazón humano en las luchas de la adversidad. No hizo fortuna este linaje de composiciones, acaso porque parece demasiado sutil el sentido intelectual que resulta del contexto material, y la generalidad de los lectores no se inclina a encontrar especulaciones profundas en los libros de entretenimiento. Puédese con todo asegurar que la tersura con que se escribió es tal, que ella misma puede hacer el encanto de esas aventuras: que desordenadas y todo, llegan a hacerse interesantes. Al contemplar el conjunto del Persiles se ve un cielo diáfano y espléndido, y en él la variedad la constituyen los cambiantes que le da la luz del ingenio del autor al reflejar en cada asunto.

Prenda es del ingenio superior que su elocución, siendo imagen fiel de la naturaleza y de la verdad, lleve impreso el sello de su pensamiento y el reflejo divino de su alma; que en sus escritos se vea como una dilatación de la inteligencia y del corazón, y que la personalidad del autor se conozca por entre la complejidad de condiciones de los mismos. Si los conceptos, los pensamientos, los afectos, el sentimiento, la ordenación de las ideas, los raciocinios fundados en ellas, la profundidad que tengan las propias ideas de la inteligencia y los diversos matices con que unos mismos objetos ocurren a la mente se transparentan en el escrito, no puede menos que transparentarse también la personalidad del autor, el cual será tanto más eminente cuanto mejor haya expresado en el lenguaje ese conjunto de calidades que forman la fisonomía del escrito, y son como el pulso por el cual se conoce el vigor de la intelectualidad.

Si por estas condiciones vamos a determinar la calidad del estilo de Cervantes, tendremos que es el más personal de todos los de igual naturaleza.

Pintando o describiendo objetos al parecer comunes, y destituídos de atractivos para otra cualquiera pluma, es

cuando se ve brillar su ingenio con esplendor, gallardía e inimitable gracia.

Ocasiones hay en que un objeto se expone y no queda en el escrito grabada la intelectualidad del alma; en tales casos, aunque se haya expuesto un hecho o una verdad, no queda asegurada la propiedad de éstos por parte de quien los expresó, siendo ese hecho y esa verdad patrimonio de todos. Hay objetos que no se recuerdan a causa del primero que los dijo, sino del que supo beneficiarlos, dándoles la forma más adecuada al objeto, que es asímismo la más adecuada para grabarse en la mente y fijar la atención. Por esto importa tánto que todo lo científico, tomando esta palabra en su más lato como en su restricto sentido, tenga importancia literaria; y por esto mismo resulta que todo lo que es bueno literariamente hablando, es profundamente científico, y que todos los escritos científicos que se han perpetuado, son aquellos en que la forma corresponde perfectamente a los pensamientos; porque entonces la expresión de éstos es efecto de la asimilación de la verdad con el alma.

En ningún otro autor se patentiza tan bien como en Cervantes la relación entre el sujeto del escrito y el alma del que escribe, entre las dotes del corazón y entendimiento y las dotes de la elocución.

Sin haber Cervantes escrito en el Quijote una novela de determinado género, caben en él las prendas que deben caracterizar cada uno de los géneros de novela que se puedan admitir, desde la creación de los caracteres hasta el más insignificante lance que contribuya al plan de ella.

Tal es el carácter general que imprimió Cervantes a la novela. Cumple examinarla en otros aspectos. Si la novela se basa en la historia, la creación de los personajes debe hallarse en conformidad con el carácter nacional en que la acción haya de desarrollarse, al propio tiempo que deben tener las cualidades, los distintivos, los contornos, las sombras que caractericen a los personajes que se hallen en idénticas condiciones, en toda clase de sociedades; la acción se rodea de todos los pormenores que dada la situación del país en que se verifica, hayan tenido que efectuarse verosímilmente y que la historia se ha abstenido de consignar. Del relato novelesco ha de salir aquella belleza de la ley histórica que siguen los acontecimientos humanos en su admirable concatenación; por él, si no se desvirtúa un punto la verdad, se podrá seguir el estudio de la

sociedad y de los individuos en relación con los hechos que contribuyen a realzar y ennoblecer la historia.

No otra cosa se ve en las novelas de Walter Scott y en la portentosa obra de Manzoni; y tales cualidades unidas a las bellezas realzadas por ellos en lo puramente nacional, dan la muestra de la novela histórica.

Con harta razón dice Villemain que las de Walter Scott son más verdaderas que la misma historia. Esta en efecto no allega sino los hechos grandes y culminantes cuya luz ilumina los senderos de las generaciones futuras, y con criterio atinado y seguro les señala la elevación, los tropiezos, las caídas de los pueblos según que han seguido o nó las leyes que la Providencia ha puesto a los pueblos para que se rijan; les indica inexorable la experiencia de lo pasado como lección para su engrandecimiento; que las convulsiones políticas y sociales no se experimentan sino cuando la gobernación de la república se ha salido de la libertad cristiana para entrar en los delirios de una razón desenfrenada; y que su marcha progresiva no la determina sino el empuje de la moral cristiana, principio de toda legislación y de toda ley secular. La creencia en la intervención exclusiva de leyes físicas en el orden histórico no se deduce del estudio de la misma historia. Esa creencia se ha inventado con objeto de justificar el apartamiento de los avisos de la conciencia de modo que el magistrado se envilezca a serviles tratos y míseros intereses de bandería política. La filosofía de la historia sólo se encauza por el álveo sagrado de la civilización cristiana.

La novela por medio de sus hermosas ficciones sacadas de la verdad de los sucesos que interesan a la humanidad, y de la invocación de la justicia con que se dirigen sus destinos, explica los fenómenos históricos penetrando íntimamente en las costumbres que dan forma a las instituciones, mostrando contraste enérgico entre la suerte de las sociedades encadenadas por despótico envilecimiento y la que les cabe cuando reciben las graves lecciones de la sana libertad; señalando con seductor artificio el encadenamiento de los sucesos históricos que parten de la constitución doméstica y terminan en la dicha o en la desgracia de los pueblos; solemnizando con las voces de la poesía el desmoronamiento lamentable de los imperios y de las repúblicas, y regando de rosas las ruinas que recuerdan la grandeza de las sociedades que fenecieron. La novela, sin falsear el carácter íntimo de los personajes, los

delinea con los tintes de la verdad poética, nos los pinta en su condición doméstica, afectiva y privada, y se sutiliza hasta llegar a la primitiva causa de los hechos que han determinado las mayores empresas del hombre.

En la novela histórica, la etopeya cobra un colorido más vivaz, y la corrección de las líneas graba mejor en la mente la fisonomía moral del personaje. Más extensión e interés cabe en la prosopografía, donde con dibujo correcto, y una firme y suave combinación de luces y sombras, los héroes se resaltan en el cuadro. La austera severidad de la historia se torna en la novela interpretación amena de las vicisitudes de los pueblos en su lucha por alcanzar el puesto que el orden providencial les ha designado. La filosofía en ella depone el ademán severo y ceñudo con que saca las enseñanzas de la historia, su voz se hace menos perceptible; y sólo la musa inspiradora de aquel arte deja oír sus majestuosos acentos, unas veces para vibrar rayo de anatema, otras para encarecer la fama de los héroes, otras alzándose poderosa en trípode sagrada, para vaticinar.

No es éste a la verdad el punto a que mira la novela importada en las letras españolas por cierta literatura francesa, la cual enmarañando los finísimos y delicados lizos del tejido de la historia, ha traído a criterios flacos y quebradizos gran perplejidad en la comprensión de este arte, no menor que el que ha producido en la manera de tratar la ficción con el elemento histórico.

Ni siquiera se ve en este linaje de novela aquella sombra de ideal que tuvieron composiciones semejantes en la decadencia de la literatura griega y latina, consistente en sacar de las flaquezas sociales que representaban la fuerza de un espíritu nacional y un sistema de moral en que éste se sustentara. Si el arte es filosofía de amor, como dijo el filósofo griego, el ideal artístico ha de andar por las esferas superiores de la bondad y la belleza, que es donde se quilata el amor.

Es más: en la falsa novela histórica se han sacado a plaza como hechos fundados todos aquellos adherentes que las imaginaciones ociosas se transmitieron tradicionalmente, y que por indignos no tuvieron lugar en la historia; y lo que ésta delicadamente quiso ocultar, dejándolo no obstante columbrar a la discreción y a la perspicacia, sale campante en la relación novelesca con aliños de fantasía y encarecimientos de relumbrón.

La religión como elemento histórico ha hecho su oficio en la novela, cuando se ha manejado ese elemento con el tino y recato que necesita. La novela histórica es la poesía de la historia; y la estética más encumbrada siguiendo a ésta en la religión con sus tipos admirables de sufrimiento y fortaleza, de sacrificio y resignación, se cernerá en inconmensurables alturas y se embebecerá en los misteriosos tesoros de poesía que le ofrecen. El Cardenal Wiseman da bella muestra del vigor y despejo con que se pueden tratar puntos que requieren extremada delicadeza y esmero, cuando por otra parte rebosa el corazón en amor a las sacrosantas verdades que se ensalzan en esta clase de composiciones. Piedad ingenua, sencillez y candor han de distinguirlas para que los afectos que en ellas comparecen no tomen un color artificial que desdiga de la espontaneidad propia de quien derrama en páginas de oro la abundancia del corazón. Por eso quizá es muy fácil encontrar con el demérito, si ya no con la nulidad, en punto de novelas religiosas, cuyas portadas se ven autorizadas por algún nombre ilustre,

Particularmente en España la novela religiosa no ha corrido próspera fortuna, a causa sin duda del punto de vista en que se han puesto sus autores para tratarla. Estas relaciones, por el hecho de ser religiosas no han de convertirse en apologías de objeto doctrinal, encajadas en una relación que a fuerza de fantasías se quiere hacer interesante; bastardéase así del propósitó de la novela cuya belleza moral viene sin violencia de la mera expresión artística de los hechos; y al propio tiempo la verdad histórica padece quebranto.

A mi modo de ver ni los dogmas religiosos ni la historia contenida en las Sagradas Escrituras pueden hacerse materia de la ficción novelesca, de una manera directa y especial.

Lo eterno, lo que reviste caracteres sagrados, lo que no está sujeto a luchas humanas, no comporta que se le aje expresándolo en una relación más o menos ingeniosa de sucesos que no avaloran misterios delante de los cuales sólo pertenece al alma detenerse en contemplación reverente. No hablo aquí desde luégo de los inefábles dogmas de nuestra católica religión presentados en forma de alegoría por los grandes dramáticos españoles, y en que el ingenio no hace más que tributar con profundo rendimiento, homenaje de alabanza a la verdad revelada, ex-

primir anhelos ardorosos de la unión del alma con Dios, con toda la poesía que brota de esa verdad; ni menos de aquellos poemas en que se toma pie de la ideas bíblicas para mostrar con el aparato épico las luchas entre el bien y el mal, el vicio y la virtud. Mas presentar el dogma de la Redención bajo ficciones novelescas, con la presunción de embellecerlo y animarlo por medio de un lenguaje dulce y melodioso que empalaga y fastidia, y de retóricos conceptos sacados de la fragua en que forjan sus expresiones los afectos terrenos es, cuando no profanación vituperable, degradar el asunto a objeto de frívolos devaneos.

Quien intente comunicar atractivos a la historia bíblica, con objeto de hacerla amable, e infundir su espíritu en personas que de otra manera no se deleitarían con su lectura, tejiéndola con invenciones novelescas, obtendrá por resultado que la gente indocta y mal aconsejada no discierna entre la ficción y la realidad, y que se quede sólo con la primera si un gusto pervertido le inclinare más a ello.

Ni tampoco hablaré de otra especie de novela, que con gran vocería y estruendo se ha difundido por el mundo a título de historia filosófica y crítica para ofuscar el sentido de la obra de la Redención.

De la aplicación de la historia a la novela, era llano entrar por los escabrosos senderos de la política, y diseminar los principios de ésta en la literatura, con la capa de la ficción. No hay inconveniente en tratar con ella las ideas políticas que suministra el estudio de la historia, no haciéndose violencia a la relación, ni levantando en el ameno campo de la novela la tribuna parlamentaria o periodística, ni llevando el torbellino de las enconadas pasiones de una época a turbar la serenidad de la historia. La razón de estado abunda en doctrinas que, reflejando la situación moral y las costumbres sociales, pueden servir en la novela al efecto de concertar sus partes, de explicar peripecias, y de ser nexo principal para el desenlace. Pero hay gran distancia de esto a ofrecer con la novela tesis políticas, en innoble trama por lo común, guiadas por frías combinaciones de cálculo y sin ningún linaje de inspiración poética.

En la alta razón de la novela y en su concepto más puro la materia quizá más propicia con que se puede tra-

tar esa forma literaria son las costumbres, ya que con ellas al par que se hace mejor la representación de lo real sin poner artificios que amengüen la verdad, se sacan más natural y prontamente las enseñanzas prácticas de la sociedad. Además, hay en las costumbres de los pueblos cristianos, y en su vida pacífica y tranquila, tal abundancia de encanto y de poesía, que los buenos noveladores no han tenido necesidad de buscar recursos extraños ni de acudir a invenciones peregrinas para acomodar la composición de modo que traiga recreo al ánimo y lección a la conducta social. La comparación entre las costumbres puras y las costumbres depravadas que viven siempre al lado de las primeras es por sí misma correctivo poderoso. El vuelo de las unas hace contemplar más hondo el abismo de las otras. Al resplandor de la bondad se hace más intensa la impresión que en el alma produce lo que de por sí es desagradable.

Demostración cumplida de cuánto vale en la ficción novelesca la representación ingeniosa de las costumbres sociales para aleccionar y corregir, sin alardes de moral que hacen perder de vista la principal meta del arte, nos la dan algunas de las novelas ejemplares de Cervantes y el *Gil Blas de Santillana*, si ya no queremos considerar el Quijote por el aspecto de las costumbres.

Fuerza es que al mencionar otra vez las *Novelas ejemplares* de Cervantes, os declare que no sólo recibo íntimo placer con su lección, sino que no sé qué hechizo tienen para mi alma, ni qué atracción para que no deje de contemplar sus escenas de acabada hermosura. En ellas proponiéndonos el autor antes que como serio moralista, como afectuoso consejero y leal amigo, algun ejemplo vivo de la flaqueza humana en pugna con las severas insinuaciones de la virtud, nos advierte que si la discreción no es centinela del alma, luégo el vicio la rinde, y entra a saco por ella; y en una acción sencilla y natural, con extremada agudeza y penetración, campea libre y espontáneo el ingenio.

Ninguna novela más digna de imitación que la ejemplar de Cervantes, y con todo es la que menos se ha puesto a logro en castellano. Algunas que con el mismo carácter se dieron a luz más adelante ni tienen el espíritu ni las cualidades de inventiva de las de aquel autor, y quizá por eso con agudo intento las hizo Bretón lectura favorita de un original personaje de sus comedias. *La Gitanilla*, tipo

de la novela ejemplar y de costumbres, nos da una prueba de que el interés de estas composiciones no estriba en un enredo artificioso y difícil con ingente acumulación de lances. En ella hay sencillez de acción y sobriedad de pormenores, y Cervantes como que libra en la verdad del colorido y en la ingenuidad de los conceptos el vigor inimitable de la gracia que en ella domina.

La novela de costumbres, tal vez más que las de otros géneros, así como el poema dramático, han sido las manifestaciones literarias que en estos últimos tiempos se han visto acometidas con mayor ímpetu por un naturalismo desordenado. Se ha inmolado la inspiración estética y las condiciones primordiales del arte, a la pintura escueta y prolija de los objetos en que hacen materia principal las dotes externas divorciadas de todo afecto o sentimiento. Lo tangible, lo individual destituído de toda idealización, es el norte que dirige la aspiración del naturalismo. En la idea de que todo lo característico cabe en el arte, se condensa el pensamiento esencial de la escuela novadora, que dando rienda a la inventiva, se permite recorrer y escudriñar las moradas en que ha hecho asiento la sensualidad, para presentar sus geniales desnudeces con toques prestigiosos.

Sin jugo fecundador apocado en las formas, desvariado en la creación, licencioso en todas sus manifestaciones el arte desenfrenado se aplace y regodea en inficionar todos los elementos de que pudiera obtenerse la belleza en el orden social. De aquí que la novela haya sufrido las funestas consecuencias de sus embates.

Ya no es la novela aquella dama gentil, liberal sin presunción, discreta en el decir, de aspecto amable y risueño, de mirada suave y reposada, de índole ingeniosa y penetrante, sencilla y graciosa en el vestir, que se complace en aspirar el regalado ambiente de la inocencia, que juguetea cantando idilios de inimitables acentos entre las flores del campo, que se detiene a orilla de fuentes clarísimas para mirar la nitidez del cielo retratado en ellas, que nos refiere cómo sin hablar se comprenden los corazones enlazados por acendrado afecto, que ata su lengua para las palabras que el corazón no ha dictado, y que se abre paso entre sus hermanas de la poesía para encantar la familia en el inocente hogar con la honestidad de sus pláticas.

Ahora, con ademán terrible y descompuesto, altanera en su desenvoltura, ataviada de deslumbrantes y dorados

aderezos, de andar apresurado, presuntuosa y liviana, de concepción vulgar y osado lenguaje, unas veces, va a la plaza pública y alzada en democrática tribuna proclama su emancipación de la ley cristiana como en otro tiempo la mujer con entusiasmo delirante y auréola de triunfo, «coronada de mirto y laurel, ascendía a las colinas del Atica, a entonar ditirambos a su libertad»; otras veces, haciendo su rostro traición a su lenguaje, con seductor artificio se desliza maligna por los umbrales del hogar para zapar con sus insinuaciones las bases morales de la familia; y otras, ménade apasionada, cubierta la cabeza de verde pámpano, en la mano el enflorado tirso, levanta en festines y algazaras la voz del deleite, y no se ablanda con los lamentos de los que padecen.

El arte que a pretexto de representar la verdad social, se dé a representar los objetos degradantes, no como accesorios para manifestar el estado moral de una sociedad de modo que sus tintes sombríos formen contraste con los luminosos, sino como materia digna de ejercitar la imaginación y como faz de la naturaleza del mundo, lleva en sí el principio de su decadencia. Atosiga el alma y paraliza el corazón en sus inclinaciones a la comprensión del bien, dado que de ese modo se atrae la consideración a objetos sobre los cuales el alma suele pasar sin reparo, por conocimiento ingénito de su dignidad.

El arte dejará de ser filosofía de amor, destituyéndosele en ciertos casos de su aspecto teológico, porque así no es capaz de realizar la belleza que conduce al amor de los objetos que la producen, y de ahí al de la causa eterna y primordial de éstos. En tal condición lejos de suavizar las pasiones, se hace incentivo del vicio.

No ha parado ese realismo flamante en sacar desnuda copia de todas las degradaciones y extravíos humanos, sino que nos muestra que éstos son la condición natural de la sociedad, y que somos libres de sacar de ellos las enseñanzas que a bien tengamos. A título de una trascendencia filosófica del arte se ha falseado por entero el concepto social, amañando a una consecuencia ideada de antemano, absurda por lo general, todas las premisas que se sientan bajo la forma de una trama novelesca o dramática, y de tal suerte se obtiene un arte en que todo es convencional y arbitrario, falso en sus principios, falso en sus fines. El que cursado en la experiencia de la vida, encuentra con algunos de esos absurdos idealismos, desnudos de

lógica en su traza y en los cuales se ve enredado el ingenio por las mismas redes que ha tejido, no puede menos que sentirse entristecido, viendo que un siglo vano no sólo no trae un tributo digno de las literaturas levantadas por un Shakespeare, un Tasso y un Cervantes, sino que trata de menoscabar el caudal allegado por ellos con ejemplo de perseverancia y esfuerzo .

Por dicha, el círculo de las ideas dentro de las cuales se inspiran los propagadores del arte trascendental es tan estrecho, y tienen tan pocos jugos nutritivos los asuntos que señalan a la imitación, que los partos de su fantasía siempre giran sobre un mismo eje, y sus seguidores, no teniendo fuerza de asimilación los elementos con que se sustentan, dan el espectáculo de un parasitismo empobrecido, que las más de las veces apenas brinda sino rapsodias deslavazadas, y problemas sociales y políticos, en que martirizada la razón, la escasez de criterio no halla salida para resolverlos.

Contrario a estos modos de escribir la novela, es el carácter psicológico con que autores calificados la han revestido, cifrando la virtud estética de ella menos en los hechos materiales y sucesos comunes que en la penetración íntima de los afectos, en el esfuerzo profundo y tenaz del alma en su aspiración al bien, en las inspiraciones de la conciencia como causa eficiente de las determinaciones del hombre, en la disquisición de los pensamientos como generadores de nobles empresas, en el amor purísimo que levanta los corazones, y en los sentimientos delicados que forman el áureo lazo con que el hogar se une a la sociedad como parte esencial de ésta; todo lo cual entra en el verdadero sentido de la novela, y tocando una porción de registros de la naturaleza, origina otros varios afectos con que se matiza hábilmente la ficción novelesca, y se le comunica variedad y encanto.

Hábilmente manejó este género el incomparable Richardson. La ternura y la inocencia de las imágenes con que traza sus relaciones nos hacen comprender cómo labra el alma su ventura con el ejercicio de las afecciones más acendradas.

Ni he de callar que para mí el ejemplar y dechado de la novela de carácter psicológico es el *Curioso Impertinente*, en la cual se expresa con magia soberana y atinado propósito cómo una excesiva delicadeza de afecto puede torcer la inclinación de la voluntad hasta el extremo de

arrüinar y vencer el corazón no cimentado en todo linaje de virtudes, sin necesidad de abstracciones capaces de borrar los lineamientos humanos de los caracteres.

Ni tampoco he de hacer caso omiso de aquella producción del agudísimo novelista don Juan Valera, *Pepita Jiménez*, de la cual se puede decir, sin entrar en la interpretación de su sentido, que al través de un idealismo reducido a términos puramente humanos, se patentiza el modo en que los extremos de un afecto ponen asedio a la voluntad para impedirle que se dirija a su noble destino. Es sin duda la mejor novela de Valera. En ella los cuadros descriptivos en que a veces se detiene, decorados con todas las magnificencias de la naturaleza, son indispensables para moderar la vehemencia de los afectos que dan calor a la narración. Aunque tiene este autor alguna otra que participa de cualidades psicológicas, hay que observar que en ella los caracteres se ven a veces desprovistos de fibras humanas, siendo idealizaciones ricas de fantasía que salen de la consideración de lo posible.

Tipo interesante de novela psicológica es *El Escándalo*, de Pedro Antonio de Alarcón, en la cual si se exceptúa alguno, los caracteres tienen todos el sello auténtico de la naturaleza, a tal punto que después de su lectura quedan vivamente impresas en el alma las diversas situaciones de cada personaje, porque quedamos seguros de que lo hemos visto y oído, e intimado con él. Aquel ambiente de cándida piedad que se difunde en toda la composición, y que trasciende a su nobilísimo fin, es timbre de gloria verdadera que avalora los blasones con que contiende el insigne novelador en el palenque literario. A la originalidad de esta obra quizá se adelanta la de *La Pródiga*, novela del mismo autor, y también de carácter psicológico, monumento de las letras castellanas, en la cual anda el ingenio con generosa altivez y cuya perpetuidad de vida se halla asegurada por la hermosura de la invención, la verdad de los caracteres, la finura del tejido, la sencillez en el desenvolvimiento y la elevación de su fin.

Pero no he de tasar siempre por su altísimo objeto el valor del desempeño que ha tenido la novela psicológica. Particularmente en la nación que enseñó a enervar el género novelesco, ha incidido la misma novela en sentimentalismos afectados; y el desleimiento y amanerada expresión que adquieren con él los afectos, quita a éstos toda

virtud de comunicar a su lectura el suave calor de la emoción. El ingenio, haciéndose frío y discursivo pierde el hilo de la relación, y sólo mueve al paciente lector el estruendo que produce alguno de los lances que ocurren en ella. Ni Octavio Feuillet se ha eximido de estos excesos de sensibilidad.

No era difícil que en la altura psicológica se ocurriera a la novela filosofar y buscar de este modo ideales inaccesibles e impracticables, en cuyas sinuosidades lo concreto y lo real se ocultarán demasiado; y así al dulce contentamiento producido por la divina irradiación de la belleza que ha de comparecer en el sentido moral de la novela, aquellas ficciones habían de sustituír en el ánimo la indiferencia o el pesimismo.

Desde un principio dio Goethe el ejemplo en Alemania, no desechado por los admiradores de su genio, y en el Werther encarna un subjetivismo lleno de abstracciones, de violentas pasiones y en cuya expresión se notan ciertas facciones panteísticas.

Modernamente se ha popularizado un género de escritos en que la ciencia, ora en su historia, ora en sus principios, constituye el fondo de una ficción, que deleita y entretiene a gentes sencillas y bien intencionadas. Estas composiciones no guardan consonancia con el tipo de la novela.

Zurcir con hechos reales hechos imaginarios, tal vez absurdos, sin verse enlazados por los sentimientos que dan vida a la sociedad, y sin guiar a un fin práctico y de carácter permanente, podrá disipar el tedio en horas en ocio, mas no dar luz al entendimiento ni satisfacer al corazón. Es vulgar creencia la de que con esos relatos se propaga la ciencia, haciéndose los conocimientos más accesibles a las ojos de la multitud. Enturbiándose en tales ficciones el nítido raudal de la ciencia, los elementos puros se unirán a los viciados, sin que puedan hacer discriminación los que de modo tan grato aspiran a estudiar la ciencia. Pero si estas composiciones carecen de mérito en su fin, y hasta ahora las que han aparecido en la escena son de escaso valor en cuanto a su forma literaria, hay que reconocer que en ellas la imaginación ha andado a veces tan feliz en la amalgama de lo experimental con lo imaginario que ha conseguido dar algunas llamaradas de poesía, las cuales se apagan al momento, para no dejar más que el humo que ofusca la vista de los objetos, y no permitir

al lector darse cuenta de la realidad. Las relaciones de que hablo, además, han hecho el bien de sustituírse en manos delicadas a todas aquellas novelas que con literaria ostentación llevan letal tósigo al alma.

Así se manifiestan las principales fases de la novela, en su enlace con la idea del orden de la sociedad, y es posible ver que sólo con la concepción exacta de ésta, adquieren tales composiciones su perfeccionamiento. Resta advertir que la novela, aunque se haya ajustado a maravilla con su ideal, necesita otros recursos literarios que vayan en su ayuda para tener buen suceso que ofrecer en el campo en que ella se cultiva.

Atemperándose el estilo de todo en todo a la calidad de la ficción novelesca, ha de avalorar el vaso precioso en que se contiene, bien así como aumentaban el valor de la obra cincelada del divino Alcimedonte, la viña y la yedra que hermosamente la cubrían. Todas las condiciones que levantan el mérito de la novela quedan rebozadas en un estilo que no convenga a cada una de las varias gradaciones que caben en el concepto novelesco. Ninguna trama libra bien con la negligencia en las formas literarias que corresponden. Muchas creaciones novelescas han quedado rezagadas por tan lamentable causa. La buena expresión literaria sirve como de reparo al fruto del ingenio para que la injuria de los tiempos no cause deterioro en él.

No poco ha contribuído a debilitar este género literario la intemperancia de conceptos que en grande avenida suelen emplear algunos espíritus pródigos de opulenta vena, volviendo y revolviendo puntos secundarios, especialmente en las descripciones, y apurando todos los pormenores que ocurren, aun los más obvios y triviales, sin dejar al lector la satisfacción y complacencia de columbrar velados con delicadeza algunas ideas o sentimientos. No es la amplificación y exuberancia prenda del estilo novelesco, que dista del oratorio un buen espacio; ni la desmedida acumulación de imágenes sirve a fortificarle ni a comunicarle mayor gracia. Al contrario, le sienta alguna sobriedad en los adornos de la forma.

Ni tampoco se ha ajustado a la ligereza con que ha de correr el pensamiento en la novela, una elocución premiosa o dura en enmarañados períodos, por más que vaya apareada a ciertas cualidades de corrección. El provincialismo discreto es a veces necesario para el tinte local que han de mostrar algunos cuadros; empero, es de notarse que la abundancia de tales términos desdice de la pulcritud que debe aparecer en la frase.

Siempre se vio el decir de la buena novela flúido y correntío, cuándo sencillo, cuándo con ática elocución, cuándo con valiosos atavíos, o con cierta artificiosa elegancia; nunca presuntuoso, desabrido ni pedestre.

Los borrajeadores y eruditos de poliantea, no mirando en que la novela es una de las formas literarias más difíciles de manejar, y que para iniciarse en los secretos del sagrado del corazón humano era menester llevar por hierofante con la luz del arte la experiencia nativa o adquirida de los sucesos de la vida, han creído que llanamente podían escalarlo y sorprender la belleza encerrada en él con el fin de sacarla a la plaza, y conquistar fama imperecedera. De aquí ese aluvión de composiciones novelescas que fatiga las prensas, usurpa en las columnas del periódico el puesto de otras producciones más satisfactorias al corazón, y da pábulo a vituperable ociosidad.

Ni basta una original inventiva y el desempeño feliz en los pormenores para salir bien en la novela, si no preside método en la ordenación de los sucesos, y si el conjunto hace la impresión de un hacinamiento de hechos dislocados; yerros que con no poca frecuencia se advierten en novelas de desmañados autores.

Cuanto más sencilla es la concepción de la novela, más ha menester los arbitrios que un ingenio extremado sabe encontrar en la verdad, cuando va a urdir la finísima tela de sus ficciones; y precisamente de ese modo el escritor manifiesta su filiación de novelista ejercitado y tinoso.

La más sencilla forma de la novela es sin duda la que idealiza los afectos del hogar en su relación con la sociedad, y con todo, es una de las de más dificultoso desempeño, por ser la que tolera menos que su trama se aderece con los recursos enfadosos brindados por los artificios de la falsedad y la exageración, con que a veces se cubre la escasez de inventiva.

En la novela del hogar se oyen distintamente los avisos de la naturaleza, se siente el candor de los afectos, hace morada la ingenuidad del corazón, la voz de la conciencia sirve de norte a la rectitud del alma, los consejos de la experiencia encuentran oídos que los escuchen y voluntades que los sigan; acúdese con solicitud a los llamamientos del deber moral, toda virtud se ve levantada en casto fundamento, y la autoridad paterna, ejerciendo imperio mode-

rado, ampara y protege con su sombra a la familia. En ella la disimulación y la doblez sólo tienen cabida para recibir escarmiento, el arrojo de las pasiones se detiene ante la altivez de la inocencia; y por sus umbrales no entra la concupiscencia sino para quedar abatida a los pies de la templanza.

A la relación novelesca concebida de esta manera, y dirigida con lisura y sencillez, viene toda la poesía imaginable de la belleza moral. En el desempeño de tales condiciones los grandes noveladores ingleses, entre los cuales se destaca Carlos Dickens, han hecho prueba notoria de su vocación para cultivar la novela, fecundizando esa bien dispuesta haza literaria con su mano experta y avezada. Cuadros acabados que representan la vida del hogar es cierto que encontramos a cada paso encajados felizmente en casi todas las buenas relaciones novelescas, pero con vida propia, formando por sí sola un género, la novela doméstica ha sido creada por el espíritu de los novelistas ingleses. Sólo con éstos ha logrado escaparse de dar al través en el borrascoso turbión en que se ha visto envuelto todo género novelesco.

Si ha de cumplir la novela todos sus fines, han de traslucirse por ella lo que contribuye a labrar la dicha o el bienestar de la sociedad, las verdades que íntimamente la afectan, las plagas morales que la azotan, los errores que la afligen, las sombras que la embozan, y reconocerse a cada paso el estado del organismo de la propia sociedad.

No lo creen así algunos, imaginando que en la novela debe huírse de razones de filosofía, y dan en el extremo de prescindir de todo concepto sutil que manifieste la penetración de los móviles de la voluntad y del corazón. Es indudable que esas razones bien acomodadas en el relato, granjean a éste serena gravedad, y le impiden que se haga descarnado y seco, crónica novelesca que no se presta a la atención de un discreto lector.

Bueno es que se mantenga a raya la pluma para no deslizarse a sutilezas que desmayan el estilo, pero todo ingenio si ha de procurar y avivar la atención del que lee, debe ser artificioso en cuanto se trate de allanar la lógica de los hechos y discurrir con ella suavizando la aridez con la agudeza.

En lo qne toca a los caracteres, advierto que cuando las tintas con que se retratan son demasiado vivas, y los afeites que se emplean no son finos lo bastante, no se en-

cuentra su original en la naturaleza, y por más que nos esforcemos no daremos con él en el discurso de la vida. La flaqueza de los caracteres no es secundaria respecto de las demás buenas cualidades que adornen la novela, en la cual ha de verse principalmente la vida humana en la sociedad. Si esa vida se nos muestra decadente y enfermiza, la ficción se mostrará asímismo con altibajos que la hacen desmerecer. Alentará con una descripción viva, un episodio interesante, un diálogo fácil, una narración amena, pero por fuerza volverá a su languidez y desmayo, y acabada su lectura, no dejará sino la reminiscencia pasajera de los artificios y ornatos de más valía que con el tiempo se perderá en absoluto. No toca en este inconveniente el verdadero novelista, en cuyo ingenio está la creación del personaje acabada y perfecta. Los caracteres van dibujándose poco a poco por procedimiento natural en la ficción hasta que se ven armados de punta en blanco, sin faltar en ellos ni la línea, ni el perfil, ni la sombra más insignificante. Traba nuestra alma relaciones con ellos si tienen cualidades para granjear corazones; nos repugnan si no se ejercitan en el bien, ni se doblan nunca a ningún incentivo de virtud, y de todos modos quedan presentes en nuestra memoria.

No se contentó la novela francesa de maligno carácter con extraviar el juicio y causar trastornos en la fantasía de los que se desvivían por ellas, sino que vació en el organismo de la lengua castellana infinidad de elementos que repugnaban a la índole de ésta, y que agostaban los de la misma literatura de que provenían; vocablos mal sonantes o mal formados, o cuando menos inútiles, locuciones revesadas, e imágenes extravagantes han sido las dádivas que la novela francesa, por conducto de traductores indoctos, ha hecho a la literatura castellana, la cual tiene caudal por herencia legítima y por trabajo actual para bastarse a sí propia. Y aunque es cierto que la traducción de obras francesas de otro linaje ha atentado también notablemente a la integridad de nuestra lengua y literatura, es indudable que novela ha sido la más nociva por su influjo en todas las categorías sociales.

Tómese en cuenta además que la profusión con que se ha propagado la mala novela en castellano es otra causa de que el lenguaje haya padecido esas enervaciones de que no va curando sino por el desprecio en que ha caído

la causadora de tal dolencia, vencida por obras de igual género, en que el mérito de la invención iguala con el de la expresión literaria. Por este medio es de esperarse que la lengua vuelva a su prístina entereza.

La novela recobrará la suya y volará sin traba dentro de una combinación artística de esencia y de formas en que domine una genuina interpretación del concepto social, y en que entren los nuevos elementos que en abundancia le ofrece hoy la crítica literaria. Emancipada de la tiranía que ha ejercido sobre ella una desmedida libertad en el arte, se ostentará majestuosa influyendo provechosamente en las inclinaciones sociales y en la dirección de las buenas letras.

Con tales condiciones llevando impreso el sello de lo nacional simbolizará caracteres universales, y perpetuará el tipo de las prácticas, costumbres, creencias y sentimientos de una época de la vida de cada pueblo.

Guardando sus puntos y andando en sus quicios esa forma literaria, en su idea cardinal no saldrá de los términos de la verdad poética, tendrá acción compasada y eficaz en la sociedad; y siempre se mostrará con la conveniencia y decoro que cumple a su importancia moral.



CARTA MADRILEÑA

CARTA MADRILEÑA

Madrid, junio de 1880

Señor Director de *El Repertorio Colombiano.*

Al reseñar los diversos hechos que en el orden literario y científico van verificándose en virtud de los adelantamientos con que se muestra la vida civilizada en sus múltiples ramas, cumple atender a las diversas necesidades del círculo social para el cual se escribe, a sus inclinaciones, a sus gustos y aun a sus caprichos, para que puedan andar a una el interes, la práctica utilidad y la amenidad en la relación de los acontecimientos que se registran. De otra manera, harto difícil será que muchos lectores no desechen por árida y por pesada, cuando no por ociosa, la tarea de seguir los pasos al movimiento que se efectúa en los grandes centros en que el ingenio humano trabaja más en pro común de los pueblos, aun en el supuesto de que dispongan de tiempo sobrado, así como de los elementos por los cuales puedan venir en conocimiento del cauce que esa corriente lleva.

Sugiere estas consideraciones la experiencia en la lectura de las principales revistas europeas, en las que, dada una misma época y el relato de unos mismos acontecimientos, escoge el escritor aquello que más se acomode a las costumbres y demás condiciones de existencia del país en que vive, hace aplicaciones a solo intereses locales, y saca deducciones y reglas segun las miras e inclinaciones del mismo país. Hasta para los de una misma raza, pero en los cuales la antigua comunicación fraternal se aminoró por las vallas que pusieron intereses políticos y sociales, la manera de tratar los asuntos en ciertos casos exige, para que pueda interesar, diverso método y diversos puntos de vista: al estirado *John Bull* cuadra menos que al áspero *Uncle Sam* el consejo meramente interesado con que ha de acompañarse la nueva de un descubrimiento, de un invento o la aparición de una obra de ingenio: aquél, no menos práctico que éste, tiene puesta

la mira en algo más que utilidades reales y exclusivas, ya que tendencias humanitarias entran en mucha parte para sus cálculos. El peninsular, franco, altivo y generoso, cura quizá menos que el americano, con las mismas cualidades, más las de cierto desenfado político y cierta audacia que le comunican las necesidades crecientes de una sociedad nueva, de que se le hable sacando de cada tropiezo popular una lección, de cada desgracia un consejo y de cada contrariedad de la vida social una amenaza.

Lo que para los lectores de una nación puede servir de cebo a su curiosidad y de estímulo a su actividad, será para otros una futesa, una nonada; lo que avalora la importancia de ciertos hechos, aparece como deslustrado y sin gracia variando de lugar: hé aquí porqué encontramos frías e insulsas narraciones que empiezan por recomendarse como importantes y originales.

Aunque en materia de novedades parece que todo para todos tiene oportunidad, si bien se examina, casos frecuentes hay en que se da de mano a aquéllas porque no ofrecen atractivo a la atención, y fatigada ésta, el lector llega al fin a desechar con lo que juzga frívolo asuntos de algún valor.

Advertido lo cual, debo añadir a usted que en esta revista no puede haber siempre originalidad, ni menos habrá modos peregrinos de comunicar nuevas. Entresacando lo más sustancial de las mejores publicaciones que ponen al corriente de la que lleva la vida actual, y recogiendo los conceptos y las especies que corren en la sociedad en que vive el autor de esta carta, será como pondrá éste la base para hilvanarlas, pero cercenando eso sí, lo que se refiera a intereses locales que no atañan a esa sociedad. No tiene, pues, ella otra pretensión que la de una *pepitoria literaria.*

Desde que el telégrafo con su avaro lenguaje anticipa toda noticia, y desde que el diario político, poniendo a su servicio todas las facilidades que ofrece el vapor, no da vagar a las prensas noche y día, decrece el mérito de las revistas de largas dimensiones, como noticiosas, y los escritos sobre cuestiones de interes actual han menester tratarse allí en el sentido de que ya los hechos han sido recibidos y juzgados por el público, cuando menos de primera impresión. No extrañen entonces usted o mis lectores que a los puntos de esta carta se haya anticipado la prensa periódica. Por si fuere grave este inconveniente,

ocurriré a él procurando adivinar lo que a ella haya podido escaparse, de modo que no sea todo para el lector causa de desagrado.

Además, si el que leyere encuentra algo que no le haga novedad, piense que muchos de los sostenedores del *Repertorio*, especial los que viven aislados del tráfago social por la calidad de sus trabajos, o en la solitaria pero laboriosa aldea, no se hallan en potencia propincua de hacerse de todos los diarios y revistas que recibe el hombre acomodado.

Conozco la índole de los periódicos americanos y también la de sus lectores para no andarme con pies de plomo: no peca siempre aquélla de frívola; ésta aunque descontentadiza a las veces, es benévola, como no quieran grangearse con niñerías la voluntad de su dueñ : a seguir una y otra procuraré reducir mis propósitos.

Melpómene ha estado de gala en la escena francesa: Enrique Bornier ha calzado airosamente el coturno trágico dando a las tablas *Las Bodas de Atila*, cuya aparición ha sido objeto de grande estudio por parte de la prensa.

De lo más notable de la exposición que previamente hizo el autor, me valdré para exponer el carácter de este drama trágico, antes de hablar a usted del resultado de su representación.

La idea de *Las Bodas de Atila*, dice Bornier, es muy sencilla: todo vencedor se destruye a sí mismo con el abuso de la victoria, he aquí la idea filosófica; un tigre quiere tragarse a una gacela, pero la gacela se enoja, hé aquí el hecho dramático.

La idea filosófica, en que pensó de antemano el autor, podía convenir a más de un hecho histórico, pero a la verdad ninguno ofrecía más circunstancias dramáticas que el de Atila. No trata, sin embargo, Bornier en su tragedia de pintar al personaje con rasgos exteriores exactos, históricamente hablando, ni enseñar su íntimo carácter, por lo mismo que la época que pone en escena está cubierta de nebulosidades que no permiten ahondar mucho: época en que sólo se resaltan en majestuoso cuadro acciones tan insignes como las del Pontífice S. León, las de Santa Genoveva o las del Santo Obispo Aignan, mostrando la mano providencial, y haciendo desesperar a historiadores

y novelistas por buscarles soluciones satisfactorias en lo humano; pero, sin desvirtuar la verdad histórica, quiere este autor hacer una etopeya en que quepan todos los opresores que con nombres y carácter diferentes se han presentado como *azote de Dios* en las sociedades humanas.

Los hombres de esta especie son para Bornier, por el carácter histórico indeterminado que presentan, en extremo difíciles de juzgar como hombres; y en la esfera literaria sólo pueden tomarse en calidad de tipos.

En efecto, teniendo todos éstos un alma que les es común, el poeta o el autor dramático, ya que no puede fijar por entre los misteriosos velos con que los presenta la historia, todos los lineamientos de su carácter íntimo y de las pasiones que determinan sus hechos, toma de los rasgos que han distinguido a cada uno de ellos los que se necesitan para formar una imagen que sea la imagen de todos, y allega con cierta adivinación las ideas, los afectos, las inclinaciones que brillan en aquellas almas que en las grandes etapas de la historia de los pueblos, suscita Dios, ora para herir de muerte a sociedades que han delinquido, ora para probar, siquiera sea en un tiempo limitado, la longanimidad y paciencia de los buenos, ora para acarrear a esos mismos hombres su propia ruina.

Esos hombres excepcionales, conceptúa Bornier, que en virtud de los resultados de la fuerza material han logrado dominar, tienen acaso en su alma algo que les es común, y se suceden y reemplazan en la historia como aquellos volcanes, de los cuales uno se apaga cuando otro se enciende, y en que si no aparece el mismo cráter sí aparece el mismo fuego.

Hombres hay, en efecto, cuyo retrato no puede hacer con rigurosa fidelidad la historia ni la poesía sino muy difícilmente: ni se diga que es por la lejanía de los tiempos. Napoleón cuyo paso por la vida está fresco todavía, hizo vacilar muchas veces al poeta, que ya le condena, ya le absuelve, ya toma sus errores como aciertos, ya sus desgracias como aureola de genio. Así Lamartine en su célebre oda a Bonaparte medita y se atreve a lanzar este concepto:

¿Cuál osado
Mortal se arroja a decidir, midiendo
Del Señor la piedad suma, insondable?
¿Y quién afirmar puede que en vosotros,
Ministros de su cólera, no sea
El genio una virtud?

Pero el poeta más adelante se llama andana, y él mismo califica sus conceptos de sacrificio inmoral a lo que se llama gloria. «El genio por sí mismo, agrega, no es una virtud; es una don, una facultad, un instrumento, nada expía y lo agrava todo. El genio mal empleado es un crimen más ilustre»; y hé aquí que a esa atrevida interrogación sustituye semejante idea:

¡Oh inconstante multitud,
Cuánto es vano el galardón,
Del genio, cuya ambición
No sustentó la virtud!

No que Bornier ponga en parangón al organizador de la nueva sociedad francesa, al hombre que dio su nombre a los códigos de ésta, al arrogante soldado de la campaña de Italia, con el implacable devastador de pueblos, pero la verdad es que encuentra rasgos de semejanza entre Napoleón, que arroja el Mediodía contra el Norte, y Atila, que arroja el Norte contra el Mediodía; entre el batallador de Leipzig y el de los campos cataláunicos; entre el desposado con la nieta del gran Teodosio y el desposado con María Luisa.

No confundamos, sin embargo, las figuras históricas en que la crítica vacila al analizar sus íntimos móviles con aquellas en que la apasionada injusticia de muchos escritores ha conseguido vencer la verdad de los hechos. Sucede a estas últimas lo que a algunos retablos o cuadros de pintura, que el polvo y la injuria de los tiempos impiden apreciar; mas viene luégo una mano inteligente y los prepara de modo que se vea todo su mérito. Quizá no sería fuera de camino afirmar que esto ha sucedido con el segundo Felipe de España.

El drama para Bornier tiene un grande objeto que cumplir con respecto a los hombres que han traído quebrantos y ruina a la sociedad, y cuyos sentimientos no siempre es posible determinar o analizar. El drama los encuentra para vengar al mundo en su memoria: ellos habían hecho de los hombres *carne de catapulta o de cañón;* el poeta a su vez hará de su memoria *carne de tragedia.*

El drama trágico de que se trata es manifestación elocuente de un alma apasionada por la bienandanza de las sociedades modernas, exclamación dictada por un corazón generoso, que las mira al borde del báratro a que las conducen la falsedad de los principios morales, la protervia

de las pasiones, el ímpetu desapoderado de aviesos caracteres y la bastardía de ambiciones fundadas en utilitarias miras.

Entretejidos delicadamente en la tragedia los pormenores de un trascendental suceso histórico con los severos rasgos de la lección moral, forma la composición un todo que enseña al entendimiento y deja satisfecho el corazón; un cuadro social de pincel maestro, animado en su acción, brillante en sus carácteres y excelente en sus efectos.

Los personajes del fondo no pueden ser más variados ni multiplicados según el punto de vista desde el cual se considere el cuadro, pues en él se ven desfilar con numeroso séquito, monarcas que encabezan la espantosa herejía, guerreros alzados sobre pedestal de cadáveres, filósofos que marchitan la inteligencia de la juventud, repúblicos que alzan pendón por la disolución de los vínculos de la familia y que reducen a leyes cuantas monstruosidades ha engendrado el infestado soplo del descreimiento, y magistrados que quitando estímulos religiosos a los pueblos, acallan en ellos la voz de la conciencia para que tornen en mísero aplauso la queja contra toda injusticia; todos los cuales en mayor o menor escala son *azotes de Dios*, que acarrean aniquilamiento a las naciones, mengua a las costumbres públicas, decadencia al espíritu nacional y desconcierto a toda social armonía. La idea filosófica del drama de Bornier no puede ser más sólida ni verdadera.

Parece que una figura como la de Atila no hubiera estado en condición de dar materia a asuntos literarios, y sin embargo no es así. Desde las leyendas y tradiciones latinas, germánicas y húngaras, desde los poemas y tradiciones de los germanos orientales y occidentales, de los anglo-sajones y de los escandinavos, ocupa ya el recuerdo de Atila un puesto prominente, si bien todos esos cantos difieren en el concepto formado sobre el personaje, y cuesta trabajo discernir en ellos lo legendario de lo puramente histórico. Pudiera decirse que éstos son como los tiempos mitológicos y heroicos de la historia moderna. De uno de los poemas escandinavos, de *Walter de Aquitania*, parece que sacó algo Bornier para la idea de su tragedia, por juzgarlo más dramático al propio tiempo que más conforme con la historia.

En los *Niebelungen*, poema en que se refleja el espíritu fantaseador, con un sí es no es de extravagante, de los

antiguos pueblos germánicos, y que contiene la lucha de los Burgondes con Atila, desaparece casi por completo la personalidad histórica de éste para dar lugar a un héroe de eminentes condiciones de abnegación, lealtad, generosidad y aun fe conyugal, leyenda de la cual dice Amadeo Thierry, no sin gracia:

«Un Atila de semejante estofa se parece muy poco, hay que confesarlo, al furioso polígamo que tenía una legión de mujeres y un pueblo de hijos.»

Este poema manuscrito había dormido largos años bajo el polvo de los archivos, sacudido el cual, fue impreso a últimos del pasado siglo y popularizado a principios del presente. Los alemanes de hoy se desviven por la lectura de esas páginas, se regodean en ellas con indecible fruición, y las han hallado como una fuente de inspiración poética y artística. El drama lírico, como la pintura, la estatuaria y la novela, han encontrado allí tipos a los cuales dan realce atrevidas y heroicas concepciones de ingenio.

Thierry, ya citado, con gran sagacidad crítica ha acopiado en los últimos tiempos todos los datos referentes a la historia de Atila, y merced a esos estudios se han disipado muchas dudas, y fijado muchos puntos cuestionados; es éste un escritor claro, erudito y desapasionado y de buen juicio para estas materias.

En Leipzig se dio a la estampa en 1780 la primera, y en 1792 la segunda parte de un poema desconocido, escrito en versos latinos el siglo VI de nuestra era, el cual trata también de la historia de Atila.

En 1838 se publicó un poema inglés sobre el mismo asunto; y el escritor James, hacia la misma época, dio a luz una novela en que figura Atila, por el estilo de las de Walter Scott.

En Francia Maurice Sand, en su novela *Augusta* saca también a Atila, acomodándose a las tradiciones germánicas; y Marchangy en su *Galia Poética* bosqueja un plan de poema sobre el mismo personaje.

En la misma literatura Hipólito Bis y Calemard de Lafayette escribieron sendas tragedias sobre Atila, el primero en 1822 y el segundo en 1867. Cornevin publicó asímismo una tragedia en 1877 titulada *La Muerte de Atila*, y Strada, en una larga composición dramática titulada *La Mezcla de las Razas*, le hace también representar papel.

Pero entre todos los que han tratado este asunto en el

género trágico se cita especialmente a *Corneille* y a *Werner*, poeta alemán.

La primera, a pesar de la mirada desdeñosa que le echa Voltaire, es digna de la pluma de su autor. Bornier dice donosamente a este propósito:

«Ya quisiera Voltaire que sus tragedias tuviesen las cualidades o aun los defectos de las de Corneille, porque hay hombres cuyos defectos conservan siempre *visos de genio* que no se encuentran en las cualidades de otros escritores.»

Corneille toma a Atila, antes que como feroz caudillo, como artero cabecilla, avezado en achaque de trapazas y siniestras zalagardas, y la catástrofe de su tragedia es congruente con la contextura del plan. Así que en esa obra no muere Atila bajo una cuchilla vengadora ni víctima de funesto tósigo; pero la efusión de sangre hacía falta a aquel desenlace, y el personaje muere derramándola naturalmente: preciso era, según la idea poética de Corneille, que sin que el sacrificio atenuara la crueldad ingénita al caudillo, el riego de su misma sangre atenuara el clamor vengativo que alzaba al cielo la de sus víctimas.

Werner dio a luz su tragedia en 1808. Es obra poco conocida fuera de Alemania, vigorosa en sus detalles y hermosísima en su versificación, aunque incompleta en su unidad de acción. Madama de Stael la analiza en su libro titulado *La Alemania*, y se presume que alguno de sus conceptos sobre esa obra, alusivo sin duda al caudillo que por entonces llenaba de espanto a la Europa, le valió la notificación de destierro.

Predomina en este drama la idea del hombre perseguido por terribles hados y llevado instintivamente a cometer el mal. Por lo mismo que el plan de este drama es distinto en un todo del de Corneille, distinto es también su desenlance, en el cual Atila muere a manos de Hildegonda la misma noche de sus bodas, como lo había predicho el Papa León, quien con la princesa Honoria de presente ruegan a Dios por Atila; desenlace a la verdad lleno de poesía y de piadoso sentimiento, pero en el cual la certidumbre histórica queda avasallada por el ideal de la imaginación.

Víctor Hugo en la *Leyenda de los siglos* hace figurar a Atila como heraldo de ruina y devastación, y a la verdad queda bien delineado el aspecto siniestro del personaje.

En la poesía castellana – comprendiéndose en ella la

hispanoamericana—éste apenas da materia a una que otra composición lírica o dramática. En noviembre de 1879 el señor Gómez de Cádiz, autor nuevo y poco experimentado en la poesía dramática, pero que tiene disposiciones para ejercitarse en ella, dio para el Teatro de Apolo de Madrid un drama que versa sobre *El Azote de Dios*, en el cual, combinando hechos históricos con productos exclusivos de su fantasía, nos da al jefe de los hunos como un caduco guerreador, emprendedor de aventuras y práctico en fechorías, de atroz genio y mal talante, que después de hacer males de todo género, termina tristemente sus días entre oscuros enemigos y mujeres degradadas, bajo el hierro alevoso de un romano. Con excepción de algunos rasgos en que el autor se eleva a la altura de la tragedia, la obra no es de aquellas de que pueda la literatura hacer caudal.

Ni han sido tentados nuestros poetas a interpretar los poemas que sobre el asunto corren en las demás naciones, pues ni aun el de los *Niebelungen* ha sido vertido, no obstante que no carecemos de escritores de conciencia que han profundizado en la literatura alemana. De los que se alampan por ésta, nada más que por espíritu de novedad, y en són de estudiar cierta extraviada filosofía, no se diga: abundan demasiado entre nosotros, que ojalá nunca abundaran. Ha llegado el hartazgo de los tales a tal punto, que en sus escritos sólo se sienten las nebulosidades septentrionales, que hacen contraste con la claridad y gentileza con que siempre se había tratado nuestra hermosa lengua.

Quizá habrá retraído a nuestros buenos ingenios de poner mano en la versión de ese poema la conciencia que deben tener de que, relativamente a nuestra literatura, emprendían traducir una obra inferior en mucho a poemas históricos españoles, no menos que el convencimiento de que una obra de tal especie no es muy del agrado de los pueblos de nuestra raza, que prefiere algo consistente a lo meramente fantástico y oscuro. Nuestro *Poema del Cid* no se queda en zaga a los demás poemas históricos que corren en otras naciones: díganlo si no escritores ingleses como Southey y alemanes como Hegel, los cuales le consideran a la altura de los del más antiguo épico griego, por el vigor de la forma poética y la vida que en él tienen las pasiones y los sentimientos. Nuestra literatura, al lado de la de Italia, fue la que conservó menos la árida huella del predominio de los bárbaros: en ella quedó el sello de la

antigua civilización romana, a la cual más adelante se unió el elemento oriental en su parte más importante y más artística; consorcio que trajo a las modernas literaturas fecundo manantial de bellezas, y que no dejó de tener influencia en las mismas ciencias. ¡Qué mucho que los pueblos del Norte, que no habían tomado por medio de las cruzadas sino lo mítico y nebuloso de los orientales, sean en sus épicas leyendas inferiores en mucho a nuestra España, por más que ésta aparezca a las veces buscando en otras literaturas molde para vaciar sus ideas poéticas!

Quien juzgue el asunto de que tan hábilmente ha sabido cortar tela el célebre dramático francés, como un hecho histórico aislado, por más fecundo que le considere para la acción dramática, no podrá estimar en lo justo el alcance moral y social que la tragedia de Bornier encierra. La personalidad monstruosa de Atila no es en la mente del trágico francés un fenómeno en la penosa carrera que han seguido las sociedades; y por esto al mismo tiempo que en esa obra aparece la silueta del personaje histórico, con los lineamientos propios de los caracteres que en su época colmaban de espanto las regiones en que se albergaban los primeros gérmenes de civilización, se ven las fases generales y comunes de toda opresión, de toda violencia, de toda fementida victoria. ¡Cuánta aplicación tiene esta tragedia en los tiempos actuales, en que los elementos de gobierno en no pocas naciones sirven a perseguir y tratar de aniquilar las ideas cristianas! Contemplemos, sin embargo, que tales Atilas, efímeros en la historia de la humanidad, de larga duración siempre para la impaciencia de los buenos, si bien agostan el césped bajo su planta, no hacen con esto más efecto, que el del fuego que asuela los campos para luégo reanimarlos y darles fuerza.

En la contextura dramática entra el amor de una heroína al rey de los hunos, sostenido en la entereza del corazón, en la virtud cívica y en la abnegación, de modo que si ella consiente en darse por esposa es sólo para salvar de la cautividad a su pueblo. Bornier, como Corneille, desecha un desenlace en que la crueldad venga a ser una lección que impresione hasta el extremo de que ella haga olvidar el vicio que se castiga. Prolijo sería citar todas las escenas en que se muestran los sentimientos con viviente realidad, en medio de una frase poética de gran magnificencia.

Tratar en la escena de esta manera asuntos que intere-

san a la humanidad, sacando de los hechos históricos la aplicación a los grandes defectos sociales es, a no dudarlo, un gran paso dado en el adelantamiento del arte escénico, es acercarse a la realización de un ideal a que se aspira hoy más que nunca, a causa de los extravíos a que es ocasionada la vida de los pueblos por la divulgación de perniciosas teorías. Si este es el drama con que la moderna escuela francesa brinda como dechado a la imitación del arte dramático, venga enhorabuena, y deséchense por el mismo caso todas esas obras de escena, de naturalismo grosero, de fatales enseñanzas políticas, con que han abastecido al mundo los autores franceses y han tratado de apagar la luz de la historia.

El público francés ha recibido con el aplauso que merece *Las Bodas de Atila,* triunfo del cual ya había sido présago la representación de *La Fille de Roland.*

Ya que he hablado a usted, señor Director, de la literatura dramática francesa, ¿cómo he de prescindir de hablarle algo de nuestro teatro actual?

La última época sin duda ha sido poco fecunda para éste: *Doña Urraca de Castilla,* de don Antonio García Gutiérrez; *El Haz de Leña,* de don Gaspar Núñez de Arce; *Consuelo,* última producción del lamentado don Adelardo López de Ayala, y alguna otra que se me escapa, es lo que puede citarse en primer término en estos últimos años. Otros añadirían a éstos algunos dramas del fecundo e inteligente escritor don José Echegaray y *El Nudo Gordiano,* de don Eugenio Sellés; pero quizá sería aventurado decir que el éxito feliz que esas obras han tenido a raíz de su aparición, sea para ellas augurio de vida inmortal en la musa dramática española, por pertenecer a una escuela que si posee muchas condiciones de inventiva, está fundada en bases sumamente resbaladizas.

Este descaecimiento del arte escénico español, sin embargo, parece ser accidental, porque aunque éste, en la última década, ha tenido lamentables pérdidas como la del príncipe de los poetas dramáticos del siglo, Bretón de los Herreros, y la del insigne López de Ayala, viven, para bien de ese arte, ingenios como don Manuel Tamayo y Baus, que cuenta sus triunfos por el número de sus obras, y que no necesita sino dar rienda a su estro para alentarla.

Ni es este el único período de esterilidad que ha tenido la dramática literatura desde el siglo de Calderón, ni en el presente se había mantenido sin interrupción fecunda y levantada, pues el teatro español es planta que tiene periódicamente sus inviernos como para descansar y cobrar fuerza, y reverdecer luégo en lozana primavera.

Los autores que han alimentado la escena de algunos días a esta parte son don Eusebio Blasco, doña Rosario Acuña, don Ceferino Palencia, los señores Echevarría y Santibáñez, el joven poeta señor Santero, don Mariano Barranco, don Miguel Echegaray—hermano de don José—y algunos que han acomodado a nuestro teatro regulares comedias francesas

Blasco es sin duda hoy uno de los autores de más actividad en el teatro: apenas cuenta treinta y siete años, y fuera de muchas composiciones en otros géneros literarios ha dado a luz unas cuarenta y cinco composiciones dramáticas. *Moros en la Costa* es un proverbio que ha escrito recientemente, y que no desdice de la reputación del autor de *El Pañuelo Blanco*. Aun habiéndose callado el nombre del dueño, en la representación de la comedia, el público habría columbrado su personalidad a tiro de ballesta, pues lo habría delatado su suelta versificación, salpimentada siempre de oportunos gracejos. El autor desarrolla un argumento en que, por ciertas tendencias de que se deja llevar una mujer, movida por los descarríos de su marido, se produce un nublado de celos, que luégo ha de despejarse para dar lugar al renacimiento de afectos en el hogar.

Poco después ha dado Blasco una pieza en un acto, de plan bien desarrollado y de buena enseñanza. *El Ultimo Adiós* es su título, y en esa comedia se ve a un calavera, que en sus días de crápula y disipación, tuvo numerosos amigos que le agasajaban; pero consumido por su género de vida, llega a su última extremidad sin que tenga ya a quién volver los ojos, sino a las almas caritativas.

Tribunales de Venganza se denomina el drama con que ha obsequiado al público últimamente la notable escritora, doña Rosario Acuña, que ya antes se había dado a conocer ventajosamente con el drama *Rienzi*. En éste tuvo buen suceso; aquél ha sido acogido con alguna frialdad. Difícil es que la mujer pueda siempre interpretar las grandes y varoniles pasiones que agitan la sociedad. El conocimiento profundo de los sentimientos, la análisis fría de los afec-

tos entra para todo en la composición del drama: el corazón femenil se mueve con los más delicados afectos, pero es incapaz las más veces de investigar sus orígenes, y de hacer una precisa distinción entre sus móviles. Cuando entra a semejante terreno es fácil que ande a tientas y se desvíe, y que lo extravagante y afectado sea la muestra de sus esfuerzos. Hé aquí a lo que se puede atribuír el que la señora Acuña no haya recogido el lauro que para los suyos han podido esperar no pocas personas. Los de la mujer en todo caso son dignos de encomio, y para ella tendremos siempre en la memoria el verso de Horacio:

Neque chorda sonum reddit quem vult manus.

Don Ceferino Palencia es todavía novel en el campo dramático: hace pocos días se estrenó en el Teatro de la Alhambra su comedia *Carrera de Obstáculos*. No obstante, ya había dado sus primeros pasos en la escena con el *Cura de San Antonio*, poema escénico cuya trama, aunque con bastantes tropiezos, hijos de la impericia, deja asomar relámpagos de un talento notable. Su último trabajo ha confirmado ampliamente que no era ilusión del público las buenas dotes que reconoció en el señor Palencia al aplaudirlo por primera vez, y que las lecciones de la experiencia no han sido vanas para él. El bien concertado argumento, la *vis cómica*, y buen gusto con que sostiene sus caracteres, y la combinación hábil de lo afectuoso con lo retozón que se notan en *Carrera de Obstáculos*, presagian al señor Palencia otros laureles en los dominios de Talía.

Los señores Echevarría y Santibáñez me parece que son conocidos en América para que me detenga a apuntar a usted algunos de sus antecedentes literarios. Sin embargo, la comedia *Los Infelices* que han dado a luz desdice del mérito de estos dos ingenios, así por el pensamiento sobre el cual rueda, mal considerado y peor desenvuelto, como por la languidez del estilo que en ella se advierte.

La que ha presentado el señor Santero revela una alta inteligencia. Los dos primeros actos se desenvuelven y corren con naturalidad, exornados con las galas de una fácil versificación; el tercero ofrece un súbito cambio en los caracteres, que debilita mucho el desenlace. A pesar de que en su composición muestra rica inventiva el señor Santero, hubo éste de allanarse a buscar recursos invero-

símiles para resolver el nudo, pero, la verdad, este nuevo autor ha emprendido felizmente su camino.

La Voz de Alerta, escrita por don Mariano Barranco, autor joven, y *La Fuerza de un Niño*, de don Miguel Echegaray, ya conocido por composiciones dramáticas extensas, son comedias cortas, de las cuales la primera se distingue por lo ingenioso de la idea, y la segunda, por la impresión agradable que deja en el ánimo, gracias a su pensamiento y a la gracia con que está puesto el diálogo.

La escuela dramática de que hice excepción arriba, y que encabeza en España don José Echegaray, priva en ciertos círculos literarios, y recibe los aplausos que incondicionalmente le prodiga una parte de la prensa periódica. El y sus seguidores, notables sin duda por su talento y sus fuerzas, habrían podido sacar sus composiciones a alturas desde las cuales pudiesen dar con éxito al lado del honesto deleite graves enseñanzas; mas han preferido, antes que buscar los senderos que conducen a esas alturas, ejercitarse en idealismos que se rozan poco con la investigación de los hechos individuales y sus causas, que tánto atañen al arte dramático. Falséase la base de éste, cuando da en el escollo de abstracciones filosóficas y de ideales poco determinados. No así lo trataron los grandes maestros del drama castellano, los cuales consideraron, con el alto sentido moral que los distinguió, que el drama no es más que la representación de las acciones humanas en su desenvolvimiento natural y espontáneo. Con todo esto un buen número de personas tiene en poco los inconvenientes apuntados, y sin vacilación aplaude, con tal que el poema abunde en situaciones teatrales, en golpes escénicos y en lances de grande efecto, acompañado todo por una palabra seductora. Los laureles que así se conquistan suelen secarse pronto.

Ingenios tan notables como don Eugenio Sellés y don Leopoldo Cano no han andado lejos del señor Echegaray.

Del primero hablaré a usted, como que hace poco sacó a luz un drama de grandes alientos, titulado *El Cielo o el Suelo*. Fama tiene conseguida el señor Sellés con su poema dramático *El Nudo Gordiano*, estrenado en 29 de noviembre de 1878, en el cual demuestra dotes de sagacidad escénica y poseer abundantes tesoros para emplear en la ejecución de obras semejantes, a pesar de que en su conjunto la verdad dramática sufre deterioro.

En *El Cielo o el Suelo*, aunque hay que reconocer el esmero en la parte formal, el autor se deja arrebatar de los vuelos de su fantasía para presentar el alma del hombre sin fuerza para luchar en el mundo con preocupaciones y contrariedades y como presa de las sugestiones de una sociedad malvada y corrompida. Olvídase el poeta de la fácil senda de la naturaleza, y el hombre, juguete de sentimientos y pasiones, sin que la voluntad le ayude, se ve movido por ellos en ésta y la otra dirección. La conciencia en los personajes aparece como adormecida e incapaz de un grito que los levante, y tras esto, la sociedad con sus malos procederes y sus exigencias crueles como responsable de la culpa personal. No es este el correctivo que debe aplicarse a los vicios de la sociedad, la cual, como compuesta que es de séres humanos, necesita considerar más bien la pena que traen a cada uno de ellos las infracciones de la ley moral. ¡Ingrata tarea la de imputar a la sociedad la responsabilidad de los caídas del hombre!

Pero si los frutos de la escena no han venido hoy por hoy a medida del deseo, el teatro español del siglo tiene un repuesto abundante, que nunca disgusta y que siempre admira, para suplir por ellos; una riqueza de que puede echar mano, cuando falta la producción de los buenos trabajadores que duermen. Así hemos visto sacar de las bibliotecas y quitar el polvo a dramas estrenados hace cerca de cuarenta años, como *Don Alvaro o la Fuerza del Sino*, de don Angel Saavedra; *El Trovador,* de don Antonio García Gutiérrez; *Los Amantes de Teruel,* de don Juan Eugenio Hartzenbusch, los cuales tienen en el culto público de Madrid la misma acogida de entonces, espontánea y entusiasta. De estos tres autores sólo al primero, muerto años há, no le fue dado presenciar la renovación del aura popular de su obra, pero su gloria refluye hoy en el insigne don Enrique de Saavedra, heredero de su talento y de sus letras.

El de *El Trovador* acudió en persona a ceñir sus sienes con nueva láurea, y el espectáculo, descrito a grandes rasgos por el primer periódico ilustrado de esta Corte, no podía ser más conmovedor:

«Cuando al final de los actos tercero y último salió el autor a escena, en medio de un entusiasmo indescriptible, y el público vio en las tablas, pálido e inmóvil, a un anciano de barba y cabello blancos, sobrecogido por la emo-

ción, lo que sucedió no puede describirse; pertenece a la crónica interior del sentimiento.

«Aquellas aclamaciones, aquellos aplausos y coronas se confundirían en la turbada mente del poeta con los vagos ecos de otros aplausos muy lejanos.... muy lejanos. Eran sus bodas de oro con la escena.

«Lágrimas silenciosas rodaban por el venerable rostro de García Gutiérrez, a quien el sentimiento mantenía completamente inmóvil: postura en que ayudando a la perspectiva la blancura de sus cabellos, parecía su propia estatua descubierta, y aplaudida por la posteridad.»

El señor Hartzenbusch, reducido a silencioso albergue por su edad como por enfermedades contraídas en nobles vigilias, sólo pudo sentir el concierto unánime de aplausos producido por los divinos conceptos de su numen, al recibir los mensajeros que le ofrecían preciosa corona como prenda de sus nuevos triunfos.

El haber hablado a usted, quizá con exceso, del movimiento literario dramático, me impide en esta vez comunicarle a usted noticias de otros brazos de la literatura. Tengo esperanza de hacerlo en próxima ocasión. La influencia que necesariamente ha de ejercer en el retroceso literario y científico de Francia la próxima salida que de aquella nación verificarán los Padres de la Compañía de Jesús, hace que por un momento éntre la política en esta revista.

Los colegios de la Compañía de Jesús son indudablemente de los mejor organizados y servidos que ha habido en la nación francesa; en ellos han crecido al lado de la literatura y de la ciencia los hábitos de honradez, de rectitud y de sana moral; gran número de miembros de familias principales han recibido la educación de esos sabios y virtuosos sacerdotes, y a mucha honra tienen en publicar que han sido alumnos de esos establecimientos. Grande es el desconcierto que allí recibe hoy la educación social y la tristeza de todos los corazones amantes de la ciencia, con la práctica del inicuo decreto lanzado con escándalo de la civilización por un Gobierno débil y abatido para expulsar de Francia a aquellos generosos apóstoles. Y como para añadir mayor ludibrio a la violación de los fueros de la justicia se hace esto, en tanto que no sólo se abren las

puertas a los comunistas, sacrificadores de víctimas inocentes y conductores de la tea incendiaria, sino que se les ofrece en galardón puestos en la diplomacia.

Impotente el Gobierno radical francés para mejorar sus universidades e institutos, y conociendo que los estudios cimentados en la virtud pueden dar al través, más tarde o más temprano, con las ideas disociadoras que hoy se plantan bajo el dosel gubernativo, resuelve la dificultad atropellando por todo derecho y baldonando el sentimiento común de los buenos franceses. El camino de la violencia que un Gobierno toma para satisfacer imbéciles y desenfrenadas pasiones, trajo siempre consigo, cuando no su propia caída, la ruina moral de la nación.

Los jesuítas toman el báculo del peregrino, y reciben generosa hospitalidad en nuestra España, en Inglaterra y en los Estados Unidos del Norte, si a aquella República se dirigen, ya que Bélgica y Suiza les cierran el paso. ¡Bien para aquellas naciones que con el ingreso de esos incansables obreros acrecentarán todavía más su cultura y su bienestar!

Pero si por tales medidas se conoce la decadencia moral de un Gobierno, ellas también han hecho ver cuánto es vigoroso y digno el sentimiento católico francés: todos los escritores honrados se han considerado en el deber de salir a la palestra en defensa de la libertad cristiana, y la lógica y la erudición han encerrado en férreo círculo a los esgrimidores de falacias, hasta el extremo de hacerles confesar que proceden así porque de otra manera quedarían vencidos. Los órganos de la prensa en París que con más o menos vigor han terciado en favor de los bien entendidos intereses de Francia, son los diarios conservadores de diverso matiz, *La Gazzette de France*, *L'Univers*, *Le Monde*, *L'Union*, *La Civilization*, *La Nouvelle France*, *La Defense*, *Le Moniteur Universel*, *La France*, *París Journal*, *La Patrie*, *Le Constitutionnel*, *Le Soleil*, *Le Figaro*, *Le Gaulois* y *París*, y los diarios republicanos *Le Parlement*, *La France*, *Le Soir*, *La Justice*, *Le Mot d'Ordre*, *Le Réveil Social* y *Le Petit Parisien*. En desacuerdo con estos 23 diarios apenas hay 9 que puedan mencionarse: *La République Francaise*, *Le Siècle*, *Le Siècle XIX*, *Le National*, *Le Journal des Débats*, *Le Rappel*, *La Lanterne* y *Le Temps*, republicanos, a los que hay que agregar el órgano del pretendiente Bonaparte, *L'Ordre*, desprestigiado entre los

bonapartistas, y que ha sostenido con reservas el decreto. En los Departamentos no ha sido menos activa la prensa en la defensa de la justicia. Saliendo de Francia se puede agregar que toda la prensa española y los más respetables diarios ingleses han clamado contra los atentados del Gobierno francés.

En el terreno parlamentario, desbaratadas por los más notables oradores las razones de aplicación de antiguas leyes dadas en tiempos de revuelta y de tiranía y que siempre se miraron como ignominiosas, y desalojados, con la evidencia, de la posición que en ellas habían tomado, sólo han quedado en pie las razones de la cólera y del despecho, que han crecido a medida que la indignación de los franceses se muestra en sinnúmero de protestas contra los que se han atrevido a poner mano violenta en sus más caros intereses.

No prescindiré de hablar a usted de algunos de los oradores que más se han distinguido en los debates relativos a los actos del Gobierno francés sobre corporaciones religiosas no autorizadas, entre los cuales oradores figuran varios de ideas liberales. Walon, aunque no se ha distinguido tanto por su oratoria como por sus conocimientos históricos, adquirió tal elocuencia con la fuerza de su convencimiento, que a ella nada se opuso, e hizo acallar la vocería de las sofísticas argumentaciones. El Duque de Broglie, aunque sin buenas condiciones de voz, agobiando al adversario con su lenguaje vigoroso y elevado a la par que culto y espiritual, con la ironía amarga y la abundancia de pensamientos profundos, casi siempre nuevos, la buena ordenación de éstos y la amplificación oportuna, con el natural manejo del silogismo y dueño siempre de sí mismo, atrajo todo género de felicitaciones y de aplauso respetuoso. Chesnelong, lidiador constante en pro de toda idea generosa, trayendo al absurdo a sus contendores, puso en su punto los derechos imprescriptibles de la familia en la educación. Del Sol, jurisconsulto distinguido, en argumentación clara y contundente, señalaba el decaimiento intelectual que traían los planes de mal sustentada educación, arrebatando los derechos de las congregaciones. Bocher con sus naturales dotes de bien decir, ilustrándolo y animándolo todo, vehemente y espontáneo pero mesurado en su dicción, con su raciocinio dirigido siempre al punto objetivo, y con sus deducciones

siempre legítimas, miraba en torno suyo, y no encontraba el contendor. Laboulaye, que conoce que sus ideas políticas no pueden salir del límite de una severa honradez, con su amena erudición, con sencillez llena de agudeza, con serenidad, afeaba todas las inconsecuencias que envolvían todos aquellos actos que con apariencias de libertad no preparan sino la dictadura; y Julio Simón, conocedor de lo peligroso de la mecánica radical para sus principios liberales, muestra con hábil burla y con hiriente ironía lo inconsistente del sistema de persecuciones que se ha entablado.

Estos, que me son más conocidos, y otros muchos oradores de diverso matiz político, han sido los confutadores de los sofismas y de las cancamusas de hombres como Ferry, Freycinet, Madier de Montjau, Paúl Bert, Luis Blanc, Barthélemy de Saint Hilaire, que a la hora de ésta satisfacen los instintos de su alma, con poner mano airada en los asilos de la ciencia y de la virtud, dejando herido en lo vivo el sentimiento religioso, debilitada la unidad social, amenazado el bienestar de Francia. Con todo esto, los hombres pensadores creen que, dada la situación política de aquella nación y el vértigo a que la han traído los excesos de persecución, asomarán a no lejano término señales de felices días para ella.

Según los datos estadísticos más fidedignos, ha habido en Francia últimamente 1,480 individuos de la Compañía de Jesús, con 56 congregaciones diseminadas en 44 departamentos, las cuales han mantenido 28 establecimientos científicos y literarios de enseñanza, en que se han educado en los últimos treinta años 60,000 hijos de la nación. De éstos en la guerra francoprusiana tomaron las armas en defensa de su patria 1,095, entre los cuales murieron 80, y un buen número obtuvieron condecoraciones.

La intolerancia radical desborda por dondequiera: los radicales, que ayer no más exigían en Francia la absoluta libertad teatral, la eliminación de toda censura dramática, se enfurecen con la representación de *Daniel Rochat*, comedia de Victorien Sardou, el popular autor del *Rabagas*, en que sacando a escena un tipo, dejó, sin saberlo, fotografiado a Gambetta. El desplacer que ha causado a los de la bandería dicha la obra de Sardou consiste en que

en ella el protagonista es un político ateo, diputado francés que viaja por Suiza, el cual en su calidad de hombre despreocupado, no admite ningún lazo divino para el matrimonio. Habiéndose apasionado de una dama norteamericana que encuentra en su viaje, consigue, a fuerza de astucia, que ella le admita por esposo delante del notario, en la persuasión de que inmediatamente después de la fórmula notarial se verificará la ceremonia religiosa. Pero es el caso que, ya casados civilmente, Rochat se hace de pencas en cuanto a cumplir lo prometido. La dama entonces le hace altas reflexiones para ensalzar el lazo religioso, y Rochat por fin dice que acepta éste con la condición de recibirlo a escondidas, porque de otra manera se pondría en contradicción ante el público con sus ideas de libre pensador. La dama no viene en ello, y haciendo público el caso, establece una lucha con el farsante diputado, en que queda éste de vencida, pues ella concluye por pedir el divorcio antes que vivir con un hombre sin la bendición de Dios

Esta comedia, originada de cuestiones políticas y sociales de interes actual, a pesar de haberla mirado de mal ojo los partidarios del matrimonio civil, ha sido comentada de diversas maneras por los órganos de la prensa conservadora; pero comoquiera que sea, dados los antecedentes de Sardou, su personalidad se columbra en el papel de la dama, cuyos nobles sentimientos en favor del vínculo matrimonial sagrado, están expresados con toda la viveza de un alma que mira en él los atributos más elevados.

Por lo demás, la comedia de Sardou no será de aquellas con que más se enorgullezca la Talía francesa. Moralizando y filosofando, es muy fácil que la acción cómica se debilite, y que el desarrollo no resulte natural y espontáneo, lo cual pudiera notarse a veces en esta comedia.

La llegada a París y el pomposo y digno recibimiento que allí se hizo, por los hombres científicos, al célebre navegante sueco Nordenskiold, me conduce a hablar de un asunto que interesa grandemente a los estudios geográficos, a la estadística y al comercio. El paso del Noroeste, que había sido un ideal cuya realización se había buscado en vano por insignes viajeros, que por lo dificultoso de su descubrimiento había dado más de una vez

asunto a la novela, fue por fin hallado hace pocos meses por Nordenskiold, quien había dado principio a tan trascendental empresa, embarcándose en el buque *Vega* en el puerto de Poteburgo (Suecia) el 4 de julio de 1878.

Ya se deja discurrir cuántas no serían las graves y peligrosas dificultades que tuvo que vencer el ilustre navegante desde que se acercó al círculo polar ártico. Largas demoras, escaseces de todo género, terribles inclemencias de la estación, noches prolongadas de densa oscuridad, amenazas por todas partes de enormes bancos de hielo, rígida temperatura hasta de 46° bajo cero, fatigas no recompensadas con el sueño, nada fue parte a apurar la paciencia del navegante y de sus abnegados compañeros.

Visitaron en las diversas etapas de tan penoso viaje el cabo Tscheljuskin, llamado así en 1742 por el nombre de su descubridor, después del cual ningún otro viajero había logrado llegar a él; tocaron en el Cabo Norte, adonde llegó Cook en 1788; y los hielos los detuvieron por doscientos noventa y cuatro días en la aldea Pitlekaj, perteneciente a la tribu desconocida de los tschuktschs, cuyo estudio tuvieron ocasión de hacer muy de cerca, y cuyo carácter hospitalario y bondadoso no puede menos que extrañarse, sustraídos como han estado siempre de toda relación con el mundo civilizado.

Catorce meses, poco más o menos, gastó la célebre expedición en realizar de una manera efectiva el paso del Noroeste, y de abrir con esto una nueva vía al comercio de Europa con el Asia oriental. A los geógrafos y a los estadistas toca ahora examinar los medios que puedan ponerse en práctica para que el comercio, con las facilidades que se le brinden, saque todo el fruto que le promete el éxito de esta expedición. El país que está llamado a utilizarse de tal descubrimiento, en primer lugar, es la Siberia, debido a la facilidad de la comunicación que por medio de sus dos caudalosos ríos de la parte occidental, queda establecida con Europa. A la industria, hoy insignificante, de esa región se abre ancha puerta por medio del cambio que puede verificar con los productos que de Europa, de América y del Asia Oriental aporten allí. La Siberia puede abastecer al mundo de las más ricas y delicadas pieles, de las plumas más vistosas y elegantes, de los metales más valiosos como de los más útiles a la industria, de

marfiles fósiles, y de toda clase de piedras preciosas, si se exceptúa el diamante.

Ni han sacado menos beneficios de ese viaje las ciencias naturales. En su mansión de invierno, al norte de Spitzberg, a los 77°, el ilustre viajero, haciendo día por día romper el hielo y sondear lo profundo del mar, obtuvo numerosas muestras de vegetales y de animales, lo cual echa por tierra hipótesis y suposiciones anteriores que habían llevado a no pocos el convencimiento de que era casi nula la existencia de tales elementos en esas aguas, cuya temperatura siempre se halla bajo cero. La fauna es con extremo variada y abundante, de 30 a 100 metros. Orillas de la península de Tehusita encontraron los viajeros osamentas de ballenas enterradas hace muchos siglos, y los restos de algunas conservaban todavía fresca la carne y la piel, gracias al hielo en que se mantenían.

Los tipos de plantas han revelado la existencia de una vigorosa vegetación que en las épocas carboníferas, jurásica, cretácea y terciaria, cubría aquellos parajes, hoy día helados, vegetación que habría podido competir con la que se manifiesta hoy bajo el ecuador. Las selvas que, mediada la época terciaria, se mostraban en Spitzberg con sus encinas y otros árboles de la misma especie, no hay duda que tendrían mucha semejanza con las que se ven al presente, 25° o 30° más al Sur, como si dijéramos en California.

Respecto de las auréolas boreales, corroboraron los viajeros que nuestro globo está adornado casi siempre de una corona luminosa, que haría muy vistosa la tierra, si se la contemplara desde muy lejos.

Para sus estudios sobre el magnetismo terrestre y otros puntos científicos, hizo Nordenskiold construír, durante su larga detención cerca de Spitzberg, un observatorio de hielo, a mil quinientos metros de su buque, ya que no podía construírlo dentro de él; observatorio que puso a cargo de once de los más hábiles exploradores, y donde con gran paciencia se estaban largas horas trabajando, después de llegar a él diariamente con un sinnúmero de penas.

La meteorología se utilizará también con estas exploraciones. Es curioso lo que observa Nordenskiold acerca de las corrientes de aire en el paso descubierto:

«Si se considera que el estrecho forma una especie de puerta entre dos montañas algo elevadas, por la cual pasan

las capas de aire caliente del Océano Pacífico y las de aire frío del Océano Glacial, se ve que los vientos proceden según la misma ley que rige las corrientes de aire que por medio de una puerta van de una habitación templada a una fría.»

Cuanto a descubrimientos geológicos, las observaciones del explorador sueco no han sido menos importantes. Me limitaré a indicar la siguiente. Habíase atribuído hasta ahora un origen cósmico a las muestras del hierro nativo encontradas accidentalmente en la superficie terrestre; y con efecto, el hierro nativo forma la base de muchas piedras venidas de los espacios planetarios. Sin embargo, habiendo Nordenskiold visto a los esquimales cuchillos hechos de esa sustancia, se puso a pensar si realmente toda ella provenía de los espacios celestes, e inquiriendo, los indígenas le guiaron a un paraje desierto de la isla de Dieko, donde encontró una mole de 20,000 kilogramos de peso. El naturalista admitió desde luégo, como todos los geólogos, que esas moles tenían origen extraterrestre, dado que jamás se había encontrado hierro libre entre las rocas del globo; empero, junto de esos trozos aislados recogió partículas de hierro aleadas al níquel. Ahora bien: de esos mismos granillos se habían ya encontrado en residuos de irrupciones de basalto, efectuadas en Groenlandia en una grande extensión. No se detuvo ahí el naturalista, quien entonces se propuso estudiar más atentamente el punto, y hubo de aceptar que de los 69° a los 76° de latitud norte, se encuentran masas basálticas que proceden de filones verticales que han acarreado, al extenderse, trozos de hierro aleado al níquel. Así, el hierro nativo viene del fondo de la tierra, arrastrado por rocas volcánicas, el cual es un hecho geológico digno de considerarse.

No de otro modo que como el hierro de las materias cósmicas que vienen del espacio, el hierro volcánico está aleado al níquel, lo que es una prueba de que la tierra en su composición no difiere de la de ciertos cuerpos celestes muy distantes de ella. Las materias cósmicas parecen ser trozos de astros despedazados, caídos en el radio de acción de la tierra, pues las muestras extraterrestres son muy semejantes a las que provienen del centro de nuestro globo.

Tales investigaciones habrán acabado por desvanecer una opinión muy valida en la ciencia, y demostrado que el

hierro nativo puede encontrarse en la tierra, sin que provenga de materias cósmicas. Esto podría confirmar, además, la teoría cosmogónica de Laplace, de que la composición de los astros parece ser una misma, al menos en sus más esenciales elementos.

El temor de hacer demasiado larga esta carta, me impide dar a usted, siquiera en cifra, otros pormenores interesantes a la hidrografía, a la historia, al comercio y a la meteorología, sacados de la relación del descubrimiento más trascendental que hasta ahora se ha hecho en la navegación del Océano Glacial.

A juzgar por el concepto de los que se han dedicado al estudio de la electricidad, el problema del alumbrado casero por medio de ésta ha sido resuelto definitivamente por Edison, el célebre inventor del fonógrafo, por medio de una lámpara de complexo e ingenioso mecanismo, pero que en su uso ofrece todas las condiciones de sencillez, comodidad, seguridad y economía. Según esto, en breve se verán desechadas del uso doméstico las lámparas de petróleo, las velas esteáricas y de sebo, los mecheros de gas, etc., de que hoy nos servimos. Consta la lámpara de un globo de cristal, vacío y cerrado, a la cual acometen dos conductores de platino, adheridos a una máquina eléctrica generadora y unidos por un quemador, que se enciende por la corriente eléctrica que le atraviesa. La luz que da es tan brillante, que puede compararse a la del día, a puestas del sol, en la zona intertropical. Asi, la electricidad, ya empleada para el alumbrado de los buques, se hará a todos manejable, con la ventaja de no ofender la vista y de no producir calor desagradable.

No obstante, hombres prácticos y entendidos, en vista de las dificultades que se habían encontrado antes para la fabricación de objetos semejantes, han llegado a poner en duda el éxito duradero de la nueva invención, y aun algunos diarios ingleses aseguraron que Edison había suspendido la fabricación de sus lámparas, porque a los quince o veinte días de servicio, dejaban de funcionar. Sea de ello lo que fuere, estas opiniones no han tenido confirmación, y aun dado que haya habido algo de verdad en ellas, Edison, una vez que ha anunciado al mundo su invento, no es hombre a quien venzan pormenores de combinación.

¡Ingenio portentoso es a la verdad el de Edison! Nacido en 1847, ha llevado ya a cabo empresas que exigen una larga experiencia, perseverancia probada, maduras reflexiones y profundísimos y variados estudios. Sus inventos los ha realizado en Nueva York, en cuyos contornos tiene su casa y sus obradores.

Sigue el teléfono produciendo grandes ventajas a la comodidad social, en los Estados Unidos, en primer lugar, en Inglaterra, en Francia, en Bélgica y en Alemania. En algunas de estas partes se está estableciendo para evitar desgracias en el laboreo de las minas. El *Times* tiene ya en ejercicio un teléfono en sus oficinas, y sus corresponsales pueden enviarle comunicaciones originales sin escribir una línea. Se está construyendo también en Londres una red telefónica para enlazar las oficinas judiciales de Westminster con las de Chancery Lane. Asímismo se anuncia que dentro de poco se comunicará telefónicamente la oficina del *Times* con el Parlamento, y recibirá a la voz la reseña de las sesiones. En Berlin se proyecta enlazar los barrios por medio del teléfono; y en los Estados Unidos se han servido de él varios médicos para ponerse en comunicación con sus clientes, lo cual augura el buen resultado de este invento en tiempo de enfermedades contagiosas.

Colladon, docto ingeniero de Ginebra, acaba de inventar un aparato pequeño, muy sencillo, mediante el cual los sordomudos logran distinguir los sonidos musicales y aun la palabra. Agrégase que este mismo instrumento podrá ser de mucha utilidad a las personas de oído tardo.

R. G. Rhodes, de Chicago, inventó a últimos del anterior año un instrumento llamado *audífono*, muy superior a la trompetilla acústica, para que sirviese a las personas que padecieran de sordera; instrumento de que ya se hace frecuente uso en los Estados Unidos, pero que tiene el inconveniente de durar poco a causa de estar fabricado de caucho endurecido. El citado ingeniero Colladon, habiéndolo examinado, ha hallado, después de varios ensayos, que el cartón preparado de cierta manera puede muy bien sustituír en el audífono al caucho, con lo cual no sólo lo simplifica y mejora, sino que reduce su precio a un franco, cuando el norteamericano cuesta diez duros.

En una revista científica de Berlín he leído que el dortor G. Schmitz manifiesta haber probado en dos ocasiones la reproducción del pelo en cabezas calvas, practicando

en ellas inyecciones subcutáneas de clorhidrato de policarpina, que habían sido menester para la curación de una enfermedad de ojos. Nos tienen, sin embargo, tan escamados los empíricos y farmacópolas con los específicos que encuentran para cualquier vicio de la naturaleza humana, que nos inclinamos a creer que este descubrimiento sea una ilusión.

En el propio caso puede estar el que se asegura ha hecho un médico alemán para curar la tisis por medio de inhalaciones de *natrum benzoicum*, el cual se ha ensayado en varios hospitales de Austria, Alemania y aun de París; así como también el procedimiento para iluminar algunas vísceras de modo de hacer visible su superficie, el cual ha sido descubierto por un médico de Dresde.

Religión y Religiones es el poema que acaba de dar a luz Víctor Hugo, y en el cual, como su título lo indica, entra al campo social y moral, para tratar cuestiones arduas, y dar rienda suelta a las manías y aberraciones en que se consume inútilmente el célebre autor de *Hernani* y de *Ruy Blas*. Envuelto en contradicciones consigo mismo, deprimiendo los más nobles ideales de la humanidad, y tratando de abatir con ropaje poético las más hermosas manifestaciones del hombre con su criador, el poeta cree sin duda hacer mucho terminando su poema con un himno al Sér Supremo. ¡Qué fecundidad tan *estéril*, la del vate en sus últimos años! Vivificado un tiempo su numen por el calor de las grandes ideas, daba en el campo literario preciados frutos que eran a un tiempo deleite para el alma y enseñanza para la inteligencia; hoy, enfriado por el egoísmo y el espíritu de rebeldía, da con mucha frecuencia espigas avanecidas o dañadas, que sólo recogen la frivolidad o el extravío.

La Academia francesa ha presentado como tema para el certamen literario que abrirá el año venidero el *Juicio sobre la vida y obras de Juan Rotrou*. Este poeta, que vivió en la primera mitad del siglo XVII, ha sido uno de aquellos quienes la posteridad no le ha señalado el puesto que le corresponde por su ingenio y por los servicios que prestó al levantamiento del teatro francés; tuvo una vida llena de vicisitudes; las censuras que recibió de los sabios de su época quizá han contribuído al olvido en que

se le ha tenido, y del cual lo ha sacado la crítica moderna. Fue amigo de Richelieu, y sus ideas literarias tuvieron influencia en Corneille y Moliére. El tema propuesto por la Academia llamará mucho la atención pública.

Ha muerto en estos días el célebre escritor francés Gustavo Flaubert. Inspirado en el espíritu de las obras de Balzac, puede decirse que fue él quien abrió en estos últimos tiempos la senda hacia el realismo literario, debido al espiritu de iniciativa que lo distinguía. Sus obras se señalan por el esmero en la expresión de los pensamientos y la corrección del estilo, a lo cual dio siempre grande importancia. A esto puede atribuírse el que sus obras, a pesar del naturalismo exagerado que en ellas domina, hayan aportado felizmente a altas regiones literarias. En la escuela de este autor se afilió Emilio Zola, cuyo realismo se ha excedido de los límites a que había llegado Flaubert, y que merece detenido examen, por el auge que tiene para algunos.

Pongo punto aquí a esta *Carta Madrileña*, antes que por haber apurado la materia, por no defraudar a los amigos del *Repertorio* la lectura de escritos más sustanciales.

—

R. de Pont-best.

NOCHEBUENA EN EL MAR

TRADUCCIÓN CASTELLANA

NOCHEBUENA EN EL MAR

Era el *Arco Iris* una soberbia nave de tres mástiles, fabricada por el estilo de unos buques norteamericanos de gran ligereza y de esbelta proa, la cual con su arbolado ligero y sólidamente sostenido, se deslizaba como dominadora de las aguas bajo el mando de uno de los mejores marinos de Nantes, el Capitán Ibán Lamenek, y tripulada por veinte robustos marineros bretones. El graciosísimo bajel, desplegadas las velas, navegando en alta mar con velocidad de diez millas por hora, semejaba un gigantesco alcatraz que fuera acariciando las ondas con sus nevadas plumas.

Tomada su carga y embarcados sus pasajeros, entre los cuales se hallaba un Reverendo Padre marista que venía de Oceanía después de haber permanecido allí por espacio de cinco años, el *Arco Iris* había dejado a Valparaíso a principios de noviembre, o sea mediando la estación de primavera en las costas del Pacífico, doblaba el cabo de Hornos y se dirigía por el Norte con rumbo a Buenos Aires, su escala acostumbrada. Esperaba el Capitán Lamenek que continuaría así el viaje con felicidad hasta Francia, cuando yendo por las islas de Falkland, a la altura del estrecho de Magallanes, ocurrió a bordo un suceso que causa siempre a los marinos la más profunda emoción si sobreviene en alta mar: una defunción.

En el número de los pasajeros de segunda, recibidos en Valparaíso, se contaban una mujer joven y su hijo, de diez a doce meses, los cuales en el libro de embarques estaban registrados así: María Nollet, viuda, y su hijo Enrique. Frisaba la madre con los veinticinco años; era rubia, de aspecto agradable, apacible, pero un tanto retraída. Aunque los compañeros de viaje y los marineros la colmasen de atenciones; aunque el Capitán del *Arco Iris* no desperdiciase ocasión cuando se acercaba a proa, de decirle alguna palabra cariñosa y de preguntarle por el nene,

con todo esto, no se manifestaba franca y respondía con reserva a todas las preguntas, bien fuera por timidez, bien fuera porque no tuviese sino cosas tristes que contar. Sabíase tan sólo que era normanda y que su marido, empleado en una grande explotación de minas de plata en las cordilleras, había muerto seis meses después del nacimiento de su hijo, desgracia que había decidido a su viuda a volver a Francia, al lado de su familia. En cuanto a Enriquito, era un rorro vivísimo y sonrosado, que había sacado los ojos azules de la madre y que sonreía ya a los hombres de la tripulación que lo acariciaban.

Acaeció pues que a la pobre mujer, que no obstante ser algo pálida parecía de buena salud, le vino un accidente ocasionado por alguna angina de pecho o la ruptura de un aneurisma, y murió repentinamente. El Capitán Lamenek sentó, conforme a las prácticas de a bordo, el acta de defunción de su desventurada pasajera, y se selló el baúl, en el cual no había descubierto nada especial que le informase del estado civil de la difunta.

En vano buscó en él la partida de matrimonio, algún pasaporte, cualquier documento; había encontrado no más que la fe de bautismo del niño, verificado en la capilla de la casa de jesuítas en Valparaíso, mas ese documento no mencionaba siquiera el apellido de la madre; y también algunas cartas de ninguna significación, dirigidas de Francia a la señora y que no contenían ninguna circunstancia especial que le ayudase a averiguar por los parientes paternos o maternos del huérfano.

Comprobado esto y no quedando ya sino una sola esperanza, la de que María Nollet había anunciado su vuelta a Francia y probablemente le iría rotulada alguna carta a San Nazario, el Capitán hubo de disponerlo todo para las exequias. No podían ser éstas sino lo que son los funerales a bordo, lejos de tierra; lo mismo para los grandes que para los humildes. El carpintero construyó a toda prisa un tosco ataúd; una excelente mujer, pasajera de proa, acomodó en él a su compañera de viaje; y entrada la noche, dio orden el Capitán a dos hombres que sacaran por una de las troneras la caja, a que se había atado sólidamente, para que no se sobreaguase, una pesada bola.

El Padre marista recitó en alta voz las preces de los difuntos.

¡Al mar! mandó Lamenek.

Diole el misionero el último vale, y al punto la caja,

empujada hacia afuera, abrió las ondas dejando oír un sordo rumor. No pudieron los testigos de esta escena contener un grito de espanto, al cual hicieron eco en la cuna de proa lastimeros vagidos: era que el huérfano se había despertado, y sus tiernos labios con ansia solicitaban instintivamente el seno de la que había desaparecido para siempre.

Al otro día siguieron las cosas a bordo como de ordinario; mejoró el tiempo, y el *Arco Iris* continuó bien su rumbo a Buenos Aires. Por lo que hace al hijo de María Nollet, había sido confiado a la solicitud de la bondadosa mujer, que desde luégo se había encariñado con él. Al niño no le faltaba nada; la cabra que iba con dos crías, en el castillo de proa, tenía abundante leche. Además, los marineros lo habían en cierto modo adoptado. Al caer la tarde, llegada la hora del descanso, tomábanlo suavemente en sus encallecidas manos, y lo hacían sonreír entonándole canciones bretonas

Transcurrieron así unos ocho días; por fin el Capitán Lamenek levó áncora enfrente de Buenos Aires, mas con la intención de no permanecer en la bahía sino el tiempo meramente necesario para completar el cargamento y embarcar una media docena de pasajeros. A las cuarenta y ocho horas zarpaba para salir del majestuoso estuario del río de la Plata, dejar el cabo al Nordeste y hacer rumbo directamente hacia nuestro hemisferio.

En el número de los nuevos pasajeros del *Arco Iris* se contaban dos franceses, el señor y la señora de Lussay, que regresaban a Francia después de larga permanencia en la República Argentina. El marido, Jacobo de Lussay, alumno que fue de la Escuela Politécnica e ingeniero de mérito, tenía apenas treinta y dos años. Era un caballero de gallarda disposición, de porte distinguido. Su mujer, Raimunda, no pasaba de los veinticinco años; realzaba su hermosura una tez aperlada de meridional, grandes ojos oscuros bajo prolongadas y sedosas cejas, y unos abundantes cabellos de ébano. Lo que desde luégo llamó la atención, lo que se advirtió inmediatamente en el modo de tratarse los esposos, fue su ternura recíproca, la igualdad de sus inclinaciones, el anhelo manifiesto de no vivir a bordo sino uno para otro, de evitar toda relación que viniese en detrimento de su dulce intimidad. Acabada la comida, en vez de quedarse en el salón o de estar en el puente con los compañeros de viaje, se refugiaban en la

parte de atrás de la toldilla, cerca de la baranda, y allí, enlazadas las manos, se aislaban de la demás gente. Meditaban, permanecían silenciosos, como si temiesen comunicarse los pensamientos que les asaltaban. Un día, sucumbiendo al terror secreto que la oprimía, la señora de Lussay dejó caer la cabeza sobre el hombro de su marido, diciéndole bajo, muy bajo, con voz doliente:

—¿Para qué hemos de volver por allá, si Dios nos arrebató el angel del perdón que nos había dado? ¿No van otra vez a desecharme y maldecirme?

—Raimunda mía—respondió vivamente el señor de Lussay, estrechando a su joven esposa contra su pecho,—déja a un lado esos horribles temores. Nada semejante es posible. La misma desgracia que nos ha agobiado abrirá para nosotros de par en par la puerta que antes se nos cerró tan cruelmente. Apárta esos recuerdos, y adquiére al contrario confianza en lo futuro.

Era que aquel drama de familia que con desesperación recordaba, no era para ella menos ultrajante que doloroso. Puede referirse en pocas líneas.

Hijo de un Coronel de caballería sin bienes de fortuna, a quien su mala salud había hecho pasar a la carrera civil antes de los cincuenta años, y de una mujer que se ufanaba de la nobleza de su raza todavía más que su mismo marido, Jacobo fue destinado desde temprana edad, por su padre y su madre, a dar nuevo lustre a sus blasones por medio de un rico y ventajoso enlace, al cual nada tenía de particular que aspirara, por razón de su nombre y de sus condiciones personales. Mas el día en que la Condesa de Lussay llegó a anunciarle a su hijo que iba a darle, dentro de su esfera, se entiende, una esposa dos veces millonaria, hubo de declarar Jacobo a su madre que tenía ya esponsales con la señorita Raimunda Besnier, hermana de uno de sus antiguos condiscípulos de la Escuela Politécnica, dama plebeya y sin bienes de fortuna, es verdad, pero a quien amaba y de quien era amado. Sólo ella sería su mujer, y así se lo había jurado.

El Conde y la Condesa de Lussay intentaron al principio luchar contra el proyecto de su hijo, mas aquello fue inútil. Tenía empeñada su palabra el mancebo, y la cumpliría de cualquier manera.

Fue entonces completo, decisivo, el rompimiento entre el joven y los padres. Desvanecidas sus esperanzas, la Condesa llegó al extremo de maldecir a su hijo, y Jacobo,

echado de la casa paterna, pudo casarse, pero después de hacer intimaciones respetuosas.

Efectuada esa unión, hizo toda diligencia por ver de nuevo a su padre y a su madre, lo cual fue inútil, pues se le negó la entrada a la casa de modo implacable. Entonces, lacerado el corazón, se embarcó acompañado de su joven esposa para la República Argentina, con objeto de buscar mejor suerte, y allí, así como encontró acomodo, procuró reanudar relaciones con la familia; mas transcurrió cosa de un año sin que hubiese recibido respuesta alguna a las cartas que dirigió. Por fin un día le puso su padre unas líneas, entre las cuales creyó Jacobo traslucir algo de la ternura que inspiraba en otro tiempo. En breve menudeó su correspondencia, y el Conde le contestaba cada vez con mayor confianza. Tan sólo la señora de Lussay, a pesar de sus muchos achaques, no vencía su rencor. Ocurrió luégo un suceso aguardado con impaciencia, que le restituyó la esperanza de obtener al fin perdón, y fue que Raimunda le dio un hijo. Imposible, pensó, que el nacimiento de un heredero del nombre de Lussay no tenga influencia alguna en el ánimo y el corazón de la altiva Condesa. Habiendo informado a su padre sobre el particular, recibió de él estas líneas:

«Si tu madre, cuya salud me inquieta cada vez más, no te escribe todavía por este correo, creo buenamente que es sólo porque su orgullo experimenta aún un postrer combate con su cariño materno. Suele parecerme que si de pronto, en el momento en que hablamos de ti, te presentases entre tu mujer y tu hijo, echaría sus brazos a todos tres. Tal vez no te ha acabado de perdonar, mas pudiera decirse que un nuevo corazón, el de abuela, late en su pecho. No resistiría ella a una sonrisa de su nieto.»

No se necesitó más para que Jacobo adoptase con Raimunda la resolución de regresar a Francia sin pérdida de tiempo; de modo que al cabo de cuatro meses, arreglados por el ingeniero todos sus negocios, estuvo la novel familia en disposición de partir. Habían asegurado pasaje en el *Arco Iris*, que tenía que hacer escala en Buenos Aires, y el desterrado había anunciado ya su llegada a París en determinada fecha. Mas cuando menos lo pensaron, les fue arrebatado por el crup una mañana su hijo adorado, después de haber éste padecido la dolencia tan sólo por algunas horas.

La desesperación de los dos esposos fue inmensa, indecible. Raimunda se vio por ocho días entre la vida y la muerte, y así como volvió en sí para preguntar locamente por su hijo, su queridísimo Enriquito, se resistía todavía a creer que no existiera· Sumidos en llanto pasaron así cerca de un mes ambos desventurados, llanto que hacía más amargo el recuerdo de que los médicos llamados en consulta cuando el alumbramiento de la señora de Lussay, no habían dejado a ésta mucha esperanza de que pudiera ser madre otra vez. No era pues sólo el presente halagüeño lo que había desaparecido, era al propio tiempo lo porvenir. Y los desdichados continuaban inconsolables, desconcertados, anonadados en la desgracia, acaso irreparable, que les había sobrevenido. Por fin se les avisó un día por la mañana que el *Arco Iris* estaba en la bahía.

Miráronse a la sazón Jacobo y Raimunda; renovaron sus recuerdos, y ambos al par se abrazaron estrechamente. Un mismo grito se escapó de sus labios embargados por los sollozos:

—¿Con qué objeto hemos de partir ya? ¡No es a nosotros a quienes por allá se espera, es a él!

El señor de Lussay, con todo esto, no tardó en cobrar ánimo; y con suaves razones logró comunicarlo a la pobre madre. Tras una última plegaria sobre la tumba de su hijo, se habían embarcado.

Entretanto, favorecido por los días hermosos que iban sucediéndose, el *Arco Iris* adelantaba hacia el Ecuador. Decía el Capitán Lamenek que rara vez había hecho viaje tan rápido, y a los pasajeros que habían doblado el cabo de Hornos y se acordaban siempre de sus ondas amenazadoras, les parecían apacibles las marejadas del trópico y se contemplaban ya al término de su travesía. Si el niño adoptado por los marineros no hubiese estado allí para hacer recordar a la desventurada cuyo cuerpo había desaparecido en el abismo, apenas se habría guardado memoria de tan conmovedor episodio.

El señor y la señora de Lussay vivían de continuo retraídos, embargados por sus recuerdos dolorosos y dominados por el temor de la acogida que les esperaba en París, sin que les interesase nada delo que tenían cerca, excepto el huérfano, a quien Raimunda iba a abrazar y aca-

riciar a menudo, con lastimado corazón. Transcurrían así los días de bonanza, monótonos, cuando una tarde el Jefe de la tripulación se abocó con el capitán Lamenek, y quitándose el gorro le dijo:

—Patrón, mañana estamos a 24 de diciembre, y holgaríamos celebrar la Navidad, como si estuviésemos por allá en nuestra inolvidable tierra de Bretaña.

—Nada más fácil que lo que dices, chico; excelente idea, respondió al punto el bondadoso marino, mas hay que ver cómo se procede. ¿Y el belén y la misa del gallo, y la cena de navidad? Vamos, me encargo de esto último, prevendré al despensero y al mozo de cocina. ¿Pero lo demás?

—El Padre marista nos dirá la misa. En cuanto al belén, uno de nuestros jergones suplirá; reemplazaremos el buey y el asno con el carnero y la cabra que van en el castillo de proa; nuestro huérfano hará de niño Jesús, y talvez la hermosa dama que está por ahí—designaba a la señora de Lussay—quiera ser la Virgen. Nunca el Salvador, en nuestras navidades de Bretaña, tuvo madre más bella.

—Me parece muy bien, maestre Oilic; date prisa. Prepára tu navidad, que yo voy a disponer que sangren al compañero de San Antonio que gruñe debajo de la lancha, para que el embuchado no nos falte en la cena.

Oilic dio a su jefe gracias muy cordiales, y corrió a llevar la buena nueva a sus hombres, en tanto que el Capitán Lamenek, acercándose a la mujer de Jacobo, le decía:

—Mi tripulación, señora, celebrará mañana la navidad; tiene ya su Jesús en mi huerfanito de proa y todos los demás personajes, menos la Virgen: naturalmente le ha ocurrido que usted podría figurar por ella. ¿Quiere usted proporcionarle el gran placer de desempeñar tal papel? Eso siquiera distraerá a usted ún tanto.

Raimunda, apoyada en el brazo de su marido, puso los ojos en éste interrogándole con la mirada.

—¿Por qué no? dijo el ingeniero.

—Entonces, no hay inconveniente, contestó la dama al Capitán, con ademán de complacencia. ¿Cómo podría dejar de hacerlo en agradecimiento a todas las finezas de usted con nosotros?

Con esto, habiendo el Capitán Lamenek dado las gracias a su linda pasajera, se encaminó a proa con objeto de

hacer saber a la tripulación la condescendencia de la *bella dama*, quien a la sazón decía con íntimo sentimiento.

—¡La Virgen! ¡También ella perdió su amadísimo hijo!

Al otro día, después de haber recibido instrucciones del Padre marista y de haberse entendido con la señora de Lussay, Oilic lo dispuso todo, y un poco antes de media noche, el puente del *Arco Iris* presentaba un aspecto de los más pintorescos.

Detrás del palo mayor, bajo dosel sostenido de una de las vergas, y formando cobertizo sobre una balaustrada de hierro, se había colocado el pesebre, tosca cuna, de forma primitiva, pintada de color apropiado, en la que, medio desnudo y compuesto para su papel de Jesús, dormía Enriquito, fresco y sonrosado, sobre un lecho de chamarasca. A la izquierda, sentada sobre un escabel, veíase a la pobre Raimunda, por todo extremo hermosa, con amplio manto azul celeste, el cual, dando vuelta a su frente, se descogía a lo largo de su traje de un azul más oscuro. Las manos juntas, los grandes ojos humedecidos, fijos en el divino infante, meditabunda y con la frente inclinada a impulso del dolor materno que se reavivaba en su corazón, aquella dama era ideal expresión de una Virgen de Rafael. A la derecha, grave, con el rostro poblado de una luenga barba hecha de estopa, vestido como correspondía, y simbolizado por los utensilios que tenía en las manos, el carpintero de a bordo representaba a José, y al pie de la cuna, la cabra y un carnero completaban el legendario cuadro.

De uno a otro extremo, el puente del *Arco Iris* se veía iluminado por faroles colocados a lo largo de los empalletados; los hombres de la tripulación, de pie alrededor del pesebre, y todos los pasajeros agrupados a derecha e izquierda en torno del altar, que se habia dispuesto delante de la toldilla, y donde el Reverendo Padre marista comenzó la misa a las doce de la noche en punto, ayudándole dos grumetes que a menudo en su tierra natal desempeñaron las mismas funciones en servicio del capellán de su modesta iglesia.

Los asistentes oían la misa con profundo recogimiento; la brisa, soplando suavemente entre las jarcias y las poleas, acompañaba con sus murmurios las palabras del sacerdote; deslizábase el bajel por el sosegado mar, y los relámpagos de calor, que de vez en cuando cruzaban el cielo oscuro, espeso, bajo y sin estrellas, aumentaban con sus

vislumbres fugaces la piadosa poesía de aquella misa de Navidad en mitad del Océano.

Acabada la celebración del oficio y después de bendecir a los fieles y a la misma nave, el Padre marista se apartó del altar y se dirigió al pesebre, ante el cual se postró santiguándose, en tanto que el niño Jesús, que se había despertado, echaba alrededor de sí miradas de maravilla, y sonreía.

En aquella sazón, hacia las extremidades de las vergas y de los mástiles surgieron llamas azulinas, así como sobre las cabillas de hierro del cobertizo bajo el cual estaba la divina cuna. La rubia cabeza del hijo de María parecía rodeada de auréola celestial. Dieron los pasajeros un grito de sorpresa a que se unía no poco de espanto, pero los marinos, para quienes el fenómeno eléctrico del fuego de San Telmo no era nuevo, aplaudieron aquella súbita iluminación que el cielo enviaba a bordo, y que alumbraba el desfile de los pastores vestidos a la bretona; luégo, al són de los caramillos con que los dos gavieros de Plougastel solemnizaban la Navidad, cantaron los marinos:

¡Jesús, el deseado! ¡Del trono del cielo
Envuelto en la noche desciendes al fin!
Estrellas amantes te abriguen del hielo;
Arrúllente brisas de rosa y jazmín.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que a todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

Llegaste, Dios niño, y en pasmo profundo
Tu mísera cuna nos mueve a llorar,
Que tú por nosotros viniste hoy al mundo,
Morada de ingratos, mansión del pesar.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

Hé aquí que de lo alto los ángeles vienen
Y a sus arpas de oro uniendo su voz
En torno a tu cuna el vuelo detienen
Tu gloria cantando, Jesús niño Dios.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

¡Jesús, mi Dios niño! De ti no me aparte
Ni en vida ni en muerte, ni en cielo ni aquí.
Si quiero esta vida, sólo es por amarte;
Mas venga la muerte si muero por ti.

¡Es noche de Navidad!
Hombres! astros! adorad
Al que a todos nos creó,
Y es hoy Dios y humanidad.

Repetido el coro por la tripulación, al cual acompañaban ya los pasajeros, el Capitán alzó la voz y dijo:

—¡Ahora a tomar la nochebuena!

Y todos se sentaron a la mesa aderezada en proa.

La señora de Lussay, que no había querido dejar a su dulce Jesús sino después de mecerlo hasta que se durmiera, ocupaba el puesto de honor enfrente del Capitán, y en breve estuvo la cena llena de regocijo y de contento. Nada, por otra parte, faltaba en el festín; ni el embuchado, ni la fruta de sartén que se acostumbra por navidad, ni el vino, ni aun la sidra. Duró la fiesta hasta muy tarde; la brisa sutil que hinchaba apenas las velas altas de la nave era bastante para que no hiciese necesaria maniobra alguna.

Sólo la mujer del ingeniero estaba como inquieta en medio del regocijo general, y cuando al fin se encontró aparte con su marido, le dijo con voz trémula echándose en sus brazos:

—Enantes, al tener en mi regazo al niño Dios, se me antojó por un momento que nos había sido devuelto nuestro amadísimo hijo. El pobre niño no tiene madre, y nosotros hemos quedado sin nuestro hijo. ¡Este huérfano sería salvador para nosotros!

—¡Ah! Raimunda querida, el mismo cielo te inspira esos sentimientos. Cierto; el desdichado no tiene ya a nadie en el mundo. Recibámoslo nosotros. ¿Quieres que reemplace al que perdimos? Tiene la misma edad........

—¡Y los mismos cabellos rubios, los mismos grandes ojos azules, los tuyos! Y también se llama Enrique, como el nuestro.

—¿De modo que tu voluntad es decidida a este respecto?

—Sí, Jacobo, sí. Así ya no podrían desecharme por allá, como temí que lo hicieran, si me hubiesen visto llegar con los brazos vacíos.

—¡Vamos! ¡Bendiga el cielo tus anhelos!

En diciendo esto, estrechó en su pecho a su bondadosa mujer, en cuyos labios, a la esperanza del perdón, se dejó ver una sonrisa.

Al otro día, muy temprano, el señor De Lussay rogó al Capitán que le atendiese un momento para hablar con él. Comunicóle la idea que les había ocurrido a su mujer y a él de adoptar a Enrique Nollet.

—La señora de Lussay—le dijo—tuvo un hijo que por poco le cuesta la vida, y los médicos no le dejan esperanza alguna de ser otra vez madre. Perdimos aquel hijo hace poco menos de un mes, antes de nuestra partida de Buenos Aires, y mi mujer ha quedado inconsolable. Desempeñando anoche su papel, observó con extrañeza que el niño Nollet se parecía a nuestro difunto hijo, quien tendría hoy la misma edad, a que se agrega el llamarse Enrique como el otro: y se imagina que es el mismo cielo quien lo puso en su regazo para salvarla de la desesperación y reavivar su amor materno. ¿Quiere usted confiar a nosotros el huérfano? Haremos de él un hombre de bien, y por lo tanto un hombre dichoso, bajo el nombre de Enrique de Lussay.

—Nada más satisfactorio que eso—contestó el digno marino, que había escuchado a su pasajero con emoción;—sólo que encontraría muchos obstáculos ejecutar tal proyecto. Entre los papeles de la señora Nollet no encontré nada que pudiese ponerme en camino de saber de su familia o de la de su marido, pero acaso la pobre mujer habrá anunciado su regreso a Francia, y entonces sucederá que se la aguarde en San Nazario, o que se me entregue alguna carta dirigida a ella, con la cual pudiéramos obtener datos. Ahora bien, si por alguna carta, o de cualquiera otra manera, sé yo que Enriquito tiene abuelo, abuela o pariente de cualquiera especie, será mi deber informar a ese pariente de la muerte de la señora Nollet, y de que se encuentra su hijo al lado de las personas a quienes yo lo haya entregado.

—Verdad. Ni mi mujer ni yo habíamos pensado en tales dificultades. ¿Qué hemos de hacer?

—Aguardar. Tengo esperanza de que antes de un mes llegaremos a San Nazario, donde ya tendremos sosiego.

—Entonces, aguardemos; usted sin embargo, nos permitirá que continuemos prestando a bordo toda atención al huérfano.

—¿Y será eso prudente? Si la señora de Lussay llegase a cobrar al niño un cariño demasiado vivo, ¿quién podrá arrebatarlo de su lado, considerándolo ella como suyo?

—Querrá decir que experimentará un nuevo dolor, mas hasta entonces a lo menos habrá esperado. Y luégo no sucederá lo que usted supone, fuera de que aun en caso de que el niño a quien cuenta usted como pasajero, sólo tuviera parientes lejanos, no nos rehusarían éstos la autorización para darle nuestro nombre.

—¡Ea! Procedan ustedes como les venga en voluntad. Deseo íntimamente que la buena acción que ustedes proyectan no encuentre tropiezo alguno, y en apoyo de ella no omitiré diligencia.

De aquel punto en adelante, Raimunda vino a ser otra madre para el niño Enrique, por supuesto que sin apartarlo de los cuidados que le prodigaba la excelente mujer que lo había atendido. Pasábase largas horas junto al nene, acariciábalo como si fuera ya su hijo adoptivo, pronunciando para provocar sus sonrisas y hacerse querer de él, aquellas adorables e ingenuas fórmulas maternales que ella había empleado antes con su propio hijo.

El *Arco Iris* entretanto continuaba su rumbo, y el 15 de enero, a puestas del sol, uno de los vigías indicó las señales de la embocadura del Loira. El bajel se puso al pairo, y otro día, al amanecer, maniobró el piloto. Algunas horas después fondeaba en la bahía, cerca del muelle de San Nazario.

Raimunda y Jacobo desembarcaron al punto y fueron a acomodarse en la fonda con el huérfano a quien el Capitán Lamenek les había permitido llevar. Estuvieron una gran parte del día con el mayor desasosiego, hasta que al fin el Comandante vino a buscarlos y los tranquilizó. Por el correo que aguardaba el *Arco Iris* no se recibió carta alguna dirigida a la señora Nollet, y nadie tampoco había venido a preguntar a bordo por ella.

No obstante, era indispensable esperar algunos días más, antes de tomar determinación. El Comandante comenzó por informar a las autoridades competentes acerca

de la defunción que había ocurrido a bordo; luégo se hizo sabedor al Juez de Paz de San Nazario, tutor legal del niño Enrique Nollet, acerca de las intenciones del señor y la señora de Lussay; e informado de la posición de la nueva familia, no vaciló el Magistrado en dejarles el niño, con la condición única de que el señor de Lussay mantuviese correspondencia con él para proceder ulteriormente conforme a la ley y en interés del huérfano, y según diese o nó la familia señal de existencia.

Convenidos en esto, después de despedirse, lo mismo que su mujer, del Comandante del *Arco Iris*, anunció Jacobo por telégrafo a su padre que acababa de desembarcar en San Nazario con su mujer y su hijo Enrique, y que todos tres tomarían al día siguiente el tren de la mañana para París. A pocas horas recibía esta respuesta:

«Tu madre se halla muy quebrantada de salud, pero no tiene menor impaciencia que yo por verte acompañado de tu familia. Tu antiguo cuarto de soltero está arreglado para recibirte. Muchos cariños para todos.»

Anegados los ojos en lágrimas, la joven esposa leyó repetidas veces aquel telegrama, y al otro día por la mañana tomó puesto con su marido y el hijo de María Nollet en parte reservada.

¡Ah! El huérfano no se veía ya envuelto humildemente en pañales, como a bordo. Su pobre ajuar había sido reemplazado por mantillas de finísima tela, cofias de encaje, cobertores bordados; y en las doce horas de viaje no dejó sino por ratos el regazo de Raimunda, quien lo estrechaba en su pecho, como si temiese que vinieran a arrebatárselo.

En París, cuando se apearon en la estación de Monte Parnaso, asaltóle nuevamente un terror loco. ¡Si la Condesa de Lussay llegaba a descubrir la verdad! ¡Si despertándose otra vez su orgullo, la acogía con ademán desabrido, altanero! ¡Si no le abría su casa sino por lástima! ¡Quedaría ella suspensa, sin decir palabra, y todo se perdería!

Esto no obstante, el ingeniero, aunque él mismo anduviese azorado, la tranquilizó; entraron en el coche, y a los diez minutos se hallaban a la puerta del Conde de Lussay. Su padre, que lo había columbrado desde una de las ventanas, corrió a su encuentro hasta la escalera y le alargó los brazos.

Echóse Jacobo en ellos con efusión; y luégo, así como estuvieron en el aposento, tocóle a Raimunda, a quien abrazó tiernamente el Coronel, llamándola hija. En seguida tomó al niño, cuyos expresivos ojos parecía que hablaban, y cuyas mejillas robustas y sonrosadas besó con dulzura varias veces, replicando:

—¡Cómo se parece a ti, Jacobo, y qué bien has hecho en volver! ¡Démonos prisa! Tu madre nos está esperando!

Comenzó entonces la joven a herir nuevamente de pie y de mano; cogió otra vez con afán al niño Enrique, para cubrirse con él como con invisible escudo, y todos cuatro entraron en la pieza donde los esperaba la enferma, medio incorporada en una silla poltrona.

La señora de Lussay había envejecido, y daba muestras de estar muy enferma, mas su fisonomía había conservado la mayor nobleza y su expresión severa característica. Hubiérase asegurado que había puesto empeño en no dar a conocer emoción alguna, pues aunque sin duda se hubiera turbado, permanecía inalterable su fisonomía.

—Aquí están todos tres, díjole el Coronel, haciéndose a un lado para dar paso a los que volvían del destierro.

—¡Madre! exclamó Jacobo, yendo sin detenerse a hincarse de rodillas delante de su madre.

La Condesa, sin decir palabra, tomó la cabeza de su hijo entre sus enflaquecidas manos, en tanto que miraba de hito en hito a Raimunda, quien se acercaba poco a poco, pálida, mostrando por su ademán no poder resistir a las miradas escudriñadoras de aquella madre a quien tres años antes había ella privado de su hijo. En efecto, parándose de pronto, con el temblor que la dominaba, estuvo a punto de desmayar.

Entonces su marido se levantó, acudió a ella, a quien ya el Conde sostenía con el brazo, y le dijo:

—Animo, Raimunda, mi madre está esperándote con nuestro hijo, para abrazar a uno y otro.

—Mas la joven lo apartó balbuciendo con esfuerzo como si las palabras le quemasen los labios al salir:

—¡Nuestro hijo! ¡nuestro hijo! ¡Oh! ¡Nó, nó, nunca me atreveré!

Y cayendo de rodillas, lloró, inclinada la frente.

—¡Perdón, señora Condesa, perdón!

—¿Perdón? ¿Y qué tengo yo qué perdonar? preguntó con inquietud la señora de Lussay.

Y como callaba su nuera, contestó secamente, dirigiéndose a su hijo al mismo tiempo:

—A ver, hablad. Hable el uno o el otro.

—Sí, hable usted, repitió el Coronel con amabilidad, levantando a la joven.

Raimunda no respondió sino dirigiendo a su marido una mirada de súplica. Este entonces, acercándose afanoso a su madre, le dijo:

—¡Sí, tiene ella razón! Es mejor no prolongar la mentira.

—¡La mentira! ¡Qué mentira! dijo la Condesa con estupor en que se notaba cierto orgullo. ¿Tal vez con relación a este niño?

—¡No es nuestro!

—¡No es vuestro! ¿Y os habéis atrevido?........

—Ruego a mi madre que me escuche y no nos condene sin oírnos. ¡Si ella supiera todo lo que hemos experimentado en el espacio de seis meses! El día en que mi padre me escribió: «Volved todos tres,» se despejó súbitamente nuestro horizonte. No nos volvimos a acordar de las horas dolorosas de lo pasado, una vez que veíamos que su corazón nos había sido devuelto, lo mismo a ella que a mí, y al que había de llevar nuestro apellido. ¡Ah! ¡cuán dichosos nos considerábamos! Luégo, de repente, aquella dicha huyó para nosotros con aquel que nos la había traído. ¿Porqué el cielo ha sido tan cruel con nosotros, cuando pensábamos haber expiado lo bastante?

—No te comprendo, dijo la enferma con voz más suave.

—Explícate, hijo mío. ¿Qué es lo que ha pasado? preguntó el Conde, cogiéndole cariñosamente la mano, en tanto que con la mirada animaba afectuosamente a la nuera, que se había dejado caer en una silla, y regaba con lágrimas al tierno infante a quien amaba ya tan íntimamente.

Con esto, Jacobo, volviendo a su madre y sentándose junto a ella, refirióle con inexplicable acento de dolor, cómo había perdido su hijo, de manera repentina, en vísperas de embarcarse para Europa; cómo él y su mujer, condenada a no volver a ser madre, se habían preguntado en aquel punto si tenían derecho de regresar solos, sin aquel cuyo nacimiento había abogado tan elocuentemente por su causa; cómo no habían podido resistir al poderoso anhelo de entrar otra vez en la casa paterna, de donde los que antes se sentían ofendidos por ellos, no tendrían valor de desecharlos de nuevo; cómo, embarcados, habían conocido al huérfano, que en la noche de Na-

vidad se les había presentado bajo la forma divina del Salvador, y cómo por último habían reflexionado que, para alcanzar el fin anhelado con tánta vehemencia, entrevisto con acendrado sentimiento filial, les sería perdonado hacer uso de aquella piadosa mentira que Raimunda, por honradez y respetando a la persona que debía ser engañada, no había podido sostener.

Y Jacobo, repitiendo *¡perdón! ¡perdón!* besaba las manos de su madre.

Profundamente conmovido, había instado a la nuera a que dejara la silla, y la conducía con amabilidad, llevando aquélla en los brazos al niño Enrique, en dirección a la señora, quien los miraba acercarse sin llamarlos otra vez, pero no rechazándolos ya.

En aquella sazón comenzó el niño a sonreír; alargó sus manecitas hacía la persona cuyos grandes ojos se habían fijado en él, y cual avecilla que quisiera gorjear, modulaba: *¡mamá! ¡mamá!*

Entonces, tras una ligera vacilación, postrer suspiro de su vencido orgullo, y como si dejara de ser madre para hacerse de pronto abuela, la Condesa apartó a su hijo y alargó los brazos a aquella de quien por tanto tiempo había abominado, y al inocente pequeñuelo que, de la propia manera que el recién nacido del pesebre de Belén, rescataba las faltas de lo pasado.

De allí a quince días, mediante la diligencia de adopción legal, el estado civil del hijo de María Nollet constaba para siempre, y a poco la salud de la Condesa, a quien su hija política rodeaba de cariño y de cuidados, fue mejorando a toda prisa, de modo que los médicos no dudaron de su cabal restablecimiento.

En cuanto al Conde, que desde luégo hizo al nietecillo objeto de entrañable amor, pensaba ya en hacer del infante un soldado, y le repetía con fruición, haciéndole saltar sobre sus rodillas:

—¡Sí, tú serás algún día un guapo oficial, como lo fue tu abuelo, y, por lo menos, otro Coronel Conde de Lussay!

Así había bendecido el cielo el piadoso pensamiento que había inspirado a Raimunda, desesperada, en la noche de Navidad.

1899

MEMORIA

PRESENTADA A LA ACADEMIA COLOMBIANA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA,
POR EL SECRETARIO DE LA MISMA,
EN JUNTA PÚBLICA DE 17 DE JULIO DE 1910,
CON OCASIÓN DEL CENTENARIO
DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

MEMORIA DEL CENTENARIO

Señores:

Celebra la Academia Colombiana en esta solemnidad el centenario de nuestra emancipación política, iniciada por el pueblo de Santafé de Bogotá en cabildo abierto, desarrollada por el pensamiento y el impulso de nuestros próceres, coronada por la obra de Bolívar y Santander y sellada con las instituciones de República libre y cristiana.

En estos días de glorificaciones patrias, cumple ante todo a la Academia Colombiana unir a ellas el recuerdo de la nación española, cuyas grandes cualidades, heredadas por el pueblo americano, fueron bastantes a despertar en él el sentimiento de su dignidad y de su fuerza, con el cual brotó la independencia política en que se sustentaron las naciones hispanoamericanas, cualidades que, aquilatadas por generosas tendencias en el Nuevo Mundo, dieron el triunfo de la libertad y el derecho, por los cuales ya habían lidiado los españoles en las montañas como en los valles de Asturias, en las Navas de Tolosa, en Gibraltar, en los muros de Granada, donde se dio cima a la unidad de España en sus creencias, en sus leyes y en sus aspiraciones. Herencia de aquella sangre vemos en la abnegación y el sufrimiento con que arrastraron nuestros mayores las fatigas de prolija y cruenta lucha, la vemos en el arrojo y valentía con que el adalid de Apure vence, a las márgenes de caudaloso río, seguido de un puñado de leales compañeros, animado por el fuego del amor a la patria, a los tercios enemigos numerosos y aguerridos, hazaña que supera a las legendarias del Paso de Orbigo, a las de don Alfonso el Casto, de Alvar Fáñez, de Rodrigo de var y de Hernando del Pulgar. Herencia de aquel espíritu vemos en el que alienta el ánimo vigoroso de nuestros

próceres, terminada la lucha, en su empeño de establecer la nacionalidad sobre el excelso fundamento de la justicia y del orden, con fe en las virtudes cívicas de los que habían de sucederles para dar consistencia a la vida de la República que surgía de la pugna empeñada con los dominadores.

Sin tales elementos, difundidos en los pueblos que había formado España en América, vana habría sido la tarea de su emancipación. Ni sería parte a enturbiar estos recuerdos el de los defectos en la gobernación de la Colonia y la carencia de sentido político en el mismo régimen, reconocidos hoy de manera explícita por escritores españoles de primera nota, ni menos el de los extremos de crueldad que emplearon los dominadores en la guerra de independencia, ya que el adversario en sus procedimientos no siempre anduvo por los caminos de la moderación y de la equidad para alcanzar el objeto de sus legítimos anhelos.

Esta Academia en especial tiene vínculo sagrado con lo nación española, representada por la Real Academia de la Lengua, a cuyo soplo vivificador se creó la Colombiana, que fue la primera establecida en las repúblicas hispanoamericanas. Así la nación colombiana, que fue la última de las hijas de España en ser reconocida por ésta como emancipada en lo político, viene a ser la primera en estrechar con ella los vínculos intelectuales y literarios que nunca había negado, y que se gozaba en reconocer como elemento de su vitalidad.

No una sino muchas veces ha recibido la Colombiana de la Real Academia Española muestra de la solicitud con que ésta mira por su existencia y adelantamiento, en interés de la lengua y de la fraternidad de los dos pueblos. Ni la considera como dependencia de ella, sino que cariñosamente la apellida hermana.

El espíritu que presidió a la fundación de las Academias americanas por parte de la Española se manifiesta en estos conceptos, que constan en oficio especial dirigido a la Colombiana por el Secretario de la primera en años anteriores, y que es grato recordar aquí:

«Al proponerse esta corporación crear Academias correspondientes de ella en la América Latina fue su único objeto, según ha manifestado ya en muchas y muy solemnes ocasiones, contribuír a que, fraternalmente aliados,

defendiesen la integridad y pureza de la lengua castellana todos los pueblos que se gozan en llamarla suya.

«Pueden, por consiguiente, coadyuvar a la consecución de este objeto cuantos españoles y americanos le consideren noble y útil, sin que la circunstancia de no profesar en materias de distinta índole una misma opinión deba retraerlos de militar unidos bajo la enseña de Cervantes.

....

«Procurar la conservación y acrecentamiento del inestimable tesoro confiado a su guarda incumbe exclusivamente a la Academia Española, así como a las que, apellidándola madre, la alegran y envanecen, y en este linaje de corporaciones, comparado con el único fin por que anhelan, todo lo demás es poco, es nada.

«Lo cual no obsta para que unos académicos disientan de otros en puntos lingüísticos y literarios y en la apreciación de los medios conducentes al logro de aquel supremo fin.

«Los individuos de tales asambleas desempeñan, por otra parte, un cargo honorífico y gratuito, que no los obliga a continua labor ni puntual asistencia. El que no esté agobiado por los quehaceres ineludibles, o por los años o los achaques, tendrá la satisfacción de hacer más que el compañero menos afortunado, y todo el que haga lo que pueda cumplirá como bueno........»

Fundóse la Academia Colombiana en 1871, teniendo como base de su personal a los señores don José María Vergara y Vergara, don Miguel Antonio Caro y don José Manuel Marroquín, que ya eran individuos correspondientes de la Española.

Fijóse desde luégo el número de doce individuos para componer la Colombiana, en recuerdo de las doce casas que, según es fama, se levantaron como principio de esta ciudad de Bogotá, número que con los tres indicados, se completa con los señores don Manuel María Marallino, don Rufino José Cuervo, don Pedro Fernández Madrid, don José Caicedo Rojas, don José Joaquín Ortiz, don Santiago Pérez, don Venancio González Manrique, don Felipe Zapata y don Joaquín Pedro Vergara.

Nombróse como Director al señor Marroquín, y como Secretario interino al señor González Manrique. Más ade-

lante se nombró Secretario en propiedad al señor don Rafael de Pombo, quien vino a ocupar la plaza de académico numerario, por fallecimiento del señor Mallarino.

Vergara y Vergara, durante su permanencia en España, había tratado la conveniencia de fundar entre nosotros la Academia, y dejó allí indicados algunos preliminares para su establecimiento.

Estos pasos, tan eficaces en bien de las letras colombianas, han de agregarse a los servicios que desde su primera juventud había prestado a ellas con empeño y perseverancia, alentando a los literatos príncipiantes, promoviendo centros para el cultivo de la poesía y publicando todo lo que en su concepto levantara el nombre de la patria, como lo atestigua desde luégo la publicación de la *Lira Granadina*, en colaboración con don José Joaquín Borda.

Escribir la historia de la literatura perteneciente a nuestro país, fue labor que emprendió con tesón, fruto de actividad en allegar datos diseminados los más en publicaciones periódicas y folletos de diversas épocas, en buscar códices ignorados o rezagados, en desentrañar de la tradición orígenes de composiciones que en la obra debieran figurar, y en reunir documentos como base de comprobación.

Esa obra, primera en su género que aquí se publicaba, había de tener vacíos que más tarde se llenarían, o necesitar rectificaciones que se harían luégo. La nueva edición que de ella ha salido a la luz adquiere mayor valor con el comentario y advertencias del señor Gómez Restrepo para mejor conocimiento de la materia La obra de Vergara en todo caso es depósito copioso de los antecedentes para una historia extensa de nuestras letras que haya de traerse hasta tiempos recientes, aplicando la análisis crítica con que modernamente se comentan las producciones que constituyen el capital de una literatura.

Vergara ejercitó su privilegiado ingenio en géneros de diversa índole.

En el de costumbres trae cuadros dotados de gracia y exactitud, y encuentra el lector los personajes del escenario natural de la vida, cuyas líneas generales serán siempre de actualidad y hacen recordar en ocasiones a Balzac. *El Conductor de Correos* y *Las Tres Tazas* son buena muestra de lo que valen esos cuadros. A veces se encuentran en ellos semejanzas con los de don Serafín Calderón, Mesonero, Segovia, y a veces genialidades parecidas a las de Pablo Luis Courier.

En otros escritos, como en el *Manojito de Hierbas*, en que dominan una imaginación tan espontánea como afectiva y una suavísima idealidad, no es semejante a nadie, y se advierte más el sello de su peregrino ingenio.

Jugueteó como Selgas con asuntos comunes y al parecer baladíes, sacando de ellos ingeniosidades que entretienen el ánimo con alguna lección filosófica, y muestran una verdad moral en hechos que para la observación vulgar serían indiferentes.

En el trato con la poesía le fue ésta favorable, y aunque no siempre le otorgó toda clase de dones, le suministró para su expresión lírica una forma fácil con un sentimiento delicado.

Mostróse en la polémica brioso adalid, y esgrimió armas bien templadas con robusto campeón, en gallarda defensa de una de las ramas de la raza latina que llevó adelante la insignia de la civilización y el progreso cristiano.

Aunque polemista y a veces enardecido en sus opiniones, no reprimió en su pecho el sentimiento de la justicia, reconociendo en el adversario los merecimientos de que era acreedor en cualquier orden de ideas.

Cayó en el ardor de la lucha periodística, la pluma en la mano, la armadura de su fe en el ánimo, el broquel levantado en alto, reñida la batalla de que nos habla el Apóstol, mas no vencido por el adversario.

La muerte vino en auxilio de éste, y arrebató de mano airada al altivo contendor.

Habiendo ocurrido vacantes entre las doce plazas de académicos de número, se designó para proveerlas a los señores don Sergio Arboleda, don Carlos Martínez Silva y al que escribe este informe, y luégo se acordó aumentar a diez y seis el número de plazas. Para completarlas fueron elegidos don Rafael Núñez, don José María Samper y don Marco Fidel Suárez.

De los académicos enumerados, seis se han sentado bajo el dosel presidencial de la República, en ejercicio de la potestad suprema: Mallarino, Pérez, Núñez, Holguín, Caro y Marroquín. Complace decir que ninguno de ellos mancilló el nombre que los llevó al poder, ni se abatió al señuelo de sórdidos intereses. Sería extraño, con todo, tocar aquí hechos de su vida política. Si hubo en ellos errores, la historia, depuradora de la verdad, los descontará en las páginas de los actos que correspondan a aquellos magistrados.

El primero, levantado por su virtud como por su erudición, latinista consumado, orador diserto, queda en la memoria de los buenos ciudadanos por haber hecho de los diversos partidos políticos legales, como Presidente de la República, una agrupación armónica, aprovechando las fuerzas de ellos, para ponerlas al servicio de la Nación, con lo cual trajo a ésta una éra de sosiego y el acrecentamiento de la riqueza pública.

Don Rafael Núñez, de alta visión intelectual y sentido político, conocedor de las corrientes de la opinión y expositor de los principios que informan una república bien ordenada, supo dar al periodismo el tono que lo levanta y hace de él un ejercicio caballeresco e hidalgo, indicando para las necesidades de ella la experiencia de los hechos y la aplicación de una sana filosofía.

Con esto habría tenido para elevar su nombre y atraerle la consideración general. A sus dotes como pensador político agregaba las de poeta de profundo sentir y expresión original. La forma de su poesía, no todas las veces rigurosa y correcta, deja en el ánimo la impresión que lo lleva a considerar fines trascendentales de la vida. En ocasiones el pensamiento poético se ve envuelto en una especie de escepticismo paradógico, manifestación retórica más que hondo desengaño, niebla que luégo se disipa, estado de alma no enfermizo ni desalentado como el que suele notarse en composiciones dominadas por el espíritu de Shopenhauer y Nietzsche, de cuyo pesimismo dice Melchor de Vogüé que es *el paraiso natural del vacio y habita forzosamente donde no hay ya fe ni amor.*

Ni menos es la poesía de Núñez aquella que priva hoy en ciertos medios literarios, cultivada por ingenios que recuerdan la escuela conceptista, y que se distingue por la exageracion de simbolismo en formas extrañas; poesía que, no obstante su ritmo y buen efecto armónico, pone en tormento a la inteligencia y no trae emociones al corazón: *Non satis est pulchra esse poemata; dulcia sunto, —et quocumque volent, animum auditoris agunto.*

No era la tribuna el lugar preferido de Núñez como propagador de ideas, quizá por ser su palabra un tanto premiosa y no favorable el timbre de su voz. Lo que allí había de decir, lo decía con la pluma, y así ganaba grandemente su argumentación.

Ceñía la banda presidencial de la República cuando le sobrevino la muerte, que causó honda impresión en los círculos políticos y en los literarios.

Paremos por un momento la consideración en puntos salientes de la vida del señor don Santiago Pérez, en lo que se relaciona con las letras.

Le oí leer Filosofía en la cátedra, teniendo por punto de partida el texto del clarísimo Balmes. Aunque mal discípulo, recibí del profesor lección de idiomas extranjeros, que manejaba como su lengua propia. Le vi explicar Economía Política, en cuya enseñanza ninguno le ha aventajado en el país.

En el Colegio que por varios años dirigió en esta capital, se dictaban, además de las literarias, todas las materias que forman ciclo para el doctorado en Derecho y en las Ciencias Políticas, así como las que constituyen el profesorado en Matemáticas. Pérez podía regentar con igual competencia cualquiera de las asignaturas que a tales estudios correspondían, y solía acontecer que faltando de pronto, por cualquier causa, el profesor de la materia, sentábase en la cátedra y desenvolvía la conferencia con la propiedad de quien tiene los antecedentes y anda por terreno firme y seguro.

La exposición didáctica de Pérez era sin igual por la claridad y la precisión, no menos que por la puntualización analítica de los hechos que sustentaban una doctrina, un principio, una regla. Al propio tiempo era de sorprender, al dirigirse al alumno en cada caso, cómo penetraba al punto en el estado intelectual de él con relación a la materia, y cómo ponía sus explicaciones cual convenía a ese estado, de modo que el estudiante después de ellas dominara el conocimiento y quedara dueño de él.

Aquel profesor, si no estoy equivocado, fue el primero que introdujo entre nosotros las doctrinas de Bello para el conocimiento superior de la lengua castellana, que antes se estudiaba por rutinarios textos españoles en que anda ausente toda razón filosófica en orden a método, doctrina, definiciones y reglas. Merced a ese estudio, ampliado y desenvuelto por nuestros grandes filólogos, puede Colombia envanecerse de que en el libro, en la revista, en el diario, se escribe hoy con más esmero y corrección que en publicaciones de otras Repúblicas de Hispano América, y aún muchas de la misma España, originales y traducidas. Nótase que en España, centro de la lengua castellana, hay negligencia en el estudio filosófico de ella, contentándose con haber recibido directamente de los antepasados ese tesoro, sin cuidar de aumentarlo o conservarlo con el tra-

bajo, bien así como el que hereda, sin haberlo ayudado a trabajar, patrimonio precioso, lo maneja desatentadamente, lo aminora y descabala.

Figuró aquel colombiano en los cuerpos legislativos, donde se distinguió por su oratoria incisiva, guiada por razonamiento firme y a las veces de apariencia didáctica, y honró también la oratoria con discursos universitarios y necrológicos que vivirán en la literatura castellana.

Cortejó la musa de la poesía lírica, y ella le prestó sus favores, especialmente en las composiciones que publicó después de su primera juventud. *A Virginia en su bautismo* es preciada poesía en que se reflejan su alma afectiva y la pureza de su ideal religioso, y *Atila*, composición de enérgico vigor, semejante en lejanía a algunos rasgos del gran Quintana.

En la poesía didáctica este académico mostró sus facultades con el poema en octavas sobre el estudio de la Cosmografía, en que la forma atildada es digna del concepto poético que impera en la composición, sin tocar en la aridez que es fácil de encontrar en ese género de poemas.

El periodismo fue palenque en que lidió el señor Pérez por diversas épocas. La entereza de ánimo y una moderada energía caracterizaban al periodista. En debate con él, podía el contrario ir siempre seguro de no caer herido con dardo enherbolado. El modo de razonar era sostenido, la frase castigada, el estilo conciso sin oscuridad, si bien en determinados escritos ponía cierto artificio para deslizar hábilmente alguna penetrante ironía, atenuar la dureza de una apreciación, hacer una alusión con mayor fuerza, debilitar de antemano la respuesta que pudiera oponerse.

La Real Academia Española supo apreciar los merecimientos de él, y sabedora de que había manifestado su voluntad de retirarse de la Colombiana por no serle dado asistir puntualmente a sus juntas y colaborar así en ella, dirigió a esta corporación, suscrito por el insigne don Manuel Tamayo y Baus, oficio sobre el particular, en que se contienen conceptos tan honrosos para el individuo que es objeto de él como para el Cuerpo de que emana.

Después de hacer presente el oficio citado los merecimientos del señor Pérez, dice:

«Siempre hubiera lamentado la Academia Española el propósito que el señor Pérez trata de llevar a cabo, pero laméntalo más aún por ser este literato el primero que in-

tenta apartarse de una de las Americanas, y por ser aquella en que tan inesperado caso ocurre la primera que se fundó, y que sirvió de ejemplo y estímulo para que las demás se fundasen.

«Cuanto esa hiciera con el objeto de retener al distinguido varón que se empeña en dejarla, merecería, a no dudar, el aplauso de todos los hombres discretos y amantes de la gloria literaria que es patrimonio común de España y de la América Española. Acometa, sin escrúpulo alguno, la Academia Colombiana tan hidalga empresa, teniendo en cuenta que una corporación puede y debe ser más generosa que cualquiera de sus individuos.»

El señor Pérez, en vista de tan noble manifestación, que apreció siempre en mucho, desistió de tal propósito, como era natural.

Después de fructuosas labores intelectuales, hace ya algunos años, en honrada pobreza, lejos de la patria, tras largo destierro que sobrellevó con dignidad, pasó el señor don Santigo Pérez a una vida mejor, con las inefables esperanzas de su cristiana fe, cuando a la sazón ardía Colombia en porfiada lucha civil.

Primer Magistrado de la República fue asímismo el señor Holguín, quien, apenas terminados sus estudios, se hizo notar en los negocios públicos.

De gallarda figura, de viva imaginación y talento perspicaz, con atractivos de ameno trato que le granjeaban voluntades, brilló en la liza parlamentaria, y fue Presidente del Congreso Nacional tan luégo como se presentó en él, llevado por la voz del pueblo, que le fue siempre favorable.

Orador de primer orden, avasallaba al auditorio con su palabra ardorosa, persuadía con su dialéctica sustentada por algún principio moral o político, desconcertaba al adversario con su razonar impetuoso a que le llevaban sus firmes convicciones, con la prontitud de su réplica, con el oportuno sarcasmo o la ironía, con la rápida negativa que sellaba el labio del que profería mendaz aserción, todo dentro de los límites de la dignidad y de la conveniencia social.

A la par periodista de altivez republicana, no rehuía ninguna responsabilidad política, y con la superior habilidad de polemista de doctrina, dotado de maravillosa memoria, franco y desembarazado en la expresión, era diestro en encontrar la inconsecuencia del contrario para

convertirla en arma contra éste, llevarlo al absurdo, argüírle de falacia si era el caso, y dejarlo acosado en su último reducto.

En los círculos diplomáticos extranjeros, representando honrosamente a la Nación, sus cualidades dejaron honda huella.

El señor Marroquín la dejó en esta Acadamia por su discreción y sentido práctico en todo lo que se refería al objeto de ella.

En las ligeras discusiones que se suscitaban, atinaba en señalar la dificultad, enseñando lo que convenía para darle solución, no sin haber oído con fina delicadeza cada uno de los conceptos que se emitían, que era uno de los distintivos de su carácter, y que no es de los más comunes.

Puso sus excelentes partes, sus dotes de entendimiento, en servicio de los demás con solicitud extremada, desde su juventud, ya en la pública beneficencia, ya en la línea de la educación, ya en el trabajo de obras didácticas, ya en escritos de alcance filosófico y moral o relacionados con el bien social.

Empleó su lozana imaginación en escritos de diversa especie, sobresaliendo en la narración de escenas de la vida ordinaria, de donde sacaba reflexiones que complacían por su novedad y exactitud, al par que por la dicción pulcra ajustada a los moldes del genuino castellano.

En cuadros literarios moteja con donaire los desvíos de nuestras costumbres, y hay que reconocer que con ello corrigió no pocas ridiculeces y corruptelas de esta sociedad, entre las cuales han de computarse muchas de lenguaje y de estilo.

De sus novelas, escritas siempre con esmero de forma, variadas en sus escenas, de realismo valioso, se desprenden cuadros que Velásquez habría tomado para su pincel, por la realidad de las figuras y la disposición de los asuntos que ofrece la decoracion.

El género biográfico-histórico fue asunto grato a la pluma de aquel autor. El rasgo de la vida del Virrey Solís, con ser no más que un episodio de la historia colonial, es narración interesantísima en que, dispuestas las partes artísticamente, se ofrece un conjunto de elegante estructura.

El carácter de los personajes que muestra el autor en sus escritos biográficos, novelas y artículos varios, está siempre delineado con exactitud. Aun en esbozos breves y

rápidos quedan las figuras bien determinadas, como sucede en ciertos croquis de líneas a lápiz, trazadas como a la ligera, que no sólo son muestra gráfica, sino trasunto del espíritu de aquéllas.

La seriedad de este autor anduvo bien avenida con el ingenio festivo y aun juguetón que se advierte en ciertas producciones, cuya popularidad ha convertido en proverbios originalidades felices de las allí contenidas.

En sus discursos dedicados a asociaciones docentes o de beneficencia, se ve una suave elocuencia que se avalora más con la claridad de los conceptos y la sinceridad de los sentimientos.

En los últimos años de su vida, corrientes contrarias de las letras le arrojaron a las playas de la política, secuestro de toda bonanza, donde sólo encontraría los zarzales que suelen desgarrar el corazón.

Murió cuando tenía comenzadas las Memorias para la historia de su breve vida política, y en momentos en que se proponía comunicar impulso a esta Academia, de la cual era digno Director.

Tras él abandonó para siempre la Academia el señor don Miguel Antonio Caro.

Tocar aquí su vida intelectual sería penetrar en los departamentos más importantes de las letras y de las ciencias, desflorar puntos que por su naturaleza deben tratarse con madurez y reflexión. Ni el análisis somero de una de sus obras cabría en una relación como ésta, que se escribe de prisa, ocasionada a algún concepto erróneo de mi parte. Ni sería oportuno hacerlo cuando la Academia se halla todavía embargada por el duelo traído por el fallecimiento de aquel clarísimo varón, frescas las cinerarias regadas sobre su tumba, y cuando ha de encomendar a persona competente el estudio sobre la vida y obras del mismo.

Mas no he de prescindir de repetir ahora sentimientos que se hallan en el pecho de todos al punto en que se considera su memoria.

El resplandor de la obra de Caro baña de vívida luz las letras castellanas y especialmente las de la América Latina.

Tuvo las intuiciones del genio. Dado un asunto que tuviera que tratar, literario o científico, lo abarcaba todo en síntesis y de modo analítico, con la potencia de su comprensión. Ni le sorprendía ningún punto nuevo, el cual dominaba al momento, lo ilustraba y le daba la solución sin vacilar, con acierto, como si hubiera meditado en él de

continuo, como si con él se hubiera familiarizado. Por eso su exposición en el libro, en el periódico, en la tribuna, era fuente de encantadora ilustración.

En sus manos puras no se profanó la Poesía. A ella rindió culto sagrado, de ella fue pontífice supremo. En la elación de su numen, se la verá con el ropaje más noble, con los arreos más preciados, con el bordado de realce más valioso, levantarse sobre el Parnaso irradiando su diadema, sin que la fimbria de su veste, en región sublime, alcance a rastrear en las miserias de la tierra. Su obra poética—*obra cincelada del divino Alcimedonte*—(1) vaciada en los moldes del gusto helénico modificado por el latino, se guarda en las arcas de las literaturas clásicas.

Engendra la sabiduría benevolencia y tolerancia, lo cual se hacía ver en nuestro Caro; pero cuando en cualquier orden de ideas sentía que la verdad conocida por su entendimiento era negada o combatida, entonces estallaba su pecho, salía valeroso al palenque con su férrea armadura, arrostrando el enojo del contrario. Y si era la verdad artística la que veía atropellada y desconocida, extremaba su ardentía, y con las artes sutiles de su ingenio sacaba del templo a los prevaricadores del arte. Así le vemos ceñudo, severo en su sátira contra los malos versificadores. Estimaba inviolable el concepto genuino de la poesía, y de este modo la suya alcanzaba el grado supremo de perfección, pudiendo aplicarse a sí mismo la expresión del vate venusino *sublimi feriam sidera vertice.*

La bondad de ánimo y la tolerancia que dije, las usó el señor Caro en su trato particular y en su conducta social. No desoía el relato de ajenas desventuras, y a ellas acudía, si estaba en su mano. Guiaba a los jóvenes con el consejo y el advertimiento oportuno, y con particularidad al literato novel que le consultaba para abrirse camino, sin escatimarle cualquiera indicación que sirviera para levantarlo.

El estudio de las humanidades tomó a su impulso en nuestra patria el mayor incremento, y era de ver cómo exponía con su animado verbo las excelencias de la lengua latina en relación con las romances, de modo que oyéndole se habría dicho de él propiamente lo que el incomparable Faguet dice sobre la forma en que Gastón Boissier discurría encareciendo las bellezas de la latinidad: *Al través de su plática la versión latina vivía, el discurso latino*

(1) Virgilio, Eglogas.

respiraba, resplandecia la oración en nuestra lengua, y los versos latinos tenian alas.

Desapareció de lo terreno aquella intelectualidad, mas queda su labor como manantial que fluye continuo para fertilizar los campos en que se ejercitó.

Tras estos recuerdos tristes a la par que satisfactorios para mí, porque parten de sentimientos de justicia y de gratitud, mal expresados y cortos para lo que experimenta el alma, debo hablar de la corporación por un lado más práctico.

La Academia ha tenido largas interrupciones en sus trabajos, y obstáculos para llevar a cabo sus propósitos.

Las borrascas políticas, frecuentes en estas jóvenes nacionalidades, las ausencias prolongadas de algunos de los académicos, sus enfermedades, sus ocupaciones perentorias en el gobierno del Estado, han dispersado los elementos poco numerosos de la Academia e impedido su regular funcionamiento.

Antes de la última cruenta guerra, la Academia, falta de local destinado a ella, hubo de celebrar sus juntas ordinarias y solemnes en las casas de sus miembros; y así los salones de los señores Caicedo Rojas, Marroquín, Caro, Pombo estuvieron a la disposición de ella. A las sesiones solemnes, inaugurales y de recepción, los amigos de las letras acudían con especial agrado, y no solamente los ilustrados dueños de casa, liberales como los antiguos hidalgos de Castilla, les brindaban con la satisfacción del espíritu, sino que, acabada la sesión, los obsequiaban con la tradicional cortesanía bogotana. Después se han verificado las juntas en diferentes locales, y últimamente en el Palacio de San Carlos, franqueado por nuestro Ministro de Relaciones Exteriores.

Los primeros pasos de la Academia fueron de buen augurio, pues se emprendió la publicación del *Anuario*, en que vieron la luz escritos selectos de los miembros de la corporación, escritos entre los cuales se encuentra el admirable estudio crítico del Quijote, del señor Caro, que con ser muchos los que posteriormente se publicaron con ocasión del centenario de aquella obra, siempre figurará en primera línea. Suspendido el *Anuario*, los escritos académicos salieron a luz en el *Repertorio Colombiano*, inte-

rrumpido a causa de las revoluciones políticas. La Academia se propone continuar próximamente el *Anuario.*

Entre los actos de ella merece recordarse la celebración que hizo del centenario de don Andrés Bello, patriarca de las letras americanas, maestro en todo linaje de disciplinas, guiador del gusto literario. Presidió esta solemnidad el Jefe del Estado, don Rafael Núñez, con su ilustrado Ministro don Ricardo Becerra. A la sazón rendía a la memoria del sabio el mismo homenaje la Real Academia Española, y pronunciaba erudita oración el académico don Manuel Cañete, lo cual acrecentaba la gratitud de la Colombiana a aquel ilustre cuerpo.

El tributo indeclinable de esta Academia fue agradecido debidamente en la patria de Bello, e incentivo para estudiar y ampliar la obra del mismo, perteneciente a la lengua y a las letras.

Abierto certamen para la solemnidad, surgió en ella a la gloria literaria el señor don Marco Fidel Suárez con sus *Estudios gramaticales*, primicias de su saber en el campo de las investigaciones filológicas, que presagiaban los trabajos que más adelante había de ofrecer a la literatura y a la ciencia.

El señor Suárez, cuya sabiduría se realza con la modestia, ha facilitado en sus *Estudios gramaticales* la profundización de las doctrinas de Bello en punto de lenguaje, sobre la base de la verdad científica, y con ello ha venido a prestar servicio inapreciable en la alta enseñanza de nuestros institutos.

Del análisis filosófico del lenguaje pasó más adelante nuestro eminente compañero a la crítica literaria, en la cual infiltra su espíritu delicado y refleja los matices de ingenio que hacen ameno el centro en que se resumen las varias corrientes de la literatura. En esta clase de especulaciones manifiesta el autor el sentimiento que deriva de una pura doctrina estética, y la verdad artística resurge en su genuina expresión. Ensanchada la visión del autor con la luz de su poderosa mentalidad, penetra en el fondo de los conceptos para fijar sus condiciones en relación con la forma, aplicar el precepto clásico, desenvolverlo y ampliarlo.

En ese certamen fue reconocido como diligente y puntual investigador el señor don Lorenzo Marroquín, quien recibió el premio merecido por su estudio sobre los *Orígenes y recensión del poema del Cid,* premio que había de

estimularle a la producción de otras obras que han dado resonancia a su nombre.

El arte dramático, rama de las letras menos estimulada entre nosotros, ha tenido en este ingenio cultivador fidelísimo, así por sus peculiares disposiciones como por haber disciplinado su espíritu en la observación de las escuelas que van hoy adelante en el ejercicio de aquel arte. Las producciones que ha dado a la escena, en varios géneros de ella, se notan por la contextura del argumento, lo vigoroso de la acción, la naturalidad con que vienen las peripecias, la viveza del diálogo y la solución fácil al par que inesperada de la trama. Gusta ver cómo el autor, siguiendo las huellas de los maestros en el arte, lleva a la escena los personajes, no como fantásticos o excepcionales, sino como seres humanos, movidos por el resorte de las pasiones, con las variaciones y accidentes que les dan el medio y el ambiente local en que viven.

Ni ha sido esta la parte en que Marroquín ha ejercitado sus facultades de inventiva. Vémosle que saca de la vida social ficciones novelescas con gallardía de pensamiento, soltura de frase y elegancia de estilo, enmarcando el fondo del cuadro con labores de rica fantasía. La descripción de sitios y circunstancias en que se verifican los sucesos secundarios, el incidente oportuno, la narración de hechos que ocurren en el camino que sigue la acción principal, se compenetran y refuerzan la unidad de ella. En la descripción objetiva, sobre todo, el autor condensa pormenores, y sin aliños superfluos ni otras redundancias, los dispone en consonancia con el tono característico de la decoración, a la cual da un aspecto pictórico del mejor efecto.

En el mismo certamen alcanzó el lauro de poesía por preciosa composición en loor del cantor de la Zona tórrida nuestro docto literato y veterano institutor don Ruperto S. Gómez, cuyos merecimientos constarán siempre en los anales de las letras patrias.

Uno de los mayores quebrantos que en el curso del tiempo ha experimentado la Academia, ha sido la ausencia del señor don Rufino José Cuervo. La única compensación que para nosotros ha tenido su ausencia, es que con ésta ha logrado nuestro compatriota, en centro propicio a la publicación de trabajos de erudición, atender a la de sus obras, obras que no me es dado calificar, temeroso de que mi alabanza no corresponda a la grandeza y maravilla de ellas.

El señor Cuervo, rey en los dominios de la lengua castellana, admirado por todos sus conterráneos, de todos estimado y querido, mora en París, consagrado a sus nobles labores, pero atento a lo que honra y enaltece a su Patria que se ufana en considerarlo como su mejor hijo por el saber, como uno de los mejores por la virtud. Consultado por los eruditos del Viejo Mundo, su concepto es respetado por ellos. En materia de doctrina filológica su decisión hace ley, y su palabra es la última en dirimir cualquier cuestión en las controversias que se suscitan. Conceda el cielo el término de su labor con la prolongación de tan preciada existencia.

Es de lamentarse también que no se halle entre nosotros el laureado poeta don Rafael de Pombo, quien a causa de sus padecimientos físicos priva a la Academia del concurso de sus luces, y de los servicios que con tánta delicadeza le ha prestado en el desempeño de la Secretaría, y de quien espera siempre esta corporación útiles advertimientos y elevadas indicaciones para sus trabajos.

———

La principal tarea de esta corporación en años anteriores fue el examen del Diccionario de la Lengua para ver las adiciones y enmiendas que respecto a él debían proponerse a la Real Academia. Para la duodécima edición se enviaron no pocas, así por parte de la corporación como de la de algunos de sus individuos, envío que fue acogido por la Real Academia con vivo agradecimiento y utilizado de manera satisfactoria. La Colombiana tomará ahora, como urgente, trabajo semejante sobre la décimatercia edición, y estimo que con el concurso de sus nuevos miembros será el empeño de toda eficacia, pues la delicadeza de ese trabajo requiere la consulta del mayor número de opiniones ilustradas.

En el último año anterior ingresaron en la Academia, como individuos de número, los señores don Emiliano Isaza, don Antonio Gómez Restrepo y don Lorenzo Marroquín, que ya tenían carácter de académicos correspondientes de la Española, ingreso que ha sido nueva fuerza para esta corporación, y al que se debe la continuación del funcionamiento regular de ella. La Comisión Nacional del Centenario de la Independencia, de que ellos han hecho parte, ha contribuído también en mucho para allanar

dificultades a la Academia en la prosecución de sus trabajos, y por ello le debe ésta expresivo reconocimiento.

El señor Isaza, a cuyas altas condiciones personales y virtudes públicas se unen los merecimientos de gran servidor de la patria en la diplomacia y en la administración del Estado, filólogo y lexicógrafo de amplia erudición, educacionista de probada experiencia en el desenvolvimiento de los buenos estudios, autor de excelentes textos para la enseñanza de la lengua y de otros en que se interesa el progreso de la educación pública, es para la Academia importante trabajador en su parte más práctica.

El señor Gómez Restrepo, profesor de altos estudios literarios, poeta de la mejor estirpe del Parnaso, cuyos sonetos no son superados hoy en castellano, indicará rumbos seguros para que la Academia logre un grado mayor de consistencia.

El señor Marroquín, de cuyos antecedentes literarios ya se ha hablado, con su genial actividad y voluntad enérgica, busca la orientación que conviene al adelantamiento de la Academia para consolidar su existencia.

En Junta de 11 de junio último fue elegido Director de la Academia por fallecimiento del señor don José Manuel Marroquín, el señor don Rafael María Carrasquilla, digníšimo por su carácter sacerdotal como por su autoridad, saber y demás condiciones sobrado notorias para el cargo, las cuales sería prolijo enumerar.

Imposibilitado el señor Pombo para desempeñar el de Secretario de la corporación, se eligió en la misma junta al que esto escribe, en condición accidental, para sustituírlo.

En sesión del 14 del pasado se hizo elección de varios académicos de número para proveer cuatro de las plazas que había vacantes, a saber:

Para la del señor Caicedo Rojas, a quien la Academia recuerda con afecto, escritor ático de crónicas y de costumbres, poeta lírico y dramático, se eligió al señor don Liborio Zerda, Ministro que fue de Instrucción Pública, miembro de la Academia Nacional de Medicina, individuo correspondiente de la Academia de Historia de Madrid, Rector que fue de la Facultad de Ciencias Naturales y Medicina de Bogotá, Catedrático que ha sido de Química y de varias ciencias médicas, Consiliario del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, e investigador erudito de antigüedades históricas en nuestra patria.

Para la del ilustre repúblico, que en la diplomacia y en la política hizo muestra del valor de sus letras, señor don Felipe Zapata, fue elegido el señor don Rafael Uribe Uribe, General de la República, representante del pueblo en varias legislaturas del Congreso Nacional, Ministro que ha sido de Colombia en diversas naciones latinoamericanas, doctor en Jurisprudencia e individuo de número de la Academia Nacional de Historia de Bogotá, ejercitado en artes intelectuales y esforzado luchador en la tribuna y en la prensa, correcto y vigoroso en la palabra, tiene blasones que acreditan su nobleza literaria.

Elegido para reemplazar al señor don Santiago Pérez el señor don Carlos Arturo Torres, tomó posesión de su plaza en la noche del 10 del actual. Versó su discurso de recepción sobre la literatura de ideas, y contestó a él el señor Gómez Restrepo. Valiosa será la colaboración del nuevo académico, que ha enriquecido nuestra literatura con las producciones de su talento, recamándola de finísima pedrería en el arte dramático, en la poesía lírica, en disertaciones de filosofía política y en el periodismo, que ha mantenido con cultura y dignidad.

Con títulos bien adquiridos, el señor don Hernando Holguín y Caro viene a heredar el sillón académico del señor don Carlos Holguín. El señor Holguín y Caro, doctor en Derecho y Ciencias Políticas, orador de palabra mesurada y correcta, es poeta de levantada inspiración y forma clásica.

En sesión de 23 del último junio fueron elegidos otros cuatro individuos de número, con lo cual se completaron las diez y seis plazas de que consta la corporación.

El señor don Carlos Calderón, Ministro que ha sido en varios ramos del Despacho Ejecutivo, diplomático, publicista, político de oratoria sólida y vibrante, activo y gallardo en su carrera pública, reemplazará al señor don Rafael Núñez.

El señor don Antonio José Uribe, Ministro que fue de Relaciones Exteriores y de Instrucción Pública, ex-Ministro diplomático, Presidente que fue del Senado de la República, jurisconsulto, ex-Rector de la Facultad Universitaria de Derecho de Bogotá, catedrático de la misma Facultad, miembro honorario de la Academia de Jurisprudencia de Madrid, de la de Barcelona y de la de Legislación comparada de Berlín, Presidente honorario de la Acade-

mia de Jurisprudencia de Bogotá, miembro de número de la de Historia de Bogotá, publicista, expositor y comentador de nuestro Derecho y catedrático que ha sido de Historia de la Literatura castellana, viene a reemplazar al señor don Carlos Martínez Silva, a quien la Patria debió mucho por sus virtudes cívicas y la probidad y abnegación con que le sirvió, y esta Academia en particular por haber puesto a disposición de ella el *Repertorio Colombiano*, importante no sólo por su literatura sino por ser sus crónicas políticas, páginas acabadas de nuestra historia.

En reemplazo del señor Caro se eligió al Reverendo Padre Teódulo Vargas, de la milicia insigne de la Compañía de Jesús, sacerdote que a su mansedumbre y piedad y a la unción de su palabra en la Cátedra sagrada une condiciones de poeta clásico.

Para la vacante del señor don José Manuel Marroquín fue elegido el señor don Guillermo Camacho, ingenio de quien cabe decirse que no tuvo ensayos para principiar su carrera literaria, pues desde sus primeros escritos en la crítica y en el periodismo político salió su pluma armada de punta en blanco, experimentada y docta.

En la misma junta del 23 fueron elegidos académicos correspondientes de esta corporación varios literatos renombrados de fuera de Bogotá, a saber: don Guillermo Valencia, don Andrés Posada Arango, don Obdulio Palacio, don Luis Eduardo Villegas, don Tomás Carrasquilla y don Luis Orjuela.

El señor don Eduardo Zuleta, miembro correspondiente de la Real Academia Española, tan eminente por sus letras como por la solidez de su ciencia, fue declarado también individuo correspondiente de la Colombiana.

Académicos honorarios de la misma fueron elegidos don Antonio Rubio y Lluch, de Barcelona, y don Victoriano Agüeros, de Méjico, distinguidos por su saber literario como amantes de todo lo que se refiere a esta tierra de Colombia.

Elegido académico de la misma categoría fue el señor don Calixto Oyuela, en testimonio de lo mucho que se le aprecia entre nosotros por la excelencia de su poesía.

En sesión de 7 del actual fue nombrado el académico señor Isaza para el cargo de Tesorero de la Academia, y en la de 14 del mismo se nombró académico correspondiente al Reverendo Padre Mario Valenzuela, quien desde su primera juventud, antes de ingresar en la Compañía de Jesús, ornó su frente con el lauro de la poesía lírica.

Entre los individuos pertenecientes a esta corporación que han fallecido, no podría dejar de citar al señor don Ricardo Carrasquilla, académico correspondiente, fino amante del enaltecimiento de la Patria, poeta de ingeniosa originalidad, orador elocuente y filósofo, que en su tiempo ejerció la mejor influencia en la educación de la juventud y que formó hombres que han honrado a nuestra sociedad.

Lamenta la Academia el que, por el número reducido de las plazas con que cuenta, se vea privada de la colaboración inmediata de algunos de nuestros lingüistas y literatos que no pertenecen a la corporación y que como miembros de ella, serían contingente valiosísimo para sus tareas.

Entre las que habrá de tomar a su cargo la Academia, impónese la de formar el *Diccionario de provincialismos*, en que deberá establecerse la calidad de las voces y expresiones regionales que corren en Colombia, fijándose las que son de legítima admisión por referirse a objetos nuevos, necesarios, introducidos por los adelantamientos de industrias, de trabajos especiales del país, consignando las que corresponden a costumbres y peculiaridades locales, las de nuestra fauna y nuestra flora—con la correspondencia técnica, los proverbios, refranes, locuciones castellanas que trasplantadas a América han sufrido modificaciones en sus elementos lingüísticos o en la idea que originariamente expresan, y notando con el estigma que conviene las que son transformaciones o adulteraciones de formas castellanas, sustitución arbitraria de unas por otras, defectos ortológicos y prosódicos y desviación sintáctica de las frases.

Por fortuna el conjunto de términos regionales no alcanza a formar en Colombia dialecto de ninguna especie, y apenas constituye divergencias parciales que no afectan a la masa general del idioma, ventaja de mucha entidad, que no tienen algunas otras naciones hispanoamericanas, ni aun la misma España, donde la lengua nacional se ve obligada a entablar lucha enérgica con las irrupciones de dialectos que nunca serán principio de una lengua formada por el proceso de la intelectualidad de pueblos flamantes, sino degeneración del idioma, traída por la ignorancia y el mal gusto de clases no ilustradas.

Cabrían en el Diccionario no pocos términos y locuciones anticuados que se conservan tradicionalmente en

algunas de nuestras regiones, los cuales a veces no carecen de donaire y gracia y que antes que proscribir, debería hacerse esfuerzo por mantener.

Muchos puntos contenidos en el libro de Cuervo sobre el lenguaje bogotano, serían punto de partida para ese Diccionario, del cual, una vez formado, podría tomar la Real Academia para el léxico general los términos que en su sabiduría estimara útiles y que acrecentarían el caudal común del idioma, ya que son muy pocos los provincialismos de Colombia que en aquel léxico aparecen. Para ese trabajo serían de grande estima y utilidad las indicaciones de nuestros ilustrados correspondientes de fuera de Bogotá.

Sería importante formar un registro de aquellos nombres históricos y geográficos en que desde muy antiguo ha vacilado el uso de los doctos mismos, en lo tocante a su forma gráfica y fonética, con las advertencias que ocurran acerca del proceso que han seguido en sus mudanzas con el transcurso del tiempo, registro que habría de contener también las formas gentilicias de muchos nombres que no están bien fijadas.

Los términos técnicos de algunos ramos del saber de mayor aplicación, entre otros los pertenecientes a las ciencias físicas y médicas, ofrecen dificultades en su condición ortográfica y prosódica, como que esos ramos están vulgarizados en lengua francesa, y la mayoría de los términos es originaria del griego y del latín. El procedimiento del castellano para sacarlos de estas lenguas es distinto del que se adopta en francés. De ahí la confusión que se advierte en la forma de ellos, cuando están traducidas sin el conocimiento debido obras concernientes a tales ramos, sobre todo las que lo han sido en España en estos últimos tiempos, así como el mal empleo de los mismos términos por los que estudian en ellas, o por los que lo hacen en la obra original de la lengua francesa. A mantener la pureza de la lengua castellana dentro del estudio de esas mismas ciencias, contribuiría la Academia formando una guía para fijar las formas de los términos procedentes del latín y del griego, ocasionados a duda.

Propio de la Academia es asímismo arreglar una *Antología*, o libro de lectura, de autores españoles y americanos, distribuídos por materias metódicamente y según la calidad de la elocución y del estilo, con comentario breve sobre la condición literaria de cada escrito, notas y adver-

tencias que sirvan a ilustrar la composición y reglas generales y precisas que dominen en el arte de la lectura, libro que es de necesidad para los institutos docentes de grado superior literario, y que al par sería de provechoso entretenimiento para toda clase de personas.

Por último, toca a la Academia abrír certámenes que estimulen el talento y despierten las fuerzas intelectuales, algunas veces adormecidas por falta de impulso y movimiento en un país como el nuestro, escaso de compensaciones para el trabajo del ingenio, si no han de ser éstas las fruiciones purísimas con que suele brindar el corazón.

Cese ya esta desabrida taracea literaria para que escuchéis con deleite la frase alada y seductiva de Gómez Restrepo, y el áureo período en que el pensamiento de Suárez se levanta a las esferas de la ciencia del lenguaje.

MEMORIA

PRESENTADA A LA ACADEMIA COLOMBIANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA,
POR EL SECRETARIO DE LA MISMA,
EN JUNTA PÚBLICA DE 6 DE AGOSTO DE 1912

MEMORIA DE 1912

Señores académicos:

Al emprender jornada entra a veces el viandante por agrio y tortuoso sendero, obstruído de abrojos y maleza que dificultan el paso, oscurecido a trechos por las marañas del follaje, y sale luégo a sitio descubierto y ameno, refrescado por la sesga corriente de cristalinas aguas, que brinda con las galas de variada naturaleza bajo dilatado horizonte, con lo cual da por bien servido el fastidio y cansancio del principio. Lo propio acontecerá a vosotros en esta solemnidad, en que para llegar a lecturas que cs han de cautivar por la importancia de la materia y el valor retórico, os veis obligados a poner primero la atención en un informe de traza oficial que reglamentariamente debe contener un resumen de actas y de datos relacionados con ellas, apenas hilvanado, sin unidad de plan literario, y ocasionado a repeticiones no tanto de palabras que en concepto de Pascal no hay que temer, síno de circunstancias muy conocidas, que, presentadas sin novedad, no son como el perfume de ciertas flores, cuya aspiración repetida siempre es grata.

Correspondiendo esta exposición a los dos anteriores años que hoy terminan, sea lo primero consignar en ella que la Academia para su mejor organización ha dictado sus estatutos y reglamento en consonancia con la experiencia y las necesidades de la corporación y teniendo en cuenta nuestra índole social y lo que se practica en asociaciones semejantes.

El Gobierno ha reconocido personalidad jurídica a ésta, de acuerdo con las disposiciones legales.

Ya el Congreso de la Nación había considerado la importancia de su sostenimiento, y para prestarle el apoyo oficial dictó en su última legislatura la ley concerniente al efecto, a la cual se ha dado cumplimiento por el Gobierno.

Las bases para el *Diccionario de provincialismos* han quedado sentadas, y próximamente se formalizarán los trabajos de él.

Días aciagos han venido a la Academia en la época reciente.

En julio del año próximo pasado, sucesivamente, pudiéramos decir que casi a un tiempo desaparecieron para siempre de nuestra corporación don Carlos Arturo Torres, don Rufino José Cuervo y el Reverendo Padre Teódulo Vargas.

A 11 de julio falleció en Caracas el señor don Carlos Arturo Torres, quien desempeñaba allí importante misión diplomática del Gobierno de Colombia, después de haber ocupado puestos de gran significación en la Administración Pública y habiendo dejado renombre en nuestra literatura como atildado periodista, poeta lírico de valiente numen y autor dramático de poderosas facultades.

Para sucederle fue designado el señor don Diego Mendoza Pérez, publicista cuyos estudios han sido de gran valía en graves cuestiones en que se interesa el honor patrio, que ha enriquecido la literatura con traducciones admirables de obras de alcance social, y que como lingüista ha contribuído al sostenimiento de la lengua castellana con trabajos lexicográficos y gramaticales que son fuente segura de consulta.

Fortalecido con las inefables certidumbres de una vida ulterior para recibir el galardón final de sus virtudes, falleció en París el 17 de julio el señor don Rufino José Cuervo. Debiera yo aquí reprimir mis sentimientos por temor de que al expresarlos no correspondan a la grandeza del sabio, y cuando por otra parte nuestro compañero don Antonio Gómez Restrepo puso aquí mismo en su punto la vida de aquel varón en orden a la perfección de su obra, a la literatura en general y principalmente a la lengua castellana, así como la extensión y alcance de la propia obra en la cultura intelectual.

¿Qué a vosotros, artífices de joyas de ingenio y de florones de corona imperecedera, con valorar tesoros, en los cuales habéis ya determinado con luz clarísima los delicados matices que encierran y que se ocultan a la visión estrecha de mi entendimiento?

Séame permitido, con todo, pensar cómo el sabio, haciendo a un lado el empirismo del análisis gramatical en

que de antiguo se sustentaba el conocimiento de las lenguas sin distinguirse en ellas el enlace que lleva a sus originales fuentes, sigue de etapa en etapa las relaciones de las mismas, fija su valor morfológico, encuentra las raíces, las derivaciones, la composición legítima de los vocablos, su fonética, su filiación, su condición sintáctica, las leyes a que obedecen en su organismo, y funde el método experimental con el método psicológico, con el del espíritu que anima la ciencia del lenguaje, para explicar una porción de fenómenos que antes parecían velados por el misterio y señalar el proceso de la etnografía filológica, de la gramática comparada.

Delante de su obra se ven desfilar las lenguas monosilábicas del Extremo Oriente, las aglutinantes de la América del Norte y de las regiones tártaras, las de la familia semítica, y las que partiendo del idioma védico y sánscrito corren en movimiento regular hacia el Occidente y vienen a formar las lenguas indoeuropeas, que a su vez dan lugar a los idiomas actuales. Y revolando con la solicitud extremada de su mentalidad, allega los jugos diseminados de los grandes maestros para sentar los fundamentos de su exposición. Allí es ver iluminadas por su explicación las teorías concernientes al procedimiento que ha de asegurarse para el estudio de las lenguas a la manera de las ciencias naturales, ampliadas las referentes a la indagación de las transformaciones de unas lenguas en otras, y fijada la fisonomía y los lineamientos con que cada una se distingue. Y ya dentro de la lengua castellana, que podemos apreciar de cerca, admiraremos más la manera como sustancia y avalora en orden prodigioso los documentos que constituyen su riqueza, viniendo en gradual proceso desde los orígenes hasta tocar en los más salientes escritores de nuestros días, y asentarla en el puesto de lengua principal.

Bien abastado de todas las dotes de entendimiento, añadía a ellas Cuervo una voluntad inquebrantable y una memoria sin la cual no habría alcanzado la perfección de sus trabajos, memoria ordenada a toda suerte de disciplinas, a tal punto que cualquier consulta que se le hiciera a deshora, en cualquier lugar, sobre la ciencia o arte que pareciera más extraña a sus estudios, la resolvía sin vacilación, e indicaba la fuente a que debía acudirse, no así como quiera, sino señalando el lugar fijo de la obra, la página, el párrafo que convenía. Esto que digo no es de

referencia sino que hube de experimentarlo o presenciarlo por mí mismo.

La austeridad de su vida tiene muchos puntos de semejanza con la de Pascal, aventajando a éste en la concepción genuina del ascetismo cristiano, que no le llevó a especulaciones teológicas que bastardearan de él.

De su amor a la patria es el mayor testimonio el tesón con que trabajó por conseguir en ella la unidad de la lengua, y de manera concreta la doctrina que entraña la obra sobre la vida de su padre, que escribió con su digno hermano don Angel; y si faltara algo para comprobar ese sentimiento, ahí están los legados que como su última voluntad son en beneficio común del suelo en que vino a la vida.

Aunque de ideas conservadoras por temperamento y por educación, se abstuvo de ingerirse en las luchas políticas, y sin que dejara de interesarse con ahinco en la suerte de la Nación, evitó pertenecer al Congreso de la República cuando la Circunscripción del Tolima le diputó por su representante, y no aceptó la Legación Diplomática con que hubo de brindarle el Gobierno.

Lo que no todos saben de Cuervo, y conviene saberlo, es que el sentimiento de la poesía era en él delicadísimo, y que a sus horas, aunque no fuese sino para su propia satisfacción, metrificaba con primor y facilidad, ya que sería del todo superfluo decir que lo hacía con la propiedad del arte. Quizá no sería aventurado juzgar que en el ingenioso poema *La Dulzada*, de su hermano don Angel, se ve uno que otro toque de su mano.

Vayan como acotación y por ser demasiado breves unas estancias de él dedicadas a la *Inmaculada Concepción de María*, si bien no se necesiten para encarecer el mérito literario de nuestro autor:

¡O CLEMENS! ¡O PÍA!

Anhelando el alma mía
Un dón poderte ofrendar
Pide voz a Poesía;
Mas siente que desvaría
Si intenta el himno entonar.

Que ya no place al oído
Ni la fuente sonorosa
Ni de la selva el ruído,
Ni en el pecho endurecido
Tiene eco natura hermosa.

Más ¿qué fueran sus acentos
Entre el espléndido coro
Que en melodiosos concentos
Pregonando tus portentos
El plectro mueve de oro?....

¡Alma mía! el vuelo abáte
Y humílla tu presunción,
Deja que otro ardiente vate
Su beldad cantando acate,
Pues tus versos rudos son.

Confundido su deseo,
El alma en sí se concentra;
Y tras aquel devaneo
De la virtud el arreo
Para ti juzga que encuentra.

¡Pobrecita! no comprende
Que es agostado jardín!
Marchito el lirio se tiende,
Ni rosa ni viola prende:
Abrego dio a todo fin.

De tánta ruina en presencia,
Se deshace al recordar
Los días de su inocencia,
Cuando hablaba a tu clemencia
Pudiendo al cielo mirar....

Ah! ni cánticos ni flores
Puede darte, tú lo ves;
Digan otros tus loores,
Que ella en medio a sus dolores
Lágrimas vierte a tus pies.

Discípulo predilecto de nuestro nunca olvidado don Santiago Pérez, acontecía surgir en el colegio que éste regentaba alguna dificultad, alguna duda de los estudiantes más aventajados, y el maestro solía encaminarlos a Cuervo para fiar en él la solución como lo más acertado y decisivo en el punto.

Ni conoció el egoísmo en el saber. Fue siempre guiador atentísimo de cualquier persona que a él acudía en demanda de ilustración o de consejo, y especial su solicitud con respecto a los jóvenes, a los cuales recibía con la discreción y el tacto necesario para hacerles comprender que el dato que les suministraba era adquirido por ellos como si lo hubieran sacado de su propio entendimiento.

Leyó Humanidades en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y en el Seminario Conciliar de la Arquidiócesis de Bogota, en el primero de los cuales tuve ocasión de comprender por mí mismo que su aptitud docente era tan completa como su saber, lo cual ha de notarse, pues no todas las veces el más sabio es el más apropiado para dar enseñanza. Por circunstancias de diversa especie fue corta esa tarea de institutor, pero siempre quedó sello indeleble de ella en los establecimientos en que la ejerció, y en el que hace esta reseña, recuerdo perenne de gratitud por haber recibido allí de él alguna lumbre no bien aprovechada para su mente.

Como complemento de su fisonomía moral, diré que distinguía a Cuervo un carácter firme que a veces le hacía producirse con vehemencia suavizada al momento por la cortesía ingenua, sincera, cordial, con que sabía cautivar voluntades, esa cortesía que considera Balzac originada del corazón y de un gran sentimiento de dignidad personal, manifestación que brota del pensamiento cristiano, flor de la caridad que nos hace olvidar realmente de nosotros mismos para advertir lo que favorece a los demás.

La piedad, virtud de sabios como Pascal, Newton, Pasteur, Newman, que lleva a lo infinito la consideración de lo terreno, completa y acabala el espíritu de Cuervo.

Perteneció en Bogotá a la Sociedad de San Vicente de Paúl y a casi todas las hermandades y cofradías aquí establecidas. Como Cervantes, se afilió en la Orden Tercera de San Francisco de Asís, y de la propia manera que Cervantes, esclavo del Santísimo Sacramento, fue Cuervo devotísimo de ese inefable misterio, dando manifiesta prueba de ello en la comunión frecuente que hacía desde su niñez hasta sus últimos días.

Pensó la Academia que los merecimientos de Cuervo eran especiales en ella, y su desaparición el mayor quebranto para las letras castellanas, y así acordó:

Disponer en la capilla del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, en el cual explicó Humanidades, la celebración de un oficio fúnebre y misa de *requiem* en memoria del sabio académico que llevó ejemplar vida cristiana y a quien distinguieron singulares virtudes, y

Celebrar oportunamente sesión solemne en homenaje y recuerdo de tan claro varón, único que sobrevivía de

los individuos fundadores de la Academia, en quien se unió al amor de la sabiduría el acendrado amor de la Patria, enaltecida por él con su nombre glorioso; que señaló nuevos rumbos a la ciencia filológica y coronó en ella puntos culminantes a que no se había alcanzado, y por cuya obra, al par de la de Bello y de Caro, vuelve la lengua castellana en nuestra América a su prístina hermosura y corrección.

Cumplióse lo dispuesto en 2 de octubre del anterior año.

Ofició el servicio religioso nuestro Director, señor Carrasquilla, el cual se celebró con la modestia cristiana correspondiente al objeto, y se cantó la misa de *requiem* de Cherubini.

La noche del propio día, en este mismo Salón de Grados, se hizo la junta pública, que solemnizaron con su augusta presencia el Excelentísimo señor Presidente de la República, don Carlos E. Restrepo, el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo Primado de Colombia, y el Excelentísimo y Reverendísimo señor don Francisco Ragonesi, Delegado Apostólico.

Nuestro Director, en sentida alocución, puso de presente con su elocuente verbo la gloria del personaje que se recordaba, y el señor don Antonio Gómez Restrepo, en exposición erudita, escuchada con viva emoción, presentó a lo vivo las fases de la vida literaria de Cuervo, regándola de recuerdos íntimos de cariño, y esmaltándola de sentimientos que dicta la gratitud albergada en noble corazón.

La Sociedad de Arboleda en esta como en otras solemnidades de la Academia fue parte principal en el orden y buena disposición del acto.

La Nación, en suma, por diferentes modos hizo manifestaciones de duelo que ha de registrar nuestra historia, y junta en Congreso, en la primera de las leyes que dictó en 1911, rindió tributo al nombre de Cuervo, disponiendo la erección de un monumento artístico a su memoria.

A 18 del mismo julio dejó de existir el Reverendo Padre Teódulo Vargas, de la Compañía de Jesús, académico de número, electo para suceder al señor don Miguel Antonio Caro. Ya había compartido su labor en las tareas del instituto. Tenía presentadas cédulas para el Diccionario de la lengua, con observaciones utilísimas sobre ese léxico

y escrito su discurso de recepción, relativo a estética teológica y literaria, al cual había de responder el académico señor Marroquín. En esa pieza oratoria, que verá la luz en nuestro *Anuario*, ahonda el autor en la consideración de los más sublimes puntos de la teología, comprobando cuánto esa ciencia anima la expresión de los sentimientos poéticos y cómo los destellos de la belleza increada se patentizan en las letras.

Fue el Padre Vargas poeta suavísimo con alguna vislumbre de San Juan de la Cruz por el corte y fluidez de los versos, y orador que hacía sentir menos la abundancia y sonoridad de Fray Luis de Granada y de Diego de Cádiz que la unción de los predicadores de la Compañía que sobresalieron en Francia en la época de Luis XIV.

Está designado para suceder al Padre Vargas el señor don Miguel Abadía Méndez, latinista cuyos trabajos han sido tan fructuosos en la enseñanza de nuestros institutos, y cuya acción ilustrada en los cuerpos legisladores y en la administración pública es reconocida como benéfica en la nación.

El último de los fallecimientos que nos ha tocado lamentar es el del señor don Rafael de Pombo, acaecido el 5 de mayo último.

Por poeta de primer orden y por voz y sentimiento unánime fue aclamado en todos los ámbitos de esta patria desde el momento que, en muy temprana juventud, dio a conocer sus primeras composiciones. Apresuróse a recoger tales primicias mensajeras de sólida y constante gloria literaria, el preclaro maestro don José Joaquín Ortiz, quien magnificó ese aplauso saludando al nuevo poeta en estrofa gallarda y vibradora. Los acentos de Pombo no tardaron en dilatarse allende los aledaños de la patria, y en breve las naciones hispanoamericanas le señalaron por alumno privilegiado de la musa que preside la poesía lírica.

Al lado de sus producciones originales y a su misma altura están las traducciones que hizo de poesías latinas y de otras lenguas. Bastará entre ellas la de la poesía de Blanco White a la contemplación de la noche por Adán, para sacar verdadera esta afirmación, traduccion que es a todas luces superior a la que de la misma hizo don Alberto Lista.

Tuvo tal vez Pombo caprichos literarios que en ocasiones vencieron la alteza de su numen por querer tratar en

poesía asuntos nada favorables a ella, y cuando refundía o retocaba composiciones de extraña procedencia. Recuérdese el *Revólver místico*, donde no sería difícil encontrar algunas en que revive la época de Marini y de Ledesma. Mas sea lo que fuere, y considerada en general la obra poética de Pombo, éste se ve en la cumbre del Parnaso con el cuerno de Amaltea que ofrece la abundancia de su producción a los amantes de la belleza y la sublimidad.

Ni se le posponga como escritor en prosa por ensalzar como se debe su poesía. La prosa de Pombo es galana, pulida, tersa, correcta siempre, sin que él hubiera presumido de tener en cuenta reglas gramaticales o retóricas a las que, con todo, obedece por instinto su pluma, que lleva en todas ocasiones con el fulgor de su fantasía poética la pulcritud de la forma. Ocurre con frecuencia al estudiar ingenios que han sido superiores en la línea de poesía lo mismo que en la de prosa, que por encarecer aquélla se ponga ésta como en lugar secundario, lo que suele descabalar el estudio o composición. La prosa de Manzoni en *Los Desposados* no es menos admirable que la pieza poética del 5 de *mayo*, ni queda inferior Fray Luis de León en *Nombres de Cristo* y la *Perfecta Casada*, por ser autor de las Odas a la Ascención del señor y a Felipe Ruiz, ni Núñez de Arce es autor menos grande cuando escribe el prólogo de las poesías de Larmig o la Disertación sobre el estado de la literatura en España en el siglo XVIII que cuando canta *Tristezas* o la *Selva Oscura*, y Pombo es excelente en su poesía a la *Noche de Diciembre* como lo es en sus estudios críticos y reseñas académicas. Como crítico puede Pombo formar entre los de primera jerarquía entre nosotros, si bien su excesiva benevolencia le lleva en ocasiones a ensalzar como superior lo mediano, y aun a fijarse en lo mediano con olvido de lo superior. A pesar de esto sus juicios críticos se ajustan por la mayor parte al mejor gusto literario y agradan por la originalidad o la novedad de los conceptos.

Para reemplazar a Pombo en la Secretaría de la Academia se nombró en propiedad al que rinde el presente informe, quien la había desempeñado interinamente, y al señor don José Joaquín Casas para llenar la plaza que dejó vacante como académico de número. A ella viene el señor Casas con las más limpias ejecutorias de la poesía y con títulos muy acreditados en la labor intensa y ardua de la enseñanza clásica de la juventud.

En 24 de septiembre de 1910 tomó posesión de su plaza de académico de número el señor don Liborio Zerda, cuyo discurso de recepción versó sobre las influencias de diversas asociaciones y círculos intelectuales hacia la época de la Independencia, en la cultura y en las condiciones sociales de nuestro pueblo, discurso al cual respondió el Director de la academia, en el que hizo presente el aprecio que ella hacía de la carrera de labor científica del nuevo académico.

Tocó asímismo a nuestro Director dar contestación al discurso de entrada que, como Académico de número, presentó el señor don Hernando Holguín y Caro, cuya recepción se verificó en marzo del año próximo anterior, respuesta en que puntualizó los trabajos intelectuales del individuo a quien recibía y el medio en que los había desarrollado, combinando los títulos del mismo ccn los de su ilustre padre, a quien sucedía en la corporación. Sobre las condiciones de este último en su labor intelectual y literaria trató el discurso del señor Holguín y Caro, en el cual la forma ática de los conceptos podría equipararse a muchos de los que se oyen bajo la Cúpula, en la capital del mundo literario.

De no menor significación fue el discurso de entrada del señor don Carlos Calderón, como individuo de número de la Academia, recepción que se verificó en 29 de abril del próximo anterior año; en el cual el autor, partiendo en síntesis del pensamiento que informó la obra intelectual del eminente repúblico y literato don Rafael Núñez, a quien reemplaza en la Academia, labra con diversas manifestaciones de aquella obra una disertación en que se patentiza la influencia de la misma en orden a los principios de la filosofía política y literaria. Respondió al discurso el señor don Marco Fidel Suárez, reconociendo el fruto que derivaría la Academia de la cooperación de individuo tan calificado por sus dotes de inteligencia como por sus estudios sociales y políticos, y exponiendo los principios filosóficos y políticos que el mismo Núñez puso al servicio de la República para su buen régimen y modos de Gobierno, así como para su moral adelantamiento.

Señaladas las sillas de la Academia por orden alfabético, y empezando por el primero de sus fundadores, don José María Vergara y Vergara, se crearon, por acuerdo reciente de la misma, dos nuevas sillas de académicos de número, que corresponden a las letras Q y R.

Para la primera, en junta de 4 de julio último, se eligió por voto unánime al señor don José Vicente Concha, y para la segunda, de la misma manera, al señor don Gabriel Rosas.

El señor Concha ha levantado una de las ramas de más importancia y delicadeza en la ciencia jurídica en un estilo correcto, claro y preciso, condiciones literarias que corresponden a esa clase de obras y son las que tienen más valor en la jurisprudencia francesa. Además, como escritor político, en el periodismo, brilla por su frase vigorosa que lleva siempre una idea, y por la dignidad con que en toda circunstancia se hace notar su lenguaje. Así es ese nuevo elemento que ilustrará a la Academia en lo que corresponde al objeto de ella y especialmente en lo que se relaciona con la ciencia de la política y la oratoria parlamentaria, en que nuestro ilustrado compatriota ha mostrado la alteza de sus dotes.

El señor Rosas ha sido afecto a la Academia por la calidad de su saber literario, en el cual los conocimientos lingüísticos van adelante. Es poeta de gusto clásico y cultivador de la filosofía de las mejores escuelas. Viene a esta Academia no como extraño sino como antiguo amigo de ella.

En la última de las sesiones académicas de 1911, fueron elegidos individuos de la corporación en la clase de correspondientes los señores don Leonardo Tascón, residente en el Valle del Cauca, y don Adolfo Sundheim, en el Departamento del Atlántico, escritor el primero de aventajadas dotes literarias, y el segundo muy distinguido por sus conocimientos lingüísticos.

Estas nuevas elecciones, que son de regocijo para la Academia, han de traer algún descuento, y es la nueva para nosotros del fallecimiento del académico honorario de la Colombiana, don Victoriano Agüeros, notabilísimo literato de Méjico, periodista y luchador incansable en el palenque político, en que sufrió persecuciones de todo género, virtuoso y abnegado, amantísimo de las glorias de Colombia como si fuera su propio hijo.

Interesante para la Academia, por referirse a uno de sus miembros, es bien apuntar aquí que el señor don Lorenzo Marroquín, en la época que corresponde a esta reseña, ha enriquecido la literatura nacional con el drama recibido en el público con aplauso, titulado *Cartagena la heroica*, en el cual ha logrado idealizar un asunto histórico

grandioso, con fácil inventiva, y dentro de los límites de la verdad de los hechos. Además ha dado nota de hábil conferencista en docta exposición sobre el arte dramático hecha ante una de nuestras principales asociaciones literarias.

Y ya que os comuniqué algún dato no estrictamente oficial, consignaré aquí otro digno de estamparse y tenerlo presente en nuestra historia literaria, y es que nuestro querido compañero don Guillermo Camacho, utilizando su erudición y su depurado gusto ha señalado un rumbo flamante a la obra periodística, bordando de realce el fondo de ella con el *Oro viejo* de subidos quilates que saca del venero de la literatura castellana, o ya con los matices que brinda el pensamiento de los escritores que acrecientan la cultura moderna. Todo ello con arte y finura exquisitos, lo cual no sólo es pábulo a la ilustración del lector, sino que le aleja del calor de las cuestiones políticas del momento.

No menos contribuye a sostener las buenas letras con su activa pluma de periodista el académico don Rafael Uribe Uribe, quien atiende a los fueros del bien hablar en la exposición de su doctrina política, viéndose así realizado el concepto de José de Maistre de que la distinción del lenguaje es proporcional a la distinción intelectual.

Asímismo el señor Calderón, compañero nuestro, sustentador de los principios que rigen el orden social y político dentro del genuino concepto republicano, emplea en el periodismo su ágil intelectualidad en beneficio de tales ideas y de la literatura patria.

A nuestro compañero don Emiliano Isaza, Tesorero de la Academia, debe ésta una deuda ingente de agradecimiento por el esfuerzo y celo desinteresado en dirigir y atender las publicaciones de la Academia y especialmente de nuestro ANUARIO que sin su diligencia y gusto artístico no habría salido con la nitidez y corrección que eran menester.

En la noche del 30 de junio último, por acuerdo previo de la Academia, se celebró Junta pública y solemne en homenaje a la memoria de don Marcelino Menéndez Pelayo, y como muestra de la participación que tomaba en el duelo de la Real Academia Española con ocasión de su fallecimiento.

Asocióse en ese Acuerdo la Academia al duelo de las letras colombianas que perdieron en él un maestro y un

amigo; de la literatura castellana, privada de una de sus más puras glorias; de la raza latina, que se ufanaba de contarle entre los suyos; de la Iglesia católica, que tuvo en él un hijo sumiso y un ferviente apologista.

Tuvo la Presidencia honoraria en esta Junta el Excelentísimo señor don Carlos Restrepo, Presidente de la República, atento siempre a todo lo que sea la glorificación de la patria y especialmente de las letras. Honró también la sesión con su asistencia el Excelentísimo y Reverendísimo señor Ragonesi, Delegado Apostólico, varios Prelados y eclesiásticos distinguidos y personajes de diferentes categorías sociales.

El Director, señor Carrasquilla, al abrir la Junta, pronunció alocución referente al objeto de ella y en frases de elocuente sentimiento resumió los méritos del sabio que iba a recordarse.

Tocó el discurso de orden al señor don Antonio Gómez Restrepo, quien, deteniéndose en cada una de las etapas de la vida literaria de Menéndez Pelayo, se levantó en gradual elocuencia a la nota más delicada de la oratoria.

En 1.º del último septiembre abrió la Academia certamen para premiar el trabajo biográfico sobre un personaje de nuestra República, eminente en letras, cumpliéndose las condiciones fijadas por el prospecto, y en octubre para un cuento popular a solicitud de una casa editorial de Berlín y mediante gestión hecha para ello por el Ministerio de Instrucción Pública.

Del resultado de uno y otro se da cuenta al público en la sesión de la presente noche.

Así, habéis salido de las asperezas de que os hablé al comienzo de esta relación, y llegáis a paraje ameno en que os compensarán de ella lecturas a propósito para recrear el espíritu y dar aliento al corazón.

MEMORIA DE 1914

PRESENTADA A LA ACADEMIA COLOMBIANA,
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA
POR EL SECRETARIO DE LA MISMA,
EN JUNTA INAUGURAL DE 15 DE AGOSTO DE 1914

MEMORIA DE 1914

Coincide esta junta inaugural reglamentaria de nuestra Academia con la época en que se registra la primera fecha secular del nacimiento de uno de sus individuos que alientan más nuestra historia literaria y arrojan luz vivísima en ella, varón insigne que aumenta la gloria de la patria, a la cual sirvió en larga y constante carrera de abnegación y sacrificio, que ofreció a la juventud ejemplos de dignidad y decoro en la lucha que empeñó en pro de generosos ideales, y que fue en esta corporación maestro y guiador de sus compañeros y manantial perenne de bondad y consejo.

Retribuír antiguos favores con gratitud es satisfacción inefable que aquilata en los vivientes el recuerdo de los que ya fueron: cuánto más no lo es para una República bien regida recordar con ese sentimiento la vida que dirigió al bien de ella un patriota y poeta prestantísimo.

La patria, la religión y las letras, trinidad que enlazada armónicamente constituye en la obra de don José Joaquín Ortiz el concierto de la inteligencia y la sabiduría.

El arte en su más puro concepto señoreó las manifestaciones de sus ideas, de su imaginación y de sus sentimientos para ponerlos al servicio del bien, y por esa vía modelaba el asunto y lo dirigía a su objeto. Así sus trabajos ya meramente especulativos, ya didácticos y poéticos hacían el efecto necesario en las facultades del alma a que están destinados, notándose con mayor brillo la eficacia de su numen en la esfera de la apología religiosa y de los afectos patrióticos.

Pudiéramos imaginar la personalidad de don José Joaquín Ortiz como arpa de purísima sonoridad, siempre vibrante bajo la influencia de los dos polos que rigen a los hombres, según lo siente Víctor Hugo: lo verdadero y lo bello, fuerzas de atracción para todo espíritu elevado que a proporción que sea su temple de mejor ley se ha de levantar a más eminentes ideales, para batallar por su

defensa si es que su imperio peligra, o para embebecerse con ellos en las horas de reposo. Esta concepción es la que viniendo a nuestros tiempos encontramos en la pureza con que resplandecen las estancias de Francois Copée, en los acentos resonantes de Alberto de Mun, al través de las páginas entalladas en bronce de Brunétiere, en el campo fecundo donde palpitan con hálito de vida las escenas más verdaderas de la sociedad y que nos ofrece Bourget ya noveladas, ya dramatizadas.

Como apologista religioso se sobresalta en primer lugar la pluma de Ortiz, quien parapetado en la fortaleza de la verdad católica, despliega así desde muy temprano de su vida la energía de su carácter y mantiene la inflexibilidad que le da el convencimiento de que al sustentar los fueros de la Religión sustenta los fueros del derecho de su patria, traídos por la civilización que le dio el ser y mantenidos por el pensamiento de nuestros próceres. Esta es siempre su mira en el fragor del vendabal que desata como panfletista y obrero del periodismo, apostolado más bien que oficio lucrativo para él, y en cuyo ejercicio pone contraste el director de *La Caridad*, con los que hacen del diario objeto de granjería política y literaria.

En tal faena no se da punto de reposo, no le arredran las arterías del contrario ni la sofistiquería con que suele encubrirse insano y descompasado propósito para alcanzar ventajas con detrimento de la asociación. Razona siempre con el yelmo levantado y el recio escudo embrazado, sin que alcancen a herirle ni en su coraza ni en su persona los tajos que el adversario sabe asestar para que la intimidación se torne como victoria de la debilidad. A veces el sentimiento domina por un momento su dialéctica, pero luégo al punto vuelve ésta a adquirir su señorío en el razonamiento y entra con más brío en el palenque. A veces el postulado expuesto con precisión y fijeza parece que va a resolverse en verdad inconclusa; y como su coraza de contender era impenetrable al contrario, el tajo de éste era parte a avivar su espíritu y a retemplar la altivez de su carácter entero e indomable que no se abate al señuelo que ofrece el interés bastardo ni se rinde a las seducciones que no satisfacen la conciencia.

Al compás del valor extremado con que lidiaban en Francia Montalembert, el Obispo Dupanloup y Luis Veuillot por afirmar los principios de la doctrina en que se asienta una sociedad bien regida y ordenada, afrontando

la represión que ejercían los poderes públicos en la conciencia nacional y los destemples de amenazadora turba, a Ortiz entre nosotros, a par del sabio Arzobispo Mosquera, de don Ignacio Gutiérrez Vergara, y más adelante de don Antonio José Sucre, sobrino del Gran Mariscal, veíasele incansable, en alborotada política, poniendo de presente los títulos de la nación al respeto de las creencias que habían sido sustentáculo de su civilización y herencia dejada por los fundadores de la República.

En esta empresa encontrámosle siempre haldas en cinta y en traje de camino, actitud en que se le opone un vigoroso atleta del pensamiento, representante ardoroso de ideas demagógicas, contaminadas de los gérmenes de seductoras teorías cuyos postulados desviaban a no pocas inteligencias. Era aquél varón en quien se apareaban la originalidad de carácter y la fogosidad del ánimo, la generosidad de miras y las prevenciones engendradas por un ambiente de novedades que se estimaban útiles en la organización de nuestra nacionalidad; que con su desinterés y labor influyó en las opiniones sociales de una parte selecta de la juventud, aunando sus fuerzas a las de otros eminentes repúblicos que fueron timbre de honor para el país; de múltiples condiciones intelectuales y de ilustración general en las disciplinas modernas, y sobre todo de palabra fecunda y actividad poderosa en cualquier tarea a que dedicaba su privilegiada mente, y que desde muy joven no conoció reposo en el trabajo.

Habréis comprendido que hablo de don José María Samper, honor que fue de esa Academia, y cuyas luces hubieron de apagarse pronto en ella privándola de consejo y de auxilio en los varios departamentos literarios que hacen el objeto de su instituto. Uno de los anhelos que se proponía realizar y que habría llevado a término era el de aportar trabajos lingüísticos aplicables al mantenimiento de la lengua castellana en nuestra nación como medio de afirmar la unidad de ella y de fortalecer los vínculos con la madre España.

Estimó don José María Samper que a la organización de una República, a su progreso, según su credo político, era obstáculo la influencia del clero, y rebasando el límite de lo justo y ofuscado por sus prevenciones, no se contentó con negarle sus derechos políticos en forma vehemente sino que llegó a negar los servicios que debía nuestra patria a ese respetable gremio, tema que había sido

suyo desde el comienzo de su carrera periodística emprendida en los mismos bancos de la escuela.

A tal propósito don José Joaquín Ortiz escribe las *Cartas de un sacerdote católico*, al redactor del *Neo-Granadino*, que hubieron de salir a luz primeramente sin firma de autor, por lo cual las atribuyeron no pocos a algún docto eclesiástico, tánta era la doctrina que encerraban y la copia de datos que suministraban y que ponían en su punto los hechos y circunstancias.

En época azarosa de la República, a raíz de sucesos que no la enaltecían, corriendo el año de 1862, cuando luz siniestra se difundía por todos los ámbitos de ella y aherrojada la prensa por la revolución triunfadora, haciendo fuerza a los cerrojos que la contenían, sale a la publicidad *El Pueblo*, folleto que como su denominación lo indica, exalta el amor a la clase desvalida al par que el amargo tormento de la adversidad en que se encontraba. No se sabe el nombre del autor, pero su elocuencia conmueve los corazones y levanta los espíritus. El fondo es poético y la contextura pone miedo en los culpables. En la elegancia de su forma y en la calidad de su sentimiento se vislumbra el pecho varonil de que emana. El autor es don Jose Joaquin Ortiz, y allí está la página más sentida en que se exprime su afecto con incomparable intensidad, y es aquella en que se describe la expulsión a mano airada de infortunadas religiosas de su hogar y de su templo, escena semejante a la que pinta Epifanio Mejía en su *Historia de una Tarde* y a las que la pluma justiciera de Maurice Barres sabe presentar como ejemplo de lo que puede insana intolerancia.

Al idealizar el poeta a la doncella obligada a buscar asilo en lejanos climas, a recibir de extranjeros el pan que se moja y empapa en lágrimas de gratitud, toca las notas más puras de la delicadeza, condición nada común en los grandes cantores épicos acostumbrados a hacer resonar su clarín de acero en las tonalidades mayores con que se cantan las glorias patrias. Navegando por el inmenso Atlántico, dice la inocente desterrada:

Vi por entre las sombras vespertinas,
A tierra el vuelo osado enderezar,
Bandadas de fugaces golondrinas;
Ellas también cual yo son peregrinas;
Mas, qué distinta suerte¡
¡Oh, Patria! Yo jamás volveré a verte,
¡ Ellas van en tu seno a reposar!

¡Oh, volad! y llegando finalmente,
Al través de la negra tempestad
Bajo el ala del Padre Omnipotente,
Con la primera luz del sol naciente,
Al profanado asilo
Donde pasaba mi vivir tranquilo,
De mi celda en la reja gorjead ! . . .

Apenas puede alcanzarse grado mayor de delicadeza, tanto más relevante si se piensa que aquella poesía vino a formar parte del mismo libro de *Recuerdos de la Patria*, en donde Ortiz se cierne por inaccesibles eminencias de epopeya con su canto a la *Bandera Colombiana* y con la oda al *Salto*, vibrante al unísono con la sublimidad dinámica del Tequendama.

Hubierais oído recitar a su autor en la plaza pública ese canto a la bandera, en el día aniversario de nuestra emancipación, tal vez en 1878. La entonación del poeta era solemne, majestuosa, sin retórica afectación, serena o fogosa según el sentido de la frase, con variaciones acomodadas a las vislumbres de la composición. Y qué bien se avenía la lectura de ellas con la hermosa letra con que las escribía, circunstancia ventajosa en toda persona, y menos frecuente y común.

La producción poética de Ortiz es antes selecta que abundante. La abundancia en muchos casos es perjudicial a los autores. La producción de Ortiz se halla proporcionalmente distribuída en su prolongada vida literaria y de la propia manera alterna con sus muchos escritos en prosa.

Ya al declinar de su vida, el señor Ortiz acordóse acaso de lo que había advertido a otro vate en análoga circunstancia:

Vuelve tras una noche tormentosa
El cielo a esclarecer la luz divina;
Y en el alar de la pajiza choza
Vuelve a triscar la errante golondrina.

Y a alfombrarse de flores torna el prado
Después de polvoroso y seco estío;
Y a sonar con acento regalado
Deshecho en perlas nuestro patrio río.

Si el alma del poeta no envejece
Y hay en la lira un mundo de armonías,
Vuelve a vivir en tanto que anochece!
Vuelve a cantar como en mejores días.

Acordóse sin duda de estos dulcísimos versos y produjo *La Ultima Luz*, composición poética en que el autor recoge lo más íntimo de su inspiración y levanta su numen a la región donde mora la Belleza indeficiente.

Aquellas admirables cartas de un sacerdote católico en que la precisión, la elegante sencillez, la verdad, la equidad hacían un ejemplar cuya lectura dejaba satisfechos los ánimos más prevenidos, sabe Dios si comenzaron a labrar en el de Samper la vuelta a la fe, que años más adelante fue la más inefable satisfacción de aquel ingenio superior.

Con efecto, tras largo viaje de don José María Samper por países extranjeros, en que tuvo ocasión de rectificar muchas de sus ideas políticas, vino a recobrarla al cabo. Criado y educado en una atmósfera católica, en un hogar en que la piedad tuvo su asiento, fortalecido con los ejemplos de una familia que formó y en la cual sobresalió la religiosidad, la práctica de su vida nunca se apartó de lo que corresponde a los deberes que impone la moral de orden diario. Así el prodigioso mágico del estilo francés y de la paradoja histórica dice en sus *Recuerdos de infancia y juventud:*

«Tiene la fe una cosa particular, y es que, desaparecida, obra todavía. La gracia sobrevive con el hábito al sentimiento vivo que se tuvo. Continúa uno haciendo maquinalmente lo que hacía al principio en espíritu y en verdad. Después que Orfeo, habiendo perdido su ideal, fue sacrificado por las ménades, su lira no sabía decir siempre sino Eurídice! Eurídice!»

La fe es dón del corazón, y como Samper lo tenía muy bien puesto, no sólo continuó las prácticas que de ella proceden, sino que la recobró ampliamente, ayudado por el estudio, por la experiencia, por las amarguras de la vida que a veces le cercaron, por las inquietudes que a veces le hirieron.

Su primer despertar a ella fue con un canto, por allá en 1864.

Cielos! ¿Qué es esto que mi mente oprime
quelo más hondo de mi sér inquieta?. ..

En el siguiente año se manifiesta con más fuerza en razonada discusión con uno de nuestros más célebres publicistas y oradores parlamentarios, escribiendo el opúsculo *El Catolicismo y la República,* en que expone los principios de ésta y de aquél que se engarzan y se compenetran, y cómo han de sostenerse mutuamente para su libre ejercicio.

Después de esto el doctor Samper compartía con sus estudios políticos los filosófico-religiosos y con éstos adquiría consistencia su renaciente fe, hasta que al cabo, en 1875, viene a encontrarse con su antiguo adversario en identidad de doctrina y aspiraciones, salvo diferencias secundarias de apreciación.

Por aquella misma época, como tribuno parlamentario venció la cima de la oratoria. Yo le vi alzarse de su curul, olímpico, erguido, atronador, hermoso en su fiereza, la valentía en el ánimo, el verbo abundante y numeroso en los labios, la actitud de gladiador, encrespada la melena, centellante la mirada, y abatiendo con la fuerza de la palabra la violencia del contrario que se ejercitaba en acallarle. Rompe así el discurso por sobre la campanilla presidencial que le imponía silencio, con estas palabras que todavía parecen resonar en mis oídos: «¡Hablo, y hablo porque tengo la conciencia de mi derecho que nadie me puede arrebatar!»

Luégo desenvuelve su razonamiento y convence de culpa a una Cámara que de todo en todo le era contraria. Al terminar su discurso vese llevado a su domicilio entre el ruidoso aclamar de las multitudes que contemplaban al representante autorizado de sus vehementes anhelos, en medio de voces de entusiasmo.

Recordar a Samper por una sola faz de su vida pública sería bastante para allegar datos preciosos que interesan a la historia en nuestra patria, y en una relación de límites estrechos apenas cabe algún punto notable de su carácter en cuanto se relaciona con una de las ramas de la literatura de la especie de la oratoria.

Sabido es que su pluma fue de las más fecundas que produjo nuestra tierra en el siglo que precede, tocando los departamentos literarios más cultivados, en algunos de los cuales sobresalió su ingenio y se puso en primera línea. Bien merece su obra un estudio profundo y detenido de parte de la Academia Colombiana, que habrá de hacerse

más adelante con la competencia debida, por uno de sus individuos.

Su producción no es menos abundante que la de don Víctor Balaguer en España, y don Benjamín Vicuña Mackenna en Chile, abundancia que permitiría entresacar obras que la posteridad dejaría rezagadas por considerarse de calidad poco valiosa; pero siempre quedará de sus producciones un acervo en que si cada una de ellas perteneciera a distintos géneros, haría dilatada celebridad. Entre ellas se contarían algunas de sus comedias, como el *Alcalde a la Antigua*, que en uno que otro rasgo hace recordar al gran Larra; novelas de viviente realismo como el *Martín Flórez;* sus comentarios a nuestra legislación; las relaciones de viajes escritos en una época en que se estimaba menos la frase castellana que el giro afrancesado; algunas poesías líricas, y sobre todo sus esbozos biográficos, cuyos caracteres se destacan tan nítidos, que los personajes quedan conocidos por el que no los vio nunca, como si con ellos hubiese conversado.

Aunque difuso, verboso y amplificador, especialmente en sus escritos políticos, amanerado a veces en el giro y rodar de la frase, su estilo tiene cierto atractivo por los matices de ingenio y sentimiento de que está esmaltado con no poca frecuencia

No terminaré esta sucinta y ligera reminiscencia sin apuntar que don José María Samper contribuyó consus artículos sobre *Literatura Fósil*, publicados en la segunda época de *El Mosaico*, en 1865, a la depuración del gusto y estilo que privaba en los escritos literarios por aquel tiempo, y en los cuales con aguda gracia hacía recuento de ciertos símiles y expresiones mitológicas con que se sazonaba el período dando muestra de pedantería y se delataba la pobreza de imaginación.

Viniendo a otros puntos correspondientes a este Instituto, es preciso decir que, no habiéndose completado el personal efectivo de sus miembros por no haber tomado aún posesión de sus plazas los electos, no ha sido dado adelantar formalmente el trabajo del *Diccionario de Provincialismos*.

Pienso que no debe ser éste un inventario escueto de voces usuales propias de Colombia, sino un registro en que se comprendan con observación científica locuciones,

frases, giros, resabios del lenguaje material y del estilo, o sean muletillas o estribillos que a cada paso ocurren tanto en el escrito de oficina y de periódico como en el corriente y de sociedad, adquiriendo tal trabajo un carácter nosográfico, que se dice en medicina, o sea un método de eliminación de las enfermedades que cunden en nuestra habla ordinaria y suelen contaminar la literaria, con lo cual se entonaría el efecto saludable de las *Apuntaciones* de Cuervo, que han pulido y afinado tánto la expresión.

Mas después de escrita esta obra han surgido nuevos misoneísmos y desaliños, nuevas faltas de propiedad en las locuciones, y nuevos giros exóticos que amenazan la integridad de la lengua, y que la envilecen y amenguan. Quítanle su riqueza propia para sustentarla con joyas falsas o de similor. El amor de la lengua es prenda del sentimiento patrio. Entre nosotros se nota menos porque la unidad de ella no se ve supeditada por la planta de poder extraño; en los pueblos de lengua propia incrustados en otros más poderosos, por usurpación u otra causa, la conservación de la lengua mantiene viva su autonomía y su fuerza. En Alsacia y en Polonia, en los Países Bajos, en muchos pueblos del Imperio Austro-húngaro, el fondo de su nacionalidad lo constituye la lengua, y cuando se atenta a ella o es deprimida con mira política, el sentimiento patrio se reaviva y viene la resistencia y el aprecio de su propia valía.

Nosotros para arraigar el de la patria debemos poner fortalezas a la lengua, y no dejarla como plaza desmantelada expuesta a toda clase de irrupciones extrañas que son en perjuicio de la nacionalidad.

En el trabajo de nuestro vocabulario se tendrán en cuenta las reglas más sencillas de la semasiología, o sea de la evolución de las voces, extendiéndolas a las transformaciones que los proverbios castellanos han experimentado en el país con el transcurso del tiempo y a las modificaciones de los términos que han pasado de las ciencias al lenguaje común.

Precisa encarrilar el uso de ciertas figuras que se desvían de su naturaleza y afean el estilo, o vienen a hacer oscuro el concepto, en lo cual la escuela decadente ha tenido alguna parte; precisa igualmente exponer las aplicaciones de otras menos conocidas, como la hipálaje, que extraño no esté consignada en los tratados de Retórica, y que es preciosa en el lenguaje poético y en la alta prosa.

Ni en el festín real me gozo tanto
Como en oír *la orquesta*
Alada, que esparciendo dulce canto
Anima la floresta,

dice Bello en la traducción del *Moisés;* y el mismo en la *Agricultura de la Zona Tórrida:*

Tú en urnas de coral cuajas la almendra
Que en *la espumante jícara* rebosa.

Todos recordamos *las pintadas avecillas que con arpadas lenguas saludaban a la aurora*, de Cervantes.

Parte principal del Diccionario será advertir con ejemplos cómo la metáfora, o un símil, o un epíteto de una lengua tiene que ajustarse a la índole de la lengua a que se está traduciendo; y cómo entre las varias traducciones de una palabra que nos hacen vacilar, muchas veces dará la clave el adverbio, o el complemento de la frase. Ya observó don Gabino Tejado que el texto de un idioma en que sale bien comparar a un naranjo, si se traslada literal a otro, puede que sea como llevar la comparación a un alcornoque. (1).

Asímismo han de registrarse ciertos términos que debemos a los médicos y que corren campantes disfrazados con la vestidura francesa, cuando la forma castellana es otra.

¿Porqué hemos de decir *miraje* por *espejismo; arbitraje* por *arbitramento; explotar* por *estallar; gesto* por *rasgo, ademán, actitud; emocionante* por *conmovedor; hombre de valor* por *hombre de valía; justeza* y aun *justicia* por *exactitud* o *precisión; relevar* por *notar, hacer notar;* y lo que es más, *parisién* por *parisiense; constatar* por *comprobar, hacer constar, verificar; hotel* por *palacio; villa* por *quinta; impiadoso* por *despiadado, inclemente, impío;* poniendo ejemplos que no constan en Baralt ni en Cuervo y de cuyo uso se ha dado el correspondiente recibo entre nosotros, cuya lista podría continuar hasta hacerme enfadoso?

---

(1) Corre actualmente por todas las escenas hispanoamericanas una traducción de la pieza de Henry Bataille que intitula *La Vierge Folle*, por haber en ella alguna alusión a la parábola evangélica de las vírgenes necias. No se ha tenido inconveniente en traducir *La Virgen Loca* ...

En otros casos el género extranjero del vocablo ha querido desalojar al género castellano, como cuando dicen *la génesis, el esfinge.*

> Pero al ir más allá vértigo y caos
> *El génesis humano* sólo siente.

dice Santiago Pérez;

> Ni penetra el enigma de *la esfinge*,

dice Núñez de Arce.

Silice parece que está en el mismo caso, aunque la Academia Española capituló ya con el género exótico.

Estos mismos que están dispuestos siempre a admitir semejantes términos creen que otros muy castellanos no son admisibles por coincidir con formas francesas, y en ningún caso usan la frase adverbial *a maravilla*, por *maravillosamente* o *a las mil maravillas*, no advirtiendo que lenguas procedentes de una misma madre tienen que parecerse en una porción de formas.

Lo mismo decimos de *suceso* por *resultado*, *éxito*:

«.... de allí a un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar *el suceso* de aquel viaje.» (*Quijote*, capítulo XXXIX, I parte....)

«Y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía *el suceso* a la intención, luégo sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase aunque fuese débil y flaca.» (*Quijote*, capítulo XL, parte I).

Ni debemos poner en olvido el adjetivo *solo* como sinónimo de *único*, a primera vista de sabor afrancesado, y tan castellano en sustancia:

> Y creció aquel sentimiento
> con tan extraño poder,
> que eres *la sola* mujer
> que ha entrado en mi pensamiento.
>
> (*La Dolores*, de Feliú y Codina)

Oportuno será recordar aquí ciertas voces que por lo común no se usan sino en uno solo de los números, cuando en ocasiones el cambio de éstos trae gran fuerza y elegancia:

Sobre humillar *tus soberbias*,
Abatir *tus voluntades*,

No es bastante
Tu razón a convencerme
Con *fingidas humildades*.

leemos en *Lances de Amor y Fortuna*, de Calderón.

Ni basta que en el estilo corran palabras de buena traza, y del todo legítimas, si se da en la flor de emplearlas a cada instante, con exclusión de otras más significativas y elegantes. Así ahora todo se *exterioriza*, se *cristaliza*, se *transparenta*, todo son *energías*, todo se vuelve *intenso* o *formidable*. Conviene respecto de estos casos, hacer notar en lo ingrato de las repeticiones de vocablos, indicando en nuestro Diccionario los sinónimos que puedan reemplazarlos.

Ya observó, por ejemplo, el insigne Tamayo, sobre el uso de *ocupar*, que no basta emplearlo en su acepción propia y con el régimen propio que es el de la preposición *en*, si luégo olvidamos que hay otros vocablos castellanos de la misma idea como *tratar*, *deliberar*, *dedicarse*, *consagrarse*, *trabajar*, *examinar*, *estudiar*, etc. En cuanto al manoseado *protestar*, existen otros verbos no menos expresivos y cuyo uso habría evitado la repetición a toda hora de aquél, como *condenar*, *rechazar*, *impugnar*, etc.

Sobre las construcciones de acusativo merece llamarse la atención ya que desde luégo en España, el Perú, la Argentina y aun aquí, dan en suprimir la preposición en complemento de persona determinada o de nombre propio que no lleva artículo. Así oímos decir *visité Paris, conocí Londres*, *estudiaré Homero*, solecismos que todavía no asomaban cuando se escribió la Gramática de Bello.

La aposición de sustantivos en castellano es menos amplia que en latín y en otras lenguas romances, como la francesa. Las reglas que deben seguirse en tal caso deben establecerse rigurosamente, y la falta de conocimiento de ellas da lugar a supresión de preposiciones en casos en que el sentido lo exige y a convertir el término de ella en una especie de adjetivo, quitando con tal supresión una idea de importancia; reglas tanto más necesarias cuanto que al traducir de aquellas expresiones formadas de sustantivos apósitos han de aparecer éstos en nuestra lengua enlazados con la preposición, so pena de que salgan con

extraño sabor al genio castellano, como decir a la francesa la *colección Chauchard*, el *proceso Caillaux*. Con igual razón juzgo poco legítimo decír la *Administración Murillo*, expresión tan arraigada en el lenguaje político; pues quien dice así dirá también el *Gobierno Murillo*.

En orden a esta clase de aposiciones, tratándose de lugar, ya Cuervo fijó el modo de construír y anatematizó tales supresiones: en virtud de esto diremos siempre *Teatro de Colon, Departamento de Santander, Provincia de García Rovira*, no como en una República vecina donde se regodean diciendo *Estado Zulia, Estado Táchira*, que aquí no hemos dado en decir por ventura, y que equivale a decir *República Colombia, República Venezuela*.

Cuervo señala como excepción cuando se trata de nombre propio de río, y sigue inmediatamente a esa voz: *río Orinoco, río Bogotá, río Magdalena*.

Es de observar que se admite *Ciudad Bolívar, Puerto Berrío, Puerto Colombia*, porque en esas expresiones el nombre general forma con el segundo un todo, de tal manera que suprimiendo aquél no se entiende el nombre. *Puerto Lápice*, dice Cervantes (1).

Observaciones sobre la buena distribución de los pronombres demostrativos también deben figurar en el Diccionario, pues sucede que por una especie de desvío usan algunos el primero en los casos en que corresponden los otros, lo cual hacen los malos traductores de francés, donde no viendo sino una sola forma demostrativa, se imaginan que sólo existe en castellano el demostrativo *este*, dejando olvidados el *ese* y el *aquel*.

Abundan también ciertas formas hipocorísticas de vocablos, como *ñiño, somecé, boté*, y otras de haplología, que no han recibido la sanción del uso culto, lo mismo que casos teratológicos consistentes en deformación de voces y de construcciones, entre los cuales deben comprenderse las conglomeraciones de sonidos pertenecientes a distin-

---

(1) Cabe notar que con nombres de fechas y de cosas para sitios públicos se ha ido en los países sudamericanos más allá del galicismo, ya que en tales casos los franceses usan siempre la preposición *de*: *Theatre de París, Theatre des Variétés, Place du quatorce juillet, Place de l'Etoile*. Entre nosotros ya se ha querido introducir el barbarismo craso con títulos como *Teatro Variedades, calle 20 de julio*, o gazafatones semejantes, en que deberían poner mientes los Ayuntamientos.

tas palabras y que tal vez se asemejan a las combinaciones de las lenguas holofrásticas como *hijueldiablo, lengüevaca, panada, puay,* por *hijo del diablo, lengua de vaca, para nada, por ahí.*

En punto de los artículos gramaticales ha sucedido que, si por un lado hay exceso en el empleo, tanto del definido como del indefinido, por otro se ha dado en suprimirlos en circunstancias en que se necesitan para la determinación correspondiente de los sustantivos, privando a la lengua de un elemento que le es propio y que tiene especiales ventajas. *Voy a Estados Unldos,* dicen algunos.

Todo esto se debe poner de manifiesto de modo detenido, para impedir que el estilo se haga lánguido y pierda de su elegancia y precisión

Estas notas someras, susceptibles de ampliación, destacan de un plan del Diccionario de que se trata; y aunque pudieran parecer áridas en el momento, las considero necesarias por referirse a la parte práctica del objeto principal de la Academia.

Oportunamente y por cuenta de la Academia se publicó en dos tomos la obra del Reverendo Padre Fabo sobre los estudios filológicos de don Rufino José Cuervo, premiada en público certamen, abierto por esta Academia.

De la misma manera, cumpliendo lo anunciado en el prospecto, queda publicado en el tercer tomo del Anuario, el cuento del *Aquelarre*, que recibió lauro en el concurso a que se llamó para un trabajo de esta especie, que entre los géneros literarios es de muy difícil composición, mucho más dentro de las condiciones exigidas, habiéndose señalado como principal la de ser el cuento de origen nativo y popular de la región. No era dable obtener esto de manera absoluta, como que los que corren en boca del pueblo fueron importados al país por los primitivos civilizadores y han venido pasando tradicionalmente de una generación a otra, como acontece en lo literario con muchas de las más notables fábulas que originales de antiguos pueblos pasan de una literatura a otra con vestimenta más o menos apreciable. En todo caso el cuento en referencia tiene asimilado nuestro espíritu popular, y se consideró que con ello satisfacía aquella principal condición.

Es de sentirse que por motivos ajenos a la voluntad de la Academia no se haya dado a la publicidad el excelente estudio sobre la obra de don Miguel Antonio Caro, escrito por el distinguido literato don Manuel Antonio Bonilla, y que obtuvo el accésit en el certamen abierto para premiar el mejor trabajo relativo a un colombiano ilustre en letras.

En el bienio académico a que se refiere este informe, partiendo de agosto de 1912, han sido electos individuos honorarios de ella, don Carlos de Laet y don Rafael Obligado, ciudadano el primero de la República del Brasil, erudito escritor de variados ramos de la literatura y afecto siempre a las cuestiones que interesan al honor de Colombia y señaladamente al progreso intelectual. Con manifestación amable ha correspondido a tal designación. De la Argentina el segundo, ama a nuestra República y es digno alumno de los Misas por la calidad y el valor de su poesía.

En el mismo transcurso de tiempo fueron electos, en la clase de correspondientes los señores don Ignacio Gutiérrez Ponce, afamado por su ciencia como por sus letras, colombiano establecido en Europa hace largos años, pero siempre amante de su patria como descendiente de próceres, y don Alfonso Robledo, residente en la ciudad de Manizales, cuyo nombre literario está bien sustentado, autor de brillantísimo y elegante estudio relativo a la producción intelectual de don Miguel Antonio Caro.

En el curso del año anterior hizo a la Academia el señor don Roberto Ancízar donación de un retrato al óleo de don Andrés Bello, que se aceptó con vivo agradecimiento y que viene a constituír para ella triple recuerdo: el del donante, el de su ilustre padre don Manuel Ancízar, a quien había pertenecido, y el del personaje representado en el lienzo.

Terminado el período para el cual había sido nombrado Tesorero el señor don Emiliano Isaza, fueron rendidas las cuentas y examinadas por la Academia, que las feneció según lo dispuesto reglamentariamente. Se nombró para reemplazarlo en el cargo al señor Gómez Restrepo, quien con el celo que emplea en todo orden de ocupaciones literarias, es impulso eficaz para esta corporación. La corrección y nitidez del tercer tomo del *Anuario* se debe principalmente a la atención del mismo académico.

Duelos vinieron a este instituto en el año próximo pasado, por el fallecimiento de los académicos electos señor don Enrique Alvarez Bonilla y por el del señor don Gabriel Rosas, ocurrido el uno a 18 de octubre y el otro a principios de noviembre.

Disponíase el primero a tomar posesión de su plaza y aun se había señalado para ello el 27 de octubre. El discurso de posesión, que correspondía contestarlo al que esto escribe, salió a luz en el *Anuario*, donde no sin tristeza habréis podido saborearlo. Para la Academia es pérdida de gran precio la del señor Alvarez Bonilla, uno de los escritores más variados en su producción, conocido ya con aplauso cuando la Academia recogió en el primer tomo de su *Anuario* las primicias que ofreció en el campo de la poesía épica, presentadas a los lectores con nota laudatoria del señor Caro; trabajador intelectual que compartió toda su existencia, sin tregua de reposo en su labor, los quehaceres ordinarios que demanda la vida práctica, ya con la tarea docente en la que dejó sus excelentes y numerosos textos, ya en el servicio de los negocios públicos.

Ni menos es de lamentar la ausencia definitiva del señor don Gabriel Rosas, antiguo amigo y favorecedor de la Academia, cultivador brillante de la palabra hablada y escrita, clarísimo entendimiento nutrido de conocimientos filológicos, que en nuestras tareas habría de ser compañero de grande autoridad, como en el terreno de la amistad lo fue de benevolencia suma.

ACTAS

DE LAS JUNTAS PÚBLICAS Y SOLEMNES
DE LA ACADEMIA COLOMBIANA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA
CELEBRADAS EN 14 DE OCTUBRE DE 1915,
20 DE MAYO DE 1916
Y
4 DE MAYO DE 1919

ACTAS

Acordó la Academia Colombiana celebrar con decoro y veneración el glorioso nacimiento de la prestantísima maestra abulense, en su cuarto centenario.

Consideró que esa celebración cumplía al objeto de su instituto, recordando a la escritora que, al par que la doctrina más pura del concepto cristiano, dejó en las páginas de sus obras el depósito precioso del habla castellana en su forma genuina, recogida del pueblo que le dio vida y depurada por los afectos que vuelven el alma a su prístino origen, a su naturaleza celestial; caudal que muestra la gracia de una lengua no enturbiada por elementos nocivos a su índole, sencilla, natural, que se dirige en sesga corriente en demanda de las inefables dulzuras de la esencia divina, y que es manantial fecundo donde se abrevan las almas para suavizar las asperezas con que les brinda un mundo falaz y precario. En su estilo el arte parece que sobrepasa a la naturaleza, pues saliendo de la fuente de toda hermosura, retorna a ella después de haber fecundizado los caminos que para su ventura señala a los humanos, y que, usando la frase del autor de *Locura de Amor*, es como el carro de Elías, que párte del cielo, toca en la tierra, y vuelve despidiendo llamas a confundirse en las alturas. Su prosa no es sugerida por esfuerzo alguno sino por los anhelos de un alma apacentada en la región de luz indeficiente, única que comunica fuerza para alcanzar el bien y transmitírlo a los demás, sirviendo el lenguaje como instrumento necesario para ello.

Conforme a lo acordado, la Academia celebró a 14 de octubre de 1915 junta pública y solemne en el antiguo paraninfo de la Universidad Nacional.

Asistieron los individuos del número don Rafael María Carrasquilla, Director, don Marco Fidel Suárez, don

Emiliano Isaza, don Antonio Gómez Restrepo, don Liborio Zerda, don Carlos Calderón, don Hernando Holguín y Caro, don Martín Restrepo Mejía y el Secretario, y los académicos de número electos don Antonio José Uribe, don Ismael Enrique Arciniégas y don Miguel Abadía Méndez, y el académico correspondiente don Guillermo Valencia.

Presidió la sesión el Excelentísimo señor don José Vicente Concha, Presidente de la República y académico de número electo; y ocuparon asímismo puestos en el estrado el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, y el señor Vasallo de Torregrosa, Representante de Su Santidad, y asistieron además personalidades calificadas de las letras, del clero, del foro y de la política.

Entre las damas que honraron con su asistencia esta solemnidad merece especial gratitud la señorita doña Margarita Casas, quien con arte extremado ejecutó en el violín varias piezas de ilustres autores musicales.

Rezada la oración reglamentaria, se dio cuenta del acta de la sesión solemne efectuada para la recepción del señor don Martín Restrepo Mejía.

Nuestro Director, en sabia alocución, exaltó el espíritu de la maestra en relación con las letras castellanas, puso de presente la significación del acto, en que se rendía tributo de admiración a la virtud y al ingenio, enlazados a maravilla en ese vaso de elección, y recordó con atinada oportunidad la sublimidad de las preces de la Iglesia en el oficio de la santa.

En seguida el señor Gómez Restrepo, con maravillosa destreza literaria, expuso en síntesis el valor de los escritos de la santa y el alcance de éstos por varios aspectos; analizó y comentó pasajes para poner de relieve el conocimiento que tuvo de ciertas veleidades mujeriles, especialmente en lo que toca a la vida práctica, y a la claridad de su visión.

Es bien que nuestro compañero haya contemplado a la clarísima bienaventurada en esta fase especial, ya que criterios superficiales que no han comprendido ni penetrado su sabiduría y la sindéresis que guía sus procedimientos, no ven en ella sino rasgos de desordenada ilusión y de retórico misticismo; ya que otros como Catulle Mendes se han avilantado a dramatizar la vida de la santa, fantaseando escenas de notoria falsía con el desvarío

que acarrean en almas inferiores lecturas mal digeridas o la ignorancia del elenco, tergiversación que quizá con menos irreverencia ha solido hacerse del espíritu del Quijote y del Burlador de Sevilla, que ya resurgen en su carácter genuino y original, merced de los adelantamientos de la crítica.

Así lo mismo se muestra de práctica nuestra santa en los menesteres y haciendas de la vida, como lo vemos en sus consejos y advertimientos a las religiosas de su reforma, como lo vemos en sus reglamentos y en sus cartas familiares no inferiores a las de su amigo el Beato Juan de Avila, que de sabia y arrobadora en sus especulaciones místicas con que se eleva en las Moradas y en los grados de oración del libro de su vida, hasta llegar a la unión con Dios.

Por esto la llama Richard Crashow, poeta inglés de primer orden y uno de sus mejores intérpretes, *dulce incendiaria*, y con efecto ella anima y da calor al alma de los místicos así en lo poético como en lo meramente especulativo; ella enciende el numen de San Juan de la Cruz en aquellos concentos amorosos y suavísimos deliquios del *Cántico de los Cánticos,* que se hermanan con los *Conceptos del amor de Dios.*

Fray Luis de León siente su influencia en las aspiraciones a la morada de grandeza, y guarda sus manuscritos como oro en paño.

Malon de Chaide, no obstante la sequedad y afectación de estilo, encierra consideraciones cercanas a los conceptos de Santa Teresa.

La inspiración de ésta se siente en *Triunfos del Amor de Dios* de Fray Juan de los Angeles, no menos que en las meditaciones de Diego de Estella.

Aléjase un tanto esa influencia en los tiempos del culteranismo y del conceptismo, pero trasmina a los tiempos modernos en que Cristina Rosetti, a pesar de su protestantismo, y el Padre Faber hacen de la autora lectura dilecta y de beneficio.

No cerrara su corazón el literato francés de flamante escuela sino antes lo abriera a la contemplación de las maravillas con que nos brinda el Dios increado, y entonces se explicara cómo esa amorosa, esa tierna, ese sér contradictorio a la vez, visionario y frenético de acción, hubiese llegado a establecer la regla espantosa del Carmelo.

Parte no menos digna de la solemnidad, fue la disertación literaria del doctísimo don José Joaquín Casas, académico de número electo, quien con gallardía y donosura, prendas de su carácter literario, expresó de modo subjetivo la forma en que se había despertado en su niñez la adhesión piadosa a la Reformadora de la Orden Carmelitana, y engastó en el oro purísimo de las alabanzas a los ejemplos de la santa los recuerdos más felices de su vida.

Con dicción impecable dejó oír en seguida el señor don Guillermo Valencia el soneto suyo a la doctora de Avila, compendio feliz de los atributos de la maestra, que fue acorde final de la solemnidad:

Piensas, y la eternal sabiduría
preserva tu feliz entendimiento;
hablas, y tu decir es un portento,
y es tu Consejo saludable guía.

Tu Ciencia humilde sin errar medía
los pobres menesteres del convento
y las cosas de Dios; y en tu ardimiento
y fortaleza un siglo estremecía.

Desde las simas de la tierra impura
fue tu piedad en vuelo peregrino
—ave de luz—a descifrar la altura.

Y se partieron, por igual, tu sino:
del sacro Amor la virginal dulzura
y las zozobras del Temor divino.

Con esto y las preces reglamentarias se dio por terminada la sesión.

II

La Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española, a 20 de mayo de 1916, tuvo junta pública extraordinaria en memoria de Miguel de Cervantes Saavedra, con ocasión del tercer centenario de su fallecimiento, acaecido en 23 de abril de 1616.

Asistieron a esta solemnidad los académicos del número, señores Carrasquilla, Director; Suárez, Isaza, Gómez Restrepo, Zerda, Holguín y Caro, Marroquín, Restrepo Mejía y Guzmán, Secretario, y los electos, señores Casas, Uribe y Arciniegas. Presentes también estaban el primer Magistrado de la República, Excelentísimo señor don José Vicente Concha, académico numerario electo, a quien correspondió la presidencia del acto, acompañado de sus Ministros, algunas dignidades eclesiásticas, personas cali-

ficadas en letras y en ciencias y damas de cuenta, admiradoras del valor y fortaleza del caballero cristiano cuyo recuerdo se hacía, y que en toda ocasión exaltó el carácter de la mujer, ya en donosa frase como en las discreciones de la pastora Marcela, ya con gravedad y mesura en la fisonomía moral con que presenta a Zoraida o a la hermosa Dorotea.

Previas las preces reglamentarias, y las expresivas frases de nuestro Director sobre la significación de la solemnidad, se dio conocimiento del acta de la última sesión extraordinaria celebrada en 14 de octubre del año anterior para conmemorar la muerte gloriosa de la insigne maestra abulense, santa Teresa de Jesús, dechado de perfección cristiana que en su vida terrena por los siete grados de oración llegó al umbral del Empíreo, mediante la unión con Dios; y en cuya doctrina, que brilla con esplendor eterno en sus escritos inspirados por las emociones del amor divino, se acendra el habla popular castellana para entrar, depurada en sus formas, flexible en su sintaxis, redonda en sus períodos, armónica en sus combinaciones, como de apacible lago, llevado con reposado curso, a las corrientes de la lengua castellana.

La recordación de gratitud que daba lugar en esta solemnidad era debida por la Academia al claro varón que con ingenio singular labró los primores de la lengua castellana en la ficción que ha levantado y hermoseado mejor el espíritu humano, al que hizo de esa lengua noble instrumento para llevar a la contemplación del bien y al resplandor que de él irradia, al que sacó de la adversidad de la vida la alegría del corazón, prenda de almas escogidas, poniéndola al servicio de la virtud y del honor, y al que derrama sobre todas las literaturas luz que vivifica sus campos, frescura que los hace florecer y calor que da sazón a sus frutos, como que la obra de Cervantes junta y compendia las condiciones que han de contenerse en los partos del ingenio humano. Allí se recrea hoy el ánimo hastiado de las abundancias de una menguada literatura destituída de afectos que ennoblecen y de halagos para el corazón. Acudieran allí como fuente purificadora los que por no haberse abrevado en esa obra han enervado su espíritu con el mal gusto literario y la depravación de la lengua, abrojos que agostan la savia y el florecimiento intelectual, y conocieran las dulces satisfacciones con que brinda la pureza de la forma que reviste la dignidad del concepto.

Oportuno también es recordar, por ser grata para nosotros, la inclinación que tuvo Cervantes a nuestra ciudad de Santafé, anhelando por obtener modesto empleo en el servicio de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada.

Y cómo no contemplar a quien comparece en las páginas de la historia, con el valor y, la entereza del antiguo caballero, lidiando en las haces que de concierto y en nombre de la cristiandad levantaron contra el Turco la Monarquía Española, Venecia y el Papa; y, gladiador abnegado, es herido en la batalla librada en las aguas de Lepanto entre Acarnia y Morea, bajo la conducta de don Juan de Austria, la cual consideraba como la más alta ocasión que vieron los siglos presentes ni verán los venideros, cantada por el divino Herrera en oda heroica y solemne, en que se siente el espíritu arrebatado del profeta del Horeb, batalla que la Francia cristiana y tradicional registra en los anales de Nuestra Señora de las Victorias.

Tocó el discurso de orden al señor don Antonio Gómez Restrepo, quien puso de relieve en elocuente oración las excelencias de la principal obra de Cervantes, señalando con su rica imaginación lo que suelen alcanzar los ingenios privilegiados.

En seguida el señor don Marco Fidel Suárez hizo un análisis filosófico-literario del espíritu que da vida a la misma obra y de la fuerza moral que la sustenta, mostrando riquezas no advertidas antes, de aquella fuente de sentido humano y de nobles afectos, así como la experiencia práctica que trasmina del fondo de la obra, y que hace a esta de aplicación a los varios estados de la vida.

Así, este comento del Quijote viene a acaudalar el acervo de los que ya se habían hecho, más o menos extensos, sin citarlos a todos, por la Academia Española, Pellícer, Fernández de Navarrete, Arrieta, Clemencín, Hartzenbusch, Díaz de Benjumea, don Adolfo de Castro; Rodríguez Marín, Cejador, Toro y Gisbert, en España; y entre nosotros Miguel Antonio Caro, Manuel Uribe Angel, Carlos Martínez Silva, Eduardo Zuleta, etc.

No reconoce el autor sabio y discreto su propia gloria literaria. ¿Cómo no hemos de recordar, una vez más, con tal trabajo la de Suárez, cuyas primicias recibió esta Academia, regocijada, en ocasión memorable?

Rendida la acción de gracias, se dio por terminado el acto.

III

Señalado el 4 de mayo de 1919 para dar posesión de su plaza de académico de número al señor don Guillermo Camacho Carrizosa, en la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española, para suceder al señor don José Manuel Marroquín, Director que fue de la misma prez de las letras colombianas y de la sociedad, maestro inolvidable entre nosotros, la corporación celebró tal acto en junta pública y solemne, a las ocho y media de la noche, en el antiguo paraninfo de la Universidad Nacional.

Abrióse la sesión, rezadas las preces reglamentarias, presentes los individuos de número señores Carrasquilla, Gómez Restrepo, Holguín y Caro, Restrepo Mejía y Guzmán; los electos, señores Uribe, Casas y Abadía Méndez, y el correspondiente don Alfonso Robledo.

Excusaron su asistencia, en su carácter de numerarios, el señor don Marco Fidel Suárez, Presidente de la República, y el señor don Liborio Zerda.

Honraban con su presencia esta sesión el Excelentísimo y Reverendísimo señor Gasparri, Nuncio de Su Santidad, personas calificadas por su ciencia y por sus letras y damas de distinción.

Diose conocimiento del acta de la última sesión solemne, celebrada en 20 de mayo de 1916, con ocasión del tercer centenario del fallecimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, quien realizando la belleza ideal en los sentimientos que más ennoblecen a la humanídad, vive con fulgor eterno en las letras castellanas.

Introducido al recinto de la sesión por los señores Holguín y Caro y Restrepo Mejía, el recipiendario leyó el discurso de orden, en el cual, de manera sucinta, a la par que amena, expuso algunos de los rasgos del carácter literario y moral de su antecesor y las condiciones sociales de esta nuestra ciudad de Santafé, centro de la vida de Marroquín, y trató del ejercicio del periodismo y de las circunstancias que lo rodean en la época actual con relación a la sociedad y al régimen público.

Con las cualidades de escritor de clara concepción, elegante, vivaz, y de estilo propio que muestra un temperamento flexible, con matices variados que ofrecen en conjunto un fondo que atrae y cautiva la atención, sobresalen en el nuevo académico las de crítico de arte dramático, arduo y difícil ejercicio que ha menester conocimien-

to profundo de las pasiones que guían el corazón y la voluntad, y que debe encaminarse hoy a escardar de asperezas el campo en que gira el drama, con mengua de su noble estirpe que nos hace recordar, sin salir de la literatura española *La Estrella de Sevilla*, *La Verdad Sospechosa*, *El Alcalde de Zalamea*, *El Desdén con el Desdén*, *García del Castañar*, *El Convidado de Piedra*, o los de tiempos menos remotos de autores como Bretón y Larra, Hartzenbusch y Tamayo, y los contemporáneos de Linares Rivas y Jacinto Benavente.

Y acrece ese mérito del señor Camacho el considerar que la musa inspiradora de la crítica suele ser esquiva y no otorga con frecuencia sus favores. No acompaña ella a los críticos que se abaten al señuelo de ornatos fementidos con que a las veces celan su medianía los abortos de la imaginación, ni a los que se deslumbran con el estruendo de efímeros aplausos, ni a los que siguen a los coribantes que halagan las pasiones con la forma escénica, ni menos a los que se deslizan por los intersticios de las obras maestras para encontrar imperfecciones que no hay en ellas, y menoscabar su valía, si posible fuera: tribu ratonesca esta última que anda por las sombras en busca de pequeñeces literarias de que se alimenta para consolarse de las perfecciones de las grandes obras que le hacen padecer, que con el gracejo vulgar hace por encubrir el sentimiento que la dicta, saboreada solo por espíritus superficiales y que lleva en sí la condenación del olvido.

Manifiéstase ella levantada en alas de la filosofía y de la historia, recogida la alba vestidura para no frisar con las impurezas del suelo, ceñidas sus sienes con la diadema del saber, empuñando el áureo cetro que rige las leyes de la verdad poética y del buen gusto, señoreando todos los departamentos de la literatura y del arte en que se atesoran todas las producciones del ingenio humano, maravilla y gozo del mundo intelectual. Género que en el último siglo alcanzó su mayor grado de perfección, manifestación literaria psicológica por esencia, de más subjetivismo, y en resolución, según el sentir del autor del *Lirio Encarnado*, aquella en que el pensador refleja las aventuras de su alma en medio de las obras de arte.

Así Macaulay y Arnold; Birrel y Gosse; Sainte Beuve, Luis Veuillot, Sarcey, Brunetiere y Jules Lemaitre; Cueto, don Pedro de Madrazo, Nocedal, Menéndez Pelayo y la Condesa de Pardo Bazán.

Nuestro Director amplió en su contestación el cauce de la corriente llevada por el discurso del recipiendario, regando al paso finas donosidades. Presentó al vivo la relación entre las costumbres antiguas de la vida de Santafé y las actuales de Bogotá. No mal enojado, sino discreta y airosamente, rectificó, mediante aguda observación, conceptos del discurso a que se refería, ratificó otros, y fijó con lógica severa y razones de experiencia las condiciones de la prensa periódica para que la influencia de ella sea eficaz en lo social y en lo político.

En seguida confirió la investidura al recipiendario, y con la acción de gracias reglamentaria, se dio por terminado el acto.

ERRATAS

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
66	31	Concha.	ella:
64	21	hamadriadas	hamadríades
209	38	novela	la novela
241	1	R. de Pont-best	R. de Pont-jest

INDICE

Don Diego Rafael de Guzmán........................ I
Resignación.. 1
La Cruz de Mayo.................................... 35
Importancia del espíritu español en las letras colombianas.............................. 101
De la educación mental............................. 137
De la novela....................................... 157
Carta madrileña.................................... 211
Nochebuena en el mar............................... 241
Memoria del centenario............................. 259
Memoria de 1912.................................... 283
Memoria de 1914.................................... 299
Actas.. 319


485397
Guzmán, Diego Rafael de
Selección literaria.
LS
C9932s
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED